

RAMÓN DÍAZ ETEROVIC

# *A la sombra del dinero*



Lectulandia

En ésta, la décima novela de la saga iniciada el año 1987, Heredia cuenta con la compañía del quiosquero Anselmo, el periodista Marcos Campbell y Doris Fabra, una hermosa y atrevida detective de la Policía de Investigaciones que irrumpe en la solitaria existencia de Heredia. Con estos personajes, más su conocido y ácido humor, Heredia desarrolla una pesquisa que termina arrojando luces sobre oscuros aspectos de la sociedad chilena actual.

**Lectulandia**

Ramón Díaz Eterovic

# **A la sombra del dinero**

**Detective Heredia - 10**

ePub r1.0

Titivillus 26.04.16

Título original: *A la sombra del dinero*

Ramón Díaz Eterovic, 2005

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A la memoria de mi amiga  
Laura Vega Covarrubias  
que leía las novelas de Heredia  
en las tardes de la Isla Tranqui;  
y para mi amigo  
Daniel Molina Núñez,  
mientras seguimos hablando de libros  
y recordando Punta Arenas.*

—«Pero usted, dispéñseme,  
¿qué interés tiene en resolver este problema?  
—Curiosidad, simple curiosidad...».

LEONARDO SCIASCIA  
*A cada uno lo suyo.*

«Quizá la literatura sea eso:  
*inventar otra vida que bien pudiera  
ser la nuestra, inventar un doble».*

ENRIQUE VILA MATAS  
*El mal de Montano.*

Abrí los ojos y no sentí dolor. Por un instante pensé que la muerte era permanecer acostado en la cama, sin hacer nada, somnoliento, sintiendo eternamente el murmullo provocado por la brisa que movía los visillos al ritmo de una campana que repicaba a lo lejos. Palpé mi estómago y respiré aliviado. La sangre solo estaba en mi imaginación y el dolor en mis recuerdos. Luego observé el reloj encima del velador, junto a una cajetilla de cigarrillos y la novela protagonizada por Nestor Burma que había comenzado a leer tres noches atrás. Nada había cambiado en las últimas horas. Llevaba dos meses de convalecencia, sin otra compañía que algunos libros, mi música favorita y las tres visitas diarias de Anselmo para alimentarme y comentar los resultados de las carreras en el Hipódromo Chile.

El exceso de confianza fue mi error. Una calle al atardecer, el grito de una mujer agredida por las ágiles manos de un carterista, la loca carrera tras un muchacho desgreñado, un callejón, la inesperada presencia de una navaja rasgando el costado derecho de mi vientre. Tras el sendero oscuro, el eco aterrador de una sirena y muchas horas de vigilia. A solas en mi cuarto llegué a pensar que la herida podía ser una excusa razonable para cerrar la oficina y dedicar el resto de mis días a algo más acorde con mis magullados huesos de investigador privado.

Me puse de pie y caminé hacia el baño. Las baldosas heladas arañaron mi piel. No sentía dolor en el vientre, solo la comezón de la herida que cicatrizaba. Llené de agua el vaso que estaba sobre la pileta y tomé la pastilla recetada por el médico. Frente al espejo vi la imagen de un desconocido. Había bajado nueve o diez kilos y el pantalón del pijama se sostenía apenas en mi cintura. Lucía demacrado y las arrugas junto a los ojos eran más evidentes que antes del error. Mis cabellos, largos y lacios, cubrían mis orejas. Moví los labios e intenté sonreír al sujeto del espejo. Estaba repentinamente triste. Moje mi rostro. El muchacho de la puñalada seguía libre y ningún policía se había molestado en investigar la agresión. ¿A quién podía interesarle la suerte de un preguntón? Su dolor, el soterrado deseo de venganza, la soledad de su habitación. Recordé una frase de *El agente confidencial* de Graham Greene: «No podías confiar más que en ti mismo y a veces dudabas hasta de eso». Volví al dormitorio y me senté a un costado de la cama. El aire que me rodeaba olía a desamparo. Dije mi nombre en voz alta, una, dos, tres veces. Grité los nombres de las personas que significaban algo en mi vida. Viejos fantasmas de un pasado cada vez más difuso. Nadie acudió en mi ayuda. Cerré los ojos, y al reabrirlos vi a Simenon. Puse al gato entre mis brazos y acaricié su larga cola blanca.

—De nuevo la misma pesadilla. El muchacho no dejaba de reír y la navaja parecía tener vida propia mientras ahondaba en mi carne. Después, todo a mi alrededor comenzaba a empequeñecer, las luces de la calle se apagaban y alguien me cubría con una frazada mugrosa de la que parecía brotar una legión de hormigas.

—Llevas mucho tiempo encerrado. Necesitas aire fresco y tomar una sopa

caliente que fortalezca tu estómago.

—Perdí la cuenta de las cosas que necesito.

—Rehaz la lista y anota en primer lugar: Debo aprender a no meter la nariz en cualquier parte y a cuidar mi pellejo.

—Un día de éstos voy a colgar las herramientas. Puedo hacerme socio de Anselmo o regresar a mi antiguo trabajo de cuidador en un motel. No era una mala pega. Podía leer a mi antojo, y para el vicio tenía los cigarrillos que olvidaban los clientes en las piezas. A veces, cuando la clientela estaba floja, podía tontear con alguna de las muchachas encargadas de la limpieza.

—¡Pamplinas! Te gusta hurgar en las vidas ajenas.

—Probablemente no sepa hacer otra cosa, Simenon —respondí, y acaricié el lomo del gato—: Fue una pesadilla, nada más.

Desde la calle subía el bullicio habitual del vecindario en medio de una tarde primaveral. Las clarinadas de los autos, el vocerío de los vendedores ambulantes, el chirrido de los buses al frenar en las esquinas. Pensé en salir a recorrer el vecindario y no tuve fuerzas para intentarlo. Simenon estiró sus patas delanteras y luego abandonó la habitación. La pastilla comenzaba a hacer su efecto y algo en mi interior comenzó a morir, como un fuego al que nadie se preocupa de alimentar. Me dejé abrazar por el sueño.

Desperté al anochecer. Una brisa fresca penetraba por la ventana entreabierta de la habitación. Del *Robertina* y el *Xenón* salía una música estridente que amenazaba con derrumbar los muros del añoso edificio donde funcionaban ambos cabarés. Sobre el velador vi una copa de leche y un emparedado de queso. No tenía apetito. Dejé la cama y me acodé en el marco de la ventana. La calle se veía animada. El salón de billar estaba abierto y algunos vecinos hablaban a la entrada de la peluquería *La Pequeñina*. En el horizonte reconocí la corona luminosa de la Virgen del Cerro San Cristóbal. En noches como esas amaba intensamente la ciudad y el barrio donde transcurrían mis erráticos vagabundeos. Dejé mi lugar junto a la ventana y busqué en el ropero algunas prendas de vestir. Probé dos pantalones y ambos me parecieron confeccionados para alguien tres tallas más grande que yo. Vestí el que consideré menos holgado y lo acompañé con una camisa azul. Frente al espejo del ropero creí ver un espantapájaros. Sonreí y me agradó redescubrir el brillo de mis dientes. Simulé una pirueta de modelo y caminé hacia mi oficina, ubicada en la pieza principal del departamento. La oficina se me antojó más grande y abandonada que de costumbre. Sobre el escritorio metálico descubrí unas cartas. Me senté en mi viejo sillón giratorio y revisé los nombres de los remitentes. Ninguno me era conocido. Ninguno valía la pena el esfuerzo de abrir los sobres. Saqué del cajón la botella reservada para las emergencias. Acaricié un instante su gorda fisonomía y luego, sin abrirla, la regresé a su escondite.

La soledad escudriñaba cada rincón de la oficina. Dije dos o tres palabras en voz alta y enseguida entoné los versos de un tango que recordaba con mi imprecisión



habitual. ¿Y ahora qué? me pregunté. Otra pastilla, otras horas de sueño, otro despertar a un nuevo día sin sentido. Grité mi nombre, maldije el tiempo perdido, y antes de enloquecer puse una cinta de Chet Baker en el equipo de música. El lastimero sonido de la trompeta consiguió tranquilizarme y mi desacuerdo general con la vida se replegó al abrirse la puerta de la oficina y ver que entraba mi amigo Anselmo. El exjinete vestía pantalones negros y una camisa amarilla con flores rojas.

—¿Qué hace en pie, don? El doctor recomendó reposo —chilló con asombro.

—Exageras, Anselmo. De eso ya han pasado dos meses.

—Si no se cuida, lo va a llevar la parca. Además, si gastó sus pocos ahorros en pagar al matasanos, lo menos que puede hacer es seguir sus consejos.

—Es sabido que la hierba mala nunca muere, Anselmo.

—El médico no apostaba tres pesos por su recuperación. Pero hice una manda a San Expedito. ¡Y dio resultado!

—¿Tan mal estaban las cosas?

—Negras, como trasero de vampiro, don.

—Mañana vuelvo a las andadas. Se acabaron los remedios y la herida ya no me molesta.

—Siempre que alguien lo contrate —dijo Anselmo, sin mucho entusiasmo—. Nadie ha requerido sus servicios en las últimas semanas, ni siquiera para una cobranza o la investigación de un pequeño robo. Solo las deudas golpean a su puerta. Pero no se preocupe, don. Hace dos semanas gané la quintuple del Hipódromo Chile. Tengo la alcancía rebosante de doblones, y todos a su disposición.

—Gracias, Anselmo. Una vez más me salvas de la ruina.

—Para eso están los amigos, don.

## 2

Me había sentido bien caminar por el barrio y dejar que mis ojos se alimentaran de su paisaje multicolor. Podía respirar a mis anchas, lejos del miedo y las pesadillas. Entré a unas tiendas de ropa usada y después de revisar sus colgadores escogí dos camisas, un par de pantalones y una chaqueta adecuada a mi nueva talla. Pagué la cuenta y calculé que me sobraba una buena cantidad de los pesos obtenidos con la venta de mi colección de la revista *Pacífico Magazine* que había comprado años atrás, y por centavos, a un librero del Persa Bío Bío. Salí de la tienda y durante la siguiente hora no hice otra cosa que caminar y conversar con los vecinos. La única novedad en el

barrio era la instalación de un café en el que se podía navegar por la Internet. El resto seguía igual. Los restaurantes de mala muerte, los baratillos, las tiendas de ropa usada, el mercado donde vendían verduras, frutas y pescados de ojos tristes, *La Piojera* con sus parroquianos de costumbre, y las yerbaterías en las que se podía comprar uña de gato, paico, cedrón y otras hojas secas destinadas a convertirse en infusiones. Para celebrar mi regreso a las calles entré al bar *Central* y pedí un vaso de vino blanco con chirimoya. Probé un sorbo y sentí que la bebida no era bien recibida por mi alicaído estómago. Alejé el vaso de mi lado y retorné a la oficina.

El teléfono sonó apenas estuve frente a mi escritorio. Una voz agitada preguntó por el detective Heredia y luego, al escuchar mi respuesta, adquirió un tono más sereno.

—He llamado diez veces y hasta ahora no había logrado dar con usted. Parece que es una persona muy ocupada, señor Heredia.

—Al igual que Rimbaud, acabo de pasar una temporada en el infierno.

—¿Un detective que lee poemas? —preguntó el extraño, con incredulidad.

—Estoy dentro del cuatro por ciento de chilenos que leen poesía. El resto, conoce de nombre a la Mistral y a Neruda, y está convencido de que Teillier es un centrodelantero del *París Saint Germain* —respondí, y luego de una pausa para encender un cigarrillo, pregunté—: ¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Me llamo Jorge Sampedro. Soy el encargado de finanzas del Servicio de Inversiones Públicas. Usted no me conoce. Obtuve su teléfono a través de un amigo abogado. Me dijo que usted realiza investigaciones de tipo policial.

—No trabajo de matón ni guardaespaldas. Tampoco me infiltro como soplón en las empresas y evito espiar maridos o esposas infieles. También me reservo el derecho de aceptar solo los casos que me aseguren alguna entretención.

—Veo que tiene sus reglas.

—Con los años me he puesto mañoso y selectivo.

—Me resultó llamativo su nombre. Mi abuela materna llevaba su mismo apellido. Ella era de origen vasco y llegó a Chile al término de la guerra civil en España, al igual que muchos otros republicanos que lucharon contra Franco.

—Ignoro por qué llevo ese apellido. Supongo que mi madre lo escogió para esconder su condición de madre soltera —dije, y sin ganas de agitar mi escuálido árbol generacional, pregunté—: ¿Cuál es su problema señor Sampedro?

—Preferiría discutirlo personalmente —respondió mi hipotético cliente—. ¿Puede acercarse hasta mi oficina?

Noté que la voz del extraño se quebraba, como si de pronto alguien hubiera acariciado su cuello con el filo de una navaja.

—Adelánteme algunos antecedentes, así sabré de inmediato si puedo ayudarlo o no.

—Prefiero hacerlo en mi oficina —insistió Sampedro.

—Cuando voy a una fiesta me gusta saber qué se celebra.

—Se trata de un problema en la unidad donde trabajo. Alguien está sustrayendo recursos fiscales.

—Coimas, licitaciones amañadas, sueldos extras y otras joyas de la probidad administrativa son prácticas tan viejas como el hilo negro.

—Se trata de cantidades significativas que han ido a dar donde no corresponde —dijo Sampedro.

—Denuncie el asunto a su jefe o vaya a la prensa. Nunca falta el diario interesado en destapar una olla de huevos podridos —dije, y al tiempo que recordaba a mi amigo Marcos Campbell y su revista de sucesos policiales, agregué—: Puedo recomendarle una publicación especializada en ventilar trapos sucios.

—Nada de publicidad. Quiero obtener pruebas irrefutables del delito que se está cometiendo.

—¿Por qué no recurre a la policía?

—Por ahora no quiero saber nada con la policía —dijo Sampedro, y luego de esperar en vano mi siguiente comentario, preguntó—: ¿Me quiere ayudar, señor Heredia? Venga a mi oficina y le daré más antecedentes.

Había algo en la voz de Sampedro que me hizo desconfiar. Sus palabras parecían estudiadas de antemano para despertar mi atención con la entrega de un mínimo de información. Vacilé, pensé en negarme a salir de la oficina y por unos segundos puse atención a los latidos de mi corazón. Necesitaba trabajar y la oferta de Sampedro podía ser tan buena como la de cualquier otro cliente que llegaba a sentarse frente a mi escritorio, con su carga de miedos o rencores.

—Mañana a las diez estaré en su despacho. Dígame cómo puedo llegar sin perder mucho tiempo en el camino —dije, recordando que no tenía una fila de clientes esperándome a la salida de mi oficina.

### 3

Al otro día desperté temprano. Desayuné acompañado de Simenon y mientras esperaba la hora de reunirme con Sampedro, ocupé mi tiempo en ordenar los papeles amontonados sobre el escritorio. Apuntes empleados en antiguas investigaciones, recortes de diarios, programas hípicas, cuentas telefónicas y un sinfín de cartas entre las que encontré una de Carmen Trigo, la escritora que conocí mientras investigaba la muerte del crítico literario Fernando Ritter. Carmen hacía un recuento de sus viajes al extranjero, presentaciones de libros y conferencias de los últimos meses. También

anunciaba su regreso a Santiago y expresaba su deseo de verme para recordar los viejos tiempos. Releí la carta y la dejé sobre el escritorio. Aquel recuerdo produjo un extraño cosquilleo en mi ánimo de esa mañana. El hombre es el único animal que persiste en sus tropiezos, me dije y sin dar más vueltas al asunto, salí de la oficina con el entusiasmo del condenado que se dirige al cadalso.

Mi experiencia en oficinas públicas no es muy luminosa. Recuerdo haber esperado dos horas en una fila para renovar mi cédula de identidad y otras tantas para solicitar el certificado de contribuyente de una vecina que no estaba en edad de permanecer muchas horas frente a una ventanilla de atención. Nada novedoso en un país donde en ocasiones hay que recurrir a un papel timbrado para certificar que uno está vivo y tiene derecho a respirar su cuota de aire contaminado.

Sampedro trabajaba en un edificio cuyo frontis lucía un lienzo que promovía las infinitas bondades de la institución. A un costado de la puerta principal languidecía un letrero que informaba el horario de atención al público. Entré con cierto recelo. Pasé junto a un mesón de informaciones frente al cual esperaba una veintena de personas, ubiqué los ascensores y subí en uno de ellos hasta el quinto piso. Salí a un pasillo en el que había algunas plantas de plástico y seguí las indicaciones de un letrero hasta llegar al cubículo de una rubia pintarrajeada que jugaba al solitario en una computadora. Parecía concentrada en los naipes virtuales y al percatarse de mi presencia hizo una mueca de disgusto y soltó el *mouse* que sostenía en su mano derecha.

—Busco al señor Sampedro —dije.

—Al fondo —respondió mostrando el pasillo que nacía a un costado de su oficina. Enseguida volvió a tomar el *mouse* y reconcentró sus neuronas en los naipes.

Llegué hasta un cuchitril donde apenas entraban dos escritorios con sus respectivas sillas. De una de las paredes colgaba un calendario con la imagen de una morena atractiva y sonriente.

—Busco al señor Sampedro —dije a un gordo atareado en la revisión de una planilla contable.

—Aquí no es —respondió sin dejar de mirar el documento que examinaba.

—Una secretaria me dijo que viniera hasta acá.

El gordo se encogió de hombros y luego sacó una carpeta desde uno de los cajones de su escritorio.

—Aquí no es. Vaya hasta el final de este piso.

—Parece sencillo.

Abandoné el cuchitril y recurriendo a mi reserva de paciencia caminé hasta enfrentar una puerta de vidrio que tenía en su parte superior una inscripción que decía: Departamento de Administración. Abrí la puerta y quedé en medio de una sala en la que se respiraba un aroma a comida recalentada. Una secretaria de ojos risueños me saludó amablemente. Tenía una voz suave que contrastaba con su aspecto de nadadora excedida de peso.

—Deseo ver al señor Sampedro —dije.

—¿Cuál es su nombre? ¿Tiene cita?

—Me llamo Heredia y tengo cita.

—En estos momentos, el señor Sampedro está en una reunión.

—Puedo esperar.

—No le aseguro que se desocupe muy pronto.

—Tengo tiempo —dije—. Tiempo es lo único que tengo.

La mujer anotó mi nombre en el cuadernillo y me indicó una silla frente al despacho de Sampedro. Mientras esperaba fui testigo de un pintoresco desfile de vendedores de frutos secos, joyas de plata, ropa interior, artículos para el aseo de las guaguas, vídeos y plantas con sus respectivos maceteros. Las ofertas parecían atractivas y captaban la atención de secretarías provenientes desde distintas secciones.

Una hora más tarde se abrió la puerta de la oficina de Sampedro. Vi salir a dos hombres. Uno era bajo y de cara redonda, y el otro, algo más alto y tan grueso como un luchador de sumo. El más pequeño parecía molesto. Miré de reojo hacia el interior de la oficina y vi a un hombre delgado, de pie junto a un escritorio atestado de voluminosos expedientes.

—Parece que la reunión fue algo acalorada —comenté a la secretaria.

—Desde un tiempo a esta parte, todas las reuniones terminan en discusiones —dijo ella, aparentemente acongojada.

—¿Quiénes son los que salieron de la oficina?

—El más bajo es el señor Gimeno, jefe directo del señor Sampedro. El otro, el gordote, es Martínez, el asesor del señor Gimeno.

—Al parecer su jefe quedó desocupado. ¿Cree que pueda atenderme?

—Le diré que usted está aquí.

La secretaria, acompañada de su cuadernillo, entró a la oficina y cerró la puerta tras de sí. Al cabo de diez minutos la vi salir tras los pasos de su jefe. El hombre delgado tenía prisa, pero al verme se detuvo un instante a mi lado.

—¿El señor Heredia? —preguntó y sin esperar mi respuesta, agregó—: No puedo reunirme con usted en este momento. Mi secretaria le dará la correspondiente explicación.

Intenté hacer un comentario, pero el funcionario retomó su marcha sin siquiera considerar la posibilidad de una despedida.

—Lo siento, al señor Sampedro lo llamó el presidente del directorio. Nunca faltan las reuniones urgentes —dijo la secretaria acomodándose de nuevo frente a su escritorio—. Apenas alcancé a decirle que usted estaba aquí.

—¿Sabe a qué hora volverá su jefe?

—No. Las reuniones con el presidente del directorio suelen ser eternas. Le aconsejo que venga mañana. Anotaré su nombre en la agenda del señor Sampedro.

—¿Cuál es la hora más conveniente para venir a conversar con su jefe?

—A las cuatro de la tarde —respondió la secretaria después de consultar su inseparable cuadernillo.

—Dígale que mañana espero contar con su atención.

Rehíce mis pasos por el largo pasillo alfombrado y minutos más tarde estaba de nuevo en la calle. Al cabo de algunas cuadras, sentí una súbita fatiga y lentamente caminé hasta un escaño que estaba a la sombra de un árbol.

—Un día más, un día menos —pensé antes de encender un cigarrillo y dedicarme a observar a la gente que pasaba por mi lado—. Todos los señores Sampedro viven metidos en reuniones.

Después de tantos días de encierro en mi departamento, el espectáculo de las calles me atrajo con el magnetismo de la época en que comenzaba a conocer la ciudad. La gente, el colorido de las tiendas, el furioso desorden de los autos, el vocerío de los vendedores callejeros, el vértigo de una ciudad que parecía inagotable en su afán de transformarse. Más allá de las apariencias y los gritos emergían los rincones anónimos donde se cobijaban lisiados, mendigos, muchachos desarraigados. Sobrevivientes de una guerra despiadada entre la voluntad de vivir y la roñosa injusticia que regía la sociedad. Nada nuevo. Nada a lo que mis ojos no estuvieran acostumbrados, pero que sin embargo conseguía agitar mi rabia ineludible.

Volví a caminar hasta llegar a la Plaza de Armas. Me detuve frente a la glorieta donde una veintena de hombres jugaban ajedrez bajo la atenta mirada de otros tantos que seguían con interés el desplazamiento de las piezas sobre los tableros. Observé el juego de una de las mesas hasta que fue evidente que el ajedrecista que movía las piezas negras estaba derrotado. Acababa de perder la dama y su rey se había arrinconado en una de las esquinas del tablero, resignado a soportar con dignidad su cercano fin.

Hay que saber retirarse a tiempo. El rey negro cayó sobre el tablero, los jugadores estrecharon sus manos y el derrotado se puso de pie, cediendo su lugar a un muchacho de cabellos rubios.

Perdí interés en los ajedrecistas y me sumergí en una agresiva ola de vendedores ambulantes y gente que salía de las tiendas comerciales. Más tarde, pasé de largo frente al quiosco de Anselmo, abordé el ascensor y quedé junto a la puerta, cara a cara con el letrero de acrílico que señalaba mi condición de investigador privado. El tedio abrazó mi cuello y por un segundo tuve la intención de regresar a la calle. Seguía sin trabajo y nada me auguraba un cambio de suerte. Espanté la mala onda y abrí la puerta. El polvo y el desorden vivían su gran fiesta, y en su sitio, sobre el escritorio, seguía la carta de Carmen Trigo. Me saqué la chaqueta, caminé hasta el dormitorio y dejé caer mi cuerpo encima de la cama. Al contacto de las sábanas el cansancio cargó los dados a su favor. Sentí que mis ojos se cerraban y que mis últimas maldiciones eran para el señor Sampedro y sus reuniones.

Desperté en medio de otra pesadilla. Me llevé las manos al vientre y comprobé el estado de mi herida. Había dormido doce horas seguidas. Me sentía adormilado y en vano intenté recordar las imágenes del sueño. Cogí el vaso que estaba sobre el velador y bebí un sorbo de leche. Simenon me vigilaba desde una punta de la cama. En sus pupilas se reflejaba un brillo de preocupación. Dio unos pasos, avanzó sobre mi pecho y con una de sus patas acarició mi frente empapada en sudor.

—Debo estar vivo —murmuré—. Hasta dónde sé los gatos no van al infierno.

Simenon se acurrucó a mi lado y me observó sin decir nada.

—Supongo que es hora de levantarse —agregué—. Debo alistarme para mi nueva visita a la oficina del señor Sampedro.

Di un par de pasos y para no tropezar apoyé una de mis manos en la pared. En el espejo del baño me recibió la imagen de un tipo desmejorado. Necesitaba una ducha y una buena rasurada, un café, una nueva copia de *El Titán* de Mahler, las obras completas de Balzac, un par de aspirinas, una cuenta en el banco, el abrazo cálido de una mujer, un dibujo de Germán Arestizábal y el ánimo suficiente para ir a conversar con el señor Sampedro.

Unos golpes en la puerta espantaron mi modorra. Reuní fuerza y grité que estaba abierto. Demoré unos segundos en creer lo que veía. Frente al escritorio se detuvo una morena alta y atractiva. Sus ojos eran claros y su cabellera negra lucía recortada casi al ras. Vestía bluyines y una polera azul, sin mangas, que resaltaba el atractivo de sus pechos y dejaba a la vista unos brazos sensuales y algo musculosos. Imaginé la intensidad de sus besos y sentí un leve temblor entre las piernas.

—¿El señor Heredia? —preguntó con voz firme.

—Eso dice la placa de acrílico colgada en la puerta —respondí, sintiendo que algo comenzaba a agitarse entre mi pecho y mi espalda.

—¿Es usted Heredia, o no? —retrucó la mujer.

Sacó una credencial desde el bolsillo trasero de sus pantalones y la dejó encima del escritorio.

—Detective Doris Fabra —leí en voz alta—. ¿A qué debo el inesperado placer de su visita?

—El retrato que me hicieron de usted fue muy exacto.

—¿Desde cuándo la policía se preocupa del aspecto de los ciudadanos?

—Debe acompañarme de inmediato, señor Heredia.

—Antes necesito darme una ducha y afeitarme.

—Hasta ahora lo he tratado con amabilidad. No me haga perder la paciencia. Le daré el tiempo suficiente para lavarse la cara y los dientes.

—¿Tan grave es el asunto?

—Depende de sus respuestas.

—¿Y si me niego a ir con usted?

—No estoy sola, y tengo recursos para convencerlo —dijo y después de mirar los objetos que estaban sobre el escritorio, añadió—: Por si tiene algún prejuicio, puedo asegurarle que sé más de golpes que de recetas de cocina.

—De acuerdo, seré su sombra e iré por donde usted vaya —contesté, recurriendo a lo que podía ser el verso de un bolero.

A la salida del edificio, estacionado frente al quiosco de Anselmo, nos esperaba un auto verde conducido por un hombre de bigotes negros y expresión de aguilucho rabioso.

—¿Todo en orden? —preguntó a la detective Fabra, observándome a través del espejo retrovisor.

—Todo bien, Camus. Puede proseguir conforme a lo acordado.

—¿Estoy detenido? —pregunté.

—Lo llevaré a dar un paseo —respondió—. El inspector Cardoza me habló de usted y del trato que hay que darle para que no se ponga arisco.

—¿Sigue luchando contra los papeles? —pregunté recordando a Cardoza, el policía al que nos unía la solución de algunos casos y una amistad cargada de celos y desconfianza.

—Desde que fue ascendido tiene mucho trabajo administrativo. Informes, estadísticas, planificaciones. Dudo que resista mucho tiempo. Su hábitat natural es la calle, no la oficina.

—¿Puedo preguntarle acerca del motivo de mi detención?

—Prefiero que guarde silencio.

—Sus deseos son órdenes, detective Fabra.

La mirada de la mujer policía fue tan dura como un golpe en las entrepiernas. Opté por el silencio y miré hacia la calle tratando de reconocer el sector hacia donde nos dirigíamos.

El viaje en el vehículo policial terminó frente al edificio del Servicio de Inversiones Públicas. Junto a la puerta principal nos esperaba otro policía y el director de la repartición pública, quien nos indicó el camino a seguir hacia el interior.

—¿Conoce éste lugar? —preguntó la detective.

—Ayer estuve aquí —respondí—. Vine a conversar con un funcionario.

—Sé que lo hizo. Quería probar si está dispuesto a decir la verdad o no.

Un repentino escalofrío recorrió mi espalda. Recordé a Sampedro y mis rodillas vacilaron.

Entramos a un ascensor, pero en lugar de subir hacia las plantas donde estaban las oficinas, descendimos un par de niveles, aparentemente ocupados por estacionamientos y bodegas. Al reabrirse la puerta sentí un pesado olor a desinfectante y encierro. Sobre una puerta vi una señalética que decía: Archivo de Procesos Centrales. Seguí a Doris Fabra y al director del Servicio por un estrecho



pasillo. Llegamos a una puerta de batientes y al atravesarla quedamos dentro de un gran recinto, en el que había innumerables estantes atestados de carpetas. El olor a encierro se hizo más fuerte y temí quedar sin aire.

—Falta poco —dijo Doris Fabra.

—Aunque instruí al personal del archivo sobre la necesidad de mantener reserva, la noticia ha corrido por todas las oficinas —dijo el director a Doris Fabra—. No me extrañaría que ya estuviéramos en las noticias de las radioemisoras.

—Tendrán tema para conversar durante un buen tiempo —comentó la detective.

Avanzamos por un pasillo, entre dos hileras de estantes, y al final del recorrido, en una especie de claro en medio del bosque de papeles, había un bulto cubierto con una lona verde. De pie, frente al bulto, dos hombres con el inconfundible aspecto de los policías esperaban. Fabra le hizo una seña, y los policías, sin decir una palabra, descorrieron la lona.

El funcionario estaba con los ojos abiertos y entre sus labios tenía un hilillo de baba reseca. Llevaba el mismo traje del día anterior y su corbata lucía con el nudo descorrido. Noté que del bolsillo derecho de su chaqueta salía la punta de un bolígrafo, y que a pesar de la rigidez, en su rostro prevalecía una expresión de asombro.

—Sampedro. Ayer intenté hablar con él —dije—. Estaba ocupado y no me pudo recibir en su oficina.

Fabra hizo una seña a los policías y estos cubrieron el cadáver.

—Su nombre estaba anotado en la agenda de Sampedro.

—Esperaba verlo esta tarde. A las cuatro.

—Hasta ahora parece que dice la verdad, Heredia.

—No tengo motivos para mentir. ¿Cómo lo mataron?

—Según las observaciones preliminares, fue apuñalado —dijo la detective, y enseguida, sin querer dar pie a una tregua, preguntó—: ¿Qué asunto pensaba tratar con Sampedro?

—Quería su ayuda para apurar un beneficio solicitado por unos de mis clientes. Los trámites suelen ser engorrosos y una palabrita amable sirve para aceitar la máquina burocrática.

—¿Pensaba sobornarlo?

—Pretendía apelar a su conciencia de servidor público.

—Tengo la certeza de que está mintiendo, Heredia.

—¿Qué la hace pensar eso?

—Sus ojos, el tono de su voz. No sabe mentir, Heredia. ¿Qué iba a conversar con Sampedro?

—No es delito entrar a una oficina pública e intentar hablar con los funcionarios que trabajan en ella —dije, y la detective no prestó atención a mis palabras.

—Sampedro regresó a su trabajo dos horas después de que usted se fue. A las nueve de la noche todavía estaba en su oficina. Llamó a los guardias del edificio y

pidió que le compraran algo de comer. Al parecer pensaba trabajar hasta tarde. Uno de los guardias subió al cuarto piso a buscar el dinero para hacer la compra. Sampedro estaba hablando por teléfono y al parecer discutía con alguien. Más tarde, cuando el guardia regresó con la comida, ya no estaba en su despacho. Lo buscaron por todas las plantas del edificio y nada. Hoy, a las ocho de la mañana, cuando los funcionarios del archivo llegaron a trabajar, encontraron el cadáver.

—¿Por qué me cuenta la historia con tantos detalles?

—Cuando descubrimos su nombre en la agenda de Sampedro, hablé con Cardoza y él me dijo que usted me puede ayudar a resolver el crimen.

—Eso quiere decir que no estoy en su lista de sospechosos.

—Quiere decir que confío en su interés por borrar su nombre de la lista. ¿Para qué quería conversar con Sampedro?

—Ya le dije. Un trámite.

Doris Fabra hizo un gesto de fastidio. Sentí unas repentinas ganas de besarla. Ella intuyó mi deseo y desvió su mirada hacia donde estaba el cuerpo del funcionario asesinado.

—¿Desde cuándo trabajaba para Sampedro?

—No alcancé a cerrar ningún trato con él.

—La secretaria de Sampedro recuerda haber llamado varias veces a su oficina. ¿Qué quería Sampedro?

—Nunca lo supe.

—No embrome, Heredia. Trato de ser amable.

—Si quiere invento una historia de terror —dije al tiempo que hacía un gesto de indiferencia.

—¿Por qué no me quiere ayudar? —preguntó Fabra.

El brillo intenso de sus ojos me hizo pensar en la contenida ferocidad de una pantera.

—Sé un par de cosas que pueden ayudar en su investigación —dije—. Pero no se ilusione, apenas es una brizna en medio del viento.

—Escucharé con atención lo que tenga que decirme.

—¿Podemos ir a otra parte? El aire de las oficinas públicas afecta mis bronquios.

—Donde usted quiera —respondió, sonriendo por primera vez.

—Deseaba conocerlo. Son tantas las cosas que Cardoza y otros colegas suelen hablar sobre de usted —dijo Doris Fabra, antes de hacer una pausa para encender un cigarrillo y observar lo que ocurría a su alrededor.

Habíamos salido del Servicio de Inversiones Públicas y estábamos en una cafetería que tenía quince o veinte mesas ordenadas frente a una gran pantalla de televisión. Ella había replegado su dureza y era evidente su intención de ganar mi confianza en un asunto que intuía complejo y sin respuestas inmediatas.

—¿Cosas buenas o malas?

—Sumando y restando, diría que usted obtiene un saldo a favor.

—Es mejor no creer todo lo que se dice —dije, y enseguida, sin darle tiempo a refutar mi comentario, pregunté—: ¿Desde cuándo es policía?

—El próximo mes cumpliré ocho años de servicios. Siempre quise ser detective. De niña leía las noticias policiales de los diarios y coleccionaba las que me parecían más interesantes de recordar. Después, en el liceo, me aficioné a las novelas de Perry Mason y Edgar Wallace. Siempre me atrajeron los motivos existentes tras un crimen. Mis padres quisieron evitar que me hiciera policía, pero no pudieron. Ahora ya lo ven como una actividad normal y además, mi esposo también es detective.

—¿Esposo?

—¿Por qué se sorprende? Que porte arma y pueda golpear a cualquier macho abusivo no me resta atractivos. ¿Usted qué opina?

—Bueno, como diría Ifigenio, un detective mexicano amigo, su esposo y yo tenemos el mismo gusto, pero no la misma fortuna.

Doris Fabra sostuvo mi mirada y esbozó una sonrisa coqueta.

—Entre las cosas que se dicen de usted hay muchas relacionadas con mujeres. ¿Pensaba añadir una mujer policía a sus conquistas?

—Mi vida sentimental tiene la gracia de un hueso seco.

—No es lo que he escuchado decir —agregó Doris Fabra, y luego de probar el café que habíamos pedido, agregó—: Sin embargo, creo que es hora de hablar de lo único que nos une.

—Sampedro deseaba investigar algo relacionado con préstamos al interior de su oficina —mentí.

—¿Préstamos? ¿Qué clase de préstamos?

—No quiso darme detalles por teléfono.

—Supongamos que Sampedro discutió con un prestamista, y éste decidió cobrar la deuda a puñaladas —comentó Doris Fabra.

—No es mala hipótesis.

—Es una pésima hipótesis, Heredia. Los prestamistas quieren llenar sus bolsillos de dinero, no de sangre.

—Siempre hay una excepción a la regla.

—Aun así, creo que el tema del prestamista no es lo esencial.

—Entonces piense en otro móvil —dije aparentando que restaba importancia al

asunto.

—Parece interesado en alejarme de su lado.

—Se equivoca. Lo que más deseo es tenerla cerca, lo más cerca posible.

—¿Me ha dicho todo lo que sabe?

—Mi relación con Sampedro se limitó a una llamada telefónica.

—Por ahora voy a creer en sus palabras.

—¿Puedo volver a mi oficina?

—¿Pretende seguir investigando? Cardoza me dijo...

—Parece que nuestro amigo Cardoza se ha puesto muy locuaz desde que engorda sus nalgas tras un escritorio.

—Dijo que existiendo un muerto, usted estaría interesado en meter sus narices en el caso.

—Aunque Sampedro no llegó a ser mi cliente, quisiera dar una par de vueltas más al asunto.

—Procure no entorpecer mi trabajo —agregó ella, recuperando el tono autoritario esgrimido a su llegada a mi oficina—. Estaré en contacto con usted por si llega a averiguar algo que nos sirva para resolver el asesinato.

—Podemos ser amigos y juntarnos a comentar el caso que nos interesa.

—No acostumbro a compartir mis pesquisas con personas ajenas a la policía.

—Es lo que solía hacer con Cardoza, y antes con Dagoberto Solís, un buen policía del que usted debe haber oído hablar en más de una oportunidad.

—¿Conoció a Dagoberto Solís? Tengo recortes de algunos de sus casos más célebres.

Más tarde, después del café y de recordar algunas de mis anécdotas junto a Dagoberto Solís, acompañé a Doris Fabra hasta su vehículo. Antes que éste se pusiera en marcha, ella bajó el vidrio de la ventana y agitó una de sus manos a modo de despedida.

¿Por qué había ocultado información a Doris Fabra? La pregunta me acompañó hasta que entré al *City* y me acomodé junto a una de sus mesas, lejos de las miradas de los demás clientes del bar. Pedí una copa de vino tinto y sin probar su contenido la dejé junto al pocillo con maní y aceitunas que uno de los mozos había dejado sobre la mesa. ¿Por qué deseaba seguir investigando? La pregunta se repitió en mi mente y no encontré ninguna respuesta razonable. Detestaba dejar los casos inconclusos y algo en mi interior me exigía hacer algunas preguntas y averiguar lo sucedido en el archivo del Servicio de Inversiones Públicas. Mi curiosidad quedaría satisfecha y por algunos días tendría algo de qué preocuparme.

La impresión de estar siendo observado me apartó de mis pensamientos. Miré a mi alrededor y vi que desde una de las mesas vecinas se acercaba un hombre de mediana estatura, algo macizo y con cierta pereza en sus movimientos. Bordeaba los sesenta años y en sus hombros parecía concentrarse el desgano o los efectos de una

tristeza reciente. Vestía pantalones negros y una casaca de gamuza. Intuí que lo conocía de alguna parte. Avanzó lentamente y cuando estuvo a mi lado apoyó sus manos en el respaldo de una silla.

—¿Usted es Heredia? —preguntó, seco.

Su voz tenía un acento extranjero.

—Yo soy —respondí indicándole la silla desocupada.

—Pepe Carvalho —dijo, ofreciéndome una mano firme, aunque algo pequeña—. Usted y yo ocupamos nuestro tiempo en lo mismo.

—He oído hablar de usted. Pero lo creía muerto.

—El que murió es Manolo Vázquez Montalbán, un amigo con él que solían confundirnos —agregó con cierta tristeza—. Yo sigo en el ruedo, aunque después de mi última aventura alrededor del mundo, no tengo el mismo entusiasmo de antes.

—Una pena lo de su amigo, me gustan sus novelas y creo haberlas leído todas desde que descubrí un ejemplar de *Tatuaje* en la Feria del Libro del Parque Forestal.

—No sabría decir de qué van esas novelas. Dejé de comprar y leer libros a comienzos de los años setenta, y desde entonces los quemo.

—Yo aún leo novelas y poesías. Además, colecciono citas literarias.

—Hace mal en coleccionar cosas. Al final todo se vuelve nostalgia, y de todas las enfermedades voluntarias que uno puede contraer, la más molesta es la nostalgia.

—Su cita de Vázquez Montalbán es inexacta —comenté, y enseguida, sin querer discutir su última afirmación, pregunté—: ¿Desea beber algo?

—Llevo una hora esperándolo, y desde entonces he estado bebiendo ese trago que aquí tanto celebran. ¿Pisco sour? Demasiado limón y azúcar para mi gusto.

—También para el mío.

—Pediré un *whisky*.

—Está algo lejos de su casa. ¿Qué hace en Santiago?

—Acompaño a un cliente que viajó a la Patagonia en plan de negocios. Hoy, al mediodía, llegamos en avión desde Punta Arenas, y nos regresamos a Madrid esta noche. Había oído hablar de usted y me entró la curiosidad de conocerle. Busqué su nombre en la guía telefónica y decidí aprovechar la tarde libre. Fui a su oficina y un amigo suyo me indicó este bar. No está mal, aunque en Barcelona tenemos mejores.

—Después de las copas podemos comer. Aquí preparan un buen congrio a la plancha.

—No creo que el tiempo nos alcance para comer. Debo estar en el hotel en una hora más.

—Ni siquiera le apetecen unas empanadas de queso o un chacarero, el mejor bocadillo que puede probar en Chile. Algo simple y rápido.

—Amigo, o se come bien o mejor no se come.

—¡Lástima! También podría haberle mostrado la ciudad.

—No dramatice, Heredia. En una de esas vuelvo, o usted va a Barcelona y nos vamos de tapas por las Ramblas. Pero tiene que apresurarse en hacer ese viaje. Yo

voy para viejo y usted se ve maltrecho —dijo Carvalho, y luego de probar el *whisky* que acababa de dejarle el mozo sobre la mesa, preguntó—: ¿Cómo está el negocio para nosotros en Chile?

—Si por nosotros se refiere a los españoles, muy bien. A través de bancos, empresas telefónicas y otros negocios han vuelto a ser los dueños de medio país. En cambio, si al decir nosotros está pensando en los detectives privados, el panorama está jodido. Falta trabajo, y el que cae deja pocas monedas en los bolsillos.

—Vaya oficio el nuestro. ¿Usted cree que somos de alguna utilidad?

—«*Los detectives privados somos los termómetros de la moral establecida*».

—Me parece una frase conocida. ¿Y eso, a usted qué le parece?

—Usted la dijo en alguna parte, y es una buena frase.

—Pero no cree mucho en ella, ¿o me equivoco?

—A cierta edad uno ya no cree ni en lo que reza.

—Tiene humor, Heredia. Hice bien en buscarle —dijo el detective, al tiempo que alzaba su copa en un brindis—. ¡A su salud!

—¡A su salud, Carvalho!

—Si viaja a Barcelona, no olvide que tenemos una cita.

—No lo olvidaré. Ahora, antes que se vaya, cuénteme algo de Charo y Biscuter.

El detective hizo algunos recuerdos de sus amigos. Cuando se disponía a pedir el tercer *whisky*, miró su reloj y se dio cuenta que le quedaban pocos minutos para regresar al hotel, alistar su equipaje y esperar el auto que lo llevaría al aeropuerto. Nos dimos un apretón de manos y lo vi dejar el bar con la tristeza cargada en sus hombros. Pensé en acompañarlo hasta el hotel, pero no logré despegar mi trasero de la silla que ocupaba. Pedí la cuenta y dejé de pensar en el detective. En un papel escribí el nombre de Sampedro. Su cadáver seguiría en el archivo, esperando la orden de un juez para ser llevado al Servicio Médico Legal. ¿Qué hacía al momento de su muerte? ¿Quiénes eran sus amigos más cercanos? ¿Cómo había sido Sampedro? Llevé las preguntas hasta mi departamento, y una vez que estuve junto a mi escritorio, leí unos versos de José Ángel Valente: «*El tiempo pasa y no deja nada. Lleva, arrastra muchas cosas consigo. El vacío, deja el vacío...*».

## 6

Después de una siesta, de la que desperté con la sensación de caminar sobre una

cuerda floja, llamé por teléfono al Servicio de Inversiones Públicas. No fue fácil obtener el resultado esperado. Había escogido el horario de salida de los empleados y mis primeras diez llamadas al departamento de Recursos Humanos no tuvieron respuesta. Sabía lo que era eso por las conversaciones que a veces sostenía en los bares con empleados públicos que sacudían con una copa el hastío del día. Quince minutos antes del fin de la jornada, los funcionarios ordenaban sus materiales de trabajo, y a la hora justa, ni un minuto más ni un minuto menos, salían de la oficina sin importarles que tras ellos quedara un incendio o se estuviera muriendo la madre del jefe. A simple vista eso parecía algo negativo, pero tampoco nadie les pagaba las horas extras ni se apiadaba de ellos por el sueldo miserable que recibían.

Estaba a punto de perder la esperanza cuando logré comunicarme con una secretaria que esa tarde parecía no tener la prisa de sus colegas. Me hice pasar por amigo de Sampedro y ella me informó que los restos del funcionario serían entregados al otro día por el Servicio Médico Legal, que lo velarían en la Iglesia Santa Ana y luego sería trasladado al Cementerio General, a un nicho que Sampedro, con escaso optimismo, había adquirido tres años atrás. También me entregó la dirección del departamento donde había vivido Sampedro hasta el día de su muerte.

Los antecedentes y rumores que manejaba la mujer eran tan variados como la imaginación de sus informantes. Que había sido una riña de homosexuales o un suicidio. Que existía una desconocida mujer de traje rojo que entró al edificio sin identificarse. Que todos los funcionarios serían interrogados y aún no se sabía el nombre del sucesor de Sampedro. Cuando su verborrea comenzó a fastidiarme corté la comunicación con el alivio de un naufrago que consigue aferrarse a un madero.

—Detesto a los que ocupan cien palabras cuando pueden usar dos —dije a Simenon que estaba sentado sobre el escritorio.

El gato movió su cola y lanzó un maullido lastimero.

—No he olvidado tu comida —agregué, al tiempo que caminaba hacia la cocina.

El panorama dentro de la alacena era desolador. Media bolsa de arroz, tres bolsitas de té y una lata de atún. La caja de alimento para gatos estaba vacía, al igual que el frasco donde guardaba la sal.

—Una casa sin sal invita a la miseria. Al menos eso decía la mujer que cocinaba en el orfanato donde viví mis primeros años. Es peor que romper espejos, pasar bajo una escalera o cruzarse con un gato negro.

—Detesto el atún.

—Atún o nada. Atún o salir a recorrer las casas del vecindario. Tú eliges.

Simenon abandonó la cocina y rato después oí que se abría la puerta del departamento. Salí al pasillo. Anselmo estaba acompañado de una mujer vieja, que vestía delantal blanco y llevaba su cabellera atada a un moño.

—La señora Adelita —dijo, indicando a la mujer—. Es enfermera y viene a revisar tu herida.

—No es necesario. Me siento bien.

—Hay que obedecer las instrucciones del médico —dijo la mujer imponiendo su vozarrón dentro de la habitación.

La señora Adelita recorrió el departamento y una vez que estuvo en el dormitorio, me ordenó acostarme en la cama y sin mayor ceremonia procedió a sacarme la camisa. Con sus manos grandes descubrió el vendaje que cubría la herida y la escudriñó con la suavidad de un mamporro de Sonny Liston.

—Seca y limpia —comentó una vez finalizada la inspección—. Puede salir a bailar o subir una escalera.

Comenzaba a caer la noche cuando abordé mi auto y conduje hasta el departamento de Sampedro, ubicado en una calle próxima a la avenida Matta. La arteria conservaba su rostro de viejas iglesias y pequeños bares que por las tardes se llenaban de empleados y obreros que pasaban a beber cervezas a la salida de sus trabajos. En el angosto bandejón con árboles y escaños que separaba en dos la avenida, había parejas de enamorados y niños que jugaban a la pelota o paseaban en bicicleta. Cuando deseaba apartarme de la Estación Mapocho y sus alrededores, caminaba por esa avenida hasta encontrar un boliche donde beber una copa de vino y oír a los parroquianos comentar las noticias del día. Y cuando deseaba hundirme en las cunetas más profundas llegaba hasta un cabaré en la esquina de la calle Portugal, donde una noche, siguiendo los pasos de un ratero de mala muerte conocí a Berenice, una muchacha embarazada que alternaba con los clientes a falta de otra ocupación en la cual ganarse unos pesos.

Al llegar a la calle San Francisco, doblé en dirección al sur. Minutos después me detuve frente al edificio donde había vivido Sampedro. Estacioné junto a una camioneta verde y caminé hacia la entrada de la construcción. Fue todo lo que conseguí avanzar, porque antes que presionara el timbre de la conserjería vi salir del edificio a la detective Doris Fabra.

—¿Trabajando horas extras? —pregunté, asombrado.

—Si tenía la intención de husmear, pierde su tiempo, Heredia. El departamento está siendo analizado por un equipo de expertos dactilares.

—Mala suerte. No siempre la bolita de la ruleta cae donde uno desea.

—¿Qué pensaba encontrar?

—Nada en particular. Quería saber dónde y cómo vivía Sampedro.

—El olor de su mentira se percibe a dos cuadras a la redonda.

—¿Qué puedo hacer para que me crea?

—Invíteme una cerveza y en lo que me demoro en beberla, usted tendrá la oportunidad de decir algunas verdades que me interesan. ¿De acuerdo?

—Una cerveza no hace mal a nadie —respondí, resignado a enfrentar un nuevo interrogatorio de la mujer policía.



—Deseaba obtener más información acerca de los préstamos —dije.

Mis palabras sonaron tan falsas como una moneda de cartón. Doris Fabra sonrió y dio una calada profunda al cigarrillo que fumaba. Estábamos en un bar de la avenida Matta y ninguno de los dos tenía ganas de abandonar el lugar. De un parlante adosado a una de las paredes brotaba la voz de Sandro, imponiéndose al ruido que hacían los clientes en sus mesas.

—Cardoza me advirtió que usted es de los que acostumbran a guardar ases bajo la manga —agregó la detective.

—Quiero saber por qué Sampedro terminó con sus tripas desparramadas en el archivo.

—Eso no es excusa para ocultar información —dijo Fabra y luego, sin querer ahondar en mi conducta, añadió—: Hemos atendido otros casos de usura en los servicios públicos y no es la primera vez que termina con una muerte. Hace unos meses asesinaron a una funcionaria que hacía préstamos en un hospital del sector sur de Santiago, y a raíz de algunos líos financieros se suicidaron un par de profesionales del Ministerio de Obras Públicas. Feo asunto el que tenemos, Heredia. Y la verdad es que no sé cómo seguir la investigación. Los interrogatorios a los funcionarios no aportaron nada, aunque ahora, con el antecedente de los préstamos, tal vez logremos descorrer algún velo.

—No apostaré mucho a eso. Los policías espantan a la gente.

—¿Usted cree que yo puedo asustar a alguien? —agregó Doris Fabra, esgrimiendo una sonrisa que acentuó el atractivo de sus labios.

—Tiemblo desde que la vi aparecer en mi departamento.

—Deje esos juegos de palabras para las bobas.

—Los funcionarios están presionados. Nadie quiere perder su empleo y terminar al borde de una vereda, vendiendo chucherías chinas o libros piratas. Para sobrevivir a veces es necesario aspirar los peores olores.

—¿Lo dice por experiencia propia?

—En algún momento todos recibimos nuestra dosis de patadas en el culo. Incluso los que están en el poder y se creen por encima de los demás.

—¿Qué piensa hacer?

—¿Quién pregunta? ¿La policía o la amiga?

—Da igual. Nada de lo que diga saldrá de nuestra mesa.

—Asistiré al sepelio de Sampedro. Me interesa conocer los rostros de sus compañeros de oficina.

—Voy con usted.

—Prefiero ir solo. Ya le dije que los policías espantan a la gente.

Nos separamos minutos después de la medianoche. Entré a mi auto y encendí un

cigarrillo. La noche estaba cálida y por la calle pasaban los últimos buses, repletos de empleados que regresaban de sus trabajos. No tenía ganas de regresar a la oficina. Sentía apetito y en la alacena del departamento solo encontraría la lata de atún en aceite despreciada por Simenon. Puse en marcha el vehículo y al llegar a la esquina de las calles Matta y Portugal divisé un negocio de comidas que permanecía abierto. Estacioné a espaldas de un camión cargado con tambores de aluminio y caminé hasta el lugar. Pedí un trozo de pollo asado, papas fritas y una bebida. No había más clientes en el boliche que era atendido por un hombre grueso y moreno. Le pregunté por la hora de cierre y se limitó a indicarme un letrero que decía: Abierto las 24 horas del día. Aparté las papas y comí el pollo. Luego pagué la cuenta y regresé al auto. En el espejo retrovisor reconocí la imagen de un hombre que desconocía la finalidad de sus próximos pasos. Me recliné por haber dejado ir a Doris Fabra. Necesitaba conversar con alguien, oír una voz, saber que mis palabras tenían sentido más allá de mis pensamientos. Pero no tenía a nadie a quien recurrir. La ciudad cerraba sus puertas y se volvía más oscura, reconcentrada en sus miserias. Di contacto al motor, mientras pensaba en un poema de Pablo Neruda: «*Y aquí estoy yo, brotado entre las ruinas, mordiendo solo todas las tristezas...*».

## 8

Una mujer avanzó unos pasos hasta quedar junto al féretro y desplegando unas cuartillas comenzó a hablar de Sampedro y su trabajo en el Servicio de Inversiones Públicas. Recordó el año en que había ingresado a la institución, sus ascensos hasta llegar a ocupar el cargo que desempeñaba hasta el día de su muerte y terminó diciendo que el finado dejaba un vacío imposible de llenar en la institución. Todos los presentes escucharon con atención, salvo un hombre alto y rubio que se mantenía alejado de la gente, resguardado a la sombra del único árbol que había en varios metros a la redonda.

Observé detenidamente a los presentes en el sepelio. Rostros apenados, simples, en su mayoría marcados por el paso de los años. Cuando el ataúd fue depositado en el nicho, me alejé del cortejo y comencé a caminar hacia la salida del cementerio. No fui el único. Minutos más tarde, frente a la puerta del campo santo, volví a ver al hombre rubio. Estaba en una parada de buses y luego de consultar su reloj cruzó la calle en dirección al restaurante *Santa Rosa de Pelequén*. Entré al bar y seguí sus pasos hasta llegar a un mesón atestado de jarrones. Pidió una copa de vino y yo hice

lo mismo. Tuve la impresión que el hombre estaba agobiado por las alternativas del reciente sepelio.

—Lo vi en el funeral de Sampedro —le dije, después de simular que bebía un sorbo de vino.

El hombre dio un paso hacia atrás y me miró como estudiando la posibilidad de una agresión.

—Sí, vengo del cementerio —respondió sin mayor entusiasmo—: ¿Cómo me reconoció entre tanta gente que despidió al colega?

—Usted y yo éramos los únicos que estábamos apartados del grupo.

—Detesto los funerales. Siempre, a última hora, alguien toma la palabra y dice un discurso cargado de lugares comunes, mientras el resto de la gente conversa de cualquier cosa. Por eso espero que nadie haga discursos el día de mi entierro.

—¿Era amigo de Sampedro?

—Entramos a trabajar en la misma fecha. Tres de mayo del año 1975. Compartimos oficina y al poco tiempo descubrimos que teníamos una sensibilidad política similar. En esa época había ciertos temas que no se podía hablar abiertamente. Cualquier palabra en contra de la dictadura era motivo de despido o de algo peor. Había que andar con pies de plomo. Nos obligaban a comprar los libros de Pinochet y concurrir a las ceremonias de celebración del golpe militar. La corrupción dentro y fuera del servicio andaba al ritmo de las marchas militares y los periodistas obsecuentes hacían la vista gorda con los negociados de los milicos y sus compinches.

—Pocos recuerdan esas cosas, pero entonces era el pan de todos los días. En los últimos años nos han robado la memoria y la ilusión.

—No a todos, amigo. No a todos. Mientras sepultaban a Sampedro no pude evitar acordarme de esa época en la que ocupamos todas nuestras energías en sobrevivir. Por eso me duele la forma en que murió Sampedro —dijo, y enseguida, como arrepentido de sus palabras, preguntó—: ¿No le molesta que hable de estas cosas?

—Lo estoy escuchando con atención —respondí para tranquilizar al hombre.

—Me llamo Julián Alderete —agregó.

—Heredia. Fui compañero de liceo de Sampedro.

—¿Heredia? No recuerdo que Sampedro lo mencionara entre sus amigos. Además, usted se ve más joven que él.

—Nos veíamos con poca frecuencia —respondí.

—Un hombre como Sampedro merecía otro final.

—¿Qué piensa de su asesinato? La última vez que hablamos mencionó un asunto de préstamos al interior de su oficina.

—Su problema eran ciertas cuentas que venía revisando en los últimos meses —dijo Alderete, y enseguida, como arrepentido de sus palabras, agregó—: Pero no me haga caso, la rabia me hace imaginar cosas.

Observé a Julián Alderete y decidí ser sincero con él.

—La verdad es que con Sampedro nunca fuimos compañeros de liceo. Soy detective privado.

—¿Detective privado? ¿Un soplón de los tiras?

—Trabajo por la libre. Puede ver mi nombre en la guía de teléfono o ir a mi oficina cuando guste.

—No me gusta que jueguen conmigo —dijo Alderete.

—Le diré lo que sé y luego usted decide si confía o no en mí —dije y comencé una rápida reseña de mi relación con Sampedro hasta el día de su muerte.

—No sé si creer en sus palabras.

—Hagamos un trato —propuse al advertir que no era fácil ganar su confianza—. Si cree saber algo que puede ser importante para descifrar el asesinato de su amigo, averigüe quién soy y lo que hago. Después de eso, estoy seguro que deseará seguir conversando conmigo.

—Se acerca, hace preguntas, dice ser detective privado. No, señor, a tipos como usted los conocí muy bien en la época de la dictadura. Hienas con piel de cordero.

—Al menos, concédame el beneficio de la duda.

Alderete consideró mi propuesta un instante, y luego, como apremiado por el fuego de un rayo, vació el contenido de su copa y dejó un billete de mil pesos sobre el mesón.

—No converso con soplones —agregó, dando un par de zancadas hacia la salida del bar.

Le dije adiós a mi copa de vino y salí a la calle con la esperanza de alcanzar al funcionario y hacerlo entrar en razón. No tuve suerte. Alderete parecía haberse esfumado en el aire o entre el enjambre de florerías existente en los alrededores del cementerio. Era evidente que entre él y Sampedro había existido algo más que una amistad de oficina, superficial, impuesta por la circunstancia de un horario en común. Tendría que armarme de paciencia, insistir con Alderete y ubicar a otros compañeros de Sampedro que estuvieran dispuestos a hablar.

—He perdido talento para conversar con la gente —me dije mientras caminaba hacia el estacionamiento donde había dejado mi auto—. Tiempo atrás habría sabido tratar al hombre rubio.

—Puedo hablar de nuevo con él. Sé su nombre y dónde trabaja.

—Te dará con la puerta en las narices —me respondí.

Al día siguiente conversé con otros funcionarios del Servicio de Inversiones Públicas. Arriesgándome a provocar la ira de Doris Fabra, me hice pasar por su ayudante y conseguí interrogar a cuatro secretarías, dos contadores y un abogado que habían trabajado con Sampedro en la elaboración de contratos destinados a adquirir servicios computacionales y asesorías en capacitación del personal. Como era de esperar, todos elogiaron al finado y hablaron de su fidelidad a la institución donde había encontrado un espacio para su desarrollo profesional. Sampedro era soltero y tenía sesenta años al momento de su muerte. Pero aparentaba menos edad y su aspecto era el de alguien que cuidaba su salud. Los entrevistados consideraban que era un hombre de hábitos sostenidos. Diariamente, trotaba treinta minutos, vestía su traje gris y se dirigía al trabajo en un radio taxi que lo pasaba a buscar al departamento donde vivía desde hacía más de veinte años. Llegaba de los primeros a la oficina y leía el diario mientras bebía una taza de té que él mismo preparaba. Al parecer no tenía enemigos en el trabajo, o estos, dadas las circunstancias de su muerte, mantenían un cauteloso silencio. Su único familiar era una hermana mayor, a la que invariablemente visitaba los domingos, después de asistir a la misa del mediodía y pasar a comprar los pasteles destinados a la sobremesa. Cuando quise avanzar en mis averiguaciones acerca de los préstamos descubrí que era algo de lo que la mayoría prefería callar. Tan solo Silvia Huerta —su secretaria— reconoció que participaba durante el año en un grupo de ahorro colectivo. Los ahorrantes ponían mensualmente una cantidad de dinero en un fondo que era asignado a una de las personas del grupo. Una práctica común entre los empleados y que según la secretaria, en diez años solo se había visto alterada por la muerte de un funcionario que luego de recibir su cuota al inicio del año, había tenido la poca delicadeza de morir de un ataque al corazón. Sampedro era el encargado de cobrar el dinero y entregarlo a la persona que le correspondía recibir la bolsa del mes. Nunca había dado motivos de quejas en el desempeño de este trabajo y sus colegas lo consideraban un hombre ordenado, que mantenía en reserva su vida fuera de la oficina y cuya única afición reconocible era la ópera y la lectura. Su despacho carecía de adornos. De una de sus paredes colgaba la foto del presidente de la República y un cartel que decía: Prohibido fumar. El resto tenía la frialdad avejentada de cualquier oficina pública, sin ningún objeto que revelara la personalidad o los gustos de Sampedro.

Silvia Huerta me permitió revisar la caja de cartón donde había guardado las pertenencias de Sampedro encontradas en su escritorio. La caja esperaba a que la hermana de Sampedro fuera en su búsqueda, y ocupaba un reducido espacio dentro de un armario, junto a una pila de diarios, varias resmas de papel y una impresora de computador en desuso. El contenido carecía de interés. Seis libros de esoterismo o de prédicas seudoreligiosas que Sampedro compraba para ayudar a una colega de oficina, antiguas cartolas de su cuenta bancaria, folletos turísticos, una cinta de papel para calculadora, tres cuadernos donde llevaba un riguroso recuento de los trabajos realizados en los últimos años, un breve manual para aprender inglés y una corbata

verde que conservaba el envoltorio de la tienda donde la había comprado. Pocas cosas y ninguna que arrojara alguna luz sobre su inesperado final. Revisé su agenda de los últimos dos meses y salvo que la secretaria me hubiera engañado, todas sus reuniones tenían que ver con sus funciones.

Salí del despacho sin vislumbrar el menor atisbo de luz al final del túnel. Me despedí de Silvia Huerta y caminé hasta el ascensor. Más tarde llamé a Doris Fabra desde mi departamento. La detective se notaba de buen humor. Había investigado la relación de Sampedro con una compañera de trabajo cuyo nombre no quiso revelar y que había terminado dos años atrás, después que Sampedro se negara a hacer público el romance.

—Tenía su pequeño arcón de misterios —comenté una vez que escuché el informe.

—Hombre al fin y al cabo —respondió Fabra, con un tono irónico en su voz.

—La amante de Sampedro podría tener alguna pista respecto a quiénes fueron los asesinos.

—Ya la interrogamos y no sacamos nada en limpio. Hace tiempo que no se trataban. En algún momento de la relación, exigió a Sampedro que se casaran, y él se negó. Ella piensa que pudo tener un matrimonio oculto, del que no podía o no quería deshacerse.

—¿Y qué pasa con la hermana?

—Poco y nada. Sufre una artritis severa que la mantiene encerrada en su departamento. Es viuda y vive con una sobrina. Sampedro le pasaba algo de dinero todos los meses. Por supuesto que todo lo que sabe de su hermano es lo que él mismo le contaba. No se explica quién pudo hacerle daño.

—Nuestro hombre sigue siendo un enigma —dije, y enseguida, dispuesto a continuar sonsacando información a la detective, pregunté—: ¿Qué encontró en el departamento?

—Nada de interés.

—Nada, nadie, nunca. Tanto misterio comienza a fastidiarme.

—No sería el primer caso sin resolver.

—Su interés no parece ser el mismo de hace unos días.

—Tengo más homicidios que investigar, Heredia. No puedo darme el lujo de colocar todos mis huevos en una misma canasta.

—No, claro que no —dije y a continuación le pregunté por el resultado de la autopsia.

—Primero lo apuñalaron y luego fue estrangulado con un alambre. El alambre estaba en el archivo desde hace una semana. Formaba parte del material que están usando unos maestros para cambiar las instalaciones eléctricas del lugar. Y usted, Heredia, ¿averiguó algo interesante?

—Sampedro era un tipo solitario, al que le gustaba la ópera —respondí, recordando los muchos palos de ciego que había dado durante el día.

—¿Debemos sospechar de Rigoletto o Madame Butterfly?

Minutos después, a solas y aún molesto por el último comentario de Doris Fabra, saqué del escritorio la botella de *whisky*. Busqué hielo en la cocina y sin pensarlo dos veces comencé a llenar una copa. El líquido salió por el gollete y cayó sobre los hielos que se cubrieron de un color ambarino. Mi lengua parecía pegada al paladar y desde lo más profundo de mi vientre surgía el deseo imperioso de beber. El aroma del *whisky* me recordó que llevaba varias semanas de abstinencia. Probé un sorbo y con la copa entre las manos me acerqué al balcón de la oficina. El anaranjado atardecer me provocaba un placer comparable al que sentía frente al mar o a una pintura de mis artistas favoritos. Desde la altura observé a Panchulo, uno de los vagos más antiguos del barrio, dormitando sobre un improvisado colchón de diarios. Probé otro sorbo de licor y vertí el resto sobre un macetero en el que sobrevivía un cactus, redondo y gordo como pelota de tenis.

## 10

Hice un nuevo intento para conocer el lugar donde había vivido Sampedro luego de desayunar con Anselmo. Un mayordomo, anciano, malas pulgas y algo sordo, me recibió a la entrada del edificio y condujo hasta el departamento sin interesarse mucho en la historia que le conté acerca de mi supuesto trabajo policial. En el trayecto comentó que los detectives del laboratorio de criminalística habían concluido su inspección del lugar y que la hermana de Sampedro le había encomendado limpiar las habitaciones. Cuando llegamos a nuestro destino, abrió la puerta y se quedó junto a la entrada farfullando algunas maldiciones en contra de la curiosidad de los policías que insistían en perturbar la tranquilidad del edificio. En el departamento reinaba un silencio de museo. Descorrí las gruesas cortinas que cubrían las ventanas y a la luz del sol pude apreciar el aspecto de la sala. Me llamaron la atención una mesa de comedor barnizada de un tono caoba y dos sillones de cuero. El resto del amoblado estaba compuesto por una vitrina repleta de porcelanas y una biblioteca con una serie de tomos empastados en su interior. En un rápido vistazo a los libros descubrí las biografías de Mario del Mónaco, María Callas, Mireya Freni, José Carreras y seis ediciones diferentes de *Lolita*, la novela de Nabokov.

Después recorrí las otras habitaciones. El dormitorio, una cocina pequeña, un baño y una pieza que servía de estudio. Todas lucían ordenadas y limpias. Volví a revisarlas con más detención y enseguida me senté frente al escritorio de Sampedro.

Sobre la cubierta vi un cuadernillo de hojas anaranjadas. En la mayoría de las hojas, el funcionario había dibujado rombos, circunferencias y rectángulos.

El escritorio poseía dos cajones laterales que se abrieron apenas tiré de sus manillas doradas. Los cajones tenían varios compartimentos, ocupados por una singular y ordenada colección de bolígrafos, gomas de borrar, clips, papeles autoadhesivos y sellos postales usados. En uno de ellos encontré una libreta negra con el nombre de Sampedro grabado en la tapa. Parecía una agenda, pero al revisar sus páginas descubrí un diario de vida en el que Sampedro anotaba pensamientos y recordatorios de sus actividades. «Reservar pasajes aéreos a Buenos Aires». «Llamar al señor Gutiérrez y preguntar por el costo del terreno en el sur». «Comprar libros de Brian Aldiss». Cosas de ese estilo, acompañadas de anotaciones que daban cuenta de su estado de ánimo. «He sobrevivido un día más a la farsa y no estoy orgulloso de ello». «Gasto mi vida frente a un escritorio, pendiente de asuntos ingratos, sin atreverme a romper las ataduras, hastiado». «¿De qué sirve quejarse? El temor me ha impedido ser feliz». Mientras pensaba en el sentido de las frases, oí ruidos de pasos, cerré la libreta y la guardé en mi chaqueta.

—Los otros policías revisaron el escritorio y no encontraron nada que les llamara la atención —escuché que decía el mayordomo a mis espaldas—. Aunque tal vez sea una exageración de mi parte decir que revisaron. Abrieron los cajones y los cerraron en un dos por tres. Pacotilleros. Nuestro país está lleno de pacotilleros que hacen mal sus trabajos. Policías, fontaneros, electricistas. Todos están cortados por la misma tijera. Un vistazo, amarrar algo con un alambrito y a cobrar.

—Por eso pensé que no estaría de más dar una nueva mirada —respondí.

—Dudo que al finado le hubiera gustado que un extraño registrara su escritorio.

—¿Sampedro solía recibir visitas? —pregunté para evitar que el mayordomo siguiera con sus comentarios.

—En los dos últimos meses solo vino a verlo la muchacha que cuida de su hermana. Fue una vez que el señor Sampedro estaba agripado y no pudo ir a su acostumbrada visita de los domingos.

—¿Eso es todo? ¿Pasaba algunas noches fuera del departamento?

—Solía viajar algunos fines de semana. Al parecer por asuntos del trabajo. No comentaba el motivo de sus viajes, y solo en una oportunidad dijo que iba a Buenos Aires, a escuchar a un famoso cantante lírico.

—¿Venía a verlo alguna amiga, novia o amante?

—No lo recuerdo —dijo el mayordomo de mala gana, y luego de una pausa que empleó para recuperar el aliento, preguntó—: ¿Va a seguir revisando? Tengo otros asuntos que atender. No puedo perder toda la mañana con usted.

—No por ahora —respondí, observando por última vez la habitación.

El viejo limpió su nariz con un pañuelo pringoso y enseguida comenzó a correr la cortina de la única ventana existente en el estudio. Por un segundo, pensé que el hombre mentía respecto a las visitas que recibía Sampedro.



Salí del edificio y después de caminar un par de cuadras entré a un café. Pedí un cortado y me acomodé junto a una mesa. El lugar tenía aspecto juvenil, con afiches de artistas colgados de las paredes pintadas de colores fuertes y chillones. Puse la libreta de Sampedro sobre la mesa y comencé a leer su contenido.

«A veces, por las mañanas, tengo deseos de llorar y de salir corriendo de la oficina —había escrito ocho semanas atrás—. Mi imagen en el espejo me hastía. Me baño, y a medida que me visto, cubro mi ánimo de resignación. La camisa blanca, la corbata azul, el pañuelo bien planchado, mi mejor sonrisa para enfrentar el resto del día». «Tengo miedo, después de tantos años, y a mi edad, tengo miedo —escribía doce días antes de su muerte—. Me dejé presionar. No debí hacerlo y ahora debo pensar en cómo salir del entuerto. Quizás mi muchacha *Betty's* tiene razón. Es un problema pasajero y nadie sospechará de mí».

Cerré la libreta y miré hacia la puerta. Desde la radio ubicada en un rincón del café llegó en mi auxilio la voz de Charly García: «*Yo no voy a correr, yo no voy a correr ni escapar de mi destino, yo no pienso en peligro*». Volví a guardar la libreta en la chaqueta, apachurré el cigarrillo en el cenicero y recordé a Silvia Huerta.

Antes de visitar a la secretaria, pasé a mi departamento para alimentar a Simenon. Pero no llegué muy lejos con mis planes. Me esperaban dos sorpresas. La primera era la torta de mil hojas que Anselmo había dejado sobre el escritorio, acompañada de una tarjeta que Simenon olfateaba con curiosidad, a la espera de que alguien llegara a repartir la torta.

—Durante todo el día jugué a olvidar la fecha de hoy —dije al gato que movía su cola con evidente satisfacción.

—Cuarenta y ocho años se cumplen una vez en la vida —comentó Simenon.

—También cincuenta, sesenta y ciento ocho. Procura ser más original.

—Quería darte un poco de aliento. No debe ser fácil comenzar a mirar la vejez cara a cara.

—Hay cosas peores que cumplir cuarenta y ocho años.

—La lepra, la peste bubónica y el escorbuto. ¿Qué prefieres, contar hacia adelante o hacia atrás?

—¿Cuál es la diferencia?

—En el primer caso el optimismo, en el segundo, la resignación. ¡Feliz cumpleaños, Heredia!

Recibí la segunda sorpresa después de servir un trozo generoso de torta a Simenon. Llegó con el sonido del teléfono y la voz de Doris Fabra al otro lado de la línea.

—¿Tiene unos minutos para conversar? —preguntó.

—Estoy en medio de una pequeña celebración —respondí y luego, cuando capté la respiración agitada de la detective, pregunté—: ¿Sucede algo?

—Ignoro si hago lo correcto. No debería llamarlo, y sin embargo...

—¿Cuál es el problema?

—Necesito conversar con alguien.

—¿Acaso su esposo no tiene oídos?

—Prefiero no discutir mis casos con él.

—El viejo Heredia tiene más paciencia.

—Usted me inspira confianza.

—Puedo ofrecerle un trozo de torta y algo de café. Lo demás lo podemos ir viendo en el camino. Soy un buen acompañante de mujeres solas.

—No se haga ilusiones, Heredia. Tan solo quiero conversar.

—Usted es la que trata de ver bajo el agua. Pensaba en un trago y algunos cigarrillos.

Los ojos de Doris lucían apagados y sus ojeras eran profundas. Parecía alterada, como si en su interior estuviera a punto de reventar una bomba de tiempo. Observó el aspecto de la oficina y al ver la torta sobre el escritorio esbozó una sonrisa desganada.

—Traté de obviar la fecha, pero ya ve, el departamento se llenó de invitados.

—De haberlo sabido, le traía un regalo.

—¿Quiere un trozo de torta, o está a dieta?

—¿Cree que necesito dieta?

—Tiene todas sus presas en el tamaño y peso perfecto, detective Fabra —dije, al tiempo que servía un trozo de torta en un platillo.

—¿Debo darle las gracias? Parece el piropo de un carnicero.

—Los piropos no son mi fuerte.

—¿Qué piensa acerca de la muerte de Sampedro? —preguntó después de recibir el trozo de torta y la taza de café que le serví.

—Sigo tan confundido como al comienzo.

—¿Seguro que Sampedro no le dijo algo más de lo que ya hemos conversado?

—Nada. No le he ocultado nada.

—Confieso que no sé seguir adelante con el caso. Un muerto, ningún testigo, un motivo difuso.

—¿No le enseñaron que un detective debe ser paciente?

—Estoy asustada y por eso recurro a usted. Es la primera vez que tengo un caso bajo mi exclusiva responsabilidad. Mentía cuando antes le dije que tenía otros homicidios por investigar. He dado miles de peleas para recibir el mismo trato que mis colegas varones, y tengo miedo de fracasar.

—Mi primer consejo es que se olvide del asunto hasta mañana. Relájese, coma su torta y piense en otras cosas. Hace bien tomar distancia de las preocupaciones.

Doris Fabra asintió con un leve movimiento de hombros. Luego volvió a mirar la oficina, lentamente, como queriendo develar los enigmas ocultos en sus rincones.

—¿Puedo tutearlo? —preguntó.

—Ninguna ley lo impide.

—Quiero hacerte una pregunta. Es algo personal y no quisiera meterme en tu vida sin permiso.

—Adelante, no siempre conozco policías preocupados por el efecto de sus preguntas.

—Eres un hombre oscuro, Heredia. Siempre a la defensiva, siempre atento a dar un paso hacia atrás cuando alguien pretende estar a tu lado. Rehúyes de los afectos como un perro lo hace del fuego. ¿Has sido feliz alguna vez, Heredia?

La pregunta me tomó de sorpresa. Miré hacia la puerta de la oficina, esperando que alguien entrara en ese momento y me librara de hilvanar una respuesta.

—Si no quieres responder, me lo dices y hasta aquí llegamos con el tema.

—La felicidad es un rostro que desaparece en la niebla —comencé a decir—. Quizás fui feliz en el vientre de mi madre o hasta el día que ella murió. Tenía cinco años. El único recuerdo que tengo de ella es una foto que me entregó uno de los cuidadores del orfanato donde crecí. Se llamaba Mercedes. Solo conozco su nombre, la fecha en que murió y el sitio del cementerio donde está sepultada. De niño inventé

historias acerca de esa madre fantasmal. Todos hacían lo mismo en el orfanato. Mentiras inocentes, pero mentiras al fin al cabo. Algunos de mis compañeros habían sido abandonados y soñaban con que un día sus madres vendrían por ellos. Yo ni siquiera tenía esa esperanza. Hasta que cumplí siete años, una o dos veces al semestre, recibía la visita de una señora que pertenecía a un grupo de ayuda social. Se llamaba Adriana. Me traía dulces y algo de ropa. Un día me contó que su esposo debía ir a trabajar al extranjero. Nunca volví a verla.

Hice una pausa para encender un cigarrillo. Desde la calle llegó el sonido estrepitoso de una bocina. Cerré los ojos.

—Años después, cuando ya estaba instalado con la oficina de investigaciones, averigüé el lugar del cementerio donde está enterrada mi madre. Suelo llevarle flores.

—No debí preguntar, disculpa —dijo Doris Fabra, interrumpiendo mis recuerdos.

—Ahora puedo hablar del dolor que me provocó su ausencia. He aprendido que la felicidad absoluta no existe. Podemos vivirla a chispazos, en instantes que más tarde recordamos con más intensidad de lo real. Pero, en fin, no quisiera aburrirte.

—Hice una pregunta y te estoy escuchando.

—Supe que mi destino era la soledad desde que acepté la ausencia de mi madre. Tengo cuarenta y ocho años, y aunque quiero pensar de otra manera, no lo consigo. Los afectos son como peces difíciles de atrapar. Los tomo, palpitan en mis manos y luego escapan y me dejan con las manos vacías. Cierta vez conocí a una muchacha: Griseta. Llegué a pensar que era el único y definitivo amor del que habla Hemingway en una de sus novelas. Me equivoqué. El resto, esos romances que mencionaste el otro día, han sido tan efímeros como los colores del arco iris. También hay otras penas, tanto o más profundas. En mi adolescencia creí que mi vida sería de otra manera, y sin embargo, todo cambió de golpe. Dejé de ver a mucha gente que apreciaba; los días se llenaron de sombras y el miedo llegó a tocar a mi puerta. El país dejó de ser lo que era. Me puse triste.

—Las cosas pueden cambiar. Tienes mucha vida por delante —dijo Doris.

—Sí, la gente suele pensar que es así, pero a mí no me seduce el futuro. Aprendí que debo aceptar la vida que me tocó y punto. A la hora de los balances siempre obtengo un saldo favorable —dije, y sin ganas de ahondar más en mis sentimientos, pregunté—: ¿Quieres más café?

—He sobrepasado mi dosis habitual y por la noche me costará dormir.

—Nada es gratis en esta vida, Doris. Ni siquiera los recuerdos ajenos.

Doris Fabra se fue pasada la medianoche. La acompañé hasta donde había dejado estacionado su auto y luego recorrí el barrio, sin otra expectativa que esperar la llegada del amanecer con la tranquilidad de haber sobrevivido un año más. Me detuve a fumar un cigarrillo en la esquina de Aillavilú y Bandera. Las veredas estaban iluminadas por las luces de un cabaré del que vi salir a media docena de oficinistas pasados de copas. El quiosco de Anselmo estaba cerrado y supuse que mi amigo andaría en alguna de las citas que concertaba con la esperanza de conocer a la mujer de sus sueños. Aplasté el cigarrillo contra el pavimento y caminé hacia la entrada de mi edificio, cuidando de no molestar al borrachito que intentaba conciliar el sueño a un costado de la puerta. De regreso a la oficina, tomé a Simenon entre mis brazos y escuché un disco de Chet Baker hasta que el cansancio guió mis pasos hacia la cama. Me arrojé bajo las frazadas y por unos segundos, antes de cerrar los ojos, pensé en Griseta y su cabellera roja.

A la mañana siguiente, apenas el Servicio de Inversiones Públicas abrió sus puertas, me dirigí a la unidad donde trabajaba Silvia Huerta. Me reconoció apenas asomé mi nariz en su habitáculo repleto de carpetas, timbres y plantas. En una de sus manos sostenía un espejo, en la otra, un lápiz labial.

—Usted es el policía que vino antes. Me llama la atención que siempre anda solo, y en cambio sus colegas vienen de a dos o tres a la vez —dijo—. Deme unos segundos para ordenar mis cosas y lo atiendo.

La mujer observó sus labios en el espejo, guardó sus implementos de belleza y ordenó una carpeta que estaba sobre el escritorio. Enseguida, ajustando sus anteojos sobre la nariz, me brindó la más suave de sus sonrisas.

—Dígame, ¿en qué puedo ayudarlo esta vez?

—A ciencia cierta no lo sé. Sigo investigando la muerte de Sampedro y no encuentro una razón que explique su asesinato.

—Pobrecito mi jefe. Cada día lo extraño más. Aún no sabemos quién será su reemplazante y los colegas están algo inquietos. Los cambios provocan tanta incertidumbre.

—¿Solía discutir con sus colegas? Cuando lo vine a ver, el día antes de su muerte, me pareció que estaba en medio de una reunión algo caldeada.

—A veces tenía algunos cambios de opiniones con otros jefes, pero nada del otro mundo.

—¿Tenía buenas relaciones con su jefe?

—No sé si deba contestar esa pregunta.

—Descuide, todo lo que me diga quedará entre nosotros.

—Se venían conociendo, y supongo que a ratos le molestaba la inexperiencia de Gimeno. Después de todo, se esperaba que el cargo que llegó a ocupar Gimeno fuera

de don Jorge.

—¿Y por qué no se lo dieron?

—Repartijas políticas. El cargo que actualmente ocupa Gimeno estaba destinado al partido político en que él y don Jorge militaban. Pero Gimeno tenía mejores padrinos y obtuvo el nombramiento. A don Jorge no le quedó otra cosa que agachar el moño y aceptar la situación.

—¿Nunca les llamó la atención a usted o a sus colegas que Sampedro fuera soltero?

—Al comienzo se hicieron comentarios. Que tenía relaciones con una mujer casada, que era homosexual, que su esposa había muerto en un accidente automovilístico. Usted sabe cómo son las cosas. Lo que se sabe, se comenta, y lo que no, se inventa. Después dejamos de hablar sobre el tema. Cada cual sabe dónde le molesta el zapato.

—¿Y usted qué creía?

—Se me ocurre que de joven tuvo un romance fallido y nunca superó el mal rato. La vida tiene muchas vueltas y una no sabe en cuál de ellas se pierde la gente.

—¿Usted atendía sus llamadas telefónicas?

—La mayoría. Aunque don Jorge tenía una línea directa que le permitía hacer y recibir llamadas.

—¿Alguna vez recibió llamadas de una tal Betty?

La mujer pareció buscar en su memoria, y luego de unos segundos movió su cabeza en un gesto negativo.

—Betty, Beatriz, o algo que suene parecido —insistí.

—No. Lo recordaría. ¿Quién es?

—Es lo que quiero saber.

—A veces lo llamaba la señora Marta, su hermana.

—¿Sabe de alguna Betty que trabaje en la institución?

—Conozco a tres. Betty Zúñiga, secretaria en la Oficina de Partes. Betty Arteaga, que trabaja en la Sección Contabilidad; y la señora Betty Mancilla, la encargada de las relaciones públicas del presidente.

—¿Alguna de ellas llamaba a Sampedro?

—De vez en cuando, la señora Mancilla requería datos para preparar sus comunicados de prensa. ¿Por qué tanto interés en ese nombre?

—Sigo una pista.

—No imagino a una de ellas en alguna relación especial con don Jorge. Betty Zúñiga es una muchacha tontorróna y poco agraciada. Betty Arteaga podría haber sido su hermana mayor; y Betty Mancilla solo lleva un par de meses en la institución y está recién casada.

Un rato después, cuando avanzaba hacia el ascensor, oí unos pasos apresurados a mi espalda. La secretaria corría a mi encuentro, agitada, como si acabara de picarla una avispa.

—Recordé algo que puede servir para su investigación —dijo la mujer—. Una vez que el señor Sampedro no estaba contesté una llamada a su directo. Era una mujer de voz suave y me dijo algo que no entendí cabalmente. «Llamo de *Betty's* para decirle al señor Sampedro que hoy no podremos entregarle el servicio solicitado».

—Llamo de *Betty*. ¿De parte de *Betty*?

—No, *Betty's*. Traté de averiguar de qué se trataba, pero la mujer se limitó a repetir el mensaje y a pedir que se lo transmitiera a mi jefe.

—¿Qué dijo Sampedro cuando conoció el mensaje?

—Se limitó a escuchar y a dar las gracias por el recado.

—Eso y nada más.

—No dijo más, pero se sonrojó, como un niño al que lo pillan en falta.

—¿*Betty's*?

—¿Cree que sirva para su investigación?

*Betty's, Betty's, Betty's*, murmuré mientras salía del ascensor y pasaba junto a una veintena de personas que esperaban ser atendidas en una ventanilla que lucía un letrero con la leyenda: «Modernización al servicio de la gente».

Una vez en la calle, orienté mis pasos hacia una estación del Metro y ubiqué una central de llamados donde tomé las guías telefónicas que estaban a disposición de los clientes. Revisé las páginas dedicadas a los hoteles, restaurantes, cabarés, agencias de turismo y centros recreativos. El nombre *Betty's* no figuraba en esas páginas. Me encaminé hacia la calle San Diego, sin otra intención que ocupar mi tiempo en recorrer librerías de viejos. Necesitaba ordenar mis ideas y encontrar una explicación para el nombre que había hecho sonrojar a Sampedro.

De librería en librería, hurgando en mesones y estantes, llegué hasta la plaza Almagro y luego, sin más librerías en el horizonte, seguí caminando hasta la calle Diez de Julio y me detuve frente a la casona de dos pisos donde funcionaba la revista *La Huella Roja*.

Subí la ruinoso escalera que conducía hasta el despacho periodístico. La oficina mantenía sus paredes blancas, pero de ellas ya no colgaban afiches de películas, y en su reemplazo había reproducciones de cuadros de Gonzalo Cienfuegos, Hugo Cárdenas y Edward Hopper. Me detuve a contemplar la pintura de Hopper en la que una mujer solitaria lee un itinerario de trenes, mientras la oscuridad de la noche entra a la habitación del hotel en la que se encuentra. Había visto esa pintura reproducida en muchas revistas y siempre me preguntaba quién era la mujer sentada en la cama, y a dónde viajaría a la mañana siguiente.

La oficina tenía cambios, pero mi amigo Marcos Campbell seguía igual que en otras ocasiones, flaco y canoso, sentado frente a su escritorio, con un cigarrillo en los labios y la mirada fija en la pantalla del computador.

—Procura colocar bien las comas —le dije a modo de saludo.

El periodista hizo un guiño y siguió golpeando el teclado.

—¿Tienes algunos minutos para compartir con un amigo? —pregunté.

—Déjame terminar un párrafo. Las buenas ideas se escurren como agua entre los dedos. Tengo que enviar la revista a la imprenta y aún me quedan tres o cuatro páginas por llenar. Siempre estoy escribiendo contra el reloj, empujando las palabras como si fueran carretas.

—¿No has pensado en contratar un ayudante?

—Si has venido a ofrecer tus servicios, olvídalo. Tiempo atrás hicimos el intento y fue un fracaso. Tú no tienes pasta de periodista ni yo dinero para pagar el sueldo de un ayudante.

—Pensaba en una muchacha recién egresada de alguna escuela de periodismo. Hacen nata y trabajan por monedas.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó Campbell al tiempo que dejaba de escribir, sin tomar en cuenta mi sugerencia.

—¿Te dice algo el nombre *Betty's*?

Campbell me miró a los ojos y soltó una carcajada.

—¿Cuál es el chiste? —pregunté.

—Parece que últimamente te ha ido mal con las mujeres.

—Bueno, no ha sido como para andar brincando de alegría, pero tampoco un desastre. ¿Qué relación tiene eso con mi pregunta?

—*Betty's* es un sitio en Internet muy popular desde hace dos o tres años.

—¿De qué se trata? De la Internet sé tanto como de manuales de álgebra escritos en chino. Parafraseando al dicho, pienso que a las computadoras las carga el diablo.

Campbell no respondió. Presionó algunas teclas del computador y luego de unos minutos me hizo una seña para que observara la imagen de la mujer desnuda reflejada en la pantalla.

—Servicio de compañía femenina por Internet. Hermosas mujeres y discreción garantizada. Entrás al sitio, revisas el catálogo, indicas tu elección y envías un correo electrónico o llamas por teléfono. Te van a visitar a la hora y al lugar que indiques.

—Prostitutas electrónicas. ¿Eso es *Betty's*? —pregunté.

—Minas de carne y hueso. De bellas carnes y torneados huesos. *Betty's*, *Estelares*, *Woman*, *Eros Virtual*, *Ragazza*. Hay varios sitios similares.

—¿Funcionan en algún lugar dónde se pueda contactar a las mujeres?

—Solo en la dirección electrónica y el teléfono. ¿Qué andas buscando, Heredia?

—Reconstruyo los pasos de un funcionario asesinado —respondí, y enseguida le di una detallada relación del caso Sampedro.

—¿En qué te ayuda comprobar que usó los servicios de *Betty's*? Un solterón que de vez en cuando busca compañía no es nada extraordinario.

—Pudo tener una favorita a la que contaba sus problemas. A veces los tipos solitarios buscan algo más que un jugoso trozo de carne, y entre las sábanas dicen cosas que en otras circunstancias mantendrían en reserva.

—La idea es buena, pero no va a ser fácil averiguar a cuál de las mujeres veía con más frecuencia.



—Sin embargo...

—¿En qué estás pensando, Heredia?

## 13

Campbell se armó de paciencia, dejó de lado el artículo que escribía y con la calma de un maestro de escuela rural me enseñó a navegar en Internet. Ni en una academia de *ballet* me habría ido peor. Mis dedos eran torpes y por un momento tuve la intención de patear la computadora y reconocer que prefería la placidez de un libro y la modesta, pero siempre segura, compañía de un lápiz y un papel. No fue mucho lo que pude avanzar en mi pesquisa virtual y pronto me vi confundido en un laberinto de imágenes. El sitio *Betty's.cl* presentaba un catálogo de treinta mujeres clasificadas en las categorías *premium*, *golden* y *silver*. Todas eran igualmente bellas y seductoras. Pude ver sus fotos y enterarme de las bondades y características de cada una. Edades, gustos musicales, signos zodiacales, habilidades sexuales y otros antecedentes destinados a despertar las fantasías eróticas de los cibernautas con urgencias entre las piernas.

—No quiero desanimarte, pero tu búsqueda es más difícil que contar los pelos de un mono —dijo Campbell admitiendo la inutilidad de nuestros esfuerzos—. Además, necesito regresar a mi lucha contra las metáforas y los adjetivos.

—Quisiera intentarlo una vez más.

—Santiago está lleno de lugares donde puedes navegar por la Internet. Por pocos pesos te prestan el equipo y puedes beber un café o una cerveza.

Campbell tenía razón. Como hierbas salvajes después de la lluvia, el centro de la ciudad estaba poblado de cibercafés que tentaban a sus clientes con sus ofertas de navegación fácil y económica. Di un par de vueltas frentes a sus vitrinas y en medio de la indecisión, recordé el local que días antes había visto en mi barrio. No lo pensé dos veces y me encaminé a su encuentro. Era un sitio pequeño e iluminado en cuyo interior había una docena de computadoras encendidas. Frente a cada monitor había una silla, y al fondo del local, junto a un escritorio minúsculo, estaban los encargados de administrar el café. Al momento de entrar al negocio, su clientela estaba reducida a una muchacha de cabellos rubios que navegaba en un sitio sobre vampiros y aparecidos. Pagué mi derecho a navegar durante una hora, y con cierto temblor en las piernas ocupé el computador que me asignaron. Hasta ahí todo anduvo bien, pero

luego, a la hora de pulsar las teclas, debí aceptar que las enseñanzas de Campbell se habían esfumado de mi mente, como por arte de magia. La pantalla reflejó mi perplejidad y como un náufrago en medio del mar miré a mis costados con la esperanza de ver un madero. Diez minutos más tarde se acercó uno de los encargados del café. Un muchacho alto, de cabellos engominados, que vestía una llamativa polera amarilla, con el rostro de Víctor Jara estampado a la altura del pecho.

—¿Problemas con el equipo? —preguntó observando la pantalla—. Soy Iván y estoy aquí para ayudar a los clientes.

—El problema es que nací en la época de la radio a transistores y los discos de vinilo.

—¿No sabe navegar?

—Un amigo me enseñó un par de trucos, pero ya los olvidé.

El muchacho esbozó una sonrisa y tomó posesión del teclado.

—¿Qué es lo que desea buscar?

—*Betty's.cl*. Sexo a domicilio.

Sin hacer comentario alguno, Iván digitó el nombre en el teclado. Casi al instante, igual como sucedió antes en la oficina de Campbell, apareció en la pantalla la mujer desnuda que invitaba a conocer las ofertas del sitio.

—Siga las flechas para llegar a lo que le interesa —dijo Iván, al tiempo que dejaba el teclado a mi disposición—. Y si sigue con problemas, o quiere ver otro sitio similar, llámeme.

Me sentí como un anticuado y estúpido troglodita. Seguí las instrucciones del muchacho y la pantalla se pobló con las imágenes de las mujeres desnudas. Debajo de cada foto aparecían sus nombres y un recuadro que decía: «Si soy la chica de tus sueños, llámame». La frase iba acompañada de un número de celular. Observé las imágenes queriendo adivinar cuál de todas las féminas podía ser la acompañante de Sampedro, y al cabo de un rato, reconocí que Campbell había tenido razón al decir que mi búsqueda era tan descabellada como imposible. A través de la puerta del café creí ver entrar a las mujeres *Betty's*, y tuve ganas de aspirar una buena bocanada de aire puro.

—¿Más problemas? ¿Encontró lo que buscaba? —preguntó Iván.

—Sí y no. Es como estar frente a los mejores lomos de la carnicería y perder el apetito de golpe.

—Puede recorrer otros sitios. O si lo prefiere, le doy la dirección de una casa de masajes. No hay nada mejor que apreciar en vivo y en directo las bondades de las chicas.

—Ya tuve suficiente sexo por hoy.

—Piénselo —dijo, al tiempo que me pasaba el volante de un centro de estética llamado *Tigresas*.

—¿Un trabajo extra? —pregunté.

—Suelen venir caballeros con inquietudes como las tuyas —respondió Iván.

Por un segundo me sentí como el clon de Landrú.

—La tecnología avanza y los instintos primitivos del hombre siguen inalterables —murmuré.

—¿Qué dice? ¿Le interesa o no?

—Otro día. Estoy en la hora de mis oraciones.

—Me llamo Iván, no lo olvide.

—Nunca olvido el nombre de un amigo —respondí, observando la puerta del café.

Lo primero que hice al llegar a la oficina fue buscar la libreta de Sampedro. Había pensado en ella mientras seguía las instrucciones de Iván, y tenía la secreta esperanza de encontrar alguna anotación que diera sentido a mis pesquisas virtuales. Abrí la libreta, y bajo la atenta mirada de Simenon, comencé a leer las anotaciones. Sampedro había sido mezquino en sus comentarios acerca de los hechos consignados. Probablemente temía descubrir sus sentimientos y había optado por frases telegráficas, llenas de sentidos para sí mismo, pero inevitablemente enigmáticas para los intrusos que hubieran tenido acceso a las páginas de su diario. «Hoy me reuní con Jacinto Gimeno, el nuevo jefe del departamento». «Concluí el informe de compras semestrales». «Recibí el disco que compré a través de la Internet». Un registro minucioso, pero avaro en juicios como parecía haberlo sido con sus bienes. «Celebramos el cumpleaños del auxiliar Gallardo. Gasté diez mil pesos». «Arreglé la cerradura de la cocina. El trabajo costó quince mil pesos». Página a página se repetían anotaciones de ese tipo, y entre ellas, desperdigadas, escritas con letra críptica, algunas reflexiones más íntimas. «Los cielos rojos me recuerdan mis vacaciones en el sur, cuando niño». «Mi piel se arruga y adquiere manchas, envejezco». Seguí leyendo, saltándome las anotaciones en las que aparecían cifras, y cuando pensaba que era una soberana pérdida de tiempo, una parrafada llamó mi atención. «No puedo definir el atractivo de su cuerpo. Mi deseo más ardiente es acariciar su piel. Tiene el color de la noche, de lo desconocido. A ella le causa gracia la fascinación que me provoca el color de su piel». Intuí que al fin conseguía hurgar en la intimidad de Sampedro, y sin pensarlo dos veces, veloz como un volantín cortado, cerré la libreta y salí del departamento.

Iván continuaba en su sitio, atento a lo que pasaba al interior del café. Había más clientes que en la anterior visita, y todos parecían sumergidos en un sueño, hechizados, con las miradas fijas en las pantallas que proyectaban la droga cibernética, los impulsos eléctricos que concentraban el mundo en la fugacidad de un instante.

—Quiero entrar de nuevo al sitio *Betty's* —dije sin contener mi ansiedad, y al tiempo que encendía un cigarrillo.

—Si está tan urgido, le aseguro que mi volante será más efectivo.

Hice una mueca de ogro rabioso y el muchacho comprendió que era más

conveniente acallar sus comentarios. Me ubicó frente a un computador, y al igual que la vez anterior, demoró muy poco en llegar al sitio de mi interés.

—Te doy una buena propina si me ayudas a recorrer el sitio —le dije.

—¿Qué quieres buscar?

—Recorre el catálogo y deténte en las mulatas o negras que aparezcan.

—Te gusta lo exótico, viejo.

Pasé por alto su comentario y le hice una seña para que iniciara el trabajo. Veinte minutos más tarde tenía seis nombres anotados en una hoja de papel. Danae, Jessenia, Abigail, Maravilla, Amaranta y Jacqueline. Nombres ficticios, seguramente, pero que dentro del mundo *Betty's* servían para identificar a seis mujeres negras, todas jóvenes, bellas y atractivas. Durante algunos minutos observé las imágenes proyectadas en la pantalla. Una de ellas había estado con Sampedro. ¿Una? ¿Dos? ¿Todas? ¿Ninguna? Una de ellas había motivado las anotaciones del funcionario. Registré el número telefónico al que había que llamar para contratar los servicios de las mujeres, y luego de arreglar las cuentas con Iván, salí del café con un leve cosquilleo en las manos.

Volví a la oficina y ni siquiera alcancé a sentarme cuando escuché el timbre del teléfono. Aún con la mente en las figuras de las mujeres *Betty's*, contesté la llamada y dije un «Heredia y Asociados» que sonó a ladrado de mastín con dolor de muelas.

—Con esa clase de acogida dudo que alguien contrate tus servicios —dijo Doris Fabra.

—Vengo entrando y además, como todos los chilenos, uso zapatos más chicos de los que me corresponden. Es la mejor manera de conservar el malhumor.

—¿Es cierto eso que dices?

—Es una hipótesis para explicarme los empujones en el Metro, los codazos en las calles, la furia de los conductores de buses, la ira del cajero en el banco, los malos modos de las vendedoras en las tiendas, y en fin, las ganas de partirle la madre a alguien que veo en la mayoría de los tipos que se cruzan en mi camino. Pero no es más que una hipótesis. Probablemente el malhumor se deba al exceso de trabajo, los bajos sueldos, el aprovechamiento de los malos empresarios, la mala distribución de la riqueza y las infinitas deudas en casas comerciales.

—¿Qué bicho te picó, Heredia? Te hice una pregunta, nada más.

—No me hagas caso. Hay días en que ni yo mismo me soporto. Intento pensar en cosas positivas, pero solo consigo vislumbrar las negras alas de un cuervo —dije, y luego, sin ganas de continuar con mi filosofía de alcantarillas, pregunté—: ¿A qué se debe la llamada? ¿Te aburraste de tu marido?

—No te ilusiones, Heredia. Por algún motivo que aún no me explico, tomé en serio tu propuesta de compartir los resultados de nuestras pesquisas.

—Por algo se empieza, querida Doris.

—Amigos, Heredia. Buenos amigos, ¿de acuerdo?

—Hay quien dice que un hombre solo puede ser amante o enemigo de una mujer.

—La gente suele decir cosas necias. No quiero ser tu amante ni tu enemiga.

—Sigo sin la misma suerte de tu esposo.

—Sampedro. Averigüé algunas cosas sobre él —dijo Doris, cambiando el sentido de nuestra conversación.

—Te escucho.

—No por teléfono. Juntémonos, en media hora más, en el café que está a un costado del antiguo Hotel Carrera.

—¿Por qué ahí? Hay otros lugares más cerca y atractivos.

—Es un café tranquilo y reservado. El sitio ideal para el encuentro de dos amantes —agregó, y luego de soltar una carcajada, cortó la llamada.

—¿Por qué siempre me ligan las locas? —pregunté a Simenon—. ¿No existe una mujer razonable que se interese en mí?

—Es evidente que ese huevo quiere sal. Sal, mucha sal —respondió el gato.

## 14

—Al fin tenemos una pista consistente, proporcionada por unos de los vigilantes que cuidan el acceso al edificio del Servicio de Inversiones Públicas. El tipo estaba asustado y en el primer interrogatorio no se atrevió a decir nada por temor a meterse en líos. Pero durante el interrogatorio de repaso, cambió de idea y decidió hablar —dijo Doris, mientras mordía una de las galletas achocolatadas que nos habían servido junto al café—. El día de su muerte, al atardecer, cuando la mayoría de los funcionarios se habían ido a sus casas, Sampedro recibió la visita de tres hombres. Los atendió el vigilante, y éste les permitió entrar, luego de llamar a la oficina de Sampedro para obtener la autorización. Ese es el procedimiento habitual cuando aparece gente fuera del horario de atención de las oficinas. Los nombres de los visitantes quedaron registrados en el libro de control que está obligado a mantener el vigilante de turno. Los estamos investigando, pero seguramente son falsos. Lo importante es que las descripciones de los extraños entregadas por el vigilante coinciden con las proporcionadas por el lustrabotas que habitualmente trabaja frente al edificio del Servicio de Inversiones Públicas. Tenemos los retratos hablados y también una descripción de cómo iban vestidos los hombres. Dos de ellos usaban trajes oscuros, zapatos negros, camisa blanca y corbata. El tercero vestía ropas más informales y era petiso, gordo y calvo. Seguramente conocían los movimientos de Sampedro, su hora de llegar y salir del trabajo. Enviamos los retratos a todas nuestras unidades. Con algo de suerte los atrapamos.

—Deben estar escondidos o lejos de Santiago.

—Dale una mínima oportunidad al optimismo, Heredia. En una de esas, tenemos una buena pista en nuestras manos.

—Optimismo. Buen nombre para un pingo de carrera.

—También volvimos a interrogar a los colegas de Sampedro. Ninguno se explica lo que pasó ni saben nada respecto a préstamos o financieras ilegales. Tampoco recuerdan haber visto en los días anteriores a sujetos que se parezcan a los retratos hablados. Aprovechando el impulso, interrogué de nuevo a la antigua amante de Sampedro. Dice no tener idea de quiénes puedan ser los extraños. En todo caso, en esta segunda conversación me pareció más afectada por la mala suerte de Sampedro. No me extraña, a las mujeres nos cuesta dar vuelta la página cuando terminamos una relación amorosa. Los hombres beben un par de copas, festinan los hechos con sus amigotes y comienzan a pensar en otra cosa.

—Ojalá fuera así de fácil.

—¿Acaso no lo es?

—No siempre, te lo aseguro.

—¿Cómo te ha ido con la investigación? —preguntó Doris Fabra, sin querer profundizar en los alcances de mi último comentario.

—He perdido el tiempo navegando en Internet —respondí, y de inmediato me arrepentí de mis palabras.

—¿Buscabas algo relacionado con Sampedro?

—No —respondí, y antes de dar pie a una nueva pregunta, agregué—: Necesito tu ayuda para obtener información sobre las finanzas de Sampedro. Sus ahorros, cheques emitidos, compras con tarjeta de crédito, préstamos bancarios, declaraciones tributarias. Todo lo que nos ayude a reconstruir sus tres últimos meses de vida. Viajes, hoteles galantes, restaurantes. Como reza el dicho: «dime en qué gastas y te diré quién eres».

—«Dime con quién andas y te diré quién eres» —rectificó Doris Fabra.

—¿Puedes obtener esa información? —pregunté, reprimiendo el deseo de besar los labios de la mujer policía.

—No será difícil. Hablaré con mis colegas de la Brigada de Delitos Económicos. ¿Algo más?

—Es una pregunta muy amplia. Podría despertar mis malas intenciones.

—Esta conversación tiene sus límites, Heredia —agregó Doris. Luego bebió un sorbo de café, consultó la hora en su reloj, y preguntó—: ¿Me vas a decir qué buscabas en la Internet?

—Mujeres. Rubias, morenas, mulatas, pelirrojas.

—Tus necesidades íntimas me son indiferentes.

—Supuse que dirías eso —dije.

—Llámame cuando tengas algo cuerdo que contar —dijo—. No malgastes tu tiempo en pornografía.

Al tiempo que pagaba la cuenta, observé a Doris Fabra mientras salía del café. Sus caderas se movían a buen ritmo y daban ganas de salir tras ellas. Pero no me moví del asiento. Me limité a recordar una cita de Norman Mailer: «*Si quieres morir de un balazo por la espalda, no tienes más que tontear con la mujer de un policía*».

## 15

El reloj marcaba las diez de la noche cuando decidí probar suerte con el listado de mujeres obtenido en la Internet. Había compartido un trozo de pollo asado con Simenon, y luego leí el diario que estaba sobre mi escritorio desde la mañana, marchito como una hoja maltratada por el viento. Resultaba difícil encontrar un titular que mencionara algún hecho positivo, y hasta las modelos, delgadas y glamorosas, que aparecían retratadas en los avisos publicitarios tenían el inconfundible color del engaño. Pasar gato por liebre se había convertido en una moda que rendía sus frutos hasta que los responsables caían en la mira de un juez con ganas de hacer su trabajo. Los titulares anunciaban estafas, destituciones de diputados, querellas contra ministros, quiebras de financieras, políticos acusados de pedófilos y una sarta de otros delitos que habrían hecho sonrojar a Capone. El país estaba convertido en una selva donde las fieras comían sus propias crías. Hastiado, arrojé el diario en el basurero instalado a un costado de mi escritorio y concentré mis energías en estudiar los nombres de las mujeres.

Marqué el número de *Betty's* y me respondió una mujer de voz acaramelada. Le dije que llamaba por los servicios promocionados en la Internet y la telefonista inició una larga y mecánica descripción de los placeres que estaban a mi alcance con solo pronunciar un par de palabras mágicas.

—Danae —dije un rato más tarde, cuando la mujer preguntó si tenía alguna preferencia.

—Lo siento, ella no está disponible en estos momentos. Puede llamar en una hora más, o tal vez recuerde el nombre de otra chica que sea de su agrado.

—Jessenia.

—Una buena elección. ¿Dónde quiere concretar la cita?

Recordé el nombre de un restaurante ubicado en avenida Providencia y se lo di. La mujer anotó mi teléfono y luego, acentuando el tono dulzón de su voz, me dio a conocer las tarifas del servicio. Contesté que estaba de acuerdo y que esperaba a Jessenia con una mesa reservada a mi nombre. La mujer me deseó una cita agradable

y luego cortó la comunicación.

—Estás a minutos de meterte en un gran lío —dijo Simenon—. Con solo sentarte a la mesa del restaurante gastarás una buena parte de los billetes que te dio Anselmo. No abuses de su amistad. Dale una vuelta al asunto, piénsalo dos veces y llama a la detective Fabra. Deja que ella se encargue de ubicar a las chicas.

—Puedo arreglármelas sin su ayuda.

El lujo del restaurante resaltaba en cada uno de sus rincones y mi presurosa entrada al salón principal pasó tan inadvertida como una mosca ensayando pasos de *twist* arriba de un pastel. Indiferente a las miradas que examinaban el arrugado aspecto de mi traje, avancé por un pasillo alfombrado y tomé asiento junto a la mesa indicada por el mozo que salió a mi encuentro.

—Una amiga preguntará por mí. Mi nombre es Heredia —le dije después de ordenar que me sirviera un Campari con abundante hielo y una rodaja de limón.

Diez minutos más tarde la vi entrar. Alta, de caderas anchas y piernas bien torneadas, parecía una pantera corriendo deprisa hacia donde dormitaba su presa. Tenía el cabello corto y sus labios rojos contrastaban con el color azabache de su rostro. Vestía una pequeña falda de cuero verde y una blusa ceñida a sus pechos. Se acercó al mozo y éste le indicó mi mesa. Al llegar a mi lado me observó con desilusión. Pero no dijo nada. Se limitó a sonreír y a sentarse en la silla que le ofrecí.

—Jugo de melón —ordenó y luego, dirigiéndose a mí, preguntó—: ¿De cuánto tiempo dispones?

—Una hora, dos. Toda la noche. Lo que sea necesario.

—¿Necesario para qué? —preguntó, recelosa.

—Para hacer algunas preguntas y conversar.

Jessenia miró hacia la entrada del restaurante e hizo el intento de ponerse de pie. Retuve una de sus manos sobre la mesa y la obligué a permanecer sentada.

—¿Quién es usted? —preguntó a la defensiva.

—Quiero conversar, sin alborotos ni gritos —respondí mientras deslizaba sobre la mesa mi falsa credencial de policía.

—Mis documentos de residencia están al día —agregó sin atreverse a tocar la credencial.

—¿Extranjera?

—Ecuatoriana. Pronto cumpliré un año en Santiago —dijo, al tiempo que encendía un cigarrillo y le daba una calada profunda.

—¿En alguna de tus citas, conociste a alguien llamado Jorge Sampedro? —le pregunté, sin ánimo de emplear mucho tiempo en el interrogatorio ni en los detalles del trabajo que realizaba la muchacha.

—No. A nadie con ese nombre.

Le hice una detallada descripción de Sampedro y ella reiteró su negativa.

—¿Has oído mencionar ese apellido a tus compañeras?

—No conozco a las demás chicas. Trabajamos de manera independiente. Nos



llaman por teléfono desde la oficina y acudimos a donde nos dicen.

—Algo arriesgado el negocio. ¿Qué pasa si te tienden una trampa?

—Sabemos cuidarnos, y a veces, si la chica lo puede pagar, un supervisor nos acompaña a la cita.

—¿El gorilón que nos está vigilando? —pregunté indicando al hombre que estaba junto a la puerta de entrada.

—Manolo. Es colombiano y tiene mal genio.

—¿Estás segura que no conoces a Sampedro?

—¿Hizo algo malo?

—Nada de lo que pueda arrepentirse estando bajo tierra.

—¿Está muerto?

—¿Lo conociste?

—Ya le dije que no, y es la verdad. No quiero líos con la policía.

—Voy a creer en tus palabras, Jessenia. Bebe tu jugo de melón y después te puedes ir.

—Ya no me apetece.

—Lástima, igual me lo van a cobrar.

—Problema suyo. No me interesan su jugo ni su compañía.

Jessenia se puso de pie y caminó al encuentro del ángel custodio colombiano. El hombrón miró hacia mi mesa, alzó el cordial de su mano derecha en mi honor y enseguida salió del restaurante, tras los pasos de la ecuatoriana.

Pensé en hacer una segunda llamada a *Betty's*, pero algo en mi interior me recordó el cansancio acumulado durante el día. Llamé al mozo, pedí la cuenta y salí a la calle. Me dejé atenazar por los brazos de la noche y comencé a caminar con la esperanza de ver a los reyes magos en el firmamento. Fugaz, como un brillo azul en medio de la nieve, un verso de Pessoa cruzó mis pensamientos: «... y mi dolor es silencioso y triste como la parte de la playa a la que el mar no llega». Estaba harto de conocer gente extraña y de respirar el enrarecido aroma de un país sin ilusiones, entregado a la banalidad y la fanfarria, mientras la miseria embadurna el rostro de la gente. Harto de la camisa que vestía y de mis zapatos desgastados en caminos que no conducían a ninguna parte.

mi encuentro con Jessenia. Danae y Abigail, las dos mujeres que concurrieron a mis citas, recibieron el engaño de distintas maneras. Abigail mentó a mi madre en voz alta y Danae rió a carcajadas porque era la primera vez que la invitaban a beber una copa para un supuesto interrogatorio policial. Sumando y restando, ira y humor me condujeron al mismo callejón sin salida. Ninguna de las dos recordaba haber intimado con Sampedro ni tampoco conocían a sus otras compañeras.

Taché sus nombres de la lista y me dispuse a hacer el último intento de ese día, con la desesperada esperanza del perro que mordisquea un tacho de basura. Llamé a *Betty's*, pregunté por Amaranta y la respuesta que me dieron alentó mis más oscuros presagios. Ella recibe en su departamento, dijo la voz azucarada y luego de cerrar el trato me indicó una dirección próxima a la Estación Tobaraba del Metro.

Amaranta tenía ojos grandes y rasgados; su cabellera le caía en cascada hasta la cintura y su piel negra brillaba a la luz de la lámpara colocada en una esquina de la sala en la que me recibió. Un eco de tristeza oculta en su voz contrastaba con la sonrisa dibujada en sus labios. Vestía una bata de seda y estaba dispuesta a ocupar el menos tiempo posible conmigo. Dio unos pasos de gacela y se despojó de la bata. Al contemplar sus pechos pequeños y la suave curvatura de sus caderas pensé en una de las frases encontradas en la libreta de Sampedro: «A ella le causa gracia la fascinación que me provoca el color de su piel».

—Preferiría que no fueras con tanta prisa —dije—. En cosas de amor y vino es mejor olvidarse del tiempo y sus huellas.

—¿Qué ocurre? No te gusta lo que ves.

—Mucho, pero antes quisiera conversar dos o tres palabras.

Amaranta sonrió y se acercó a mí hasta rodear mi cuello con sus brazos.

—¿De qué quieres conversar? —preguntó, sonriendo—. ¿Quieres que te cuente un cuento de hadas?

—Jorge Sampedro —dije, dispuesto a no olvidar la causa que me había llevado al encuentro de la mujer—. ¿Te dice algo ese nombre?

Sentí estremecer su cuerpo entre mis manos. Deshizo el abrazo y retrocedió un par de pasos en dirección a la única ventana de la habitación.

—No recuerdo los nombres de todos los que vienen a verme.

Intuí que mentía, y pensé en decir algo que derribara su frágil barrera.

—Soy detective. Si no colaboras tendremos que conversar en otra parte.

Amaranta dejó vagar su mirada por la calle, como si hubiera esperado la llegada de alguien que la ayudara a cruzar la cuerda floja por la que comenzaba a caminar.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a Sampedro?

La muchacha miró hacia la puerta. Recogió la bata que había dejado caer al suelo y se la puso. Me acerqué a su lado y le ofrecí un cigarrillo.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste? —insistí mientras le encendía el cigarrillo.

—Dos semanas. Me iba a llamar ayer, pero no lo hizo.

—Sampedro está muerto —dije, en voz baja, lentamente, midiendo el efecto de cada palabra.

Abrió sus ojos y se aproximó a mi lado. Por un segundo temí que arañara mi rostro, pero volvió a abrazarme y apoyo su cabeza en mi pecho.

—¿Por qué nadie me avisó? —preguntó mientras unas lágrimas descendían por sus mejillas.

—Me cuidaba y se preocupaba por mí —dijo más tarde, cuando dejó de hacer preguntas acerca de la muerte de Sampedro—. Lo conocí hace más de un año. Me citó a su departamento una noche. Había encargado comida a un restaurante del vecindario y después de cenar me hizo escuchar el disco de música clásica que había comprado ese mismo día.

—Supongo que no es el recibimiento al que estás acostumbrada.

—He aprendido a pasar por alto las rarezas y los gustos excéntricos de mis clientes. Después de la música, hicimos el amor una vez, y enseguida él se dedicó a mirarme.

—Eso te causaba gracia —intervine.

—¿Cómo lo sabes?

—Sampedro lo escribió en su diario de vida.

—Podía pasar horas enteras en lo mismo, observando y acariciando mi piel.

—¿Qué pasó después de esa primera noche?

—Prometió llamar de nuevo y lo hizo al día siguiente. Al tercer mes ya no fue necesario que él recurriera al teléfono. Yo lo iba a ver cada vez que tenía tiempo. Me quedaba en su departamento. A veces salíamos a comer a un restaurante o me invitaba al cine. Una vez me llevó al Teatro Municipal a ver una ópera sobre la historia de una gitana. Me aburrí bastante, pero él estaba contento. Me explicaba lo que iba sucediendo sobre el escenario. Seis meses atrás me llevó a Buenos Aires. En varias oportunidades me pidió que fuera a vivir con él. Nunca acepté la propuesta. Le tenía cariño, pero no lo amaba. Además, quiero ahorrar dinero y regresar al Brasil. No sé qué más decir. Jorge siempre fue amable conmigo. Con él no me sentía usada, aunque me asustaba su soledad, su manía de estar en silencio, como metido en sí mismo. ¿Se sabe quién lo mató?

—La policía y yo trabajamos en averiguarlo.

—¿Por qué dices la policía y yo?

—Soy detective privado. Trabajo por mi cuenta, y la verdad es que no sé por qué investigo la muerte de Sampedro. Nadie me paga por hacerlo.

—¿Jorge escribió otras cosas sobre mí en su libreta?

—Dos o tres frases más. Parece que le costaba expresar sus sentimientos.

—Me contaba cosas. De su infancia y familia; de sus estudios y también de una mujer a la que parecía seguir amando. Nunca me dijo su nombre ni yo se lo pregunté. La mujer había roto el noviazgo para meterse a monja. Reí a gritos la primera vez que

me lo contó. Parecía sacado de una comedia de la tele, pero era verdad. Una noche me leyó la última carta que esa mujer le escribió.

—¿Te hablaba de su trabajo?

—Poco. Siempre decía lo mismo: «Me aburre la oficina, debí cambiar de empleo cuando era más joven, hoy tuve un trabajo de locos, a nadie le importa si las cosas se hacen bien o no».

Saqué de la chaqueta los apuntes de Sampedro, y leí en voz alta: «Me dejé presionar. No debí hacerlo y ahora debo pensar en cómo salir del entuerto».

Dejé la lectura y observé a la mujer. Su rostro estaba ensombrecido y un leve temblor recorría sus labios.

—¿Te recuerda algo que dijera Sampedro? —pregunté.

—Prometí no contárselo a nadie. Jorge estaba asustado.

—Ya no puede hacerte ningún reproche.

—No quiero que me expulsen del país.

—La policía desconoce tu existencia. Confía en mí.

—Al parecer lo obligaron a ocupar un dinero de manera indebida. Temía que lo descubrieran.

—¿Mencionó nombres?

—Ninguno.

Amaranta fue a la cocina del departamento y reapareció con dos tazas de café. Nos sentamos en un sillón y esperé a que ella siguiera hurgando en sus recuerdos.

—Habló del asunto durante dos semanas, y luego no volvió a mencionarlo —dijo, retomando el hilo de la conversación.

—A la larga todo se reduce al silencio, a enmascarar los rostros, aparentar, mentir —comenté—. A veces pienso que la vida es un escenario y que estamos obligados a representar un papel.

La muchacha se aproximó a mi lado y acogió una de mis manos entre las suyas. Pensé en un pájaro de alas mojadas, en una niña indefensa que teme la llegada de las primeras sombras de la noche.

—¿No me pasará nada malo? —preguntó.

—Si de mí depende, nadie te hará daño.

Amaranta acarició mis mejillas. Quise adivinar las intenciones de su juego y solo conseguí sentirme atraído por el brillo entristecido de sus ojos.

—Te hace falta una afeitada —dijo.

—Me hacen falta tantas cosas.

—Aún no me dices tu nombre.

—Heredia, me llamó Heredia.

—Mi verdadero nombre es Elisa.

—¿Vives sola?

—Con una amiga, pero ella viajó por algunos días al norte —dijo, y luego, mirándome a los ojos, agregó—: Estoy sola y necesito compañía.

—¿Qué se hizo anoche, don? —preguntó Anselmo al verme leer los titulares de los diarios que acababa de colgar en su quiosco—. ¿Andaba de borrachera o de cacería?

—Trabajé durante toda la noche, contando estrellas a la luz de la luna —respondí sin entrar en detalles sobre mi visita a Elisa.

—Estoy grandecito para creer mentiras de ese calibre.

—¿De qué te asombras? Los chilenos nos hemos convertido en adictos al trabajo.

—Usted sabe que me preocupa su salud. Y no soy el único, don. Su nueva amiga lo está esperando en la oficina. Llegó hace más de una hora.

—¿Qué nueva amiga?

—La mujer policía. Vino, preguntó por usted y le abrí la puerta del departamento. ¿Hice bien?

—Muy bien, Anselmo. Hay que mantener buenas relaciones con los policías, sobre todo si visten faldas y tienen piernas bonitas.

—Esa mina quiere investigarlo a fondo. Se lo dije el otro día.

Doris estaba junto al escritorio, leyendo un listado repleto de números y letras diminutas. A su alcance tenía un cenicero en el que se veían tres colillas apachurradas. En el aire de la oficina flotaba el suave aroma de un perfume de lavanda.

—Me tenías preocupada, Heredia —dijo cuando me vio entrar—. Anoche te llamé por teléfono varias veces.

—De vez en cuando hay que prestar atención a las relaciones públicas.

—Seguramente estabas con alguna de tus amigotas.

—¿Celosa?

—Ni lo pienses. No me atrae tu machismo de solterón sin compromisos.

—¿Para decir eso me buscabas con tanta urgencia? Nunca he pretendido ser un hombre modelo, y las mujeres que duermen a mi lado me aceptan con mis luces y mis sombras.

—Tengo la información sobre Sampedro que me pediste —dijo Doris, indicando los papeles que estaban sobre el escritorio y sin detenerse a considerar mi respuesta.

—¿Algo interesante?

—Era ordenado con sus finanzas personales. No tenía deudas por préstamos bancarios ni en casas comerciales. Sus ingresos provenían de su sueldo en el Servicio de Inversiones Públicas y del arriendo de un local comercial ubicado en la calle San Antonio, el que compró en los años ochenta, gracias a un premio que ganó jugando a la Lotería. Usaba sus cheques para pagar las cuentas de agua potable y electricidad, y una que otra compra esporádica. También tengo los movimientos de su tarjeta de crédito. Las compras más repetidas son las que hacía en la Feria del Disco, el supermercado Santa Isabel, dos o tres librerías, restaurantes y en algún lugar que aún no he podido identificar, pero que responde a la razón social Altamirano y Compañía

Limitada. Hasta ahora ignoro qué servicios presta esa compañía.

—¿Siempre eres igual de eficiente?

—Solo leí y ordené la información —respondió Doris, al tiempo que dejaba vagar su mirada por las cifras anotadas en los papeles—. ¿Qué esperabas encontrar?

—Algún movimiento extraño en sus cuentas. Depósitos, giros, altos montos de dinero.

—Si recibía dinero negro, debió manejarlo en otra cuenta. Y en cuanto a los préstamos que administraba en la oficina, sabemos que eran montos pequeños.

—Tendremos que recurrir a otros recursos para desatar el nudo ciego. Sin testigos ni huellas poco es lo que podemos hacer.

—En la academia me enseñaron a ser constante. Los profesores decían que la constancia permite resolver hasta los casos más peliagudos.

—Bonitas palabras para enmarcar.

—Tu ironía está de más, Heredia.

—A veces es bueno regresar al lugar de los hechos.

—No creerás que los culpables siempre vuelven al lugar del crimen.

—Pensaba en los detalles que a veces uno pasa por alto.

Intenté ubicar a Silvia Huerta y no tuve fortuna. No estaba en su puesto de trabajo y ninguno de sus colegas parecía al tanto de su paradero. La oficina de Sampedro conservaba el mismo aspecto de mi primera visita, pero estaba ocupada por un funcionario que parecía molesto por el alto de carpetas que tenía sobre el escritorio.

—Si busca a Sampedro, pierde su tiempo —dijo, de mala gana, apenas entré en la oficina. Luego, cuando vio que tenía la intención de seguir a su lado, agregó—: ¿Cuál es su problema? ¿Sampedro le debía algo?

El tono del funcionario me comenzó a molestar. Me senté en la silla que estaba frente a él y lo observé por un instante. Su rostro, moreno y mofletudo, tenía el encanto de un trozo de bofe. Abrió los ojos y dejó a un lado la carpeta que estaba revisando.

—En esta oficina no se atiende público —dijo, malhumorado.

—Espero que me responda algunas preguntas —agregué—. Puede hacerlo aquí o en mi oficina, con la molesta luz de un foco sobre los ojos.

—¿Policía? Creía que ya habían dejado de investigar —dijo, al tiempo que acomodaba el nudo de su corbata y esbozaba una sonrisa que pretendía ser amable.

—Siempre queda algo en el tintero, señor...

—Gaspar Negrón.

—¿Negrón? ¿Cuánto tiempo lleva trabajando en el Servicio de Inversiones Públicas?

—Pronto cumpliré veinte años. Siempre calificado en lista uno.

—Un chico bueno —comenté, y luego de una pausa para encender un cigarrillo, agregué—: Debí conocer bien a Sampedro.

—En los últimos años nos tocó compartir algunas reuniones y nada más. Nunca tuvimos oportunidad de confraternizar ni él era una persona amistosa.

—Deduzco que Sampedro no le era particularmente simpático.

—No era un sujeto agradable. Mantenía distancia con sus colegas, como si hubiera sido diferente al resto de los que trabajamos en este lugar. Un tipo orgulloso, preocupado de marcar diferencias con quienes lo rodeaban.

—¿Cree que pudo estar metido en algún negocio ilícito?

—Lo sabré cuando termine mi trabajo —respondió, al tiempo que indicaba las carpetas—. Pertenezco al Departamento de Auditoría y me encomendaron revisar las cuentas administradas por Sampedro. Por sus manos pasaba gran parte de los recursos financieros de la institución y es necesario entregar un balance detallado a quien lo suceda en el cargo.

—Tenía fama de honrado y eficiente.

—Una vez que revise las cuentas sabré si la realidad está de acuerdo con su fama.

—También me contaron que tenía una amante.

—Primera vez que lo escucho. Pero no me extrañaría. Los amoríos y lances sexuales son cosas frecuentes en la institución. Sin ir más lejos, el año pasado descubrieron en las bodegas una habitación que dos funcionarios arrendaban a las parejas para sus encuentros amorosos.

—¿Qué opina de su muerte? —pregunté sin considerar la confidencia de Negrón.

—Sorpresiva y lamentable. Más allá de mis simpatías, tuvo un final que no le deseo a nadie. Y al igual que todos en la oficina, por amistad o curiosidad, quisiera saber por qué lo mataron.

—Es lo que intento averiguar —dije—. Por eso vine a conversar con la señorita Huerta. Pero no tuve suerte. No está en su sitio de trabajo y nadie ha sabido explicarme su ausencia.

—Pidió una semana de feriado. La muerte de su jefe la tenía algo estresada.

—Tendré que volver otro día —dije, y al tiempo que me acercaba a la puerta de la oficina, pregunté—: ¿Se le ocurre algo que pueda servirme para descubrir al asesino de Sampedro? Chismes, comentarios, intrigas de oficina.

—Nada, ni siquiera una conjetura.

—Entonces, no tenemos nada más que conversar, señor Negrón.

—Si vuelve a venir, ya sabe dónde ubicarme.

Caminé hacia la salida del edificio. Pasaran los años que pasaran, Negrón seguiría dónde mismo, preocupado de sus carpetas y del correcto orden de las sumas y restas. Me dolía la cabeza y necesitaba una bocanada del contaminado aire santiaguino. Sin ganas de nada, me senté en un escaño ubicado frente a la entrada del Servicio de Inversiones Públicas y durante un rato no hice otra cosa que pensar en Sampedro y en las distintas facetas que parecía haber tenido su vida. ¿Santo o demonio? Quizá Negrón no hacía más que hablar desde el rencor que le habían provocado los progresos de su compañero de oficina. Funcionarios como Negrón envejecían

asfixiados por la rutina, royendo el hueso miserable de la envidia, maldiciendo los días lunes, la pereza de los martes, la insulsez de los miércoles, la aparente pasividad de los jueves. Soñando con la llegada del día viernes y con fines de semanas efímeros como una ola. Funcionarios que al sentarse frente a sus escritorios murmuraban en voz baja una pregunta acerca del sentido de la vida y contaban cada mañana los días que les quedaban para acogerse a jubilación, sin reconocer que llegarían a esa meta con las tripas secas y el corazón devastado.

Especulaciones, palabras, pensamientos acerca de muertes que ni siquiera habían estado destinadas para el desahogo de mis lágrimas. Recordé una vieja película de Orson Welles en la que el protagonista, un obeso y alcohólico policía llamado Hank Quilan, se pregunta: «¿En qué otra cosa puedo pensar? Excepto en mi trabajo, mi sucio trabajo». Aparté el recuerdo de Quilan en el momento que miré hacia la puerta del Servicio de Inversiones Públicas y vi salir a Julián Alderete. Parecía tener el desconcierto de un mensajero que porta malas noticias y no se atreve a comunicarlas. Se alejó unos pasos de la puerta y encendió un cigarrillo. Luego observó a la gente que pasaba por su lado y no muy convencido de lo que hacía, caminó hasta la esquina más próxima. Abandoné mi asiento, corrí unos metros y quedé lo suficientemente cerca de él como para seguirlo hasta un restaurante que ofrecía colaciones económicas a los empleados del vecindario.

El lugar tenía dos salones amplios y luminosos. El primero estaba presidido por un mesón en el que se desplegaba una colección de botellas, fuentes y ceniceros enlozados, y el segundo por una pantalla de televisión cuyas imágenes eran seguidas atentamente por una veintena de clientes. Alderete se dirigió al segundo de los salones, ocupó una mesa ubicada en un rincón apartado y luego de pedir una cerveza a la mujer que atendía a los clientes, desplegó un diario y se puso a leer, indiferente a lo que ocurría a su alrededor. Me aproximé a su mesa y me senté frente a él.

—Estamos predestinados a encontrarnos —dije, intentando ser amable.

—Me preguntaba si deseaba conversar conmigo o solo vigilar mis pasos —contestó sin levantar la vista del diario—. Lo reconocí apenas comenzó a seguirme. Usted no es muy bueno como sapo. Ahora, y salvo que quiera armar un escándalo, déjeme solo.

Sus palabras tuvieron el efecto de un golpe al hígado. Tomé aire y por un segundo pensé en obedecer sus instrucciones.

—No tenía la intención de pasar inadvertido —dije, acariciando mi orgullo maltratado.

—Veo que sigue sentado. ¿Tiene problemas en los oídos? —agregó Alderete, aguzando el estilete de sus palabras.

—Usted era amigo de Sampedro y debió estar al tanto de las presiones que recibía en su trabajo.

—¿De qué presiones me habla? —preguntó, interesado por primera vez en mis palabras.



—El otro día, a la salida del cementerio, llegué a pensar que usted estaba al tanto de ellas.

—No solo es malo como sapo, además escucha mal.

—Una dama que acostumbraba acompañar a su amigo Sampedro me dijo que él le habló de ciertas presiones de las que era objeto en la oficina.

—¿Dama de compañía? Si es lo que imagino, quiere decir que usted anda muy perdido en su investigación. Jorge no era dado a frecuentar putas.

Puse al tanto a Julián Alderete de mis pesquisas en *Betty's*, y a medida que iba hablando intuí que el funcionario conocía esa fase oculta de su amigo.

—No sé nada de presiones ni de putas —dijo, con tono evasivo—. Ahora, y por última vez se lo pido, váyase.

—Le daré más tiempo para que lo piense. Creo que Sampedro fue obligado a tomar algunas decisiones a la fuerza. Cuando sepa el motivo, probablemente conoceré a sus asesinos —dije, y al tiempo que me ponía de pie, agregué—: Si cree estar en condiciones de ayudarme, ubique mi número en la guía telefónica. Por si lo ha olvidado, me llamo Heredia y soy detective privado, no un soplón de los que usted y yo detestamos.

Alderete no respondió. Bebió un sorbo de cerveza y volvió a la lectura de su diario, como si nada de lo conversado tuviera el más mínimo interés para él. Salí del restaurante y caminé hacia la Alameda. El sol pegaba fuerte y la gente caminaba con la furia contenida de costumbre. Me prometí volver a conversar con él, aunque solo fuera para descomponer su estado de ánimo. Luego concentré mi atención en no pisar las mercaderías de los vendedores ambulantes que tenían convertida la Alameda en una improvisada feria de las pulgas. De pronto, escuché un grito y vi cómo todos los vendedores recogían sus cosas y comenzaron a correr hacia los cuatro puntos cardinales. Recordé al muchacho que me había apuñalado y por un segundo pensé también en huir. Vi a tres carabineros que ahuyentaban a los vendedores del improvisado mercado callejero, y a mi lado, a una mujer que intentaba al mismo tiempo tomar de una mano a su hija y recoger los pañuelos, encendedores y otras baratijas que exhibía para la venta sobre una gruesa tela azul. Tomé a la niña en mis brazos y caminé hasta la esquina más cercana. La pequeña me observó con curiosidad y con un dedo indicó a su madre que nos seguía cargando a duras penas sus pertenencias. Al rato, lejos del alcance de los carabineros, devolví la niña a su madre y dejé a ambas en la esquina, observando un horizonte en el que se confundían la indiferencia de los autos con la desesperanza reflejada en los ojos de las dos mujeres.

Llamé a Elisa desde mi oficina. Necesitaba que recordara algo respecto de las presiones que le había comentado Jorge Sampedro. Un nombre, un motivo que diera sentido al comentario deslizado entre las sábanas. Pero Sampedro era reservado y nunca, salvo aquella vez, le había hecho comentarios acerca de su trabajo. En el fondo, pensaba Elisa, a pesar del cariño que le manifestaba, temía que en algún momento ella usara las confesiones en su contra.

También me dijo que había estado pensando en mí y me preguntó si tenía deseos de verla por la noche. Recobré la imagen de su cuerpo y reviví la suavidad de su piel mientras mis dedos jugueteaban por su espalda desnuda. Por un instante pensé en decirle que tenía todas las ganas del mundo de estar con ella, pero mantuve silencio y enseguida, conforme la magia se esfumaba, le dije que esa noche tenía otro compromiso.

—A veces actúas con algo de cordura —oí decir a Simenon, mientras afilaba sus uñas en una de las patas del escritorio—: No estás en edad de perseguir jovencitas. Además, desconfiaría de la amabilidad de ella. En una de esas quiere estar a tu lado para conocer los avances de la investigación. Nada es gratis en esta vida. Mírate al espejo, Heredia. Hace tiempo que dejaste de ser atractivo para las doncellas.

—No necesitas recordármelo. Me basta con mis huesos que crujen cada mañana y las dificultades que tengo para dormir por las noches.

—Bebe menos, trota, practica yoga, inscríbete en un curso de Charles Atlas, predica dando saltos en el Paseo Ahumada.

—Tus consejos apestan, Simenon.

El gato movió la cola, estiró sus piernas y con absoluta indiferencia avanzó hasta el rincón de la oficina donde lo esperaban sus pocillos con agua y alimento para gatos. Lo observé mientras bebía y luego me distrajo el timbre del teléfono.

—¿Recuerdas las cuentas de Sampedro? —oí preguntar a Doris Fabra—. Averigüé a qué actividad corresponde la razón social Altamirano y Compañía Limitada. Es un burdel electrónico o como se llame el asunto de contactar prostitutas por la Internet. También dimos con la oficina donde funciona el negocio. Voy a organizar una redada para interrogar a las mujeres que trabajan en ese lugar. Es probable que una de ellas haya conocido a Sampedro.

—No pierdas tu tiempo —dije, en voz baja—. Esas mujeres no trabajan en ese lugar. Son contactadas por teléfono y van a las direcciones que les indican.

—Los que administren el asunto deberán darnos los nombres y teléfonos de las prostitutas.

—No pierdas tu tiempo —insistí—. Sampedro se veía con una de las muchachas. Compartían ejercicios gimnásticos y algunas sesiones de cine, pero ella no tiene idea del asesinato.

—¿Cómo lo sabes?

—Preguntando se llega a Roma.

—¿Estabas al tanto de la existencia de ese burdel?

—Había oído hablar de él.

—¿Cuál es el nombre de la mujer?

—Prometí no revelarlo.

—También prometiste mantenerme al tanto de tus investigaciones. Iré a la oficina del burdel y no dejaré centímetro sin revisar.

—Malgastarás tu tiempo.

—Nunca debí confiar en un detective privado —exclamó Doris y luego, con un golpe que retumbó en mis oídos, cortó la comunicación.

—No hay nada peor que una mujer enojada —comenté a Simenon.

El gato respondió con un bostezo desganado.

## 19

Respiré profundamente frente al espejo del baño y pude ver el dibujo de mis costillas bajo la piel. Había perdido peso y mi cintura había recuperado las dimensiones de otras épocas, cuando aún podía subir al trote una escalera o correr cien metros sin desfallecer por el esfuerzo. En otras circunstancias habría llamado a Doris Fabra para darle una disculpa e invitarla a una copa de reconciliación, pero a esa hora ella debía estar en su casa, acurrucada en los brazos de su marido o en la cama, viendo su programa favorito de televisión. El problema de vivir solo es que llega la noche y no hay con quién conversar de las pellejerías de la jornada, comentar las noticias de la radio o simplemente mirar a los ojos con la tranquilidad de saber que hay alguien en el mundo al que le importas.

Me puse una camisa limpia, alisé mis cabellos, busqué la chaqueta que había dejado sobre el escritorio y sin un destino fijo salí a la calle, rumbo a los recodos anónimos de la ciudad que a esa hora mostraba su rostro más sombrío, de habitantes noctámbulos y peligros que acechan a la vuelta de cualquier esquina. Amaba las luces de los bares y sus mesas relucientes, el dorado de la cerveza servida en garzas y potrillos, el fantasmal brillo de los maniqués en las vitrinas, el aroma de lo prohibido y los letreros luminosos de los cabarés. Mis pasos me llevaron en dirección al Paseo Ahumada. A poco andar la soledad me tomó de la mano. No tenía un hogar ni una familia adonde llegar. Solo amigos esporádicos, amores que se consumían como ramas secas y un departamento donde me esperaba un gato, algunos cientos de libros

y el silencio, apenas interrumpido por los rumores del barrio.

Crucé la Alameda y entré al bar *Indianapolis*. El lugar se encontraba atestado de clientes que charlaban en voz alta. Parejas de enamorados y grupos de oficinistas; niños que recorrían las mesas ofreciendo imágenes religiosas, adhesivos de Disney, llaveros de cuero o pedían unas monedas, moquillentos, carisucios, con sus ojos cargados de una pena que al correr de la noche se iría haciendo más profunda. Pedí una copa de vino y la bebí de un trago, como temiendo que alguien quisiera arrebatármela. El fuego interno cobró vida y algo más tranquilo, volví a pensar en Sampedro. Si el funcionario estaba metido en líos de dinero, ¿por qué me había contratado para investigar? Las palabras de Negrón resonaron en mi cabeza. Descubriría algo en su auditoría o su trabajo era uno de los tantos saludos a la bandera que se hacían en la administración pública para guardar las apariencias. Faltaban piezas para el *puzzle* que intentaba reconstruir. De eso no tenía duda, como tampoco de que me encontraba en un punto muerto, a medio camino entre descubrir la verdad o mandar todo al carajo. Nadie podría reprocharme si después de contar las pocas monedas que tintineaban en mis bolsillos decidía abandonar el caso y ocuparme de algo que me permitiera ver de cerca el adusto rostro de Gabriela Mistral estampado en varios billetes de cinco mil pesos. Como en otras ocasiones, necesitaba el apasionado beso de la fortuna.

—¿Otra copa? —escuché que preguntaba el mozo.

Le dije que no y puse unas monedas sobre la mesa. Salí del bar y caminé por San Diego hacia el sur. La calle lucía desierta y a ratos excesivamente oscura, apenas intervenida por el neón de unos pocos bares y cabarés. No era un paseo para turistas ni caminantes desprevenidos. En dos o tres esquinas divisé muchachones que parecían esperar a sus víctimas. Pasé junto a ellos y les mostré mis dientes de perro viejo y rabioso. Antes de llegar a la plaza Almagro entré a un chinchel que poseía el encanto de una cucaracha en medio de la sopa familiar. En su interior había una docena de mesas, pero solo tres de ellas estaban ocupadas. En la primera bebía un par de hombres; en la segunda, una puta joven intentaba engrupir a un vejete de cabellos grises, y junto a la tercera, tres patines gordas y derrotadas se mantenían en actitud de alerta.

—¿Vino? ¿De la casa o embotellado? —preguntó el muchacho flacuchento que llegó hasta mi mesa. En su voz vibraba el tono dicharachero de alguien acostumbrado a bromear con los clientes.

—El que mate más rápido y sin dolor —respondí sin ánimo para sutilezas de entendido en vinos.

—Si tiene prisa por irse cortado beba un *Terremoto*. Pipeño, aguardiente o pisco y helado de piña. También puede ser un *Maremoto* que es más o menos lo mismo, pero con licor de menta en vez de pisco. Si por la mañana no despierta con el hacha clavada en el mate, le devuelvo su plata.

—Vino. Opto por una amable y cálida ración de vino.

—Un *Tintán* de la casa, entonces. ¿Vaso o caña?

—Caña. Las cañas dan la ilusión de que el fondo está más lejos.

—Toda una filosofía, amigo. Apuesto que es profesor.

—«Profesor de cachiporra, malandrín y estafador».

—No le encuentro cara de «pato malo».

—Las apariencias engañan, tanto como la publicidad, los discursos políticos y las prédicas de los curas que aparecen en la televisión.

—Anda en la dura, amigazo.

—Todo a nuestro alrededor se está cayendo a pedazos por culpa de las mentiras, las ambigüedades y la maldita costumbre de guardar la compostura. Pocos se atreven a decir las cosas por su nombre. Lo que importa es la apariencia, el chillido, las tetas al aire. La verdad no es noticia ni el trabajo mérito. Estafa, asesina a tu amante, mastúrbate en la plaza pública, exhibe tu culo y serás famoso. Te llevarán a la televisión, tendrás los mentados quince minutos de fama y podrás ahorrar para la vejez.

El muchacho sonrió y enseguida miró de reojo hacia la mesa ocupada por las tres gordas que parecían copiadas de una pintura de Rubens.

—Si quiere compañía, puedo llamar a una de las muchachas —agregó.

—¿Muchachas? Necesita anteojos, compadre. Hace mil años que esas minas salieron de la guardería infantil.

—Bueno, pero son cariñosas. ¿Qué dice?

—Dile a tu abuelita y a sus dos hermanas que no se ilusionen. Ando de paso. Tomo la caña de vino y sigo el vuelo hacia otros aires.

—Usted se lo pierde, amigo.

—Pagaré mis pecados en el infierno, no antes. ¿Qué pasa con el servicio? ¿Estás esperando a que el vino se añeje?

El mozo se alejó con resignada mansedumbre. Miré hacia la calle y en la vereda vi a dos tipos que exploraban la inmensidad del cielo con ganas de robarles sus estrellas. Palpé la Beretta que portaba en la chaqueta. A lo lejos se escuchó la sirena de una ambulancia. Estaba cansado. Cerré los ojos y recordé un verso del poeta Boris Maruna: «*A mi edad solo la duda es cierta*».

seguro si el sonido provenía de la oficina o del fondo de mi confusa sesera. Hice un esfuerzo y caminé hasta la oficina sin llegar a tiempo para contestar la llamada. Simenon me observó con expresión burlona; lamió sus blancos bigotes y brincó hacia la ventana que daba al balcón del departamento. Recordaba haber salido del bar de la calle San Diego y deambulado por la barriada hasta que el amanecer pintó de tonos rojizos el cielo de Santiago. Me arrellané en mi sillón, frente al escritorio, y me entretuve unos minutos tirando líneas sobre una hoja de papel. El teléfono volvió a sonar cuando el reloj colgado en la pared marcaba el mediodía.

—Decidí darte otra oportunidad —dijo Doris Fabra.

—¿Abandonarás a tu marido?

—Quiero resolver el asesinato de Sampedro y estoy segura que tienes información para llegar al fondo del asunto. Sé que no debía llamarte, pero estoy dispuesta a llegar a un acuerdo contigo. Aceptas mi proposición o envío a mis hombres a conversar contigo.

—¿Cuál es tu propuesta?

—Volvemos a ser amigos y me cuentas lo que averiguaste con la prostituta del *Betty's*.

—¿Qué gano con eso?

—Mi amistad y cierta información que recibí esta mañana.

—Has logrado despertar mi curiosidad.

—Contaba con eso, Heredia. ¿Qué dices?

—¿Dónde y a qué hora nos reunimos?

—Llevaré mi auto a revisión técnica en un taller mecánico de la calle San Ignacio. Frente al taller hay una picada llamada *Ringo*. En dos horas más estaré esperándote en ese lugar.

—Preferiría un boliche más próximo.

—Te va a gustar el lugar.

—Diría que acabas de concertar una cita clandestina.

—Ni lo sueñes, Heredia. No contigo.

El *Ringo* era un restaurante pequeño y acogedor. En su interior había siete u ocho mesas cubiertas con manteles de género, y de uno de sus muros colgaba la foto de un caballo trastrabado conducido por el *jockey* Gustavo Barrera. El animal estaba retratado con sus cuatro patas en el aire y daba la impresión de volar hacia una meta ubicada más allá de los límites del enmarcado. En un rincón del restaurante había un mesón y dos estantes repletos de botellas con etiquetas carcomidas por el tiempo y la humedad. Me aproximé a los estantes y vi que eran botellas de vino con diez, quince y hasta treinta años de antigüedad. El dueño del restaurante, atento a mi curiosidad, se acercó a mi lado y me habló de su afición por guardar vinos y de los clientes que llegaban atraídos por los sabores ocultos en el interior de las añosas botellas.

Doris llegó atrasada. Desplegó una mirada nerviosa por el lugar y enseguida

caminó hacia mi mesa. Vestía sus habituales bluyines y una casaca sin mangas que llevaba inscrita en la espalda la palabra «detective». Ocupó una silla, sacó de su casaca una cajetilla de cigarrillos y encendió uno. Después de expulsar la primera bocanada pareció más relajada.

—Disculpa el retraso, pero en vez de ir al taller mecánico, tuve que participar en una detención. Después de hablar contigo nos llegó información respecto al lugar donde estaba oculto un asaltante que buscábamos desde hace meses. El tipo —apodado «El Negro Gatillo»—, tenía en su cuenta el asalto a ocho supermercados y la muerte de un guardia. No fue fácil dar con él. Tuvimos que perseguirlo a través de los patios de varias casas. Logramos reducirlo después de una larga balacera. Uno de mis compañeros quedó herido, y «El Negro Gatillo» recibió tres impactos en el pecho. En estos momentos está en la Posta Central y dudo que llegue vivo hasta la noche —dijo, y luego, al percatarse que miraba la cartuchera que colgaba sobre su pierna derecha, agregó—: Te aseguro que sé usar muy bien la pistola. Durante mi instrucción siempre obtuve las mejores calificaciones en los cursos de tiro.

—Las armas suelen inquietarme.

—¿Nunca has tenido necesidad de usar tu pistola?

—Más veces de las que quisiera —dije, y sin ganas de profundizar en los recuerdos, pregunté—: ¿Por qué llamaste a mi oficina? Llegué a pensar que tu enojo sería definitivo.

—Me lo preguntaba mientras venía hasta acá. En el fondo de tus mentiras vislumbro el juego de un tipo honrado.

—«*Creíste en la moral y en la honradez, qué estupidez*».

—*Desencuentro*. Un tango de Cátulo Castillo que le gustaba a mi abuelo. El viejo tenía una colección de discos que escuchaba mientras mi madre preparaba el almuerzo. Aprendí de tangos a su lado, y aunque ahora no los escucho con la frecuencia de antaño, recuerdo sus versos y melodías —dijo, y luego de llamar al hombre que atendía las mesas, agregó—: Me llama la atención el interés que tienes en el caso. ¿Qué pasa por tu cabeza? ¿Por qué te interesa resolver el asesinato de Sampedro?

—Un asesino pasea por las calles y quizá entra al mismo bar en el que bebo mis copas. Pienso que hay una verdad que develar y que al fin de cuentas, no sé hacer nada mejor que andar husmeando por callejones tan anónimos como mi sombra. En nuestro país hay demasiados asesinos sueltos. Lucen de cuello y corbata, aparecen en las páginas sociales de los diarios y opinan de la democracia y la justicia. ¿Entiendes de qué hablo? Probablemente no. Seguro que en la Escuela de Investigaciones te enseñaron historia con un libro de hojas recortadas.

—No me subestimes, Heredia. Sé el terreno que piso y aunque sea policía, no me hago cómplice de los errores de mis viejos colegas.

—¿Errores? Bien dicen que los chilenos nos hemos especializado en usar palabras que no dejan ver el bosque.

Doris apagó su cigarrillo y prestó atención a una pareja que en ese momento entraba al restaurante.

—No tengo ánimo para tus problemas con el pasado, Heredia. Soy de otra época —agregó.

—El pasado nos compromete a todos, Doris. Sin memoria ni recuerdos no seremos otra cosa que zombies.

—Háblame de la prostituta y yo te pongo al tanto de mis pesquisas —retrucó.

—Borrón y cuenta nueva. No estamos hechos de la misma materia, Doris.

—Y además quiero que me acompañes a una diligencia —añadió la mujer policía, imperturbable.

—A cada segundo que pasa te entiendo menos.

—Quiero saber qué hablaste con la prostituta.

Pensé en mandar al carajo a Doris y sus inquietudes. En silencio conté hasta diez y me propuse seguir hablando del pasado en otra ocasión. Aspiré una bocanada de aire y de tristezas, y le hablé de la relación de Elisa con Jorge Sampedro. Omití que había pasado la noche con la muchacha, pero la puse al tanto de la supuesta presión que sufrió el funcionario.

—¿Presión para qué? —preguntó sin disimular su ansiedad.

—La muchacha no lo sabe.

—O no te lo quiso decir.

—Pongo mis manos al fuego por ella.

—Si es así, podemos aventurar algunas hipótesis. Deudas, coimas, chantaje, malversación de fondos, pagos de honorarios fraudulentos. Esas cosas y otras más ocurren en ministerios y reparticiones del gobierno. ¿Te parece probable alguna de esas hipótesis?

—Todas y ninguna. Lo que necesitamos es un cuello que apretar; la confesión de alguien que esté al tanto de lo sucedido.

—Quizás te pueda proporcionar ese cuello. ¿Recuerdas los retratos hablados? Un inspector del cuartel de La Cisterna reconoció a uno de los hombres. Se llama Paulino Pereira y trabaja en una empresa de seguridad. He mantenido en reserva esa información, y hasta ahora, solo la conoce el inspector que me llamó esta mañana y nosotros.

—¿Por qué tanto misterio?

—Pereira perteneció al Servicio de Investigaciones y lo exoneraron por tráfico de drogas. No he querido compartir la identificación porque temo que Pereira mantenga contactos con algunos de mis colegas. Hice dos o tres averiguaciones y creo que participó en el asesinato de Sampedro. Sé dónde vive y quiero que me ayudes a capturarlo.

—¿Tú y yo jugando a los jovencitos de la película?

—¿Vienes o no?



—Lo atraparon con las manos en la masa —dijo Doris mientras conducía su auto por la Gran Avenida, en dirección al sur de la ciudad—. Trabajaba en la ciudad de Arica y armó un lucrativo negocio con narcotraficantes colombianos. Cuando cumplía turnos en la aduana hacía vista gorda con las revisiones. Los colombianos comercializaban la cocaína en Santiago y Pereira recibía una parte del botín. El negociado funcionó hasta que uno de los cafeteros abrió la boca. Mientras estaba en un cabaré ariqueño, ebrio, dijo que un policía le ayudaba a pasar los cargamentos de coca por la frontera. Para su mala suerte, en el cabaré se encontraba un detective infiltrado. Algo que, dicho sea de paso, acostumbramos hacer para detectar a los narcos. El detective paró la oreja y dio cuenta a la jefatura en Santiago. Hubo una investigación y cuando fue evidente que Pereira era el policía señalado por el colombiano, se le tendió una trampa. Terminó en cana por dos años, junto a otros dos detectives y un inspector que recibía una parte de las ganancias. Al salir de la cárcel vivió un tiempo en Vilcún, un pueblo próximo a Temuco. Atendía un negocio de abarrotes que no prosperó. Regresó a Santiago y entró a trabajar en una empresa de seguridad que presta servicios a supermercados, bancos y tiendas comerciales. La empresa pertenece a Duncan Valdivieso, un antiguo capitán de Carabineros que ha sido mencionado en varios casos de violaciones a los Derechos Humanos durante el gobierno de Pinochet.

—¿Qué pretendes hacer?

—Según mis averiguaciones, estamos en la hora que Pereira ocupa para almorzar en su casa —dijo Fabra, y luego entró en un silencio que se fue haciendo más profundo a medida que nos íbamos acercando a nuestro objetivo. Encendí un cigarrillo y durante un rato me dediqué a observar el paisaje que dejábamos atrás.

—¿Nerviosa? —le pregunté al cabo de un rato.

—Un poco, no puedo negarlo.

—Pasas mucho tiempo fuera de tu casa —dije, intentando reanudar la conversación—. ¿Nadie te pone problemas?

—Nadie —contestó Doris—. No tengo plantas, gatos ni perros. Nada que demande mi atención.

—Solo un marido.

—Un marido que sabe cuidarse —dijo, y algo en el tono de su voz me hizo pensar que no estaba muy convencida de sus palabras.

Boté el cigarrillo por la ventanilla y miré de reojo a la mujer. Aparentaba serenidad, aunque sus pechos se alzaban al ritmo de una respiración agitada y de tanto en tanto, mordía su labio inferior. El auto pasó frente a la Municipalidad de La Cisterna. Doris redujo su velocidad y en la siguiente esquina dobló hacia la derecha, en dirección a la carretera Panamericana. Un minuto después, detuvo el vehículo al inicio de un callejón en el que se veían siete casas de adobe y un taller de

vulcanización.

Doris revisó su pistola y descendió del vehículo. Seguí su ejemplo y avancé tras ella. No había personas a la vista en el callejón. Un perro hurgaba entre los restos de un tacho de basura vigilado de cerca por la atenta mirada de un gato flacuchento.

—Vamos a la casa amarilla, al fondo —dijo Fabra, al tiempo que apuraba sus pasos.

—¿Cómo lo sabes?

—Reconocí el terreno apenas recibí el informe de mi colega.

Nos detuvimos frente al cerco de madera que rodeaba la vivienda. Doris abrió el portón que conducía a un antejardín cubierto de maleza y llegó hasta la entrada de la casa. Golpeó a la puerta y mientras esperábamos empuñó la pistola. Oímos pasos desde el interior. La puerta se abrió y apareció una mujer desgredada. Fabra le apuntó al pecho y la hizo retroceder hacia el interior de la casa. Entramos a una habitación donde había un juego de sillones y un televisor. En uno de los sillones había un niño, absorto frente a las imágenes de un programa de monos animados.

—¿Dónde está Pereira? —preguntó Doris a la mujer que, asustada, se limitó a indicar un pasillo que conducía al interior de la vivienda.

Avancé por el pasillo con la pistola a la altura de mi pecho. Había cuatro puertas, y solo una de ellas, la que estaba al final del pasillo, cerrada. Seguí avanzando, empujé la puerta cerrada con el pie derecho y entré a la habitación. Alcancé a divisar una cama y enseguida sentí que golpeaban mi brazo derecho con un objeto contundente. Mi pistola rebotó contra el suelo y fui a dar sobre la cama. Traté de reaccionar, pero de inmediato vi el revólver que empuñaba un hombre alto y moreno, cubierto con una toalla enrollada en la cintura.

—¿Quién eres, cabrón? —preguntó Pereira.

Miré hacia el cielo raso de la pieza sin encontrar ninguna respuesta oportuna. Pensé en los segundos que esperaría Pereira antes de poner en acción su arma y que la pieza era un lugar demasiado miserable para morir.

—Nosotros hacemos las preguntas —escuché decir de pronto a Doris Fabra. La mujer estaba detrás de Pereira y le apuntaba a la cabeza.

El hombre intentó reaccionar, pero Doris fue más rápida. Golpeó al matón en el cuello, le arrebató la pistola y antes que yo lograra levantarme de la cama, lo tenía en el suelo, esposado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, al tiempo que me pasaba la pistola del hombrón.

—¿Qué demonios es todo esto? —preguntó Pereira desde su incómoda posición —. No tienen derecho a maltratarme.

Doris lo obligó a caminar hasta el *living*. Luego ordenó a su esposa y a su hijo que salieran al antejardín. Cuando los vio desaparecer empujó al expolicía sobre uno de los sillones.

—Cuida que no se mueva —me dijo, sin dejar de vigilar a Pereira.

Obedecí. Ella guardó la pistola y sacó de su casaca los retratos hablados de los hombres que habían visitado a Sampedro el día de su asesinato.

—¿Te reconoces? —preguntó a Pereira mostrándole los retratos.

El hombre negó con un leve movimiento de cabeza.

—¿Y a estos dos? —insistió Doris, al tiempo que mostraba los dos dibujos restantes.

—No los conozco —respondió Pereira.

—Es mala educación mentir a las damas —dije, acercándome al detenido.

Pereira intentó una sonrisa, pero el puñetazo que le di sobre su oreja izquierda le hizo cambiar de expresión.

—Tú y tus amigotes mataron a Jorge Sampedro —agregó Doris—. Cómo y por qué son dos preguntas que responderás más tarde. Para empezar queremos saber el nombre de tus compañeros de aventuras.

—No sé de qué carajo están hablando.

Me acerqué a Pereira y cuando me disponía a castigarlo de nuevo, sentí una mano de Doris Fabra sobre mi hombro derecho.

—Hay otras maneras de hacer las cosas —dijo, apartándome del hombrón.

Doris fue hasta un rincón del *living*, sacó un celular de su casaca y la oí dar algunas instrucciones.

—Pedí refuerzos —dijo. Me hizo una seña para que me aproximara a su lado, y en voz baja, agregó—: Ándate, no quiero que mis compañeros te vean.

—Quiero escuchar lo que diga Pereira.

—Te lo contaré. Ahora, desaparece.

—¿Puedes tener problemas con el hombrón?

—Sé defenderme, Heredia.

—Voy a estar esperando tu llamada —dije, de mala gana. Guardé mi pistola bajo la chaqueta y salí de la habitación. Afuera, sentada sobre un pastelón de cemento, encontré a la esposa de Pereira y su hijo.

—¿Qué está pasando allá dentro? —preguntó la mujer.

—Temo que dejará de ver a su marido por algún tiempo.

—¿Está en un lío de drogas? —preguntó, con una expresión de resignación en el rostro—. Me juró que no volvería a meterse en ese tipo de cosas.

—Temo que se trata de algo peor.

La mujer se llevó las manos al rostro y comenzó a sollozar. El niño se acercó a su lado y la abrazó. Salí del antejardín y cuando me disponía a seguir mi camino, retrocedí un paso y le dije al niño que se acercara. El pequeño se apartó de su madre y obedeció. Calculé que debía tener siete u ocho años. Sus ojos eran grandes y negros como aceitunas.

—¿Usted es policía? —preguntó, antes que alcanzara a decirle nada.

—Día y noche.

—¿Le disparó a mi papá?

—No. Tu papá está bien.

—¿Hizo algo malo?

—Creo que sí.

El niño miró al suelo.

—Buscamos a dos amigos de tu papá. Es probable que ellos hayan venido a la casa y que tú los conozcas. ¿Qué me dices?

—A los únicos amigos que le conozco son los tíos Mario y David. Vienen a beber cervezas con mi papá. El tío Mario me llevó una vez al Estadio Monumental, a ver jugar al Colo Colo con Santiago Wanderers.

Acaricié la melena del pequeño y me acerqué a su madre que seguía con el rostro escondido entre las manos.

—¿Quiénes son los tíos David y Mario? —le pregunté.

La mujer, sobresaltada, alzó la cabeza y me miró con asombro.

—Los tíos Mario y David —insistí.

—Mario es mi hermano mayor —dijo.

—Supongo que tiene apellido y una casa.

—Mario Santana. Está separado de su esposa y vive con mi madre, en la Gran Avenida.

—Necesito la dirección exacta.

—Sargento Aldea 1879.

—¿Y el tío David?

—A ese solo lo he visto un par de domingos. Trabajo de secretaria en una importadora de ropa china. En la semana llego tarde, pero mi hijo dice que el tal David viene seguido. Creo que trabaja con mi esposo.

—¿Cuál es el apellido de David?

—Gómez, Gálvez o algo así. Mi marido rara vez ha mencionado el apellido de su amigo.

—¿Sabe dónde vive?

—Ni idea, señor.

Pensé en entrar a la casa y decir a Doris que mostrara los retratos hablados a la esposa de Pereira. Pero en ese mismo momento oí el ruido de una sirena. Me despedí de la mujer y salí al callejón. Al llegar a donde estaba estacionado el auto de Doris vi aparecer un vehículo policial con la baliza encendida. En su interior iban dos hombres que no repararon en mi presencia ni en el auto de mi amiga policía. El viejo Chevy Nova había quedado cerca de mi oficina. Añoré su compañía y comencé a caminar hasta el paradero de buses más próximo.

El bus me dejó frente a la entrada principal de mi edificio, y sin detenerme en el quiosco de Anselmo, abordé el ascensor que me llevó hasta el piso en que se ubica mi oficina. Una vez acomodado junto a mi escritorio, vacilé entre llamar a Doris o ir a la casa del tío Mario. Algo en mi interior me susurró que debía ubicar al cuñado de Pereira o de lo contrario corría el riesgo de encontrar otro cadáver, tan circunspecto y silencioso como el de Sampedro. Llamé a Doris Fabra a su celular y no me contestó. Dejé la oficina y conduje hacia la Gran Avenida.

Mario Santana vivía en una mediagua de dos piezas, instalada a las orillas de un canal que hedía como el aliento de Satanás. Al otro lado había un vertedero de basura y en el horizonte se recortaban las siluetas de dos álamos resecos. La casucha estaba rodeada por un patio en el que se veía un sinfín de botellas vacías, neumáticos viejos y trozos de madera y cartón. Sobre uno de los neumáticos jugaban tres niños, y cerca de ellos una anciana lavaba ropa, inclinada sobre una artesa.

Me acerqué a la mujer, mientras los niños me observaban sin apartarse del lugar de sus juegos. La anciana no escuchó mis pasos y solo se dio cuenta de mi presencia cuando estuve junto a la artesa. Me observó de reojo y continuó restregando las camisas que lavaba.

—Busco a Mario —le dije.

—Debe estar al fondo del patio —respondió sin dejar el fregado.

Lo encontré ordenando botellas sobre un triciclo de carga. Las apilaba por tamaño y de acuerdo al tipo de licor que habían contenido en una vida anterior. Era alto, flaco, y no debía tener más de cincuenta años. Lucía el torso desnudo y un hilillo de sudor escurría por su espalda. Cuando me vio, dejó de trabajar y con sus manos en jarra, esperó a que llegara a su lado.

—Tu hermana me envió a hablar contigo —le dije, imprimiendo un tono amistoso a mi voz.

—¿Para qué sería? —preguntó, suavemente.

Su rostro no tenía semejanza alguna con los retratos confeccionados por la policía.

—Pereira, tu cuñado, está metido en un feo asunto. Los tiras lo están interrogando y dudo que salga fácilmente de la capacha.

—¿Qué cagada se mandó esta vez? —preguntó Santana—. Juró que no iba a meterse en más problemas. Y por supuesto, la tonta de mi hermana le creyó. Mil veces le dije mi vieja que no se metiera con ese tipo. Nació maleado.

—Al parecer, esta vez le robó la vida a alguien. Y eso no es todo, la policía sospecha que tú le ayudaste a cometer el asesinato.

—¿De qué habla? No se hacen bromas con ese tipo de cosas —dijo, y el brillo nervioso de sus ojos me hizo pensar que su sorpresa era auténtica.

—Si me escuchas con atención y luego cooperas, te puedo ayudar a salir del

embrollo.

Santana se sentó sobre las botellas ordenadas en su triciclo. Le hablé de la muerte de Sampedro, de mi investigación y del retrato hablado que había permitido ubicar a Pereira.

—No tengo que ver con ese crimen. Lo juro por lo que más quiero.

—Dicen que sueles juntarte con Pereira y su amigo David.

—Lo hice dos o tres veces, nada más. A tomar cervezas y hablar de fútbol. Ni mi cuñado ni David son gallos que me simpaticen, pero tampoco se le puede hacer asco a unas chelitas gratis.

—¿Cuál es el apellido de David?

—Gálvez. Es un tipo mayor y alguna vez mi cuñado me contó su turbia historia. Cuando joven, durante el gobierno de Salvador Allende, militó en el Partido Socialista. Participaba en reuniones, pintaba muros, repartía propaganda. Después, a los pocos días del golpe militar, apareció vestido de milico y a nadie le cupo duda que era un soplón infiltrado. Durante la dictadura nunca le faltó trabajo ni billetes. En esa época apareció en la población. Mi cuñado cuenta que pasaba metido entre los pobladores, haciéndose el simpático, escuchando lo que decía la gente. También estuvo metido en los asaltos a unas tiendas y fue el único de su banda al que nunca le pasó nada. Tenía santos en la corte. Gálvez metió a mi cuñado en el asunto de las drogas. A Pereira le gusta tener dinero y trabajar poco.

—¿Conoces a otros amigos de tu cuñado?

—A nadie más. Si lo supiera se lo diría. Me alegra que Pereira pase una temporada en cana. Mi hermana va a estar tranquila y puede que decida abandonar para siempre al cabrón de Pereira.

—Creo que dices la verdad, pero no te puedo asegurar que la policía piense lo mismo.

—¿Usted no es de la policía?

—Soy detective privado —le dije y agregué una explicación de mi oficio que Santana aceptó sin reparos.

—¿Cuándo vendrá la policía? —preguntó, atemorizado.

—Tal vez hoy, tal vez nunca. Todo depende de cuánto hable Pereira —dije, y luego de mirar hacia el rincón donde la anciana seguía lavando, pregunté—: ¿Sabes dónde ubicar a Gálvez?

—No sé dónde vive, pero frecuenta un bar ubicado en la esquina de las calles Bío Bío y San Francisco, cerca del Matadero Franklin.

—¿Qué aspecto tiene?

—Petiso, gordo y calvo. La última vez que lo vi vestía un vestón de cotelé, café y viejo, con coderas de cuero.

—Si la policía viene a verte, límitate a repetir lo que me has dicho.

Santana asintió con la cabeza y se puso de pie. Estreché la mano que me ofreció y rehíce mi camino hasta el Chevy Nova. Cuando hice funcionar el motor miré hacia la

mediagua y vi que la anciana comenzaba a colgar su lavado en un cordel, indiferente a lo que acontecía a su alrededor.

## 23

El bar que frecuentaba Gálvez era un cuchitril oscuro al que se entraba por una desvencijada puerta de batientes. Al fondo del local había un mesón sobre el que descansaba un pequeño televisor y algunas botellas de vino sin descorchar. El negocio era atendido por un gordinflón canoso que a duras penas conseguía desplazarse de una esquina a otra del mesón. Dos hombres se encontraban acodados en la barra y una mujer de atractivos algo deteriorados ocupaba la mesa más pequeña del bar. El gordo no me prestó atención. Todas sus neuronas estaban concentradas en la pantalla que mostraba escenas de los bombardeos estadounidenses a Bagdad, alternadas con las de una niña que tenía el rostro quemado por los efectos de un explosivo que había impactado cerca de su hogar.

—Cabrones, yanquis cabrones —exclamó el gordo.

—Quiero una copa de vino —le dije, acodándome en el mesón.

—¿Ha visto a esos cabrones? ¿Ha visto a la niña? ¿Qué culpa tiene ese angelito?

—Ninguna. Usted y yo sabemos que no tiene culpa alguna —dije, conciliador.

—¿Qué desea beber? —preguntó volviendo a la oscura realidad del bar.

—Vino tinto.

El gordo llenó una copa y la dejó sobre el mesón.

—¡La puta guerra! —exclamó enseguida—. Los yanquis cabrones se creen los dueños del mundo.

Probé el vino, dejé la copa sobre el mesón y encendí un cigarrillo.

—Busco a un tal Gálvez. Suele venir por acá —agregué.

—No acostumbro a preguntar el nombre a mis clientes.

—Es chicoco, panzón y calvito.

—¿Para qué lo busca? —preguntó, algo incómodo.

—Deudas, unas pequeñas deudas que nos unen.

—Vino al lugar equivocado. No tomo ni doy recados.

—¿Puedo ocupar una de las mesas?

—Mientras pague la cuenta, ningún problema.

Tomé la copa y me senté. El gordo volvió a mirar la pantalla y al cabo de unos segundos repitió sus maldiciones contra la guerra.

—¿Puedes convidarme una cerveza? —oí que preguntaba la mujer sentada cerca de la puerta.

Debía tener cerca de cuarenta años. Se teñía el pelo y su rostro estaba marcado por gruesas ojeras. Me puse de pie y caminé hasta el mesón, en silencio, como un monaguillo orgulloso de su desempeño.

—La Susanita aún tira sus petardos —dijo el gordo, al tiempo que destapaba la botella de cerveza que le pedí y miraba hacia la mujer de la mesa—. Con dos cervezas la saca a bailar gratis.

Hice oídos sordos a las palabras del mesonero y rehíce mis pasos.

—Gracias —dijo la mujer al recibir la cerveza. Su voz gastada se arrastró sobre la mesa. Parecía una actriz cansada de repetir un parlamento al que ya no encontraba sentido.

—El gordo no parece muy interesado en satisfacer a sus clientes —comenté.

—Zenón es llevado de sus ideas. Todo el día no hace más que mirar la tele, protestar y recordar su remoto pasado de dirigente sindical en una fábrica textil. Un día le van a robar las mesas y no se va a dar cuenta.

—Sus roñosas mesas se cuidan solas —dije, y enseguida le pregunté si conocía a Gálvez.

—Por mi vida pasan muchos hombres —dijo la mujer una vez que probó la cerveza.

—¿Lo conoces? Me dijeron que suele venir a este lugar.

—Tal vez. ¿Tú y él son amigos?

—Si fuéramos amigos no necesitaría preguntar por él.

—¿Qué gano si te hablo de Gálvez?

—Mi amistad y unos pesos que supongo no te vendrían nada de mal. ¿Qué dices?

—Lo conozco como a las palmas de mis manos. Viene con frecuencia, y aprovecha que el gordo Zenón no ve más allá de su televisor para negociar sus contrabandos o hacer otras mariguanzas.

—Por el tono de tu voz deduzco que no te resulta simpático el tal Gálvez.

—Una noche quiso acostarse conmigo. Fuimos a un hotel y como no se la pudo, me golpeó. Anduve una semana con la cara amoratada.

—¿Crees que hoy aparezca por aquí?

—Hace tres o cuatro días que no lo veo, y no me extraña. Acostumbra viajar a la Argentina y vuelve cargado de mercaderías. Ahora que los argentinos pasan una mala racha económica, resulta conveniente ir a comprar cosas a Mendoza o Buenos Aires.

—Nada pierdo con esperar un rato.

—Solo tu tiempo —respondió la mujer, y luego, imprimiendo un falso tono seductor a sus palabras, agregó—: Ahora, si deseas ocuparlo en algo mejor, podemos ir a un hotel que está cerca.

—Lo pensaré —respondí sin ocultar mi desgano.

Dejé transcurrir el tiempo mientras observaba a los clientes del bar. Susana bebió



dos cervezas y después, al notar mi desinterés en su propuesta, me pidió los billetes prometidos y buscó compañía junto a un hombre de cuello y corbata que de inmediato mostró entusiasmo por los maltrechos encantos de la mujer. En la pantalla del televisor se sucedían las imágenes de los misiles cayendo sobre Bagdad. Tuve la sensación de estar viendo una de las machaconas películas de vaqueros que exhibían en los cines de mi infancia, y en las que siempre aparecían soldados estadounidenses matando apaches, mexicanos, negros, chinos, o a todo aquel que representara un riesgo para los colonos. Los soldados que aparecían en la televisión no montaban a caballo, pero igual sumaban muertos a su paso y defendían los intereses de quienes miraban la guerra desde lejos, sin conocer el olor de la sangre. Guardé en mi memoria la imagen de un hombre con sus piernas amputadas y pensé que alguien, en algún lugar del mundo, debía hacer algo por la paz. El hombre deseaba dominar otros planetas, creaba máquinas ingeniosas, y sin embargo conservaba intacta su brutalidad y el desprecio por sí mismo. No era fácil cambiar el rumbo de ciertas cosas, pero no perdía la esperanza de ver una película donde ganaran los apaches, los negros, los sudacas. Los de abajo, los jodidos de siempre.

Luego oscureció y el bar, mal iluminado por un par de ampolletas, se hizo más sombrío. Susana salió a la calle con su nueva conquista y los demás clientes comenzaron a irse con una expresión de resignado cansancio en sus rostros.

—Voy a cerrar —gruñó Zenón desde el mesón—. Si quiere le sirvo la última copa o de lo contrario pongo llaves al boliche. No me agrada trabajar hasta muy entrada la noche. El barrio no es bueno y ya me han asaltado varias veces por alargar el horario de atención.

Maldije en silencio mi inútil espera. Le dije a Zenón que ya tenía suficiente combustible para el camino y dejé un billete sobre el mesón.

—Le debo el vuelto —dijo Zenón al verme caminar hacia la salida.

—Anótelo en mi cuenta. Tengo intenciones de volver.

Cuando llegué a mi oficina la noche se había adueñado de la ciudad y disponía de ella a su antojo, cubriendo con sus sombras el dispar paisaje de edificios y casas que habitualmente veía desde la ventana. Saludé a Simenon y abrí un enorme sobre amarillo que alguien, probablemente Anselmo, había dejado sobre mi escritorio. Contenía la propaganda de la *Casa del Detective Privado*, empresa que ofrecía servicios de seguimiento de personas, infiltraciones, informes políticos, médicos y económicos, asesoría en seguridad para empresas. También una extensa oferta de maletines de seguridad, micrófonos, chalecos antibalas, detectores de metales, entre otros instrumentos de supuesta utilidad para un investigador privado. En un recuadro, el folleto decía que «un detective privado no es solo una persona que viste ropas oscuras y acostumbra sobornar secretarías. Un detective es alguien que sabe percibir detalles que otros pasan por alto y que es capaz de llegar a deducciones acertadas». No estaba mal. Las palabras lucían consistentes, pese a que no hacían mención a las

tincadas ni a las dosis de buena fortuna. El folleto también promovía un curso de detective privado al costo de varios cientos de dólares. Prometía la entrega, al final de los estudios, de una credencial y el correspondiente diploma de investigador privado.

—¿No estarás pensando en estudiar? —preguntó Simenon.

—¿Qué te parecería un diploma colgado en la pared? Mucha gente hoy en día estudia un diplomado, aunque no sea más que para adornar el *living* de la casa o seguir el juego de las universidades que necesitan aprovisionar sus arcas.

—Tendría la gracia de una cagada de mosca sobre un cuadro de Chagall.

—¿Y una credencial para mostrar a los clientes?

—Es más efectiva la credencial de tira que compraste años atrás en el Mercado Persa.

—No pareces interesado en mi desarrollo profesional.

—A tu edad no necesitas aprender cosas nuevas. Concéntrate en sobrevivir y basta.

Tomé el folleto, aprecié su aroma a tinta fresca y lo arrojé al papelerero. Simenon dio un salto y se posó sobre mis piernas. Acaricié su pelaje blanco y cerré los ojos.

—Has tenido un día duro —dijo el gato.

—Igual a tantos otros. Solo que a veces me duele más el desamparo de alguna gente.

—¿En quién estás pensando?

—El hijo de Pereira, los niños en la casa de Santana, la mujer que encontré en el bar, Sampetro, la niña que vi herida en la televisión. ¿Qué nos mantiene en pie, Simenon? ¿El miedo o algún misterioso sentido que nos impulsa a ponernos de pie cada mañana?

El gato no respondió ni yo tuve tiempo de buscar una respuesta convincente. Oí que golpeaban a la puerta, y luego de gritar que estaba abierta, apareció Doris Fabra.

—Cualquiera diría que te has enamorado de mí. Desde que nos conocimos no has dejado de llamarme por teléfono o venir a visitarme.

—Puedo irme si te molesta mi compañía. Y en cuanto a lo del amor entre nosotros, no te hagas ilusiones, Heredia.

—Pensaba en voz alta, nada más. Sabes muy bien que eres bienvenida a toda hora —dije, indicándole la silla ubicada frente al escritorio.

—Contaba con eso, Heredia.

—Te ves cansada. ¿No deberías estar en tu casa?

—No tenía ganas de regresar a mi casa. He trabajado duro todo el día y el caso Sampetro sigue siendo una espina clavada en mi cabeza —respondió, y al tiempo que dejaba un cambucho de papel encima del escritorio, agregó—: Pensé en venir a conversar contigo y compartir unas cervezas.

—¿Pereira ha dado mucha batalla? —pregunté mientras abría el cambucho y sacaba de su interior seis Australes en lata.

—Toda carne se ablanda con un buen hervor. Pereira aún no suelta mucho caldo,

pero al menos reconoció haber visitado la oficina de Sampedro y la existencia de sus compinches.

—¿Solo reconoció haber visitado a Sampedro?

—Dice no saber nada del asesinato, pero eso no se lo cree ni él mismo. Y en cuanto a sus compinches, confesó que uno de ellos se llama David Gálvez. Del otro ignora su nombre, pero si hemos de creer en sus palabras, habría sido el que contrató a Gálvez para secuestrar a Sampedro. Confío en que nos dirá algo más. Sabe que está atrapado en el fondo de la red y unos días en la celda, más la posibilidad de ser acusado de asesinato, lubricarán su memoria. Lo importante es que encontremos a sus amigos. Al que aún no tiene nombre y a Gálvez, que parece un pájaro de cuentas.

—Contrabando, robo, maltrato de mujeres y un pasado turbio, de soplón o sicario.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Pasé varias horas esperando a Gálvez en su bar favorito.

—Te escucho —dijo Doris, abriendo su lata de cerveza—. Al parecer tienes una buena historia que contar.

Le di fuego al gas. Hablé de Mario Santana, de la mujer en el bar y de Gálvez. Doris escuchó con atención, anotó dos o tres cosas en un papel, y cuando terminé de hablar guardó silencio durante unos segundos, como evaluando si le había dicho toda la verdad.

—No entiendo cómo llegaste a Gálvez —dijo.

—Los niños nunca mienten —respondí, y le conté mi conversación con el hijo de Pereira.

—¡Niños! Debí pensar en el hijo de Pereira —comentó molesta consigo misma. Luego dijo que destinaría a dos de sus hombres a vigilar el bar de Zenón.

—En una de esas el pájaro tomó vuelo y demora en regresar.

—Vigilaremos durante un tiempo prudente.

—Tus detectives pueden espantar a Gálvez. El tipo es conocido en el barrio y debe tener amigos que lo ayudan.

—Descuida, Heredia. Sabemos hacer nuestro trabajo.

—Más vale que sea así —dije y después de probar la cerveza, agregué—: Ahora disfruta tu bebida y olvídate de Sampedro por algunas horas.

estar en una caseta de tiro al blanco, frente a una docena de patos pequeños y movedizos a los que no conseguía apuntar con precisión. Gálvez no era tonto y los detectives a que Doris Fabra había encomendado la vigilancia del bar tenían la sutileza de una manada de elefantes enfadados. Los había espiado durante tres noches seguidas e intuía que todo el vecindario estaba al tanto de sus intenciones, mientras éstos consumían las horas fumando dentro del auto o caminando de una esquina a otra, como furtivos amantes de una cita que no llegaba a concretarse. Gálvez no daba señales de vida y Zenón continuaba maldiciendo la guerra, sin preocuparse del estado calamitoso de sus clientes ni de mis visitas para beber una copa de vino y pispiar el ambiente. Susana seguía empeñada en su cruzada de amor, aunque no volvió a insinuar una visita al hotel ni a pedirme que le invitara otra cerveza.

Había llamado dos veces a Doris Fabra para conversar de Gálvez y de otras cosas que nos ayudaran a soportar la ansiedad de la espera. La oí hablar de sus plantas, del auto que pensaba comprar cuando la ascendieran y de sus dudas sobre el trabajo, al que parecía entregada con la fe de una novicia que recién lleva dos días en el convento. Nada sobre su marido, y nada sobre las muchas horas que pasaba fuera de casa. En cuanto a lo único que nos unía, Pereira seguía guardando silencio, aunque ella confiaba en que los sucesivos interrogatorios le harían confesar el nombre del tercer implicado. No le dije que vigilaba a sus detectives ni que empezaba a idear una hipótesis razonable para descubrir las motivaciones tras la muerte de Sampedro.

Estaba aburrido de vigilar la entrada del bar. Deseaba regresar a mi oficina y ocupar el resto de la noche en releer alguna novela de Osvaldo Soriano o escuchar jazz al calor de una copa de vino. Pensé en Doris. Recordé el inicio de un poema de Juan Cameron: «*Donde dice amor no debe decir nada*». Había escuchado a Cameron leer el poema en Valparaíso, una noche en que andaba tras las huellas de un prestamista y terminé en el bar *Dubois*, junto a una mesa ocupada por seis vates con sus respectivas musas.

—¿Qué manchas y qué lecho? —me pregunté—. Esa mujer nunca ha estado en mi cama.

Me distrajo el movimiento de los detectives dentro del auto. Uno de ellos bajó el vidrio de la ventanilla, y el otro comenzó a hablar por celular. Miré hacia el bar y divisé la silueta de un hombre que cruzaba su puerta. Tuve la certeza de que la espera llegaba a su fin. Gálvez había pisado el palito y la red comenzaba a tejerse a sus espaldas. Los detectives salieron del auto y entraron al bar, a la carrera, siguiendo los pasos del calvo. Durante unos minutos no pasó nada, y luego el opaco silencio fue alterado por los estampidos de varios disparos. Escuché gritos provenientes desde el interior del bar y enseguida vi salir a uno de los detectives, corriendo hacia el auto policial. El bar colindaba con un sitio eriazo, y sin otra brújula más que la ley de las probabilidades, salté el pequeño cerco que lo separaba de la calle. El lugar estaba cubierto de maleza, restos de una vieja construcción y en uno de sus rincones divisé dos frondosos árboles. Busqué refugio tras ellos y me dispuse a esperar, acariciado

por la infatigable mano de la intuición. Una estrella solitaria observaba desde el cielo y durante un buen rato no hice más que admirar su intermitente titilar. Del bar seguían llegando gritos y a lo lejos comenzó a sonar una sirena. Transcurrieron dos o tres minutos. Frente al lugar se detuvo un nuevo vehículo policial del que bajaron Doris Fabra y otros tres detectives. Fue en ese momento cuando vi la sombra que saltaba sobre la tapia existente entre el patio del bar y el sitio eriazo. Se deslizó hacia el suelo y en su caída golpeó unas ramas secas. Se hizo un silencio y vi la alocada carrera de un guarén bajo los árboles. Después oí el ruido que hacía la sombra al acercarse hasta mi escondite. Saqué la pistola y salí a su encuentro. Unos ojos me observaron entre las sombras y vi a un hombre que intentaba ponerse de pie y correr. No llegó muy lejos. Lo golpeé en la espalda y cuando lo vi tendido y quejumbroso, me agaché a su lado y apunté su rostro manchado de tierra.

—Terminó la aventura —le dije, al tiempo que observaba su camisa ensangrentada.

Gálvez cerró los ojos y quizás esperó escuchar el estampido que pondría fin a su huida.

—¿Quieres que llame a la policía o prefieres conversar? —le pregunté, presionado la pistola sobre una de sus mejillas.

—¿Quién eres? —preguntó en voz baja.

—Alguien que necesita conocer el nombre de uno de tus amigos —dije, y al ver que comenzaba a mover la cabeza para insinuar una respuesta negativa, agregué—: No tienes mucho tiempo para pensar. Sé que participaste en el asesinato de Sampedro. Pereira fue uno de tus acompañantes, pero ignoro el nombre del tercer responsable.

—No he matado a nadie.

—¿Quieres pasar el resto de la noche hablando con la policía?

—Estoy herido. Antes de interrogarme tendrían que llevarme a un hospital.

—La policía tiene grandes ganas de conversar contigo y te aseguro que el camino al hospital es largo y azaroso. También puedo practicar tiro al blanco en tu pecho. Inventar una justificación sería fácil y hasta es posible que la policía me otorgue un galvano por cooperar en el exterminio de las ratas.

—¿Qué gano si te doy el nombre que necesitas?

—Mi silencio y cinco minutos para huir.

Gálvez intentó moverse y el dolor en el estómago le hizo cambiar de idea. Le ayudé a pararse y lo conduje hasta la valla más próxima.

—¿Qué dices? —insistí—. Es solo un nombre.

—Pedro Servando. Fuimos compañeros de celda durante la temporada que pasé en la cárcel de Colina. Abandonamos el penal casi en la misma fecha y una tarde llegó al bar que frecuento. Me dijo que lo habían contratado para asustar a un tipo y que el trabajo nos reportaría una buena cantidad de guita.

—El susto fue tan grande que el tipo perdió el habla para siempre.

—Eso no estaba en el plan inicial. Servando asesinó a Sampedro.

—Tú y Pereira se conformaron con aplaudir.

—Quiero mis cinco minutos —dijo, sin responder a mi comentario.

—¿Cómo se llama la persona que los contrató?

—Servando nunca dijo su nombre ni yo se lo pregunté. En mi negocio hay que saber mantener quieta la lengua cuando corresponde.

—Demasiado simple para ser verdad.

—Es todo lo que sé —agregó Gálvez.

—¿Dónde encuentro a Servando?

En ese momento escuchamos voces provenientes desde el patio del bar. Los detectives no tardarían en saltar la tapia y revisar el sitio eriazo. Gálvez sacó de su chaqueta un montón de papeles amuñados y me los pasó.

—Te servirán para encontrar a Servando.

—¡Papeles! ¿A quién quieres engañar?

—He cumplido mi parte de trato.

—No llegarás muy lejos.

—Déjame intentarlo.

Guardé los papeles. Pensé en confiar en sus palabras y ayudarle a pasar la valla que nos separaba de la calle. Pero recordé a Susana, la mujer del bar, y eso fue suficiente para cambiar de plan. Apreté la pistola y castigué el mentón de Gálvez. Su cuerpo cayó pesadamente al suelo, convertido en un pájaro sin alas a punto de ser enjaulado por Doris y sus compañeros. Salté la valla y volví a mi puesto de vigilancia en la calle. Desde ahí vi trabajar a los policías hasta que encontraron a Gálvez dormitando sobre la maleza.

No siempre se pueden respetar los tratos, me dije más tarde, mientras recordaba un verso de Brassens que decía: «*En mi pueblo, sin pretensión, tengo mala reputación*». Luego vi que subían a Gálvez a una furgoneta policial. Busqué mi auto y encendí el enésimo cigarrillo de esa noche.

## 25

—Aún no nos dice nada —agregó Doris Fabra. Sus palabras llegaban como un susurro a través del teléfono y supuse que hablaba en voz baja para no llamar la atención de su marido que estaría a su lado, viendo las apetitosas tetas de alguna *vedette* televisiva o repasando las noticias del día—. Al huir se golpeó con algo contundente y estará con la quijada hinchada durante un par de días. Por más que lo

pienso, no consigo imaginar con qué tropezó.

—Probablemente con la patada de un burro porfiado.

—Además, tuvieron que extraerle una bala alojada en el estómago —añadió Doris—. Estará internado unos días en el Hospital Barros Luco.

—Dame más detalles del arresto.

—Los detectives intentaron apresarlos en el bar y Gálvez sacó un revólver. Se produjo una balacera y aunque fue impactado, logró escabullirse. Mis colegas pensaron que estaba escondido en el patio, pero después de revisar el lugar dedujeron que había pasado al sitio eriazo. Ahí lo encontraron, atontado.

—¿Qué dijo cuando lo detuvieron?

—Puras incoherencias. Que era víctima de la brutalidad policial, que alguien lo había interrogado y luego golpeado con una cachiporra.

Pensé en contarle la verdad, pero guardé silencio. Doris tenía bellos ojos y una boca digna de grandes besos, pero seguía siendo policía.

—¿Y Pereira?

—Sigue culpando a Gálvez y al desconocido. Cuando sepa que su socio está detenido debería cambiar de actitud. Habrá que cuidarlos, y al estar uno frente al otro, es posible que quieran cooperar.

—Quizá para entonces habrá aparecido el tercer hombre.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Un desmesurado e imprevisto ataque de optimismo.

—Prometiste darme a conocer los resultados de tus pesquisas, ¿recuerdas?

—Cuando descubra algo te lo haré saber —dije, y ella siguió poniéndome al tanto de sus actividades del día.

En sus palabras intuí un indicio de soledad que no me fue indiferente. ¿Qué pasaba con Doris? ¿Por qué persistía en sus llamadas? ¿Interés profesional? ¿No tenía quién la escuchara? La oí pacientemente hasta que captó que mi interés caminaba por una cuerda floja y decidió concluir la conversación.

—El único problema de las mujeres es que a veces hablan demasiado —dije a Simenon que estaba a mis pies, entretenido en rasguñar una bola de papel que le había arrojado mientras escuchaba a Doris.

El gato siguió jugando, indiferente a mis reclamos.

Busqué los papeles que me había entregado Gálvez y los arrojé sobre la cubierta del escritorio. Cinco envoltorios de caramelos, cuatro recibos de apuestas hípicas, seis boletas del café *Besos*, una receta médica para comprar Omeprazol, ocho boletos de buses, dos servilletas de papel y tres boletas del *topless Paloma*. ¿Tenía algún significado esa colección de papeles? Los caramelos, la receta y las servilletas evidentemente eran algo personal. Los boletos de buses solo servían para saber que Gálvez había utilizado la línea Mapocho–San Bernardo. Separé las boletas del *topless* y el café, y las examiné. Las del café correspondían a consumos dobles y triples, lo cual podía significar que Gálvez bebía más café de lo aconsejable, o había estado

acompañado en dos ocasiones por tres personas, y en otras cuatro, por dos. Repetí mi razonamiento en voz alta y tuve la impresión de estar inventando un trabalenguas. Las tres entradas al *topless* correspondían a un mismo día. Eso significaba que Gálvez había pagado su entrada y la de dos personas más. Miré las boletas hasta descubrir qué las unía. El café *Besos* y el *topless Paloma* estaban ubicados en la calle Santo Domingo. Amuñé las boletas y las arrojé dentro del canasto. Mi puntería seguía tan efectiva como cuando jugaba baloncesto por el equipo del orfanato y el entrenador confiaba a ojos cerrados en mis lanzamientos bajo el tablero.

—¿Te apetece un café y algunas gatitas en paños menores? —pregunté a Simenon.

—Si piensas ir al edificio caracol de la calle Santo Domingo, te advierto que ya es muy tarde. Atienden de día. Mala suerte. Para aguardar el sueño solo te queda escuchar música, leer y acariciar a tu felino regalón. Puedes leerme la oda al gato que escribió Pablo Neruda. Esa que dice: «... *nupcial sultán del cielo de las tejas eróticas...*».

Solo después del primer cigarrillo la espera pareció tener algún sentido. El café *Besos* estaba cerrado. Frente a su puerta tres hombres y dos muchachas conversaban animadamente a la espera del administrador para iniciar la jornada de cafés y bikinis. El edificio caracol comenzaba a despertar de su letargo nocturno y un rápido vistazo al pasillo que ascendía en espiral me permitió ver que era ocupado por una infinidad de tiendas donde vendían ropa para guagua, calcetines, artesanías de la India, cosméticos. También había peluquerías, dos o tres oficinas de contabilidad y varios otros boliches que no logré descubrir a qué se dedicaban. En el nivel superior, cerrado y con aspecto de sepulcro, divisé la fachada del *topless Paloma*.

Me cansé de esperar y caminé hasta el quiosco ubicado en la esquina más próxima. Los titulares de los diarios anunciaban la muerte de dos periodistas españoles en Bagdad. La guerra vendía diarios, aseguraba audiencia televisiva y era buen negocio para los gobernantes estadounidenses que convertían en carne de cañón a sus ciudadanos desechables: puertorriqueños, mexicanos, centroamericanos que se enrolaban en la marina con la esperanza de obtener una visa de residencia permanente en la tierra del Pato Donald y las hamburguesas sazonadas con colesterol.

Durante un rato contemplé a la gente que iba a sus trabajos, y luego retorné al café *Besos*. Estaba abierto y en nada se diferenciaba de la mayoría de los cafés con piernas que habían brotado como callampas en el centro de Santiago, atrayendo a oficinistas, vendedores y cesantes que buscaban un oasis donde espantar el desencanto o la mala suerte. En su interior, oscuro y con olor a humedad, estaban las dos muchachas encargadas de la atención de los clientes. Pedí un cortado y evalué sus siluetas mientras ideaba la mejor manera de abordarlas con mis preguntas.

—Poca clientela —comenté a la morena que estaba a mi lado, con la mirada perdida en un punto del techo, siguiendo las huellas de un sueño en el que



seguramente se veía lejos de las miradas de los hombres que entraban al café.

—Aún es temprano. Al mediodía y en la tarde nos llenamos de clientes.

—Más de uno vendrá todos los días.

—Muchos. Algunos pasan dos o tres veces al día —agregó, dispuesta a entablar una conversación que le hiciera acortar la espera de los próximos clientes.

Bebí un sorbo de café y decidí plantear mis preguntas sin más rodeos.

—Busco a un amigo que suele venir por aquí —dije, y al tiempo que sacaba el retrato hablado de Servando, agregué—: ¿Lo conoce?

Temí que la muchacha me preguntara si era policía, pero al parecer ese no era su día de suspicacias ni sospechas. Miró el retrato, buscó algo en su memoria y meneó la cabeza de un lado a otro.

—Se parece, pero no estoy segura.

—¿A quién se parece?

—Gregorio se llama el caballero —dijo la muchacha, y enseguida, mostrando el retrato a su compañera, le preguntó—: Carlita, ¿encuentras que el dibujo se parece a don Gregorio?

—No, nada que ver —dijo Carlita—. Se parece a un tipo que viene por las tardes. Sí, estoy segura que es él.

—¿Se llama Pedro Servando?

—No sé su nombre, pero trabaja de contador. Una vez vino con otro cliente y hablaron un buen rato de impuestos y balances.

—¿El que vino con las minas que trabajan en el *topless*? Venían copeteadas y se pusieron a bailar encima del mesón.

—Ese mismo —ratificó Carlita.

—Imposible, el tipo al que recuerdas es calvo.

—Pero algo en la forma de su nariz lo hace parecido al dibujo.

Saqué de mi chaqueta el retrato de Gálvez y se lo mostré a las muchachas.

—Tampoco sé su nombre, pero solía venir todos los días —dijo Carlita luego de examinar el dibujo.

—¿Alguna vez lo vieron en compañía del contador o de don Gregorio?

—No recuerdo —dijo Carlita.

La otra muchacha se limitó a mover la cabeza. Guardé los retratos y bebí otro poco de café. Las muchachas discutieron acerca de quién de ellas tenía la razón respecto a la identidad de mis retratos, y luego, con la llegada de cuatro nuevos entusiastas del café, se olvidaron de mis preguntas y volvieron al trabajo de sonreír y menear la cola entre vahos de café. Encendí un cigarrillo y contemplé las volutas de humo que se formaron al dar la primera calada. Dije adiós a las muchachas y salí del lugar. El sol comenzaba a entibiar la mañana y las tiendas tenían sus puertas abiertas. La puerta del *topless Paloma* permanecía cerrada. Comencé a ascender por el pasillo del edificio caracol. Las muchachas del café habían activado un leve cosquilleo en las palmas de mis manos que me hacía pensar en un hallazgo feliz. Subí un par de

niveles y al llegar al *topless* descubrí que a su lado había una peluquería. Mis cabellos requerían una recortada. Sin pensarlo dos veces, entré al salón dispuesto a reducir la espera.

El local ocupaba un espacio reducido en el que había dos sillones, cuatro espejos y una repisa atestada de frascos. Uno de los sillones estaba ocupado por una mujer que leía un catálogo de tienda. Al verme, se puso de pie y dejó el impreso sobre la repisa ubicada frente al sillón.

—¿Desea atención? —preguntó con voz suave.

—Quiero recortar mis cabellos.

—Es el primer cliente del día, espero que traiga suerte.

—Entonces somos dos los necesitados de fortuna.

Me saqué la chaqueta, y al hacerlo cayeron al suelo los retratos hablados que portaba en uno de sus bolsillos. La mujer los recogió, y antes de ponerlos sobre la repisa, les dio una mirada.

—¿Es dibujante? —preguntó.

—Pinto retratos —mentí.

—Cuando joven quería estudiar en la Escuela de Bellas Artes. Desde niña fui buena para hacer dibujos —dijo la peluquera, y después de volver a tomar los retratos y observarlos con detenimiento, agregó—: El retrato del señor Servando tiene bastante parecido con él. Aunque le puso cabellos en exceso.

—¿Qué nombre dijo?

—Servando —repitió indicando el retrato hablado del tercer hombre.

—¿Conoce al señor Servando?

—Tiene una oficina contable en este mismo edificio.

—¿Verdad que el retrato se parece a Servando?

—Salvo por el detalle que el señor Servando es calvo, el resto quedó igualito. Cuando viene al salón me limito a emparejarle los pocos cabellos que tiene a los costados de la cabeza. Pero ¿usted no lo conoce?

—Hago mis retratos basándome en fotografías. Jamás he visto a Servando, aunque espero hacerlo en un rato más, cuando le pase a mostrar el primer boceto. ¿Dónde dijo que tenía su oficina?

—Dos niveles más abajo. En la vitrina del local hay un letrero que dice: «Contabilidades generales» —agregó la peluquera, y enseguida, tal vez pensando que ocupaba mucho tiempo en un mismo cliente, preguntó—: ¿Cómo quiere el corte de pelo?

—Solo una emparejada a las puntas. Me gusta usar los cabellos largos. Supongo que es por nostalgia de mis años juveniles, cuando los pelucones estaban de moda y en todas partes se escuchaban los alaridos de Los Beatles.

La mujer puso mano a la obra y en poco más de diez minutos dio por concluido el trabajo. Me miré al espejo. El corte se parecía al que usaba cuando entré a estudiar Derecho en la Universidad de Chile y los cabellos me llegaban hasta el inicio de los

hombros. Sin embargo, al contrario de esa época, el espejo mostraba a un hombre desgastado, al que le comenzaban a salir canas y tenía la mirada triste.

—Nada es perfecto —dije.

—¿No le gustó el corte de pelo? —preguntó la peluquera—. Puedo repasar las puntas si gusta.

—El corte está muy bien. Mi problema es con la vida.

## 26

La oficina estaba compuesta de dos ambientes. Uno pequeño, destinado a la secretaria de Servando y el otro, algo más grande e iluminado, para uso del supuesto contador. En el primero encontré a una mujer que leía un ajado ejemplar de la novela *Escalera al crimen* de Mary Roberts Rinehart, y a la que sin dar tiempo para abrir la boca le dije que era policía; y en el segundo, un escritorio acompañado de tres roñosas sillas de madera. Observé el lugar y volví al primer despacho. La secretaria seguía en su sitio. Era una mujer de unos cincuenta años, vestida con un traje de dos piezas azul que le quedaba estrecho y hacía resaltar su aspecto ajamonado.

—¿Dónde está Pedro Servando? —dije, y al ver que la mujer no reaccionaba, insistí empleando un tono más alto de voz—: Servando, su jefe.

—No lo sé —respondió, quejumbrosa—. Hace dos semanas que no aparece. No sé qué hacer. Dejó una nota diciendo que viajaba por un par de días. Desde entonces no ha dado señales de vida.

La mujer se puso de pie, miró hacia el despacho de su jefe y volvió a sentarse. Esperé a que se calmara y le mostré el retrato hablado de Servando.

—Se parece a él, pero con más cabellos —respondió de inmediato, como si de su prisa dependiera ser absuelta de una extensa lista de pecados inconfesables.

—¿Tiene algún teléfono donde llamarlo?

—Su celular y el teléfono de su casa. Pero nadie responde en ninguno de los dos.

—¿Cuál es la dirección de su casa?

—¿Creerá que no la sé? Se la pregunté una vez y me dijo que él separaba su hogar de la oficina y que si había algún asunto que atender, se hacía en este lugar. Como es un hombre algo mal genio no insistí.

—¿No le parece raro?

—La verdad es que cuanto más envejezco, menos entiendo a los hombres. Tal vez por eso nunca he tenido que cargar con un marido.

—¿Ha visto alguna vez a estos hombres? —pregunté, mostrándole los retratos hablados de Gálvez y Pereira.

—Nunca. La mayoría de los clientes de mi jefe son locatarios del edificio. Los conozco bien, porque son pocos y aparecen seguido por esta oficina.

—¿Pocos?

La secretaria miró hacia la puerta y comenzó a hablar en voz baja, en tono de confidencia.

—A usted que representa a la ley se lo puedo decir. No sé cómo el señor Servando mantiene en pie esta oficina. No cuida a sus clientes. Viene por unas horas, y al parecer el resto del tiempo lo ocupa en otros negocios.

—¿Ha recibido llamadas de un tal Gálvez?

—No. Anoto todas las llamadas que recibo. Si quiere le muestro el cuaderno donde las registro.

—Confío en su buena memoria —dije, y luego, para no dar tregua a la mujer, agregué—: Pereira, ¿recuerda que llamara alguien con ese nombre?

—¿Pereira? Ese apellido me suena conocido —respondió la secretaria, y después de revisar el cuaderno que tenía junto al teléfono, añadió—: Llamó hace tres semanas, dos veces en el mismo día.

—¿Qué dijo Servando cuando le dio el recado?

—Nada, qué iba a decir. Nunca dice nada —dijo la mujer con cierto fastidio, y enseguida, como recordando que ocupaba un puesto en esa oficina y por lo tanto le debía algunas explicaciones, preguntó—: ¿Para qué busca a mi jefe? ¿Le pasó algo?

—Nada que yo sepa. Necesito saber dónde vive.

—Ya le dije que no lo sé —respondió la mujer—. Aunque es posible que en el kárdex encontremos alguna pista. Don Pedro tiene una carpeta donde guarda los pagos de contribuciones.

Se puso de pie, entró a la oficina de su jefe y reapareció a los pocos minutos con un grueso carpetón azul en las manos. Durante un rato hurgué en su interior con la ansiedad del perro que olfatea un hueso bajo la tierra. Servando poseía cuatro propiedades inscritas a su nombre: un departamento en las Torres San Borja, una casa en la comuna de La Florida, un sitio cerca de la Estación Central y la oficina en la que me encontraba escudriñando sus archivos.

—Debería ser fácil ubicarlo —dije, y enseguida, acercándome al escritorio de la secretaria, agregué—: Puede que me equivoque, pero creo que no verá a su jefe por un largo tiempo. Es sospechoso de haber dado muerte a una persona.

La mujer palideció y se llevó las manos al rostro.

—Saque sus cosas, ponga llave al local y busque otro empleo —dije, mientras anotaba las direcciones en un papel. Después, sin decir nada más, abandoné la oficina. Rehíce mis pasos hacia la salida del edificio y comencé a caminar en dirección a mi departamento.

Sobre el escritorio encontré el diario que Anselmo dejaba algunas mañanas, con sus indicaciones en las páginas hípicas de los caballos a los que debía apostar. El titular principal estaba dedicado a la guerra en Irak y los secundarios, a la farándula televisiva, el fútbol y las habituales disputas entre políticos. Nada nuevo. Las bombas caían sobre los iraquíes y el resto del mundo observaba la carnicería por la televisión con la sensibilidad de Nerón en medio de un circo atestado de leones hambrientos. En un recuadro, en las últimas páginas del diario, leí una breve noticia sobre el crimen de Sampedro. El redactor parecía no tener mucho que decir porque se limitaba a resumir las informaciones de ediciones anteriores, y remataba el artículo con algo tan obvio como el frío del hielo: la policía investiga el caso.

Ningún periodista se acordaría del crimen en una semana más. Los muertos son noticia mientras están tibios y luego quedan a merced de los gusanos y las baratas. Dejé de lado el diario y revisé el papel donde había anotado las direcciones de Servando. Por un segundo pensé en ir a los tres lugares, y luego, acomodando mis nalgas en el butacón, llamé a Doris Fabra.

—¿Qué quieres? —preguntó de mala gana—. Los interrogatorios no progresan y tengo orden de apurar el caso. El tema ha salido en la prensa y mi jefe desea resolver el asunto lo más pronto posible.

—Pedro Servando —dije sin detenerme a considerar su comentario.

—¿Quién es?

—El tercer hombre —contesté recordando el título de una novela de Graham Greene—. Tengo tres direcciones en las que podríamos encontrarlo —agregué, y enseguida la puse al tanto de mi visita a la oficina de contabilidad.

—¿Cómo sabes que es el tercer hombre?

—Como suelen decir los periodistas, prometí no revelar la fuente.

—Dame las direcciones y quédate al margen.

—¿Acaso no estamos juntos en la investigación del crimen?

—Dame las direcciones y dedícate a otra cosa más productiva. No te vendría mal ganar algunos pesos —dijo, y pensé que tal vez había olvidado sus modales o acababa de recibir un reto de su jefe.

—Seguro, últimamente los clientes hacen fila para entrar a mi oficina. No embromes, ¿por qué quieres que abandone la pesquisa?

—Todo a su tiempo, Heredia. Cuando llegue el momento, seré la primera en darte explicaciones. Por ahora confórmate con saber que gente como tú y yo tenemos ciertos territorios vedados. Límites que debemos aceptar o de lo contrario terminamos reventados.

—Siempre he optado por el riesgo de acabar reventado.

—Lo sé, basta con mirarte para saber que es así.

—¿A qué le temes?

—Cuido mis pasos —dijo Doris—. Dame las direcciones y deja de discutir.

Le di las direcciones, aunque al mencionar la casa de La Florida, tuve el cuidado de cambiar uno de los números.

—¿Algo más? —preguntó, recelosa.

—Es todo lo que tengo para ti.

—Enviaré a mis hombres a investigar.

—Averigua si Servando abandonó el país.

—Ya había pensado en eso —respondió. —No necesito de tus órdenes para hacer mi trabajo.

—¿Quién entiende a esa mujer? —pregunté a Simenon luego de colgar el teléfono—. Primero se enoja porque no le informo mis descubrimientos, y luego porque lo hago.

—Creo que no has sido suficientemente amable con ella.

—¡Olvídalo! Tiene marido.

—¿Desde cuándo eso es un obstáculo?

—Me obligas a pensar en cosas que no debo.

—¿Un adulterio?

—No. Pienso que oculta algo.

## 27

La casa pertenecía a uno de los muchos condominios construidos en terrenos que rodean la ciudad y que en otra época fueron chacras y viñedos. La ciudad crecía irracionalmente, arrasando tierras de cultivo y obligando a las personas a viajar largos trechos entre sus casas y sus trabajos. Pero eso no importaba a los genios del urbanismo. Las poblaciones seguían emergiendo, de la noche a la mañana, como flores silvestres condenadas a marchitarse en el anonimato de un potrero. Las casas tenían un aspecto similar y en su conjunto, daban la impresión de haber sido concebidas por un diseñador de juguetes infantiles. Muros de ladrillos, techos de tejas rojas, antejardines enrejados. Solo se diferenciaban por el color de las cortinas y los grandes números de bronce que lucían al costado derecho de la puerta. Ubiqué la de Servando y pasé frente a ella sin detenerme. Deseaba conocer el lugar y con un poco de suerte, encontrar un boliche donde beber una cerveza o un café. Pero el condominio no ofrecía ningún espacio para la convivencia de los vecinos. Ninguna fuente de soda, quiosco, almacén ni menos un bar donde aplacar la sed. Sus plazoletas lucían limpias y ordenadas, y en mi recorrido me crucé dos veces con la

camioneta de una empresa de seguridad que recorría los pasajes. Me encontraba dentro de una fortaleza diseñada para prevenir la invasión de los bárbaros, y si no hacía rápidamente mi tarea corría el riesgo de alentar las sospechas de los guardianes o de algún vecino temeroso de la presencia de un extraño.

Regresé a la casa de Pedro Servando, golpeé a la puerta y salió a recibirme una mujer que bordeaba los sesenta años. Su aspecto delataba muchas sesiones en un salón de belleza y los efectos de una dieta rigurosa. Me observó detenidamente y luego, con una voz extremadamente suave, preguntó qué deseaba.

—Busco al señor Pedro Servando —respondí, al tiempo que intentaba atisbar hacia el interior de la vivienda.

—No se encuentra en estos momentos. ¿Para qué necesita a mi esposo?

Esbocé un gesto de contrariedad y para ganar unos segundos, consulté mi reloj. La mujer me observó con una expresión de tristeza en su rostro y pensé que era la víctima ideal para escuchar un cuento sensiblero.

—Vengo de Rancagua. Teníamos una cita de negocios. Don Pedro dijo que haría una excepción y me recibiría en su casa. Realmente no sé qué pensar.

La mujer cayó en mi trampa y luego de reflexionar unos segundos, me hizo pasar al interior de la casa. Crucé una mampara y quedé en medio de un *living*. El piso de madera relucía como un espejo y en una de las paredes vi una foto en la que aparecían la dueña de casa y su esposo.

—Lo único que puedo hacer por usted es ofrecerle un refresco —dijo.

—No se moleste —respondí—. ¿Le habló su marido de nuestra cita? Me llamo Carlos Huerta y tengo una pequeña empresa de productos plásticos. Fabrico vajillas, fuentes, vasos y otros utensilios de uso doméstico.

—Pedro nunca me habla de su trabajo, además...

—¿Sabe dónde puedo ubicarlo? —pregunté, interrumpiendo a la mujer que comenzaba a sentirse comprometida con mi situación.

—Temo que Pedro olvidó comunicarse con usted. Salió de viaje y en estos momentos se encuentra en Buenos Aires.

—¿Buenos Aires? No es posible.

—Surgió un negocio importante y debió viajar de una día para otro. La verdad es que no sé cómo ayudarlo, señor Huerta.

—¿Ha llamado él desde Buenos Aires?

—Lo hizo al día siguiente de su viaje, pero solo para decir que estaba bien y debía viajar a una ciudad del interior de la Argentina. Tucumán, parece que dijo, no estoy segura.

—¿No tiene un celular o un correo electrónico donde ubicarlo?

—Dejó el celular acá —respondió la mujer—. Vaya a la oficina de mi esposo. Su secretaria debe saber cómo ubicarlo en una situación de emergencia.

—Buena idea —dije, aparentando optimismo.

La esposa de Servando me dio la dirección de la oficina y luego volvió a

ofrecerme un refresco.

—Ya le he quitado bastante tiempo.

—No tengo mucho que hacer. Mis dos hijos están casados y mi única preocupación es mantener ordenada la casa.

—Si no le molesta, la llamaré esta noche para saber si se ha comunicado con don Pedro.

La secretaria de Servando estaba más animada que durante mi primera visita, como si la posibilidad de abandonar la oficina le hubiera dado nuevas energías o fuera el inicio de horas más luminosas. Sobre el escritorio tenía una gran caja de cartón y en su interior había guardado sus pertenencias que, por lo que alcancé a pispar, incluía un marco de foto y dos maceteros de greda en los que florecían dos pequeños cactus.

—Me cansé de esperar —dijo al reconocermelo, y luego, como si se tratara de algo sin importancia, agregó—: El jefe no ha llamado y después de pensar en lo que usted me dijo, estar aquí carece de sentido.

Me senté junto al escritorio, la observé mientras guardaba un libro dentro de la caja y encendí un cigarrillo.

—Diez años en este sucucho —añadió, airada—. Si el señor Servando regresa, que me llame y entonces veré si regreso a este cuchitril.

—¿No teme perder el trabajo?

—Tomo las vacaciones que me adeudan.

—¿Y las cosas que se está llevando?

—Prefiero tenerlas en mi casa. La última vez que salí de vacaciones entraron a robar y se llevaron todo, hasta la goma de borrar.

—Usted mencionó un cuaderno donde anotaba las llamadas telefónicas. Necesito llevármelo.

La secretaria abrió uno de los cajones del escritorio, sacó un viejo cuaderno de tapas verdes y lo depositó sobre la cubierta con cierto asco, como si se tratara de una alimaña repulsiva.

—El teléfono-fax entrega un listado de las llamadas efectuadas. ¿Le interesa?

—Desde luego que sí —respondí.

La mujer apretó algunas teclas del aparato y de uno de sus costados comenzó a salir una huincha de papel. Dobló el listado y lo dejó sobre el escritorio. Luego siguió con su trabajo y no se detuvo hasta que consideró que había guardado todas sus pertenencias.

—Ahora le toca a usted ayudarme —dijo—. Necesito acarrear la caja hasta un taxi.

—¿Dónde vive?

—Frente a la Quinta Normal. ¿Se ubica?

—Años atrás, y sin un motivo que ahora recuerde, solía ir a la Quinta Normal y al



Museo de Historia Natural que funciona en su interior. Me gustaba ver el esqueleto de la ballena azul que allí exhiben. Desde entonces he deseado ver una ballena en el mar —dije, y luego de espantar la nostalgia, agregué—: La puedo llevar a su casa, en mi auto.

—¿De verdad haría eso por mí?

Después de escuchar a la secretaria durante cincuenta minutos tuve la certeza de que Servando usaba su oficina contable como fachada para otros negocios. Los pocos clientes recibían un servicio deficiente. La secretaria era un testigo mudo. Protegía su empleo en silencio, pero al verse lejos de la oficina no vaciló en desahogar su descontento. Al llegar a su casa la ayudé a bajar sus pertenencias y enseguida retomé la ruta hacia mi refugio en la calle Aillavilú. A mitad del camino, mientras esperaba frente a un semáforo, cambié de idea y me dirigí al departamento de personal del Servicio de Inversiones Públicas.

Los funcionarios se alistaban para abandonar el trabajo, pero tuve la fortuna de encontrar a una asistente social que permanecía junto a su escritorio ordenando los antecedentes de unas solicitudes de ayudas sociales presentadas por los empleados. Era una mujer joven, delgada, de ojos grandes y negros. Me escuchó atentamente y luego usó su computador para buscar en una base de datos la información que le había solicitado.

—Actualmente no tenemos ningún funcionario de apellido Servando —dijo al cabo de un rato.

—Disculpe, pero mi consulta estaba dirigida al pasado —insistí, al tiempo que observaba sus grandes ojos negros.

—Eso es más difícil —dijo, algo turbada por la inesperada presión de mi mirada—. Nuestra base de datos se creó en el año 1993 y toda la información relacionada con los años anteriores está en esos muebles —dijo, indicando unos kárdex alineados en el pasillo que enfrentaba su oficina—. Si me ayuda, podemos intentar ubicar la información que necesita.

—Si las tarjetas están ordenadas alfabéticamente puede que no sea tan difícil.

—Con suerte están agrupadas por años. No pida peras al olmo.

La seguí hasta al pasillo y sentí el suave aroma a violetas que provenía de su cuerpo. Los kárdex eran ocho y ocupaban, a lo menos, una superficie de cuatro metros.

—Usted empieza por un extremo y yo por el otro —dijo.

—¿Cuál es su nombre? —pregunté.

—Rosario. Rosario Walling.

—Bien, Rosario, apuremos la búsqueda, así llegamos pronto a la mitad de los kárdex y estamos juntos de nuevo —agregué.

La funcionaria se ruborizó y abrió la primera gaveta. Hice lo mismo y tuve que reconocer que la asistente social tenía razón. Los tarjetones con los antecedentes del personal estaban clasificados por años, pero dentro de esa clasificación se

amontonaban sin ningún orden. Comencé la revisión y al cabo de media hora, cuando estaba por renunciar a la búsqueda, encontré una tarjeta que decía: Pedro Servando Acuña.

—Pedro Servando Montecinos —escuché decir a Rosario en ese mismo momento.

Le pasé mi tarjeta y ella sonrió al comprobar la coincidencia.

—Estamos hechos el uno para el otro —comenté.

—El problema es saber cuál de los dos Servando es el que busca —agregó ella, al tiempo que me pasaba las tarjetas.

Servando Acuña había prestado servicios entre los años 1948 y 1972. Servando Montecinos, entre 1976 y 1985.

—Creo que es el suyo —dije—. Puedo comprobarlo si me presta un teléfono.

—Y si esa es la tarjeta que busca, ¿qué pasa después?

—Puedes acompañarme a comer algo —dije, creyendo adivinar la segunda intención de su pregunta—. No he probado bocado en todo el día, y siempre es mejor hacerlo en una buena compañía.

—Preguntaba por el nombre del funcionario —dijo ella, algo confusa por la invitación.

—Supongo que le habré dado certeza a una tincada repentina.

Rosario caminó atropelladamente hasta su escritorio y cuando entré tras ella a su oficina, estaba con un teléfono en la mano.

—Sea breve. Nos controlan las llamadas —dijo, y por primera vez me miró a los ojos.

Sostuve su mirada un instante y luego marqué el número de la casa de Servando. Volví a oír la voz de su esposa.

## 28

No cometimos la imprudencia de mencionar al amor. Dejamos que el deseo hiciera su juego y que la necesidad de compañía nos llevara hasta un cuarto de hotel, oscuro y tibio, donde nos dedicamos a descubrir nuestros cuerpos, mientras desde otra habitación nos llegaba el eco de una canción de Ramón Aguilera que hablaba de pasión y mentiras. La vi cerrar los ojos y dormitar a mi lado. La sentí explorar mi pecho con sus dedos pequeños y la escuché hablar de sus padres ancianos y del amor no correspondido hacia un compañero de oficina. Nos abrazamos junto a la ventana

de la pieza mientras veíamos amanecer sobre los cielos desteñidos de la ciudad, y más tarde, cuando el reloj marcó su sentencia, caminamos de regreso a su oficina, donde la esperaba una larga lista de dolores ajenos que requerían su atención. No preguntó si volveríamos a vernos ni yo alenté la posibilidad de un reencuentro. Al fin de cuentas, solo nos había unido la ternura. Salí de la oficina perseguido por la curiosidad de cuatro o cinco funcionarios que a esa hora bebían el primer café de la mañana y deduje que tendrían un tema del cual preocuparse durante el resto del día. Sus miradas destilaban una rabia gris que parecía desplazarse entre los escritorios. Pensé en sus vidas encerradas, condenadas a la rutina, reducidas al recuento de deudas, a la frágil apuesta de todas las esperanzas a un boleto de lotería, o al reloj que marcaba la salida del trabajo o la llegada de un fin de semana que, inevitablemente terminaba siendo breve y aburrido. Recordé a Sampetro y sus anotaciones acerca de la rutina. Nadie se escapaba del hastío, nadie huía del infierno. Cuando llegué a la calle tuve la sensación de emerger de un tonel de aguas viscosas. Mi vida no pertenecía a ese mundo. No tenía una tarjeta de asistencia que marcar cada mañana ni jefes casposos a quienes obedecer. Podía salir y entrar de mi oficina sin necesidad de pedir permiso a nadie, y cuando me cansaba de trabajar, era libre de poner los pies sobre el escritorio y dormir unos minutos. Probablemente todo lo que hacía era tan inútil como escribir poesía o arar en el mar. Moriría de viejo o de un balazo en la espalda. Nadie haría discursos en mis funerales y hasta los gusanos quedarían indiferentes ante la pobreza de mis huesos. Era un detective de medio pelo, eficiente a ratos, sin derecho a créditos bancarios ni una póliza de seguro que diera valor a mi pellejo. Mi nombre no estaba en ninguna planilla de sueldos ni lo mencionaban en las crónicas de la vida social en las que solía ver los rostros de sujetos obesos y sonrosados. Mi único bien era la amistad de un gato y la libertad de meter mis narices donde se me antojaba. No era mucho, pero me permitía continuar de pie sobre el asfalto, resistiendo.

Cuando llegué a mi cotorro leí la correspondencia que Anselmo había dejado sobre el escritorio y fui a la cocina a beber un vaso de agua. Simenon no estaba en el departamento. Preparé café y revisé el cuaderno y la lista proporcionada por la secretaria de Servando. Traté de encontrar una lógica a las llamadas. Agrupé los números que se repetían y anoté los apellidos escritos en el cuaderno. El más recurrente era Valderas y luego, con dos o tres llamadas destacaban los apellidos Navarro, Pino, Gaizán, Cerda, Rialto, Silva, Millán. Apellidos que no me decían nada y aumentaban mi desconcierto frente a un misterio que parecía indescifrable. Dejé de lado el cuaderno y encendí un cigarrillo, en el mismo momento en que entraba Doris Fabra, seguida de un hombre tan alto y gordo como un ropero de dos cuerpos.

—¿Desde cuándo te haces llamar señor Huerta? —preguntó, molesta—. El truco de cambiar el número de la casa no resultó. Al comienzo tuvimos problemas, pero hicimos algunas preguntas y llegamos a la casa de Servando. ¿A qué estás jugando, Heredia?

—Una pequeña broma para medir el ingenio de los amigos.

—Te repito lo que te dije la última vez que hablamos. Se acabó el caso Sampedro para ti. No digas después que no te lo advertí.

Había algo que no encajaba en el tono airado de la mujer policía. Su ira parecía impostada, como si estuviera actuando en un escenario y su único espectador fuera el detective que la acompañaba.

—¿Cómo te fue con las otras direcciones?

—No es algo que te interese.

—Hasta donde recuerdo, yo te pasé los datos. Al menos merezco satisfacer mi curiosidad.

—Nada, no averiguamos nada. El departamento en Las Torres San Borja está arrendado a un profesor que no tiene idea de quién es Servando. Desde hace nueve años paga el arriendo a un corredor de propiedades. En la otra dirección hay un terreno baldío. Tiempo atrás existió un taller mecánico en ese lugar, pero se quemó en un incendio y ahora sirve para acoger a los vagos del barrio.

—Mala suerte.

—No hay muchas vueltas que dar al caso —dijo Doris Fabra, y luego de hacer una seña a su acompañante, se acercó a la puerta—. Te lo digo por última vez: no quiero verte husmeando en el asunto.

El detective gordo escuchó las palabras de su jefa y esbozó una sonrisa complaciente. Ella abrió la puerta y le indicó que saliera. Cuando quedé solo, me acerqué a la ventana y por unos minutos no hice más que observar el paisaje desbordante de la ciudad.

## 29

Horas más tarde volví a oír a Doris. Me llamó por teléfono a mi oficina y apenas escuché sus primeras palabras me di cuenta que había abandonado el tono agresivo de nuestro último encuentro.

—Nunca he tenido dotes de actriz, pero necesitaba un testigo que avalara la advertencia que te hice —dijo—. El gordo Muñoz quedó feliz con mis palabras y no tardó en contarle el espectáculo a mi jefe.

—Una muchacha buena y obediente. Desde el comienzo me di cuenta de que estabas actuando. ¿Qué te traes bajo el poncho?

—Te juro que no lo sé. Pero sigue investigando y no te olvides de mí.

—No podría olvidarme de ti —respondí, pensando en sus labios rojos.

—Cuéntame todo lo que averigües.

—¿A cambio de qué?

—De mi amistad, qué otra cosa.

—¿Es posible ser amigo de una mujer policía?

—¿Acaso no somos amigos?

—Intuyo que me ocultas algo importante.

—Intuyes bien. Guardo un secreto para ti.

—Te escucho.

—No en este momento. Confía en mí, Heredia —dijo y cortó la llamada.

La visita de Doris Fabra a mi departamento había sido un paso estudiado para tranquilizar a su jefe o a quien fuera el que la presionaba para cerrar el caso. Pero ¿por qué tanto interés en hacerme a un lado? Lo que yo podía investigar tenía el peso de una hoja vapuleada por el viento. ¿Y qué pasaba con Pereira y Gálvez? Doris no había vuelto a hablar de ellos y lo único que podía deducir era que seguían empeñados en sus silencios, tercos como mulas, sujetos a una complicidad que no les serviría ni siquiera para reducir la condena que les esperaba en los tribunales. ¿Y si no sabían nada? ¿Si solo conocían a Servando? Ideas, suposiciones, dudas que no me conducían a imaginar el secreto de Doris Fabra.

Muchas suposiciones y poca acción, me dije mientras salía del departamento en dirección a la oficina de Campbell. Encontré al periodista leyendo las memorias del «Loco Pepe», un asaltante argentino que había ocupado los titulares de todos los diarios durante los años sesenta, después de protagonizar varios robos en bancos y algunos audaces intentos de fuga desde la Penitenciaría de Santiago. Campbell parecía entretenido con la lectura y junto a su computadora tenía dos relucientes botellas de vino. Al verme dejó el libro sobre su escritorio y me miró como si hubiera sido la primera vez que estaba frente a él.

—Has envejecido, Heredia —dijo—. Estás delgado, los hombros te cuelgan y luces más canas que hace seis meses.

—¿Es un insulto o una reflexión acerca del paso de la mi vida?

—¿Cuántos años hace que nos conocemos, Heredia?

—Veinte, treinta, no lo sé. Perdí la cuenta.

—Media vida o más, y aún no logró entenderte. Otros, a tu edad, ya son abuelos, han terminado de pagar sus casas y terminan sus noches frente al televisor, sin otra inquietud que tener a la mano el control remoto. ¿No te cansa andar de tumbo en tumbo?

—Como dice un verso de Gonzalo Rojas: «*No tengo otro negocio que estar aquí diciendo la verdad en mitad de la calle*». Sueños y amaneceres, palabras, dudas, miedos, risas. Resisto y procuro ser fiel a la vida que elegí.

—Estás pasado de moda, Heredia. Ya nadie es fiel a nada.

—Aún hay dos o tres verdades que siguen inalterables. Para muchos no valen un

centavo. Para mí siguen siendo importantes.

—Vas a morir en una esquina y nadie va a recordar ni tu nombre.

—Los muertos no se preocupan de esos detalles.

—¿Te interesaría ganar un buen turro de billetes? —preguntó Campbell, al tiempo que comenzaba a descorchar una de las botellas.

—¿Haciendo qué cosa?

—Impartiendo un curso de detectives privados por la Internet. Puedo invertir unos pesos, construyo un sitio atractivo en la web y tú pones los conocimientos.

—Tengo la impresión de que otros han tenido la misma idea y te llevan la delantera.

—Da igual. Los ociosos hacen nata. Fíjate nada más en la cantidad de talleres literarios que ofrecen en la prensa. Un curso de investigador privado puede ser tan atractivo como unas clases de ikebana. ¿Qué dices?

—Sirve vino y déjate de hablar pavadas.

Campbell obedeció mi orden de mala gana. El vino era sabroso y en la etiqueta de la botella se mencionaban sabores a chocolate, pimienta y arándanos. Sonreí. Hasta en materia de vinos habíamos cambiado los chilenos. Antes, se bebía litreado o embotellado; y ahora, hasta el más despistado se consideraba un experto en cepas y variedades.

—Un cliente agradecido me regaló las botellas. Carmenere, una nueva cepa de vino chileno destinada a la exportación. El mejor vino que podrás beber en mucho tiempo —dijo Campbell, y luego de probar el mosto, agregó—: ¿De verdad no te interesa el tema del curso?

—Solo necesito un amigo que me escuche y me dé una mano.

—¿Cuál es tu problema?

—¿Recuerdas al funcionario asesinado del que te hablé hace unos días? —le pregunté y después de ponerlo al tanto de los avances de la investigación, agregué—: Necesito ubicar a Pedro Servando y saber con certeza si abandonó el país.

—¿Por qué no recurres a tu amiga detective?

—No quiero que sepa los pasos que doy. A mi edad desconfío hasta de las piedras.

—Tito Almendariz —exclamó Campbell, y comenzó a teclear en su computador—. Es un policía que trabaja en la sección internacional y me debe algunos favores. Si Servando salió de Chile lo sabremos tan pronto Almendariz responda el correo que le estoy enviando.

Crucé los dedos y encendí un cigarrillo.

La espera duró una hora, y en ese lapso Campbell me puso al tanto de media docena de proyectos que pensaba desarrollar para incrementar sus ingresos y tener una base económica para la revista que editaba. Unos eran más disparatados que otros, y en su conjunto daban para ilustrar un catálogo sobre la locura de un editor empeinado. Concentré mi atención en el vino y cuando Campbell abría la segunda

botella, oí una especie de campanilla que sonaba en su computador. El periodista operó el teclado y una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Almendariz nunca falla —dijo Campbell, y luego de leer lo que había aparecido en la pantalla, agregó—: Igual que en los chistes, tengo una noticia buena y otra mala.

—¿Dice algo sobre Servando?

—Viajó a la Argentina y dudo que esté en condiciones de regresar.

—¿Por qué dices eso?

—Al parecer la policía chilena pidió un informe sobre Servando a sus colegas argentinos, y éstos no tuvieron que trabajar mucho para dar con él. La primera noche de Servando en Buenos Aires fue algo agitada. Lo asaltaron en la calle Maipú, a la salida del hotel en el que se había registrado unas horas antes. Murió en la ambulancia que lo trasladaba al hospital. Almendariz dice que la muerte de Servando apareció mencionada en algunos diarios de Santiago, aunque de manera marginal y reducida.

—¡Carajo! Servando era la pieza que necesitaba para cerrar el círculo.

—A cada rato tu historia me parece más atractiva —dijo Campbell y luego bebió un sorbo de vino—. Voy a llenar seis o siete páginas de mi revista con el caso de Sampedro. Hasta puedo ver el titular impreso con grandes letras rojas: «Funcionario muere a la sombra del dinero».

—¿Por qué piensas en dinero? El motivo pudo ser otro. Líos de oficina, enredos políticos, celos. Tú y yo sabemos que la baraja tiene muchas cartas.

—Dinero, dinero, dinero. ¿Qué otra cosa puede ser? Hoy en día todo se hace por dinero.

—Yo no gano ni una peña investigando el caso.

—No, claro que no. Tú eres de otro mundo. Te interesa la justicia, la verdad y no sé qué otras ridiculeces más. Dinero, la clave es el dinero. Apuesto una parrillada a que estoy en lo cierto.

—De acuerdo, seguiré investigando aunque solo sea para comer a tu cuenta.

—Y recuerda que necesito la historia para mi revista.

—Si logró llegar a alguna parte, tendrás la primicia.

—Se me ocurre que tu amiga policía debe tener más antecedentes de lo sucedido en Buenos Aires.

—¿Qué te hace pensar en eso?

—Mi olfato periodístico. Si la policía recibió el informe de lo sucedido en Buenos Aires, lo lógico es que ella lo conociera. Salvo que alguien al interior de la policía esté interesado en despistar a tu amiguita. ¿No te parece una situación algo confusa?

—No más que el teorema de Pitágoras.

—Conversa con Doris Fabra y no te dejes engañar por sus bonitos labios.

—¿Puedes hacerme otra gauchada?

—¿Necesitas dinero?

—El favor que necesito solo te costará un tostón.

## 30

Detuve el auto frente al portón del estacionamiento y me dispuse a esperar la salida de Doris. Sabía que estaba en su oficina porque minutos antes Campbell la había llamado, pretextando ser un vendedor de seguros que deseaba concertar una cita promocional. La idea de seguir a la mujer policía me provocaba una sensación tan extraña como espantar a un perro simulando sus ladridos. Doris se había quedado trabajando hasta tarde en la oficina, y a esa hora de la noche, las sombras distribuían su complicidad por los rincones del barrio, asustando al peatón inocente y encendiendo una esperanza en la mirada esquiva del ratero que acechaba en las esquinas. Di fuego a un cigarrillo y observé por unos instantes a las personas que aguardaban locomoción en un paradero de buses. Parecían los cansados sobrevivientes de una guerra sin tregua, que esa noche dormirían con un ojo alerta y a la mañana siguiente, cabizbajos, volverían a vestir sus ilusiones. El humo del cigarrillo me hizo lagrimear y pensé que me dejaba llevar por mi inconformismo o el deseo de una existencia diferente que solo anidaba en mi imaginación, porque los demás ni siquiera se cuestionaban el sabor del hueso que roían, adormecidos por las palabras de los profetas mediáticos, los *reality shows* de la televisión, las promesas de los políticos y la propaganda de las tiendas comerciales que incitaba a rendir pleitesías al obeso e insaciable dios del consumo.

El reloj marcaba las nueve de la noche cuando vi aparecer el auto azul de Doris Fabra. Puse en marcha mi vehículo y salí tras el de ella, lentamente, preocupado de mantener una prudente distancia. Pensé en diferentes maneras de poner fin al seguimiento. Podía interceptarla antes de que entrara a su casa o esperar a que estuviera en su interior para golpear a la puerta y anunciar mi visita. ¿Qué diría Doris? ¿Cuál sería la reacción de su marido? Dejé las respuestas entregadas al azar. Doris condujo por un costado del Parque Forestal y al llegar a la plaza Italia orientó su auto hacia la avenida Vicuña Mackenna. El tránsito estaba despejado y era fácil seguir sus huellas. Poco antes de llegar a la avenida Matta, aminoró la marcha y estacionó frente a un bar que atraía a los clientes con un enorme letrero de neón en la fachada. La vi descender del auto, entrar al boliche y sentarse junto a una mesa. Seguí sus pasos y ocupé un lugar en la barra. Mirando el espejo del bar podía vigilar sus movimientos. Pidió una cerveza y encendió un cigarrillo. Quince minutos más tarde



seguía sola y no parecía tener prisa. Dejé unos billetes sobre la barra, tomé mi vaso y me senté frente a ella. No demostró sorpresa al verme a su lado. Simplemente se limitó a dar una calada a su cigarrillo y a esbozar algo parecido a una sonrisa.

—Me preguntaba en qué momento te animarías a venir a mi mesa —dijo.

—¿Me viste entrar?

—Te vi apenas salí del estacionamiento. Un auto como el tuyo es reconocible a ojos cerrados. Decidí llevarte a dar un paseo y luego detenerme a beber una copa hasta que te animaras a conversar.

—Una chica lista.

—Algo se aprende con los años —dijo Doris—. Lo que no entiendo es por qué te tomas tantas molestias para conversar conmigo.

—Me inquietó tu representación en la oficina. Dijiste una cosa, luego otra.

—¿Por dónde quieres que empiece mis explicaciones?

—La última vez que estuviste en mi oficina sabías que Servando estaba muerto. Conocías el informe de los argentinos.

—¿Quién te habló del informe?

—Preguntando se llega a Buenos Aires.

—El informe solo confirmó mis temores. Antes me hicieron sospechar las repentinas confesiones de Gálvez y Pereira. De pronto, aparentemente sin otro motivo que el cansancio, reconocieron haber secuestrado a Sampedro y responsabilizaron de su asesinato a Servando.

—Es buen negocio cargar las culpas a los muertos o a los jefes. Negocio de cobardes y mentirosos. Servando no los puede contradecir y ellos apuestan a obtener una condena menor. ¿Dijeron algo sobre la razón que tuvo Servando para cometer el asesinato?

—Deudas. Sampedro le debía dinero a Servando.

—¿Te parece un buen motivo?

—No existen los buenos motivos para matar, Heredia. El asunto de la posible deuda solo sirvió para redondear la historia y tranquilizar a los que merodeaban alrededor del caso.

—El caso va al archivo y queda a merced del polvo.

—Es lo que dijo mi jefe, el comisario Castañotti. Dos confesiones, un culpable muerto, todos contentos. Podemos apuntar los crímenes en la estadística de los casos resueltos y dedicarnos a otra cosa. La prensa dedicará sus titulares al caso por unos días y luego, salvo que ocurra un milagro, tendrá que conformarse con la versión oficial.

—Las sumas cuadran y el mundo puede seguir girando tranquilamente. Mi hipótesis es que alguien tejió el cuento para cerrar el caso.

—No hay que ser Holmes para llegar a esa conclusión —dijo Doris, al tiempo que bebía un sorbo de licor—. Creo que existieron presiones poderosas para cerrar la investigación. No me extrañaría que a Gálvez y Pereira les hubieran dado la noticia

de la muerte de Servando junto con la idea de atribuir al finado el asesinato de Sampedro. Sé reconocer un buen caso por el interés que despierta en otros ámbitos. Los jefes piden informes diarios y se dan tiempo para inducir las conclusiones. Lo he vivido en otras oportunidades. Además, en esta ocasión también me interrogaron acerca de nuestras reuniones. ¿Desde cuándo conoce a Heredia? ¿Sabe la clase de sujeto que es? ¿Qué ha averiguado ese metiche? Esa y otras preguntas, y luego la orden de ir a tu oficina. Por primera vez en mi carrera, tuve ganas de abandonar todo y encerrarme en mi casa.

—Sé cómo te sientes.

—No, no tienes ni idea. Creo en las lecciones que me enseñaron acerca de la ética y responsabilidad de los policías.

—¿A qué atribuyes las presiones? ¿Qué hay tras bambalinas?

—Es lo que quisiera saber —dijo Doris, al tiempo que ponía sus manos sobre las mías—. No me dejes sola con mi rabia.

—Debemos rehacer el camino. A veces quedan hilos sueltos que vale la pena recoger.

—Tu teoría de los hilos sueltos me parece vomitiva.

—Cuando no hay huellas, un golpe de suerte puede iluminar el camino. Podemos invocar a Tiché, la diosa de la fortuna, hija de Zeus, que protegía a los navegantes y llevaba en una de sus manos el cuerno de la abundancia.

—Deliras, Heredia. ¿En qué diablos estás pensando?

Vi partir a Doris en su auto y sin ganas de regresar al departamento observé el raudo paso de los vehículos que transitaban por la avenida Matta. Era una noche ideal para caminar. A la distancia vi el letrero del *Ciros*, un cabaré que permanecía abierto hasta el amanecer, atendiendo a clientes trasnochados y taxistas que hacían un alto en sus carreras de un punto a otro de la ciudad. Sin atender el saludo del portero, entré a una sala en la que había una veintena de mesas y asientos forrados en tevinil rosado. Penaban las ánimas en aquella cueva. Una de las mesas estaba ocupada por tres hombres, acompañados por igual cantidad de copetineras que a la distancia parecían sensuales y hermosas. El resto de las mujeres, seis o siete, conversaban cerca de la entrada, con todo el tedio del mundo pintado en sus rostros. Una de ellas se apartó del grupo y me orientó hacia una mesa alejada del escenario. Me ofreció una reducida lista de tragos y opté por ordenar un vodka. El ambiente del lugar era similar al de otros cabarés. Olía a desodorante ambiental y encierro. Nada alentaba la esperanza de ver aparecer a la hermosa Susan Sarandon entre la penumbra. Probé el trago que me sirvió la mujer y a duras penas contuve una maldición. Sabía a mierda y espantos. Cerré los ojos y al reabrirlos vi a una mujer morena a mi lado. No tenía la belleza de las modelos que ilustran catálogos de tiendas comerciales, pero algo en sus ojos o en la forma de la nariz la hacía atractiva. Sus primeras preguntas fueron tan obvias como el discurso de un político en época de elecciones. ¿Andas solo? ¿Me convidas un cigarrillo? ¿Puedo pedir un trago? A todo le dije que sí, y durante una hora ella habló de su trabajo, su signo astrológico, la escasez de clientes y el frío que hacía al amanecer. Bebió dos copas y como no pude pagarle una tercera se fue a sentar junto a sus aburridas compañeras. Dinero, dinero, dinero. Campbell tenía razón. Todo se reducía a dinero.

El amanecer me sorprendió vagando por las calles. Mientras pasaba frente a una plazoleta vi a un hombre de pie junto a una pileta cuyo chorro de agua estremecía la claridad del nuevo día. Su edad era difícil de precisar. Usaba una barba larga y descuidada y parecía estar en medio de un ritual muy particular. Me acerqué a su lado y no dio muestras de percatarse de mi presencia. Vestía tres abrigos sobrepuestos y alrededor de la pileta había ordenado una rara colección de camisas. Bajo los abrigos iba desnudo. Abrió los brazos, comenzó a moverlos como un pájaro seducido por la luminosidad plateada de la mañana y luego de quitarse los abrigos entró a la pileta. «Cambio de piel, cambio de piel», gritó mientras el agua empapaba su cuerpo. El aseo, minucioso y acompañado de palabras ininteligibles duró media hora y luego abandonó la pileta y al amparo de un árbol comenzó a vestirse. Se puso tres camisas, dos pantalones y uno de los abrigos que lo cubría hasta antes del baño. Me senté cerca de él y le hice preguntas que no se molestó en responder. Pensé en un lobo receloso que no tardaría en mostrar el brillo de sus dientes. Más tarde encendió un fuego y calentó agua en una tetera tiznada. Colocó unas cucharadas de café

instantáneo dentro de dos viejas latas durazneras, vertió agua sobre el café, y sin decir nada, me alcanzó uno de los improvisados jarros.

—Los abrigos cubren mis tres alas —dijo en voz baja, vacilante, como si no estuviera seguro de la fuerza de sus palabras.

—¿Tres alas?

—¿No vio mis alas mientras me bañaba? Son bellas. Me aseo de madrugada, cuando nadie puede verlas. La gente no acepta que uno tenga tres alas. La gente nunca acepta ver el mundo de otra manera a la habitual. Por eso los ángeles vivimos ocultos y caminamos de noche, a la hora en que la mayoría de las personas duerme. Tres alas. El cuadrado es redondo y en los triángulos crecen flores. Soy el único ángel de tres alas que existe en la ciudad. Nací con ellas, aunque pasaron muchos años antes de darme cuenta de su existencia. Cuando tomé conciencia de ellas, fui castigado en la escuela y luego en los trabajos que pude conseguir. Hasta mis padres me dieron vuelta la espalda. El cuadrado es redondo y en los triángulos crecen flores. Me recluyeron en una clínica y poco a poco se fueron olvidando de mí. Nunca aceptaron a este hijo diferente. Viví dos años en la clínica y luego huí. Quince vuelos al mes y la corona del rey. Ahora soy libre, aunque temo ser descubierto y que me vuelvan a encerrar. Por eso uso los abrigos y me baño de madrugada. Usted es afortunado. Son pocas las personas que han conocido a un ángel de tres alas. Caramba la bola como carraspea. No diga a nadie que me vio. La gente se reiría de usted. Tampoco intente seguirme. Los que me han visto volar han quedado ciegos. El rayo raya la roca. Al agitarse, las alas producen un destello que solo soportan los ángeles. Lámpara, luz, relámpago. La huella se pierde en el aire.

—Prometo que a nadie diré que le he visto.

—Más vale que sea así. En cuanto al misterio que usted carga consigo, no se preocupe. El velo se rasga, la roca se horada, la boca calla.

—¿Misterio?

—Su aura proyecta inquietud por una muerte que no le pertenece. Mala cosa. Frío, silencio, rabiosa oscuridad. Los muertos deben dormir en paz.

Miré al ángel y sentí temor de estar a su lado cuando emprendiera el vuelo. Bebí el café y limpié la lata en la pileta. El hombre de las tres alas se mostró indiferente en mi despedida. Dijo cosas que no logré entender y comenzó a ordenar sus pertenencias. Caminé hasta una de las esquinas del parque y desde ahí lo vi alejarse de la fuente. Pensé que agitaría sus alas y comenzaría a volar. Pasaron algunos minutos y no ocurrió nada. Volví a caminar y no dejé de hacerlo hasta que llegué al lugar donde había dejado estacionado mi auto.

—Por su aspecto, parece que viene llegando del infierno, don —dijo Anselmo cuando me acerqué a su quiosco.

—Deseaba estirar las piernas y pensar.

—¿Quiere un café? También tengo sopaipillas.

—Quiero mi cama y algunas horas de sueño.

—Por no estar en su oficina se perdió una visita maravillosa.

—¿De qué estás hablando?

—La morenita dijo que era su amiga, pero lo dudo. Demasiada linda para ser cierto. Le dejó una carta, don —agregó Anselmo, al tiempo que me pasaba un sobre—. Tuve que darle papel para que la escribiera.

Rasgué el sobre y saqué la misiva que venía en su interior, escrita con una letra desordenada. «Me acordé de algo. Sampedro mencionó un par de veces a alguien llamado Gaitán o Goizán —leí en parte de la nota—. Parece que tenía problemas con esa persona. Quisiera verte de nuevo». La carta estaba firmada por Elisa.

—Gaitán, Goizán —dije en voz alta, intentando recordar dónde y en qué circunstancias había escuchado o leído ese apellido. Envié un beso imaginario a Elisa y mientras subía en el ascensor sentí que el cansancio doblaba mis rodillas.

## 32

Me dormí pensando en Elisa y en medio del sueño la vi oculta tras un árbol, iluminada por el brillo de la luna que parecía brotar desde la copa de un castaño. Me hacía señas y sostenía algo entre sus manos. Un libro, una agenda, hojas en desorden. Deseaba avanzar a su encuentro y no podía. Mis pies perdían su equilibrio y comenzaba a hundirme. Estaba dentro de un pantano. Dije su nombre en voz alta. Desapareció la imagen de Elisa y de inmediato me vi de la mano del ángel de las tres alas, sobrevolando el barrio, atento al movimiento de la gente que seguía en sus ocupaciones sin advertir nuestra presencia. Desde la calle —bullanguera y asoleada— llegaba un ruido incesante que hacía imposible oír los comentarios del vagabundo mientras volábamos de un punto al otro, como estrellas ebrias. La altura me provocaba vértigo. Mis brazos comenzaron a cansarse y al cabo de un rato, sin que pudiera hacer nada por evitarlo, sentí que mis manos se desprendían del ángel. Grité.

Simenon arañaba suavemente mi mano derecha.

—¿Qué hora es? —pregunté al gato, al tiempo que miraba el reloj ubicado sobre el velador, junto a una lámpara sin pantalla. Eran las dos de la tarde y por la ventana entraba una brisa entusiasta. Conseguí llegar hasta el baño y una vez desnudo, abrí la llave de la ducha y dejé que el agua helada estremeciera mis huesos. Más tarde, mientras sacaba del ropero una camisa azul y un bluyín desteñido, recordé dónde había leído el nombre mencionado en la carta de Elisa.

Revisé el cuaderno con el registro de las llamadas recibidas por Servando y

descubrí dos anotaciones relacionadas con alguien llamado Gaizán. Releí la carta de Elisa. Su caligrafía despatarrada había convertido la «a» de Gaizán en una «o», pero sin duda, y salvo una desmedida casualidad, ambos apellidos debían corresponder a la misma persona. Gaizán, repetí dos o tres veces en voz alta, y recordé a un amigo, ávido lector de novelas góticas, que recorría las piezas de su casa repitiendo en voz alta apellidos especialmente sonoros o extraños.

¿Una pista? Gaizán no era un apellido común, y hasta ese momento, además de la muerte, era el único lazo que unía a Servando y Sampetro. La secretaria había añadido un número telefónico a una de las anotaciones. Busqué el mismo número en el listado de las llamadas recibidas en la oficina de Servando y lo vi consignado en cuatro oportunidades.

Tomé el teléfono y disqué el número. Oí una grabación que decía: «Centro de Estudios Verdum. Si conoce el anexo de la persona con la que desea hablar, digítelo. En caso contrario, marque el número uno y espere la atención de nuestra telefonista». Seguí la instrucción y escuché la voz de una mujer.

—Centro de Estudios Verdum. ¿Qué desea?

—Quiero comunicarme con el señor Gaizán.

—Espere un momento, por favor —dijo la telefonista y luego la oí hacer una pregunta a alguien que debía estar a su lado.

—El señor Gaizán no está —agregó la telefonista un rato más tarde—. Disculpe la demora. Soy nueva en el puesto y aún no conozco a toda la gente que trabaja en este lugar.

—¿Conoce el horario de trabajo del señor Gaizán?

—Lo ignoro. ¿Quiere dejar algún recado?

—Necesito enviarle una carta. ¿Cuál es la dirección del centro de estudios?

La telefonista me dio el nombre de una calle y un número que anoté en un margen del diario que estaba sobre el escritorio. Agradecí su información y corté la llamada.

—¿Qué te parece? —pregunté a Simenon.

El gato, indiferente, sacudió su cola y siguió observando el caótico revolotear de unas moscas. Volví a tomar el teléfono y marqué el número de Campbell.

—¿Te dice algo el apellido Gaizán? —le pregunté, obviando el saludo.

—¿Quién es? ¿Un tenor italiano o un futbolista argentino?

—Centros de Estudios Verdum. ¿Lo conoces?

—Su nombre sale en la prensa de vez en cuando. Organizan seminarios, eventos empresariales, y cuatro veces al año entregan los resultados de una encuesta que realizan para conocer las preferencias políticas de la gente. Congrega a sociólogos, economistas y científicos políticos que alguna vez fueron progresistas y hoy predicán las bondades del neoliberalismo y la economía de mercado. Tipos que usan corbatas de seda, ropa de algodón, zapatos italianos y son devotos del *sushi* y los gimnasios.

—No son santos de tu devoción.

—Nada personal. Hablo desde el resentimiento de mis camisas nacionales y mis

zapatos chinos de a cinco mil pesos el par. Conozco a algunos de ellos, de nombre o porque he asistido a sus conferencias de prensa. Reciben dinero de universidades y centros de investigaciones del extranjero. Si requieres una información más amplia, puedo recurrir a un par de colegas amigos que se mueven en ese medio.

—Pregunta por el sujeto que te mencioné.

—¿Gaizán, a secas? ¿Sin nombre?

—Dudo que existan muchos tipos con ese apellido.

—¿Está relacionado con la muerte del funcionario?

—Su nombre aparece en los registros telefónicos de Servando y fue mencionado por la amante de Sampedro.

—No pondría mis manos al fuego por la pista que sigues. Te estás yendo por las ramas; me lo dice mi olfato periodístico.

—Espero que tu olfato falle esta vez. Nada perdemos con hacer algunas preguntas.

—De acuerdo, Heredia. Te ayudaré a tirar del hilo, pero si salta la liebre, no olvides que la primicia me pertenece.

—Tendrás un buen titular para la portada de tu revista.

Tal vez un poco de acción me ayude a agilizar la sesera, dije a Simenon mientras abría la puerta del departamento. El gato meneó la cola sin mucho entusiasmo y acomodó su trasero sobre un ajado ejemplar de *El otro lado del dólar* de Ross MacDonald. Un rayo de sol caía sobre su pelaje y le daba el aspecto de una maciza bola de nieve. Con un pañuelo saqué lustre a la placa de investigador privado que colgaba de la puerta y seguí mi camino hacia el ascensor del edificio. Mientras Campbell recurría a sus amigos periodistas, decidí ayudar a la diosa fortuna e intentar una nueva entrevista con Julián Alderete, el compañero de Sampedro. No fue tarea fácil, porque luego de preguntar por él en la Sección de Partes del Servicio de Inversiones Públicas, tuve que recorrer un sinfín de pasillos con olor a desinfectante, hasta llegar a un despacho pequeño cuya única vista eran los techos galvanizados de las casonas del vecindario. Alderete estaba sentado tras un escritorio sobre el cual había un par de carpetas verdes, un cenicero atestado de colillas, varios lápices y una revista de *puzzles*. Me reconoció apenas entré a la huesera. Tenía aspecto de aburrido y de no tener nada importante que hacer en las ocho horas que permanecía en el lugar, bebiendo café y contando los días y años que le quedaban para jubilar. La tristeza parecía adherida a las paredes de la oficina, junto a un calendario y el descolorido afiche de una campaña de prevención contra el virus Hanta.

—No se cansa de husmear en las vidas ajenas —dijo, al tiempo que hacía un gesto para indicarme la silla que tenía frente a su escritorio.

—En algo hay que entretenerse —dije luego de agradecer su inesperado gesto de hospitalidad—. Desde que lo vi en el cementerio me hice la idea de que usted puede ser de mucha utilidad en mi investigación.

—Pierde su tiempo, Heredia.

—Ya perdí algunos minutos tratando de llegar hasta esta oficina. Parece que a usted no lo conocen mucho por estos lados.

—No estoy aquí para hacerme famoso. Cuando ingresé a la institución, mi primer jefe me dijo que había que hacer lo justo para sobrevivir. Si uno trabaja poco se nota, y si lo hace en demasía, también. Me costó algunos años internalizar la sabiduría de esa lección. Ahora, mientras pueda o me lo permitan, solo procuro sobrevivir.

—Deberían hacer un afiche con sus palabras y colgarlo en todas las oficinas.

—No ironice conmigo, Heredia. Hasta hace poco me quemaba las pestañas trabajando.

—¿Qué le hizo cambiar de idea?

—Después de treinta y dos años en la institución y de ejercer varias jefaturas, llegaron unos muchachos avalados por sus cuñas políticas y me arrebataron todo el trabajo. Quedé reducido a examinar cuentas sin mayor importancia.

—Dicen que el tiempo no perdona.

—No estoy en contra de que los jóvenes aprendan el trabajo y luego asciendan a cargos de mayor responsabilidad. También fui joven y tuve ambiciones. El problema surge cuando los nombran jefes sin saber nada, por el único mérito de estar al día en las cuotas sociales de algún partido de gobierno. Jóvenes a los que solo les importa el poder. Desde que asumió el nuevo gobierno el apetito de sus partidarios ha crecido. Experiencia, carrera funcionaria, respeto, todo lo que alguna vez dio dignidad a la función pública ha sido amontonado en el trasto de las cosas inútiles. Hablan de modernizar la administración pública, pero solo perfeccionan los compadrazgos.

—Parece algo desilusionado, señor Alderete.

—Justificadamente. He gastado mi vida en la institución y esto es lo que tengo —agregó Alderete, indicando el triste aspecto de su oficina—. En los tiempos duros, durante la dictadura, me la jugué decididamente. ¿Y para qué? Para terminar arrinconado, bajo las órdenes de gente que a duras apenas sabe limpiarse el trasero.

—Puede renunciar y buscar otro empleo.

—Nadie da trabajo a un hombre de sesenta años. Da lo mismo la experiencia que uno tenga. Por eso le dije que me limito a sobrevivir. En dos años mi hija menor saldrá de la universidad y entonces pensaré en jubilar. Tengo una modesta casa en la playa y espero terminar mis días junto al mar, pescando con la vieja caña de mi padre.

Dejé a Julián Alderete desplegar su resentimiento. Duca Lamberti, el policía creado por Giorgio Scerbanenco, solía decir que su *«oficio estaba hecho, como el cazador, de paciencia y de fervor. Si alguien habla, dejadle hablar. En el río de sus palabras puede encontrarse al final la pepita de oro de la verdad»*. Escuché al funcionario, y cuando intuí que comenzaba a cansarse de hablar de sí mismo, le mencioné a Servando. El nombre del contador lo hizo erguirse en su asiento y encender un nuevo cigarrillo.

—Pedro Servando Montecinos. ¿Lo recuerda?

Alderete escuchó la pregunta y volvió a tomar la actitud defensiva de nuestros



encuentros anteriores. Miró a su alrededor, como si hubiera podido encontrar una puerta secreta por la cual escabullirse, abrió una de las carpetas que tenía a su alcance.

—Tengo trabajo pendiente —dijo—. Le agradeceré que se retire.

—Usted era amigo de Sampedro. ¿No le interesa saber quién lo mató?

—Eso es problema de la policía —dijo, y luego de dar una calada a su cigarrillo, agregó—. Perdone la franqueza, pero hasta ahora usted solo me despierta sospechas.

—Servando mató a su amigo —insistí.

—Nada de eso ha salido en los diarios.

—Espere un poco y podrá ver el asunto destacado en los titulares —dije—. Servando está muerto. Huyó a la Argentina y fue víctima de un asalto. La policía cerró el caso.

—Si es así, ¿por qué sigue haciendo preguntas?

—Desconfío de las verdades oficiales. Usted sabe lo que eso significa. Usted, al igual que yo, pasó largos años de su vida escuchando verdades oficiales que tenían un asqueroso olor a mentira. Servando no es el único responsable del mal fin que tuvo Sampedro. Archive su resentimiento por unos momentos. Con su ayuda puedo desenmascarar a los que están tras la muerte de su amigo.

—Bonitas palabras, pero no creo nada de lo que me dice.

—Sampedro quería mi ayuda. Por eso sigo haciendo preguntas.

—¿Contrató sus servicios?

—No tuvo tiempo de hacerlo, pero esa era su intención. No por nada se dio la molestia de llamar varias veces a mi oficina hasta que logró ubicarme.

Alderete observó la oficina, acomodó el nudo de su corbata y propinó una dura palmada a la cubierta del escritorio.

—Como todos los charlatanes, usted sabe ser convincente —dijo—. Siempre supe que el «Perro» Servando terminaría mal.

—Eso quiere decir que lo conocía.

—De nombre, de vista y por su fama. Ingresó a la institución a fines del año 1976. Aparentemente estaba a cargo de una unidad contable, pero en realidad era el hombre de confianza del coronel Atienza, el jefe de la oficina de Seguridad. Su labor consistía en vigilar a los funcionarios, saber qué pensaban del gobierno militar y descubrir cualquier intento de asociación entre los empleados. Era una época de mucho miedo. A perder el trabajo, a ser detenido, a desaparecer de la noche a la mañana. Servando se aprovechó de la situación. Chantajeaba a los funcionarios que tenían un pasado izquierdista, obtenía los favores sexuales de secretarías a las que amenazaba con denunciar por sus supuestas conductas antimilitares, vendía útiles de oficina que robaba o eran dados de baja. No requiero explorar mucho en mi memoria. Podría elaborar una larga lista con las bellaquerías de Servando. Pero ¿a quién le importa todo eso?

—A mí me interesa. Todo lo que huelga a verdad me seduce.

—Sus intereses pesan tanto como un cucurucho de cabritas.

—Servando trabajó en la institución hasta el año 1985.

—Puede ser, no lo recuerdo con exactitud. Como llegó, así se fue, de un día para otro. Se rumoreó que había sido trasladado a otro organismo, y también que había caído en desgracia. Su labor de matonaje era tan evidente que debieron asignarle otras funciones porque, aunque no era militar, debió ser funcionario de los servicios de seguridad.

—¿Sampedro conoció a Servando?

—No creo que haya tenido mayor cercanía con el «Perro» Servando. Debieron verse las caras en algunas reuniones de trabajo, nada más.

—¿Sampedro tenía filiación política?

—Cuando estudiaba en la universidad ingresó al Partido Demócrata Cristiano y tuvo mucha vida partidaria hasta el golpe militar del año 1973. Después guardó silencio. En la época de la dictadura no era conveniente andar ventilando las adhesiones políticas personales.

—Servando debía conocer las ideas políticas de Sampedro, ¿no?

—Seguramente. ¿Por qué lo pregunta? ¿Adónde quiere llegar?

—Sampedro recibía presiones.

—Nunca me habló de ello.

—Pero sí le comentó que recibía amenazas.

—En el último tiempo lo noté nervioso, pero nada más —respondió Alderete.

—Gaizán. ¿Conoce a alguien que tenga ese apellido?

—No.

—¿No le habló alguna vez Sampedro de alguien llamado Gaizán?

—No.

—Tengo la impresión de que está mintiendo, Alderete.

—Pasaré por alto su insolencia, Heredia.

—¿Oculta algo? Sé quién mató a su amigo y lo más probable es que también llegue a conocer el motivo.

—¿Para qué meterse bajo las patas de los caballos?

—Tarde o temprano todas las cosas se saben.

—El problema es que suele ser demasiado tarde, cuando los culpables se protegen en su ancianidad o están muertos. Váyase, Heredia. No tengo ganas de seguir hablando con usted.

—Volveré a visitarlo. Si entonces no tiene algo para mí es probable que vaya con mis sospechas a la policía.

—Usted trata de ver bajo el agua. Yo...

—¿Quién y por qué presionaba a Sampedro? —pregunté, interrumpiendo al funcionario—. ¿Tiene alguna idea al respecto?

—No tengo nada que decir. Ahora...

—Ya lo sé, está ocupado y quiere que me vaya. Medite. No creo que tenga

muchas cosas que hacer en esta oficina. Tiene tiempo de sobra. El tedio se le nota en la mirada.

—Váyase.

—Su amigo Sampedro quería mi ayuda. No olvide ese detalle.

## 33

La nube se replegaba, parecía extraviarse en el horizonte y luego reaparecía con su carga de sospechas y malos presagios. ¿Qué impedía hablar a Julián Alderete? ¿El miedo al pasado o alguna complicidad del presente? Sus respuestas me hicieron considerar que una vez más hurgaba en el pasado, a semejanza de un madero que lucha por no perecer, que cada mañana se encuentra en el mismo lugar, roto, carcomido, pero con la voluntad de soportar los embates del mar.

Intenté averiguar algo más acerca de Alderete. Chismes, amistades, descalificaciones. Durante un par de horas recorrí los despachos del Servicio de Inversiones Públicas, simulando ser un policía interesado en conversar con los funcionarios. No me fue bien. La mayoría de los entrevistados eran jóvenes que desconocían la existencia de Alderete, y los empleados más antiguos, recelosos, no aportaron nada nuevo. De su vida familiar averigüé que era viudo y que vivía en un departamento de la avenida Bulnes, con dos de sus cinco hijos. Sus únicas aficiones parecían ser el cine y jugar al billar todos los viernes, en un salón de la calle San Diego. Alderete era un nombre en la planilla de sueldos y en la ceremonia de fin de año donde premiaban a los funcionarios más antiguos con una lapicera de mala clase o un diploma de dudoso gusto.

Más tarde, después de conversar con una secretaria interesada en que su hijo mayor estudiara en la Escuela de Investigaciones, caminé hacia el bar *Unión* sorteando los carrerones de un grupo de universitarios que protestaban contra el alza en los pasajes de la locomoción colectiva. Una decena de carabineros intentaban golpearlos con sus lumas, mientras el guanaco corría velozmente por la calle, arrojando agua a los manifestantes y ocasionales peatones. Recordé las consignas de mi época de estudiante universitario cuando la rebeldía callejera se podía pagar con un balazo en la espalda, la quema del rostro o la relegación en algún pueblo olvidado, al sur o norte del país. Tuve un instante de respiro en el bar. El lugar seguía con sus ritos de costumbre. Vasos, dados en las mesas, risas, miradas esquivas, el vaivén de la puerta. Algunos clientes bebían de pie junto a la barra y otros en las mesas de madera

dispuestas a un costado del salón principal. Ocupé una mesa, lejos de la entrada y pedí una caña de vino. Los nombres de Gaizán, Servando y Sampedro seguían dando vueltas en mi cabeza, como caballitos de un carrusel. ¿Había alguien o algo que uniera a los tres? ¿A qué se debía el obstinado silencio de Alderete? Nadie a mi alrededor se interesó por escuchar mis preguntas.

—¿Tienes problemas con la ley? —oí que me preguntaba el mozo, al tiempo que dejaba la caña de vino sobre la mesa.

—No que yo sepa —respondí, extrañado por la pregunta del mozo al que conocía desde hacía más de diez años—: ¿A qué viene la consulta?

—Parece que te vigilan, Heredia. Los dos muñecos que están en la barra, cerca de la puerta, entraron tras de ti y no te quitan la vista de encima. ¿No te habrás pasado al otro lado de la ley? Se rumorea que tu oficina está a punto de quebrar.

—Sigo pobre y sigo honrado —le respondí de mala gana.

Miré hacia la barra y vi a dos hombres jóvenes vestidos con pantalones de mezclilla y casacas de cuero.

—Conozco a los ratis que vienen al bar —agregó el mozo—. Y sé reconocer cuando andan en plan de trabajo o solo quieren beber unas cervezas.

—Deben andar buscando con quien conversar.

—Lo dudo. Pero, tú sabes lo que haces, Heredia. Cumpló con avisarte.

—Recordaré tu nombre en mis oraciones de esta noche.

Bebí un sorbo de vino sin despegar la vista del rincón ocupado por los supuestos policías. Eran muy torpes o se dejaban reconocer para mostrar que mis pasos estaban bajo vigilancia. En ambos casos, me costaba imaginar el motivo del seguimiento, y por un instante pensé que serían subalternos del esposo de Doris Fabra interesados en comprobar si entre ella y yo existía algún enredo de sábanas.

Decidí hacerlos trabajar y sin terminar de beber el vino, salí del bar y orienté mis pasos hacia una galería comercial donde logré despistarlos, entre un sinfín de pasillos y escaleras mecánicas. Libre del asedio, busqué una caseta telefónica y llamé a Marcos Campbell para averiguar si tenía alguna novedad sobre Gaizán.

—Hasta ahora solo he podido hablar con dos de mis colegas. Gaizán fue militante de la izquierda cristiana y después del golpe militar se exilió en Italia. En ese país se especializó en *marketing* y administración de empresas. A su regreso al país participó en las campañas de varios candidatos a senadores y diputados. Su trabajo fue exitoso y ganó cierta fama como experto en comunicaciones. Hace cinco años creó una oficina de asesorías comunicacionales. Ejecuta campañas de prensa, vende servicios de diseño y aplicaciones computacionales, organiza eventos. En síntesis, el tipo sabe del tema y aprovecha sus contactos políticos para llenar su billetera, sin preocuparse si sus clientes son de la izquierda, del centro o de la derecha. Al parecer es asesor en el Centro de Estudios Verdum, aunque también se sospecha que es uno de los socios y que en el último tiempo habría cambiado de bando político.

—Tu información es algo vaga. ¿Cómo se llaman los candidatos para los que trabajó? ¿Cuáles son sus contactos? Carajo, Campbell, ¿no te enseñaron a hacer preguntas en la Escuela de Periodismo? O estás esperando que Gaizán te mande un comunicado de prensa con la historia de su vida.

—Ten paciencia, Heredia. Me quedan otros amigos a los cuales preguntar por Gaizán.

—Paciencia es lo que más tengo. Golpeo puertas, hago preguntas, entro a oficinas que huelen a frituras y comida recalentada, soporto malas caras y portazos en las narices. Me acusan de metiche y más encima, vigilan mis pasos. No es fácil este trabajo, cabrón.

—No hay que ser mago para adivinar que te ha ido mal.

—Disparando al aire y no cae ningún pato. Estoy perdiendo la calma, Campbell.

—¿Te ha servido de algo tu amistad con la mujer policía?

—Creo que Doris está tan confundida como yo —dije y luego de una pausa, agregué—: No he sabido nada de ella en las últimas horas.

—Dame tiempo, Heredia. Tal vez averigüe más cosas sobre Gaizán.

—¿Tiempo? Hasta ahora he abierto puertas que no conducen a ninguna parte, y saber más de Gaizán no es garantía de nada. Los casos difíciles me ponen de mal genio.

—Los años no pasan en vano. Te estás convirtiendo en un viejo mañoso, Heredia. Relájate y toma las cosas con calma. Ven a la oficina y nos bebemos unas copas. Tengo una botella de vodka que necesita un poco de atención.

—Gracias, pero ya he bebido mi cuota del día. Quiero volver a mi departamento y descansar. Me duelen los huesos y la cabeza me zumba. Creo que estoy a punto de coger una gripe.

—Nada que no cure una buena dosis de vodka. ¿Vienes o no?

## 34

Sin ánimo para correrías por los altares de Baco, rechacé la invitación de Campbell y me despedí. Quería llegar al departamento, preparar una limonada caliente, arrojarme dentro de la cama y dormir. Nada de preguntas ni pesadillas. Ningún recuerdo que me desvelara. Dormir a pierna suelta y despreocupado, como un adolescente espinilludo en vacaciones. Pero la suerte se escabulló por la ventana apenas me vio entrar al departamento. No pude descansar ni aliviar la sensación de resfrío que abrazaba mi

piel. Bastó que me sentara frente al escritorio para darme cuenta que la oficina había sido registrada. Algunos de mis libros estaban fuera de sus ubicaciones de costumbre y el desorden dentro de los cajones del escritorio no tenía el encanto habitual. Además, varias novelas de Jean-Patrick Manchette lucían despatarradas sobre el suelo, al igual que un par de fotos de mis tiempos de estudiante universitario y el archivador donde guardaba mis informes de notas del colegio, cartas antiguas y un retrato al carbón de Griseta, mi joven enamorada de otra época. El retrato, de trazos largos y gruesos, se lo había hecho Craso, un dibujante callejero que recorría las plazas y cafés del centro de Santiago ofreciendo sus dibujos a cambio de unas monedas.

—¿Tienes algo que decir sobre el desorden? —pregunté a Simenon.

El gato agitó su cabeza y dio un par de nerviosas vueltas en círculo, como si intentara mordisquear su cola.

—Nada, no viste nada. Andarías persiguiendo gatitas por el vecindario.

Simenon dio un brinco, se posó sobre mis piernas y me observó con mirada lastimera.

—Tranquilo, no he pensado en arrojarte por la ventana —dije acariciando su lomo blanco—. Pero deberías preocuparte más del departamento.

—Si quieres vigilancia, compra un estúpido perro policial. Seguro que le ladra hasta a las sombras y de paso te mordisquea el culo.

—Un perro al que pueda alimentar con los restos de un felino estrangulado. ¿De qué lado estás, gato cabrón?

—Del tuyo, Heredia. Siempre voy a estar de tu lado.

—¿Qué crees que buscaban? —pregunté al tiempo que abría uno de los cajones del escritorio y sin ganas de añadir más bravatas a mi discusión con el gato.

—El cuaderno con el registro de las llamadas a la oficina de Servando —dijo Simenon.

Pensé en llamar a Doris Fabra, pero apenas marqué el número de su celular, corté la llamada. La duda se había instalado sobre mi escritorio, y de pronto todo adquiría el tono endemoniado de la sospecha. Esperé un instante y volví a marcar el número telefónico. Sonó ocupado. Insistí cinco minutos más tarde y una voz metálica, pregrabada, me informó que la llamada sería pasada a un buzón de mensajes. Saqué del escritorio mi botella de *whisky* y bebí un sorbo del gollete. Una leve puntada en el vientre me hizo recordar la herida. Repetí la dosis de licor y poco a poco, con el paso de los minutos, la inquietud comenzó a transformarse en cansancio. Cerré los ojos. Recordé una lejana noche en el campo, un cielo estrellado, el rumor de las hojas mecidas por la brisa, el relincho inesperado de un caballo, el rostro de una mujer que decía mi nombre.

Desperté con mi cabeza escondida bajo la almohada, como si en medio de la noche hubiera buscado protegerme de la mirada de algún voyerista del barrio. Había amanecido y por la ventana entraban unos rayos de sol que se deslizaban desganados

por los muebles del dormitorio. Tenía sed y me dolía el cuello. Me levanté y fui al baño. Una gota caía insistentemente desde la ducha. Mientras bebía un vaso de agua observé mi rostro en el espejo. No me gustó lo que vi. Era el fantasma de alguien que no había tenido la oportunidad de ser feliz. Mojé mi cara, peiné mis cabellos y la imagen reflejada en el espejo mejoró.

Más tarde, mientras bebía un café, sonó el teléfono. Lo dejé chillar y al noveno o décimo sonido, contesté de mala gana.

—Encontré tu llamada en el buzón de voz —oí que decía Doris Fabra—. ¿Cómo estás?

—Salvo por mi aspecto, creo que lograré sobrevivir algunos años más —dije, y luego de beber un sorbo de café, agregué—: Eso siempre y cuando tus colegas no jueguen rudo conmigo.

—¿De qué estás hablando?

—Un par de tipos me estuvieron siguiendo el día de ayer y revisaron mi oficina —dije, y enseguida hice una detallada descripción de los sujetos a los que había visto en el bar *Unión*.

—No conozco a nadie que se ajuste a esas descripciones. ¿Seguro que son policías?

—Uno de los mozos del bar asegura que son colegas tuyos.

—No encuentro una razón para que te vigilen.

—Alguien está interesado en que olvide la muerte de Sampedro.

—¿Quién?

—Si lo supiera no estaría conversando contigo. La otra tarde dijiste que te presionaron para cerrar el caso.

—Algo que suele pasar cuando no se tiene un buen respaldo de la jefatura.

—¿Seguro que no tienes nada más que decir?

—Nada —respondió Doris con cierto temblor en su voz.

—Lástima, suponía que estábamos del mismo lado —añadí.

—Déjame que te explique un par de cosas, Heredia.

—¿Conoces o no a los tipos que me han estado siguiendo?

—No.

Iba agregar algo más, pero no le di tiempo. Corté la comunicación y decidí olvidarme de ella hasta que aclarara mis sospechas. Sin nuevas ideas para continuar la investigación, deambulé por el departamento como un fantasma al que le han cambiado la casa del espanto. Ordené libros, revisé el contenido de los cajones del escritorio, bebí dos tazas de té verde, escuché algo de música, y después, agotado de buscar una distracción sin sentido, no hice más que observar el movimiento de la calle desde una de las ventanas del departamento. En eso me sorprendió Campbell cuando apareció por la oficina con su prisa de costumbre y una sonrisa a flor de labios.

—Tu cara espanta, sabueso —dijo a modo de saludo—. Parece que pasaste una

mala noche y que necesitas una costilla cálida a la cual arrimarte.

—Necesito muchas cosas, pero he aprendido a vivir con lo que me depara cada día.

—Poca ambición para un sujeto que en unos pocos años más cumplirá medio siglo.

—No necesito que me lo recuerdes. Mi cuerpo se encarga de hacerlo cada mañana. Y lo peor no son los dolores físicos, sino que la falta de entusiasmo, las ganas de quedarme en la cama y no hacer nada.

—Requieres un cambio de giro. Ocuparte en algo que te reporte dinero.

—Mi problema no es el dinero.

—Te lo dije la otra noche, hoy todos viven a la sombra del dinero.

—Si el objetivo de tu visita era deprimirme, ya lo conseguiste, Campbell.

—Vine a decirte que averigüé dónde ubicar a Gaizán. Tiene un departamento en la comuna de Las Condes.

Campbell sacó un papel de su chaqueta y lo dejó sobre el escritorio.

—Es asombroso cómo algunos pasaron de proletarios a prósperos capitalistas — agregó Campbell—. Me pregunto dónde está el truco.

—En cruzar la calle y mirar la vida desde la otra vereda.

No fue fácil encontrar a Gaizán. El primer día intenté llegar a su departamento, pero mis mentiras no engañaron a los guardias que custodiaban el ingreso al exclusivo edificio donde residía el asesor. Los vigilantes estaban autorizados para permitir el acceso de las personas previamente indicadas por los inquilinos o propietarios, y de esas instrucciones no los apartaban ni las argucias de un mago. Pedí a Campbell una descripción detallada de Gaizán y luego de averiguar el modelo de auto que conducía, opté por esperar a que saliera de su departamento. Perdí un par de horas en el intento y tan solo conseguí quedarme dormido sobre el volante. El segundo día tampoco fue mejor. Demoré más de la cuenta en reconocer su auto y cuando lo hice, éste se había alejado lo suficiente como para hacer inútil la persecución. El tercer día conseguí seguir las huellas de su vehículo por una ruta que tuvo una serie de detenciones. La primera fue en un café de la avenida Providencia donde Gaizán desayunó con una pareja de jóvenes. Luego pasó a una sucursal del Banco de Chile y después de conversar media hora con un ejecutivo de cuentas, condujo hasta una oficina de corretajes de propiedades en la que permaneció el resto de la mañana. Al mediodía almorzó con seis personas en lo que pareció ser una reunión de negocios y enseguida estuvo algunas horas en el Centro de Estudios Verdum. A las siete de la tarde regresó a su departamento y dos horas más tarde se dirigió a un restaurante de la calle Suecia. En ese momento comprendí que no era mi día de suerte y abandoné la vigilancia hasta la mañana siguiente. El cuarto día seguí a Gaizán a través de un itinerario similar al del día anterior. Reuniones, almuerzo de trabajo, algunas horas en su departamento y la compañía de una morena atractiva



para ver una obra de teatro y luego comer a la luz de las velas, en un restaurante atendido por mozos que iban vestidos de almirantes.

La oportunidad de encararlo se presentó al quinto día. Por la mañana lo seguí en un recorrido similar al de los otros días y luego, a la hora de almuerzo, lo vi abandonar sus espacios conocidos y aventurarse hacia el centro de la ciudad. Dejó su auto en un estacionamiento subterráneo y caminó hasta llegar al *Café Do Brasil* ubicado en la calle Bombero Ossa. Entró al café y ocupó una mesa apartada. Desde el mesón lo observé pedir un expreso y hacer un par de llamadas con su celular. Quince minutos más tarde entró al café una rubia que vestía una llamativa minifalda de cuero negro. Los diez pasos que dio para llegar hasta la mesa de Gaizán no pasaron inadvertidos en el interior del café. Parecía arrancada de un catálogo de modas y a su paso fue dejando la estela de un perfume seductor. Gaizán la recibió con una sonrisa de oreja a oreja, pero su alegría no duró mucho. La mujer ocupó una silla frente a él, encendió un cigarrillo y le dijo dos o tres palabras. En el rostro de Gaizán se dibujó una mueca y por un instante tuve la impresión de que estaba a punto de protagonizar un ataque de rabia. Sin embargo la mujer no le dio tiempo a reaccionar. Apachurró en un cenicero el cigarrillo que acababa de encender y meneando sus caderas abandonó el lugar seguida por las miradas de los clientes.

Gaizán la vio alejarse y luego volvió a ocupar su celular. Comprendí que era mi oportunidad de abordarlo y no la desaproveché.

—Tiene buen gusto, señor Gaizán —le dije, sentándome en la silla que un rato antes había ocupado la rubia.

A simple vista, era un tipo que invertía mucho dinero en su apariencia. Vestía una corbata fina, camisa hecha a medida, colleras doradas y una chaqueta que debía costar el equivalente al sueldo mensual de un empleado público. Sus cabellos y su grueso bigote negro lucían cuidadosamente recortados.

—¿Qué desea? —preguntó, molesto.

—Conversar un par de palabras. Mi amigo Servando solía decir que era provechoso hacer negocios con usted. No sé si ahora siga pensando lo mismo, pero nada pierdo con probar.

La mención de Servando alertó a Gaizán. Su rostro ensombreció, pero logró contenerse y aparentando indiferencia, levantó una mano para solicitar la cuenta a la muchacha que atendía las mesas.

—No conozco a nadie con ese nombre.

—Haga memoria.

—¿Quién es usted?

—Digamos que me llamo Belmont —dije, al tiempo que sacaba una cajetilla de cigarrillos.

—No tengo tiempo para bromas.

—Semanas atrás usted lo llamó a su oficina.

Gaizán se puso de pie y dejó unos billetes sobre la mesa.

—Pierda tres minutos de su valioso tiempo y oiga una buena historia. Se trata de un funcionario público asesinado. Dos de los responsables están en la cárcel y el tercero fue de paseo a Buenos Aires y tuvo algunas dificultades para regresar.

—¿Quién lo mandó a hablar conmigo? —preguntó Gaizán, al tiempo que volvía a sentarse.

—Veo que le interesa la historia.

—De acuerdo, conozco a Servando —dijo Gaizán—. Me hace algunos trabajos contables. Declaraciones de impuestos, pago de cotizaciones previsionales del personal que trabaja en mi casa. Suelo llamarlo con ese fin. ¿Qué relación tiene él con el asunto que mencionó?

—¿No lo sabe?

Gaizán levantó los hombros.

—Hasta el momento todo indica que él fue uno de los responsables de la muerte del funcionario.

—¿Servando? —preguntó Gaizán, al tiempo que dibujaba una sonrisa despectiva en su rostro—. Servando es un contador, no un asesino.

—Uno ve caras pero no corazones. Sus cómplices confesaron y además, el contador tiene un pasado bastante turbio.

—¿Qué diablos es todo esto que me cuenta? —preguntó Gaizán.

Lo miré a los ojos intentando aquilatar la autenticidad de su sorpresa.

—El asunto es que Servando ya no puede defenderse. Huyó a Buenos Aires y ahí lo mataron.

—Mala suerte la de ese hombre —balbuceó Gaizán, y luego, recuperando su actitud distante, preguntó—: ¿Qué tengo yo que ver con su historia?

—Es lo que me propongo averiguar. Hasta ahora, mi gran problema contable es que hay algunas sumas que no cuadran.

—¿A qué se refiere?

—Creo que había alguien detrás de Servando. Él no organizó el asesinato del funcionario por su propia iniciativa. Alguien lo contrató e intento averiguar quién fue. Encontré su nombre en un cuaderno de llamadas telefónicas y pensé...

—Contabilidad. Mi relación con Servando era un asunto de contabilidad —interrumpió Gaizán, remarcando sus palabras.

—Contabilidad. Nunca he sido bueno con los números. Hay gente que disfruta con los ejercicios matemáticos o el análisis de un balance. Yo detesto los números. Tal vez se deba a que en mis bolsillos nunca he tenido mucho que contar.

—Supongo que mi nombre no es el único que aparece en ese cuaderno —dijo Gaizán sin atender a mis palabras.

—No, desde luego que no.

—¿Usted es policía? —preguntó.

—Trabajo por mi cuenta y riesgo.

—Si pretende chantajearme, pierde su tiempo. Nada tengo que ocultar.

—Solo la existencia de una rubia mal genio.

—No intente ver bajo el agua, es solo una amiga. En cuanto a la lista de Servando, y si mi nombre no es el único que aparece en ella, ¿por qué eligió conversar conmigo?

—Sampedro. ¿Le dice algo ese apellido?

—En absoluto —dijo Gaizán y luego de consultar su reloj, agregó—. Se acabaron sus tres minutos.

—Me gustaría llamarlo cuando tenga otra historia más interesante.

—Inténtelo, pero le advierto que suelo estar ocupado.

—Confío en que no haya mentido sobre su relación con Servando.

—¿Me está acusando de algo?

—De nada, por ahora. Su único delito, por decirlo de alguna manera, fue llamar al contador.

—Nadie va a la cárcel por algo así.

—Me cuesta creer que usted recurra a los servicios de un contador de segunda o tercera categoría.

—No discuto el manejo de mis negocios con desconocidos —dijo Gaizán, y antes de caminar hacia la salida del café, agregó—: Adiós, señor Belmont.

—Hasta la vista, señor Gaizán. Espero que mejore su suerte con las rubias.

## 35

Entré al bar *Central* para entibiar mi alicaído entusiasmo. Las ventanas del boliche lucían visillos blancos y a sus costados, un par de pizarras anunciaban las especialidades de la casa. En el ambiente flotaba un aroma de carne frita y mostos espesos. Había una veintena de mesas cubiertas con manteles de hule floreado y un largo mesón con jarrones de vino y chicha sobre su cubierta de madera. Una pareja de ancianos bebía cerveza en una de las mesas, y en otra, arrinconada, un hombre solitario escudriñaba su fortuna en el fondo de su copa. Los mozos, acodados en el mesón, estaban atentos a la llegada de nuevos clientes y desde la calle llegaba el rumor de los transeúntes que pasaban apurados frente a la puerta del bar. Me gustaba el lugar. Tenía un aire familiar que invitaba a dejar que el tiempo siguiera su curso, sin otra preocupación que mantener el vaso bien provisto.

Mientras hacía los honores a una caña de pipeño, repasé mi reciente conversación con Gaizán. No podía acusarlo de nada, pero algo en mi interior me hacía pensar que

de cargar con alguna culpa, Gaizán reaccionaría a una insinuación de chantaje. Era el viejo truco de patear al perro para ver si mostraba los colmillos o se alejaba arrastrando la cola. Lo demás era esperar a que el ángel de la guarda llegara a sentarse a mi lado.

Pero no fue a un ángel al que vi entrar en el bar una hora más tarde. Primero me sorprendió su presencia y luego me llamó la atención su aspecto cansado, como si viniera de hacer un esfuerzo desmedido para su edad o sus energías. Vestía su habitual terno gris y bajo el brazo portaba una carpeta repleta de papeles. Observó el lugar y después de reconocermme avanzó decididamente a mi encuentro.

—Tercer bar que visito —dijo Alderete ocupando una silla junto a mi mesa—. Lo esperé más de una hora en su oficina y estaba a punto de mandarme a cambiar a otra parte cuando un quiosquero, al parecer amigo suyo, me dio una lista de bares donde podía encontrarlo.

—Colecciono bares y citas literarias —dije a modo de justificación, y luego de una pausa para beber un sorbo de vino, añadí—: Supongo que me busca por algo importante, de otro modo no me explico la molestia de recorrer tantos bares.

—Repasé nuestra última conversación y teniendo en cuenta que Sampedro deseaba su ayuda, decidí conversar con usted.

—Agradezco su confianza, Alderete.

—Supongo que necesito desahogarme.

—¿Desea beber algo?

—Una copa de vino tinto, si me hace el favor.

—¿Qué es lo que desea decirme? —pregunté minutos más tarde, luego que uno de los mozos le sirviera la copa que había pedido.

—Antes, años atrás, tenía amigos con los que solía reunirme en los bares. Nunca faltaban los temas de los cuales hablar largo y tendido. Después, ellos comenzaron a enfermar o morir, y yo perdí entusiasmo por hacer nuevas amistades. Me cansé de la gente y ahora, cuando entro a un bar, es para beber a solas —dijo y por unos segundos observó la copa—. Hoy los bares carecen de la tranquilidad de antaño. Mucha música estridente, muchos televisores. La tecnología al servicio de la incomunicación. El hombre inventa cosas, pero eso no lo hace mejor ni más feliz.

—Su reflexión no es muy original, pero estoy de acuerdo con ella —comenté mientras veía al funcionario vaciar su copa de un solo trago.

—El problema es sentirse inútil —dijo Alderete sin prestar atención a mis palabras—. El otro día le conté que estoy relegado a un rincón insignificante de la oficina. Soy un mono viejo al que nadie se molesta en arrojar cáscaras de maní.

—¿Más vino? —ofrecí al ver que contemplaba su copa vacía.

Alderete asintió con una sonrisa tímida y luego comenzó a buscar algo en los bolsillos de su chaqueta.

—Olvidé mis cigarrillos —dijo. Le alcancé mi cajetilla y después de sacar un cigarrillo, agregó—: El médico me prohibió fumar.

—Fume tranquilo, el tabaco no hace más daño que ver las noticias en la televisión, o atiborrarse de comida chatarra.

—Los sueños se apagan, se reducen, van quedando arrinconados. Como todos, cuando joven quise cambiar el mundo. Hoy aspiro a que mi hija termine sus estudios y que tenga una vida mejor que la mía. Después de eso, quiero morir tranquilo, sin molestar más de la cuenta. Hay que saber irse con discreción.

—Todos decimos lo mismo alguna vez, pero en el fondo no es otra cosa que temor a la muerte. Tal vez esas palabras tendrían más sentido si alguien nos diera alguna certeza de lo que nos espera a la vuelta de la esquina.

—Veo que no le interesan las confesiones de un hombre aburrido. Sin embargo, todo lo que le he dicho tiene que ver con sus preguntas del otro día. Tengo miedo, señor Heredia. Miedo de atentar contra mi último sueño. No he podido dejar de pensar en Sampedro desde su muerte. Me despierto con el estómago apretado y durante el resto del día no hago más que recordar su triste final.

—Usted sabe quién está detrás de la muerte de Sampedro, ¿es eso?

—Si mal no recuerdo, la otra vez usted habló de ciertas presiones de las que él era objeto.

—¿Qué sabe usted al respecto?

—Sampedro me hizo algunas confidencias antes de morir y durante los últimos días he conversado con funcionarios que sospechan de ciertos manejos turbios en la institución. Jorge Sampedro tenía a su cargo el control de los gastos institucionales. Por sus manos pasaban contratos, facturas, boletas de honorarios; todo lo relacionado con la compra de materiales, equipos y prestaciones de servicios. Dos años atrás, a los seis meses del cambio de gobierno y de la llegada de algunas nuevas jefaturas, se dio cuenta de que había algo anormal en el pago de una serie de compras y contrataciones. Desconozco los detalles, pero intuyo que se estaban pagando precios excesivamente altos en comparación con los valores existentes en el mercado, y además, esos pagos siempre iban a dar a dos o tres empresas proveedoras. Para confirmar sus sospechas, Jorge elaboró una auditoría y luego de presentar los resultados a su jefatura inmediata, comenzó a tener problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—Presiones para aprobar pagos sin hacer cuestión de los antecedentes y respaldos legales.

—¿Por qué no denunció las anomalías? Hay instituciones encargadas de fiscalizar la gestión de las organizaciones públicas. Y si eso falla, siempre queda la opción de recurrir a la prensa.

—Pudo hacerlo, pero alguien perteneciente a su círculo partidario le dio razones valederas para seguir autorizando los pagos y no ventilar el fraude. Se trataba de traspasar unos pocos recursos al partido para financiar campañas electorales. Sampedro cedió antes esas razones, pero meses antes de su muerte descubrió algo que le hizo cambiar de opinión. Algo relacionado con uno o dos dirigentes de su

partido.

—¿Conoce los nombres de esos dirigentes?

—Sampedro nunca los mencionó en nuestras conversaciones.

—Pero alguien lo presionaba al interior de su trabajo.

—En el último tiempo tuvo varios altercados con Jacinto Gimeno, uno de sus jefes directos. Ignoro si esas peleas estaban relacionadas con el fraude, pero llamaron la atención de todos en el departamento. Gimeno llegó a la institución con el último cambio de gobierno. Nadie apuesta dos pesos por su talento, pero el hombre sabe arrimarse a los árboles que dan buena sombra. A los dos meses de entrar al servicio lo nombraron jefe del nuestro departamento, sin que tenga los conocimientos ni la experiencia requerida para desempeñar el cargo.

—No preciso ser mago para darme cuenta de que Gimeno no es santo de su devoción.

—Ni de nadie en el departamento. Sus desatinos son ilimitados y el único recurso que tiene para cubrir su ignorancia es el mal trato a los subordinados. Es un petiso presuntuoso que parece caminar sobre una nube.

—¿Dónde ubico a Gimeno?

—Trabaja frente a la que era la oficina del finado Sampedro.

—No pierdo nada con averiguar qué originaba las disputas de Sampedro con Gimeno. Estoy acostumbrado a dar palos de ciego —dije en voz baja, y luego, retomando el hilo anterior de la conversación, añadí—: No es que desconfíe de usted, Alderete, pero ¿es posible probar lo que dice respecto a los traspasos de fondos?

—Hace un momento mencioné a dos colegas que están dispuestos a responder sus preguntas.

—¿Quiénes son?

—Espacio por las piedras, Heredia. Para hablar ellos exigen que sus nombres se mantengan en reserva.

—Sé mantenerme callado cuando corresponde.

—Martín Sareti, la mano derecha de Sampedro en el Departamento de Administración, y el abogado Domingo Carabanjel.

—¿Por qué se decidieron a hablar?

—Están hartos de ver pasar las irregularidades frente a sus narices —dijo Alderete y luego de pedir al mozo otra copa de vino, agregó—: En la prensa están apareciendo a diario denuncias acerca de manejos turbios y temen ser sujetos de una investigación que los sindique como responsables o encubridores de los fraudes.

—El viejo truco de poner el parche antes de la herida.

—Supongo que hay algo de eso, pero también reconozco que se trata de dos honestos funcionarios. De esos que ahora cuesta encontrar.

—Bonitas palabras, Alderete —comenté con cierto tono irónico, y después de encender un cigarrillo, pregunté—: ¿Le sugiere algo el apellido Gaizán?

—No conozco a nadie con ese apellido. ¿Por qué la pregunta?

—Simple curiosidad.

—Voy a pedir otra copa, ¿me acompaña?

—Usted conoce su hígado mejor que yo —respondí y no dije más hasta que el mozo rellenó la copa de Alderete.

—Debo confesar que ahora me siento mejor —dijo.

—Todo lo que ha dicho tiene sentido. Y suponiendo que sea verdad, lo único que no me encaja es el papel jugado por Sampedro. Él llamó a mi oficina y pidió ayuda. ¿Por qué lo hizo?

—Estaba desesperado. Hizo fe del cuento de reunir fondos para el partido y cuando descubrió que era una mentira, se sintió solo.

## 36

Las palabras de Alderete continuaron girando en mi mente, como cucarachas alrededor de su podredumbre favorita. Tras ellas, de manera difusa, esquiva, vislumbré la sombra de la verdad. Dejé al funcionario en el bar y volví al departamento, a sentarme una vez más frente a mi escritorio, rodeado de mis viejos objetos cotidianos con su carga de recuerdos y días malgastados. Ocupé algunos minutos en volver a revisar la libreta de Sampedro. Pensé encontrar algo relacionado con las confidencias de Alderete, pero no tuve suerte. Solo conseguí reencontrarme con sus quejas y anotaciones difusas acerca de la vida. Sus palabras eran la crónica del miedo a romper las ataduras de lo habitual y correr hacia un destino más auténtico, vital. Un miedo similar al de muchos que llegaban a ocupar un espacio anónimo dentro de una empresa o servicio público y se aferraban a él, sabiendo que cada minuto en ese lugar profundizaba la traición a sus sueños. Los apuntes de Sampedro hacían pensar que la vida era una carrera perdida de antemano. Hastiado de sus quejas, cerré la libreta y por un segundo dudé entre arrojarla al papelerero o volver a guardarla dentro del escritorio. Opté por lo segundo y luego fui a la cocina a preparar café.

Ocupé el resto del día en escuchar discos de León Gieco y en leer una novela de Juan Madrid que me hizo vestir por algunas horas la camisa de Tony Romano, el detective que recorría los bajos fondos madrileños ajustando cuentas entre macarras y asesinos. Nadie llamó por teléfono ni golpeó a mi puerta. Al final de un capítulo intenté hablar con Campbell y el teléfono sonó ocupado. Me serví las últimas gotas de la petaca de Jack Daniels que Anselmo me había regalado en la última Navidad y

seguí leyendo hasta que el cansancio borroneó las letras impresas en el libro.

Al día siguiente desperté temprano. Preparé huevos revueltos, abrí la ventana de mi oficina y durante varios minutos no hice otra cosa que observar los movimientos del barrio. Más tarde bajé a conversar con Anselmo. Comentamos los titulares dedicados a insignificantes personajes de la farándula televisiva y acordamos un par de apuestas para las carreras de caballos de la tarde.

—¿Tiene tiempo para leer una carta? —preguntó Anselmo—. Es de Madam Zara, mi exesposa.

En pocas palabras y sin mayores preámbulos ni consideraciones sentimentales, la mujer decía haber encontrado una nueva pareja y pedía al quiosquero iniciar los trámites para obtener la anulación del matrimonio que los unía.

—¿Cuál es el problema? —pregunté—. Tú decidiste huir de su lado.

—Me molesta la rapidez con la que encontró un sustituto.

—Hoy en día todo vuela, incluso los sentimientos. ¿Qué esperabas? Ni ella ni tú tienen tiempo como para esperar la próxima pasada del cometa Halley.

—¡Carajo, don! Deseaba algunas palabras de consuelo de su parte. Mal que mal, se trata del tercer matrimonio que mando al carajo.

—Tres matrimonios es muy poco para entrar al libro de Guinness.

—Usted tiene un corazón de piedra, don. No le entran balas.

—He visto correr muchas mujeres bajo el puente.

—Pensé que la carta justificaría una copita para la pena.

—¿Qué pena, cabrón? Estás feliz de dar vuelta la página.

—¿Qué le parece entonces una copita para celebrar?

—Más tarde. Me propongo recorrer de nuevo los pasillos del Servicio de Inversiones Públicas.

Al igual que en las visitas anteriores, los funcionarios parecían concentrados en sus trabajos. En los pasillos, entre los escritorios y estantes flotaba una sensación de tiempo suspendido, apenas alterada por el sonido de los teléfonos y de alguna computadora pulsada con desgano. Por un segundo imaginé que era un engranaje de esa maquinaria que funciona incesantemente, sigue hacia adelante, embistiendo con la torpeza de un toro al que le picanean los flancos y, enceguecido, arrasa con todo lo que encuentra a su paso. Un engranaje de pantalones grises, con los fondillos brillosos y una corbata azul colgada del cuello como una lombriz desfalleciente. Un nombre o número que espera con ansias el sueldo mensual para desgranarlo rápidamente en cuentas, préstamos, compras en el supermercado, útiles escolares, remedios. Solo dos o tres días con el aroma de los billetes en los bolsillos y luego la resignación de aguardar la siguiente fecha de pago, contando las monedas necesarias para subir al bus, comprar un pan o dos o tres cigarrillos sueltos. Y así hasta el filo de la eternidad, o hasta descubrir que el escritorio de todos los días está ocupado por un extraño de cabellos grises que merece un miserable galvano por treinta años de



servicios. Afortunadamente el juego de la imaginación fue breve, y dejé de verme en medio del infierno, ahogado por la tiranía de un reloj control y las instrucciones de un jefe aficionado a las reuniones inútiles y los informes por triplicado. Avancé por un pasillo hasta llegar a una puerta que tenía pegada una huincha plástica con la leyenda: Subdepartamento Administrativo. Le di unos golpes suaves y enseguida la abrí. Un fuerte olor a papel viejo se filtró en mis narices. Frente a un escritorio, en mangas de camisa, encontré a Martín Sareti. A simple vista aparentaba unos cincuenta años de edad. Era obeso y de mediana estatura. Sus cabellos lucían totalmente blancos. Sobre el escritorio había un alto de facturas y boletas, dos ceniceros de porcelana, un portarretratos con la foto de tres muchachas rubias, y un teléfono más antiguo que la maldad. Le dije que venía a verlo por recomendación de Julián Alderete y me ofreció asiento en una roñosa butaca ubicada frente a su escritorio.

—¿Usted es el detective que investiga la muerte de Sampedro? —preguntó, y enseguida, como arrepentido de su curiosidad, agregó—: ¿Quiere un café?

—Me llamo Heredia —respondí al tiempo que acomodaba mis nalgas en la incómoda butaca—. El café me gusta cargado, muy caliente y sin azúcar.

Sareti esbozó una sonrisa, tomó el teléfono e instruyó a alguien para que preparara dos cafés.

—Puede que demoren un poco, pero llegarán —agregó sin dejar de sonreír—. Tengo la misma secretaria desde hace veinte años. Cuando entré a trabajar, ella llevaba un buen tiempo en este lugar. Ahora está algo vieja y lenta, pero la mantengo porque esta oficina es todo lo que ella tiene en la vida. Nunca contrajo matrimonio, vivió con su madre hasta que la anciana murió, hace seis o siete años. La van a sacar de esta oficina en un cajón y con los pies por delante.

—La gente necesita un lugar que dé sentido a sus días.

—He visto muchos casos como los de Norita, mi secretaria. Funcionarios cuyas vidas giran en torno a la oficina, donde son alguien y tienen con quien compartir sus penas y alegrías. Una vez, hace tres o cuatro años, hubo un problema eléctrico en el edificio y nos hicieron abandonarlo a media jornada. Salí, como todos mis compañeros, y en la primera esquina a la que llegué encontré a Norita. Parecía desorientada. No deseaba regresar a su casa y tampoco sabía a qué otra parte ir. La invité a tomar un café y conversamos hasta que llegó la hora habitual de salida. Recién en ese momento supo qué hacer —dijo Sareti, y luego de una pausa, agregó—: Suelo pensar en la contradicción existente entre el valor que asignamos a la vida, en forma general y abstracta, y lo poco que hacemos para que esa vida tenga cierta belleza en las personas de carne y hueso.

Sareti tenía una voz suave. Hablaba sin prisa, buscando la palabra más apropiada para lo que deseaba decir. Hizo una nueva pausa, y antes que pudiera reanudar su charla, se abrió la puerta de la oficina y entró una mujer extremadamente alta y delgada. Vestía completamente de azul y sus cabellos grises lucían constreñidos en un rígido y apretado moño. Portaba una bandeja con dos tazas de café que dejó sobre el

escritorio.

—Sin azúcar, don Martín. Recuerde su última glicemia —dijo a Sareti, y sin agregar nada más, abandonó la oficina.

—¿Qué le interesa saber? —preguntó Sareti luego de colocar dos pastillas de sacarina en su café.

—Todo lo que usted me pueda decir sobre Sampedro y su trabajo.

—¿Todo? Tendríamos que hablar una semana completa, con sus días y sus noches. Al igual que en el caso de Norita se trata de una parte importante de nuestras vidas compartida entre las paredes de una oficina. Trabajamos juntos durante quince años. Parece mucho, pero a partir de cierta edad los años pasan volando. Un día asistimos al bautizo del hijo mayor de un colega y luego, sin que nos demos cuenta, vamos al matrimonio del muchacho. Sampedro me enseñó cuanto sé de contabilidad y finanzas. Me refiero a los conocimientos que sirven en la práctica, porque lo que se aprende en la universidad es poco lo que sirve al momento de trabajar en algo concreto. Éramos buenos amigos o quizá algo más. Jorge me estimaba como a un hermano o a un discípulo. Siempre fue derecho conmigo. Me apoyó desde que llegué a esta oficina y solía decir que yo lo sucedería en su cargo una vez que él jubilara. Creía en esa pamplina que llaman carrera funcionaria y según la cual uno puede ascender por méritos y años de servicios. Siempre le dije que pecaba de ingenuo, porque es sabido que a la hora de las promociones y nombramientos en cargos importantes se imponen los criterios políticos, el amiguismo, los lazos de familia, las vinculaciones sociales —dijo Sareti, y después de beber otro sorbo de café, añadió—. Al final, Jorge erró en ambas cosas. Él no llegó a jubilar ni yo ocupé su cargo.

—A veces las cosas no suceden como uno espera.

—No necesita decírmelo, Heredia. Cuando entré a esta oficina pensaba trabajar uno o dos años y luego buscar un empleo mejor, en la empresa privada. Y aquí me tiene, años y años en el mismo lugar.

Comenzaba a fastidiarme su tono quejumbroso. Pensé en decirle que abriera la puerta de su oficina y comenzara a correr hasta que sintiera reventar sus pulmones. Para entonces estaría lejos de su escritorio y comprobaría que suele haber otra perspectiva desde la cual mirar la vida.

—Alderete me habló de su investigación —dijo, intuyendo que era hora de entrar a conversar del tema que me había llevado hasta su oficina—. ¿Cómo marcha ese asunto? ¿Sale humo blanco?

—Sigo una pista, hasta descubrir algo interesante o sentir que mi nariz choca contra un muro. La verdad es que no tengo mucho de qué agarrarme y confío que usted pueda aportar una idea buena y concreta.

—Jorge descubrió el pago en exceso por algunos servicios y por mercaderías que nunca ingresaron en bodega. Una situación difícil de poner en el tapete de los fiscalizadores. Si usted paga diez por algo que cuesta seis o siete, a lo más lo acusarán de ingenuo o ineficiente. Esa pudo ser la primera razón para guardar

silencio. La segunda es que los responsables de los ilícitos eran militantes del partido político al que Jorge pertenecía. Él siempre fue un militante disciplinado y creía en la buena fe de sus camaradas de ruta.

—¿Sampedro transfería fondos para su partido?

—Es lo que acabo de decirle, Heredia. Dinero para propaganda electoral, sueldos de funcionarios del partido, viajes, habilitación de nuevas sedes —dijo Sareti, después de encender un cigarrillo.

—¿Tiene algo que avale sus dichos?

—Es difícil probarlo, pero creo no estar equivocado en mis sospechas —dijo Sareti.

—Haga un esfuerzo y trate de ser más explícito.

—Antes que todo, deseo aclarar que nunca he militado en ningún partido político ni tengo simpatías por el partido al que pertenecía Jorge. Eso hacía que él no comentara ciertas cosas conmigo o que lo hiciera de un modo vago, indirecto, sin dar nombres ni datos precisos. Mi amigo, lamento decirlo, era de los que piensan que ciertos fines justifican los medios que se usen para alcanzarlos. Cuando me habló de los fraudes, le sugerí hacer la denuncia y él se limitó a señalar que no era conveniente levantar polvareda. Que podía arreglar el problema por su cuenta.

—¿Usted no pensó en hacer la denuncia?

—Debía lealtad a Sampedro y además, aprecio mi cuello. A mi edad no estoy en condiciones de andar jugando al jovencito de las películas. No soy perfecto ni un apóstol de la probidad.

—Sin embargo, ahora quiere hablar. ¿Dónde está el truco? —pregunté.

—No hay truco —respondió alzando la voz, molesto—. Supongo que todos tenemos un límite y que llega el punto en que no se puede seguir respirando un aire fétido. Quiero colaborar en la denuncia que pretendía hacer Jorge Sampedro. Un gesto romántico, estúpido y probablemente inútil.

—Guarde la ira para sus enemigos. Solo quería saber hasta dónde podía estirar la cuerda.

—No hago las cosas a tontas y a locas. Conversé varias veces con Alderete antes de decidir reunirme con usted. Ignoro si ayudaré a descubrir a los responsables de la muerte de mi amigo, pero servirá para desenmascarar a los que hacen y deshacen con recursos que no les pertenecen.

—¿Tiene una idea del monto al que podría llegar el fraude?

—He analizado la información que conservaba Jorge en su archivo personal y me atrevería a decir que el monto no baja de los trescientos millones de pesos.

—Con esa suma podría sobrevivir hasta el comienzo del siglo xxii. Eso, siempre y cuando quede algo de mundo en pie para esa fecha —comenté al tiempo que encendía un cigarrillo.

Sareti se puso de pie, abrió un kárdex que tenía junto a su escritorio y sacó una carpeta. Volvió a su asiento y examinó los documentos.

—Vea las cifras seleccionadas —dijo, pasándome un listado en el que algunos números aparecían subrayados con tinta roja—. Si las suma, y asumiendo que cada una de ellas corresponde a un negociado, puede llegar a la cantidad indicada.

—¿Es posible que nadie advierta la desaparición de esos recursos?

—Parece no entender cabalmente la situación, Heredia. Casi todas las operaciones fraudulentas están respaldadas. Se paga un servicio de honorarios y alguien aprueba el trabajo aunque no se haya hecho. Se solicita una asesoría y se paga el doble o triple por ese servicio. Se compran artículos a precios recargados. Todo en el límite de lo legal, aunque en algunos casos parecen no haber sido muy prolijos y realizaron pagos sin contrato ni cotizaciones previas.

—En definitiva, hay que entender de cuentas para descubrir el embrollo.

—Desde luego. Sampedro sabía lo que pasaba y se sentía entre la espada y la pared. Por un lado estaba su responsabilidad con el trabajo y por el otro la complicidad con sus camaradas. De eso hablamos un mes antes de su muerte. Lo noté angustiado.

—Me cuesta entender por qué recurrió a mis servicios. Sampedro conocía las claves del problema, y supongo que también estaba al tanto de quienes eran los responsables. He pensado en una buena respuesta a mi pregunta, y aún no la encuentro.

—Creo que estaba dispuesto a denunciar el fraude y deseaba algún tipo de protección.

—¿La protección de un extraño?

—Desconozco las razones que tuvo Sampedro para hacer eso. Tal vez, en su desesperación, pensó que podía confiar en un extraño. Jorge solía ser algo complejo en sus razonamientos.

—¿Recibió amenazas?

—No que yo sepa. Pero a la luz de lo sucedido, es evidente que estaba con la soga al cuello.

—¿Temía perder el trabajo?

—No creo que le preocupara —dijo, y luego de una pausa para acomodar el nudo de su corbata, agregó—: Sampedro era de los que creen en el honor y la honradez. Su mayor, y tal vez única razón de orgullo, era su trayectoria como funcionario público. Era alguien entre las cuatro paredes de su oficina.

—Además de esas cifras, ¿tiene algún otro documento?

—No, eso es todo.

—¿Puedo llevarme la información? —pregunté, deduciendo que no tenía mucho más que hacer en la oficina de Sareti.

—La carpeta es una copia del original. Llévesela y cuide que no llegue a poder de personas indebidas.

—Gracias.

—Recuerde que, pase lo que pase, usted no me conoce.

—No lo olvidaré —dije al tiempo que caminaba hacia la salida de la oficina, agregué—: ¿Ha oído hablar de alguien llamado Gaizán?

—Nunca. ¿Tiene algo que ver con Jorge?

## 37

Por un momento pensé que se trataba de una equivocación. Carabanjel tenía el aspecto de un vampiro sacado de una vieja película en blanco y negro. En la semipenumbra de su oficina parecía el reflejo de Bela Lugosi o Max Schrenck, y sin embargo era tan real como su nombre escrito en la puerta de la oficina, en la placa de identificación colocada sobre su escritorio y en la infinidad de diplomas colgados de las paredes, testimoniando que el hombre sabía de leyes o al menos había tenido la paciencia de amoldar su trasero en infinitas clases impartidas por universidades de todo tipo y pelaje.

Era alto y delgado. Peinaba sus cabellos a la gomina y todo en él parecía meticulosamente estudiado. El terno oscuro, el chaleco abotonado, la camisa blanca, su sonrisa de dientes largos y los cigarrillos que portaba en una pitillera de plata. Su edad era difícil de precisar, pero algunas arrugas en el rostro hacían pensar que era tan viejo como el rencor o el hilo negro.

—Su puntualidad deja mucho que desear —dijo, observando un añoso reloj instalado sobre el escritorio. Tenía una voz apagada y tuve que esforzarme para alcanzar a oír la frase completa. Sacó un cigarrillo de la pitillera y una vez que lo encendió quedó mirando la estela de humo que brotó de su boca.

—Tropecé con demasiados pasillos y puertas —respondí.

El abogado restó importancia a mi excusa y siguió con sus energías concentradas en el humo de su cigarro.

—Alderete me comentó vagamente los alcances de su trabajo —agregó, al tiempo que examinaba mi aspecto con el interés de un tanatólogo frente al cadáver de un marciano de orejas verdes—. ¿Puede explicarme en qué consiste su trabajo de investigador privado?

—Suelo intrusear en las vidas ajenas. En ocasiones me pagan por hacerlo, y en otras, la mayoría, lo hago por iniciativa propia. Algunos consideran que soy bueno en lo que hago, y otros, la mayoría, piensan que solo soy un metiche aficionado a los bares y las causas perdidas. También existen los que pagarían por verme babeando contra el suelo o con el trasero molido a patadas. Pero ni los unos ni los otros me

preocupan demasiado. Hace tiempo aprendí que no se puede dejar contento a todo el mundo. Como suele decir un amigo escritor con el que a veces comparto copas, hay críticos que encuentran malo hasta a Shakespeare. En resumen, quiero a los que me aprecian, y a los demás los considero parte del paisaje, como la luna que veo cada noche desde mi ventana.

—Al menos parece saber dónde está parado —comentó Carabanjel y enseguida volvió a extraviar su mirada tras el humo del cigarrillo.

—Si le da pena ver cómo se quema el tabaco, no fume —dije, algo mosqueado por el comentario del abogado.

—El humo es lo más parecido a la vida que conozco. Todo es transitorio, señor Heredia. Humo que se desvanece en el aire.

—Estoy de acuerdo con sus pensamientos, pero antes que nos esfumemos por la ventana, qué tal si me cuenta lo que sabe acerca de los fraudes descubiertos por Sampedro.

El abogado hizo un par de especulaciones más acerca de la vida y enseguida entró en materia. No era mucho lo que sabía, aparte de las cuentas que me había mostrado Sareti y del hecho que la mayoría de los contratos correspondientes a esas cuentas habían sido firmados con tres empresas proveedoras de servicios.

—No es habitual que los proveedores se reiteren de manera tan rotunda —agregó Carabanjel—. Eso, unido a la vaguedad de los contratos, llamó mi atención.

—¿Cómo se llaman las empresas?

—Underline, Don y Consultora Bailey. Las tres tienen sus papeles en regla. Personalidad jurídica, iniciación tributaria, patente municipal. Nada que objetar en ese plano.

—¿Alguna relación entre ellas?

—Ninguna a simple vista. Sus representantes legales y sus domicilios son diferentes.

—¿Recuerda los nombres de los representantes?

—Las tres tienen carácter de sociedades anónimas y sus representantes se apellidan Torga, Michel, Zanetti. ¿Le dicen algo esos apellidos?

—Nada. ¿Es posible conocer los nombres de quienes integran cada sociedad?

—Desde luego, pero para ello tengo que terminar de revisar los expedientes de cada contrato. Hasta el momento solo les he dado una mirada a la rápida. ¿Cree que sirva de algo?

—En una de esas salta el conejo y nos llevamos una sorpresa.

—Venga a verme mañana, a las doce, y le tendré la información —dijo Carabanjel, al tiempo que sacaba otro cigarrillo de su pitillera.

—Procuraré ser puntual —dije, poniéndome de pie—. Ya sé cómo llegar hasta su oficina.

—Más le vale. Detesto a la gente que llega atrasada a sus compromisos.

Me dolían los pies y tenía ganas de aposentar mi humanidad junto a una mesa, con la calma suficiente para analizar la información proporcionada por Sareti y Carabanjel. No lo pensé dos veces y entré al bar *City*, donde solía encontrar tranquilidad y algo de licor para encender el fuego del entusiasmo.

Ocupé la mesa que estaba junto a la escalera que conducía al segundo piso y de inmediato Marcelo, uno de los garzones del lugar, estuvo junto a mí.

—¿Su vodka de siempre? —preguntó.

—Quiero algo diferente. Un «Lenín» —dije, y al ver el asombro reflejado en el rostro del mozo, agregué—: Tres medidas de vodka, una de jugo de limón, media de cherry, azúcar con moderación o al gusto y cubos de hielo con generosidad. ¿Cree que el barman pueda prepararlo?

—No dudo que pueda prepararlo, pero ¿podrá salir en sus dos pies después de consumir ese brebaje?

—Déjelo por mi cuenta. Lo que me preocupa no es el alcohol, sino que los revolucionarios han quedado reducidos a nombres de tragos o imágenes en los polerones.

—La política no me interesa, amigo. Governe Juan o governe Pedro, tengo que seguir trabajando. Eso que los economistas llaman el chorreo de la riqueza no pasa de ser una linda ilusión. ¿Ordeno que preparen el trago?

—Hazlo y que no olviden el hielo —respondí y luego, antes que el mozo se alejara, pregunté—: ¿Has visto a mi amigo? Hace tiempo que no sé nada del Escriba.

—Estuvo ayer por la tarde. Andaba apurado. Preguntó por usted, bebió un Jack Daniels y se fue rapidísimo. Parecía algo preocupado o nervioso.

—Debe de estar necesitado de una buena historia. La próxima vez que aparezca por el bar, recuérdale que me adeuda algunas copas por la historia de narcotraficantes y peruanos que le conté tiempo atrás.

—En el tiempo que ocupó en beber su trago alcanzó a contarme que había una gente interesada en hacer una serie de televisión con sus aventuras.

—¿Las de él o las mías?

—Las tuyas, desde luego. Las de él, supongo, no deben ser atractivas ni para su madre.

—Si alguien quiere que yo actúe, tendrá que sacudir la billetera con energía. No cobro menos que Marlon Brandon.

—¿Está hablando en serio?

—No, pero tampoco pienso que alguien esté hablando en serio de hacer un programa de televisión con mis pesquisas.

—¿Quién sabe? Se han visto muertos cargando adobes.

El trago no estaba mal. Fresco, algo dulzón y con el alcohol suficiente como para intentar alcanzar las estrellas que brillaban en el cielo cuando abandoné el bar tres

horas más tarde. Había algo festivo en el aire, o al menos eso me pareció al recorrer los puestos de los pintores y artesanos instalados frente a la Iglesia Catedral. Tal vez era la llegada de la primavera o el entusiasmo que la bebida había anidado en mis venas. Pero la inesperada felicidad cojeaba de una pata. Lo supe al detenerme frente a la Oficina Central de Correos y reconocer, de reojo y como un resabio de antiguas pesadillas, a los dos hombres que me habían vigilado en el bar *Unión*. Los vi caminar hacia mi y supe de inmediato que en esta oportunidad no andaban en plan de mero figoneo. La mala intención de los matones se olfateaba en el aire. Mi ángel de la guarda me aconsejó correr, y lo hice de inmediato hacia la escalera que conducía al interior de la Estación Plaza de Armas del Metro.

Miré a mis espaldas y comprobé que los hombres me seguían con el arrebato de unas calcetinerías tras su ídolo favorito. Al llegar a la estación sentí resbalar mis zapatos sobre el suelo embaldosado y casi fui a dar contra un basurero empotrado en la pared. Logré mantener el equilibrio y antes de quedar frente a los torniquetes de entrada a los andenes, cambié de idea y decidí volver a la superficie, esta vez por el acceso que daba a la calle Puente. Me confundí entre la gente que recorría el paseo peatonal y creí librarme de los matones. Pero todo fue tan efímero como el arrepentimiento de una beata. Minutos más tarde volví a verlos. Pensé en encararlos, pero había dejado la Beretta en la oficina y no estaba en condiciones de trezarme a trompadas con King Kong y su compañero de juegos. Me escabullí al interior de una galería comercial recientemente inaugurada y corrí sorteando a la gente que se dedicaba a vitrinear en tiendas y zapaterías. Al rato, una vez más en la calle, avancé por un pasaje que unía las calles Rosas y Santo Domingo, y apenas di media docena de pasos comprendí que había caído en la trampa. Vi a los matones ubicados a uno y otro extremo del pasaje, esperando a que el conejo dejara de correr. El pasaje era tan estrecho que al abrir los brazos casi podía tocar los muros de uno y otro lado. Los hombres avanzaron a mi encuentro. Esperé a pie firme y cuando uno de ellos estuvo a mi alcance lancé un puñetazo que solo consiguió rasguñar las sombras. Quedé mal parado y al querer recuperar mi posición inicial sentí que un puño impactaba sobre mis costillas con la suavidad de un pisotón de Godzilla. Un segundo golpe fue a dar contra mi rostro y la sangre brotó de mis narices. Cerré los ojos resignado a esperar el resto de la avalancha. Pero afortunadamente no hubo más golpes por esa noche. Escuché unos gritos y el ruido de un disparo. Abrí los ojos y vi a los matones en una desbocada carrera hacia la entrada norte del pasaje. Por la otra entrada, con sus pistolas en ristre, vi avanzar a Doris Fabra acompañada por un hombre.

—Te creía más ducho en materia de golpes y camorras —dijo Doris Fabra al llegar a mi lado—. Un minuto más y hubiera tenido que ir a buscarte al Servicio Médico Legal.

—Todos los grandes campeones cometen el mismo error. No saben retirarse a tiempo —comenté mientras miraba de reojo al compañero de Doris. Su rostro con rasgos mapuches daba la impresión de estar esculpido en piedra.



—Estuviste demasiado tiempo en el *City* —agregó Fabra—. El vino reblandece las piernas.

—Gracias por la ayuda —dije, obviando su comentario.

—Agradécele a mi colega. Ha estado tras de ti desde la mañana. Me preocupé cuando me contaste que te seguían y decidí averiguar qué pasaba con los hombres del bar.

—Pensé que me habías dejado abandonado.

—¿Abandonar al hombre de mi vida? —preguntó Doris en tono de burla—. Quería darte un poco de riendas y ver qué hacías. Y como no era conveniente que me vieran cerca de ti, aproveché que mi colega está recién trasladado a mi unidad para asignarle tu vigilancia.

—¿Cómo se llama, amigo? —pregunté al acompañante de Doris.

—Caucamán —respondió el policía, sin que se le moviera un músculo de su rostro. Era robusto, de espaldas anchas, aunque algunos centímetros más bajo que yo. Sus ojos tenían un brillo acerado y su cabellera negra parecía una indomable mata de coirón. Su mirada me intimidó. Extendí una de mis manos y el policía la estrechó con fuerza.

—Debemos conversar, Heredia —dijo Doris y luego, dirigiéndose a su compañero, agregó—: Vaya a descansar y mañana nos encontramos en la oficina. De aquí en adelante me las puedo arreglar sola.

El policía bajó la mirada y retrocedió unos pasos.

—Espero verlo de nuevo, Caucamán —dije.

—Yo espero regresar lo antes posible a mi pueblo en el sur —contestó sin dar posibilidad de réplica.

Seguí el ritmo de sus pasos hasta que su sombra se esfumó por la boca sur del pasaje.

—No es un tipo muy amistoso —comenté a Doris.

—Hombre de pocas palabras. Igual que tú, Heredia.

## 39

—¿Así que no abandonas al hombre de tu vida? —pregunté mientras Doris ocupaba una silla frente a mi escritorio y alisaba su cabellera con un rápido y coqueto movimiento de sus manos.

—No te ilusiones, Heredia. El hombre de mi vida me aguarda en casa.

—Lástima —agregué siguiendo el juego—. Pensé que deseabas conservar mi pellejo para otras empresas más íntimas y arriesgadas.

—Aparenté tomar distancia cuando me ordenaron dejar la investigación. Luego, cuando me dijiste que un par de tipos te seguían, relacioné ambos hechos. Si eran policías podría reconocerlos, y si no, atraparlos con las manos en la masa. Di órdenes de buscarlos y confío en que serán capturados a la brevedad. No parecen sujetos de mucho oficio.

—¿De dónde apareció el tal Caucamán?

—Hasta hace dos semanas trabajaba en Coyhaique. Hizo algo que molestó a una autoridad de la región y, a modo de castigo, lo mandaron a Santiago. En la oficina le hacen el vacío; se burlan de su origen mapuche y de sus nombres. Es un buen policía. Pese a desconocer Santiago, no te perdió de vista ni un instante. Te estuvo vigilando y apenas descubrió que te seguían, me llamó.

—Me salvé de una buena pateadura.

—Hasta donde sé, no es la primera vez que intentan romperte la crisma.

—Ni la última que alguien me salva el cuero. En nuestro trabajo hay muchas situaciones que se repiten, y los malacatosos no suelen ser originales en sus actos. Los únicos delincuentes que se salvan son los de cuello y corbata, los que tienen santos en la corte o padrinos políticos.

—Deja tu filosofía para otra oportunidad. Quiero conocer el resultado de tus pesquisas en el Servicio de Inversiones Públicas. Caucamán me informó que entrevistaste a dos profesionales de esa institución. Supongo que no hablaron solo de fútbol y cafés con piernas.

—Los temas de conversación pueden ser infinitos.

—No jodas, Heredia. Puedo detener a los funcionarios y preguntarles de qué hablaron contigo. Perdería algunas horas, pero llegaría al mismo resultado. Y por último, no olvides que gracias a mí sigues parado en tus dos pies.

—Sabes que no puedo ocultar nada a la mujer de mi vida.

—Prepara café y cuéntame los detalles de tus últimos paseos por la administración pública.

Después de usar mi vieja cafetera italiana, le hablé de las entrevistas. Doris tomó apuntes en el reverso de una cartola bancaria y luego, mientras le contaba los últimos detalles de mis andanzas, comenzó a revisar las estanterías de mi biblioteca como si hubiera querido encontrar alguna clave secreta entre las amarillentas páginas de los libros. Tomé a Simenon entre mis brazos y jugué con su cola hasta que lanzó un par de arañazos al aire y se escabulló hacia un rincón de la oficina.

—Comienzo a entender por qué tanta prisa en cerrar la investigación. No es algo novedoso, pero a diferencia de otros casos de corrupción, en éste han quedado varios muertos en el camino. ¡Menudo lío, Heredia!

—Tenemos sospechas, algunas declaraciones y unos cuantos papeles que no sirven para apretar el cuello a nadie.

—Debemos acumular más pruebas. Un camino puede ser conocer más a fondo a Gaizán. Voy a investigar sus cuentas y movimientos bancarios de los últimos meses. También pediré antecedentes de las empresas mencionadas por Carabanjel.

—Desconfío del elegantón Gaizán. Hay algo en él que no me agrada y me hace desear darle una contundente patada en las bolas.

—Intentas ver bajo el agua, Heredia. Nada tenemos contra Gaizán.

—Solo mi intuición. A menudo me basta verle el rostro a una persona para saber qué puntos calza.

—Prejuicios, Heredia. No te dejes arrebatar por los prejuicios.

—Me interesa resolver este caso lo antes posible. Comienzo a hartarme de tanto misterio.

—La prisa nos puede conducir al despeñadero —agregó—. Ordenaré que vuelvan a interrogar a Gálvez y Pereira. Puede que hayan oído mencionar a Gaizán.

Doris se fue y me dejó a solas con mis dudas y el mal genio de Simenon, que corría de un extremo a otro de la habitación. Pensé que ella tenía razón. Si destapábamos la olla sin conocer su contenido, corríamos el riesgo de ver cerrado el caso otra vez.

—Esa mina es un hueso duro de roer —oí comentar a Simenon.

—Intentaré hacer algo por su cuenta. Cuesta mantener la boca cerrada cuando se tiene una papa caliente en su interior.

—Y tú, ¿te quedarás con los brazos cruzados?

—Haré un par de movimientos arriesgados.

—¿En qué estás pensando?

—Ha llegado el momento de conocer a Gimeno.

—¿Y si los matones vuelven a darte una encerrona en la calle?

—En tal caso, tendré la oportunidad de retribuir sus caricias —dije, al tiempo que abría uno de los cajones del escritorio y sacaba la Beretta.

## 40

Llegué a la oficina de Carabanjel a la hora convenida. El abogado tenía una carpeta sobre el escritorio, junto a un cenicero de bronce y una taza roja de la que asomaba la etiqueta de una bolsita de té. Intentó sonreír, pero solo consiguió mostrar sus afilados colmillos de vampiro. Me pregunté si aquel gesto era una expresión de su carácter o

una muestra de la desconfianza que le inspiraba. Tomé asiento, encendí un cigarrillo y aguardé a que comenzara a hablar. Carabanjel escribió algunas líneas en una hoja de papel y la guardó dentro de la carpeta. Enseguida, tomó un sobre de gran tamaño y lo dejó al lado del cenicero, como si se tratara de algo sin mayor importancia.

—Estudié las escrituras de constitución de las sociedades Underline, Don y Consultora Bailey. Desde el punto de vista legal no hay nada que objetar a los escritos, y por lo tanto, las tres empresas están en condiciones de prestar servicios al Servicio de Inversiones Públicas. Lo mismo ocurre desde la perspectiva tributaria. Las empresas mencionadas tienen iniciación de actividades, declaran sus impuestos mensualmente y están autorizadas para emitir boletas y facturas. Ninguna de ellas adeuda impuestos ni tienen atrasos en las declaraciones de las utilidades anuales.

—¿Qué me dice de sus propietarios o accionistas? —pregunté.

—Tranquilidad, Heredia. Dios no hizo el mundo en media hora —respondió Carabanjel, mostrando una vez más sus dientes aguzados.

—Demoró una semana, pero igual dejó un sinfín de cabos sueltos.

—Cada una de las empresas está conformada por una decena de socios —agregó el abogado sin prestar atención a mi alegato—. Analicé los nombres que nos interesan, comparé los directorios de las empresas y descubrí dos coincidencias que pueden tener algún sentido para la investigación que usted realiza.

—Deje de dar rodeos y dele hilo al volantín.

—Jacinto Gimeno, de quién ya hemos hablado, aparece como socio de la empresa Underline. Solo por eso merecería una investigación sumaria. El nombre del señor Gaizán, al que no conozco pero usted mencionó en nuestra anterior entrevista, aparece en las escrituras de las sociedades Don y Consultora Bailey.

—Tendré en cuenta los nombres de esas empresas. En una de esas, sin querer, descubro el boliche donde Gimeno y Gaizán se juntan a comer pasteles.

El abogado sonrió levemente y sacó un cigarrillo desde su pitillera.

—Hice otras cosas más por usted, Heredia —agregó—. Pedí a Sareti la carpeta con las investigaciones que efectuaba Sampedro y analicé los contratos a honorarios. La mayoría de los contratos parecen correctos, y sus montos, más o menos, corresponden a los trabajos a realizar por los profesionales. Sin embargo, hay diez o doce contratos que me merecen reparos. Algunos porque sus montos son muy elevados con relación a la función a desempeñar, y otros porque fueron pagados a personas que, según algunas consultas que hice, nunca realizaron trabajo alguno en la institución. Es más, ni siquiera aparecían por las oficinas o lo hacían solo para cobrar sus estipendios.

—Hasta donde sé, esa es una práctica bastante común.

—Lo es, pero aun así puede ser una información de utilidad para usted —dijo Carabanjel, dejando a mi alcance una hoja en la que había anotado dos apellidos.

—¿Por qué se dio la molestia de analizar los contratos a honorarios?

—Digamos que fue un último e inútil homenaje a Sampedro. A él siempre le

inquietó el tema de los honorarios, y aunque dudo que tengan relación con su muerte, anoté los nombres de Velarde y Bern. El primero corresponde a un asesor de *marketing* que nunca ha enhebrado una aguja en la institución, y el segundo a un exdirigente universitario que no hace otra cosa más que atender sus asuntos personales y los de su partido. No deja de ser admirable cómo algunos se las ingenian para ir por la vida sin hacer el más mínimo esfuerzo, mientras el común de los mortales se gana el pan según el mandato bíblico.

—Sampedro recibía presiones, y hasta ahora tiendo a creer que eran de carácter político. ¿Usted cree que las presiones pudieron ser de otro tipo?

—¿En qué está pensando, Heredia?

—La vida personal de Sampedro era un tanto reservada. Nadie parecía conocerlo a fondo y en mis pesquisas averigüé que tenía cierta debilidad por las prostitutas elegantes.

—Si es por eso, tendríamos que sospechar de todos los funcionarios asiduos a las casas de masajes, sitios pornográficos en la internet y cabarés de dudosa reputación. Dudo que llegue muy lejos por ese camino. Sampedro tenía una particular relación con las mujeres que usted menciona; propia de hombres solos que evitan los compromisos afectivos. En su lugar, yo concentraría mi atención en las cifras. A Sampedro lo asesinaron por dinero.

—Es lo que dice un amigo periodista al que le conté el caso. Pondré todas mis energías en perseguir el olor del dinero.

—Ojalá tenga suerte y no termine arando en el mar. Quisiera ser optimista, pero en todos los años que llevo trabajando, he visto muchas situaciones similares. Sospechas, nombres que llaman la atención, cifras abultadas. Ordenan una investigación interna, escriben un informe chapucero y los culpables, en el mejor de los casos, apenas reciben una anotación en sus hojas de vida funcionaria. Después se aplica una capa de polvo al informe y la vida sigue su curso —dijo el abogado, y al tiempo que tomaba una carpeta que estaba en una esquina del escritorio, añadió—: Es todo lo que puedo hacer por su causa. Espero que tenga fortuna en su pesquisa y si de nuevo requiere de mis servicios, no dude en visitarme.

Me puse de pie y caminé hacia la salida de la oficina. El rostro de Carabanjel quedó oculto tras el espeso humo de su cigarrillo. Una vez más pensé en una tétrica película de vampiros y apuré mis pasos. Al salir encontré a una secretaria resolviendo el *puzzle* de una revista femenina. Tenía un lápiz entre sus dientes y daba la impresión de estar a punto de sucumbir en la aventura intelectual que la mantenía ocupada.

—¿Cuál es su problema? —le pregunté.

—Sinónimo de persona intrusa, desagradable. Una palabra de siete letras que empieza con eme.

—Metiche.

—Exacto, calza a la perfección —exclamó la mujer aliviada, al tiempo que escribía sobre los casilleros en blanco del *puzzle*—. Gracias. Era la única palabra que

me faltaba.

—Me alegro, siempre es bueno hacer algo útil por el prójimo.

Algo útil. Mis palabras revolotearon como una mariposa embriagada y siguieron tras de mí cuando salí de la oficina de Carabanjel. Llamé a Doris Fabra desde un teléfono público para preguntarle si era posible hablar con Pereira. Me informó que había sido trasladado a la cárcel pública de la avenida Pedro Montt. Le pedí que hiciera una llamada para facilitarme el acceso al penal. Luego, abordé un taxi y urgí a su conductor para que condujera deprisa y así poder llegar al penal antes que terminara el horario de visita a los reos.

Frente a la enorme puerta de hierro del presidio divisé a una centena de mujeres y niños, rodeados por un enjambre de vendedores ambulantes que ofrecían sus paquetes de galletas, cigarrillos, prendas de vestir, revistas y comestibles. La puerta se abrió y fui arrastrado hacia el interior. Frente a la segunda reja me detuvo un gendarme para preguntarme el nombre del preso al que visitaba. Registró mi carné de identidad en un cuaderno tan enorme como sebooso. Luego me indicó que me dirigiera hacia un patio interior en el que los reos recibían a sus familiares y visitas. Pese a estar al aire libre, en el lugar prevalecía un pesado olor a comida recalentada. El patio estaba lleno de presos que formaban pequeños ruidos. Unos recibían los paquetes de sus familiares, otros besaban a sus hijos o conversaban con sus esposas, y unos pocos, diez o quince, observaban el espectáculo desde las distintas esquinas. Entre éstos divisé al hombre que buscaba. Estaba acucillado, apoyado en sus talones, con la mirada perdida más allá de los muros custodiados por los guardias que seguían atentamente el desplazamiento de los reos.

—¿Cómo le va, Pereira? —le pregunté al llegar a su lado—. ¿Extraña a su mujer y a su hijo? ¿No lo vinieron a visitar en esta oportunidad?

El hombre me observó de pies a cabeza y no me reconoció.

—¿Quién es usted? —preguntó sin dejar de escrutar mi rostro.

—La primera vez que lo vi usted venía despertando de una siesta. Su humor estaba algo alterado y apenas tuvimos ocasión de intercambiar un par de palabras.

—Sí, ahora lo recuerdo —farfulló Pereira, al tiempo que el rencor ensombrecía su mirada—. De haber sabido que venía le organizaba una bienvenida. Sobran los muñecos que estarían felices de faenar a un policía. ¿Qué hace aquí?

—Vine a observar la vida desde el otro lado de las rejas. No debe ser fácil acostumbrarse, sobre todo si a uno lo esperan quince o veinte años a la sombra.

—No se preocupe, espero salir antes. Tengo un buen abogado, y si el leguleyo falla, no faltará él que me preste una escalera para saltar los muros. ¿Qué carajo quiere?

—Fumar un cigarrillo, conversar, tomar un poco de sol.

Pereira se puso de pie y por un instante pensé que intentaría retorcerme el cuello. Pero se contuvo. Dio una rápida mirada al entorno y esbozó algo parecido a una sonrisa.

—Se equivocó de día. Los payasos vienen los domingos.

—El soplo de su amigo Gálvez sirvió para ubicar a Servando y aclarar algunas cosas, pero creo que no dijo todo lo que sabe.

—Váyase al infierno. Con seguridad ahí va a encontrar a Servando y podrá hacerle todas las preguntas que quiera.

—El infierno es esta cárcel, las horas de encierro, sus recuerdos frente a un muro indiferente.

Pereira hizo una mueca de disgusto y dio unos pasos hasta quedar con su rostro apegado al mío. Sus ojos negros destellaban un odio sordo. Sentí su respiración agitada y pensé que mi visita a la cárcel terminaría mal.

—¿Tiene cigarrillos? —preguntó finalmente—. Podemos fumar en un rincón más apartado. No quiero que nos escuchen. Si algo sobra en este lugar son los soplones.

Le pasé mi cajetilla de Derby, sacó un cigarrillo y guardó el resto en su chaqueta. Luego me condujo hasta un sector del patio que permanecía desocupado.

—El problema es que usted no tiene nada que ofrecer —agregó cuando estuvimos a salvo de cualquier oído indiscreto—. Ni usted ni yo tenemos la llave que abre la puerta de esta cárcel.

—Seguro que tiene tiempo de sobra para pensar en lo que hizo bien o mal, en las calles que ya no puede recorrer y en lo injusto de que el principal responsable del asesinato sigue libre y usted aquí.

—Hasta donde sé, Servando no ha resucitado.

—Usted y yo sabemos que tras Servando había alguien más. Alguien que movía los hilos y que a esta hora debe estar sentado a una buena mesa o planeando su próximo fin de semana junto a la hembra que lo enloquece. Alguien que debería estar respirando el olor a mierda que nos rodea. ¿No le parece injusto?

—La suerte no es pareja para todos. Lo sé desde que tengo uso de razón.

—Siempre se puede dar una mano a la suerte —dije, observando a la distancia a un gendarme que vigilaba los movimientos de los reos—. ¿Conoce a alguien llamado Gaizán?

—No.

—Jacinto Gimeno.

—Tampoco.

—¿Qué le ofrecieron, Pereira? ¿Un par de millones? ¿Un abogado? Esa ayuda no va a durar mucho ni va a llegar a buen puerto.

—¿Qué gano con ayudarlo?

—La tranquilidad de saber que no es el único jodido en esta historia, y que mañana o pasado no va a tener el mismo fin que Servando. Cuando lo condenen olvidaran que usted se pudre en esta cárcel, y si los amenaza, descubrirán que es más barato pagar a un cuchillero que seguir financiando los servicios de un abogado. Piénselo, no es justo que usted pague los platos rotos.

—Palabras, palabras. Usted no tiene nada que ofrecer.



—Un juez comprensivo puede llegar a valorar su colaboración y reducirle la condena en varios años. Le aseguro que su amigo Gálvez está pensando en lo que acabo de decir. Y cuando él se decida a hablar, lo más probable es que le cargue el muerto a usted.

Pereira se alejó esquivando algunos grupos de reos y cuando llegó al extremo opuesto del patio, quedó un instante de cara contra un muro y enseguida emprendió el regreso.

—Tiene buen verso —dijo cuando estuvo de nuevo a mi lado—. Podría ser uno de esos cabrones que vienen a predicar dos veces a la semana. Dios nos salva, Dios nos escucha, Dios es libertad. Pendejadas que escucho para salir de la celda durante una hora.

—Tiene a lo menos veinte años por delante para seguir escuchando pendejadas. Y lo peor es que quizá termine creyéndolas.

—Voy a acompañarlo hasta la salida y luego regresaré a mi celda —dijo Pereira—. El horario de las visitas está terminado y no me gusta observar a los demás presos cuando se despiden de sus familiares.

—¿Eso es todo lo que tiene que decir? ¿Va a dejar que el cabrón que lo contrató se salga con la suya?

—Déjeme pensar en algo más mientras caminamos hacia la puerta. Y si vuelve a venir, no olvide traer cigarrillos.

## 42

Salí de la cárcel con deseos de caminar sin otra guía que el entusiasmo de mis pasos y la necesidad de alejarme de los gruesos muros que reprimían la libertad de los presidiarios. Había guardado las últimas palabras de Pereira en mi memoria y aunque no tenía muchas razones para confiar en él, intuía que eran el hilo que unía a mis sospechosos. Caminé hacia la estación del Metro más cercana y luego de bajar en la Estación Universidad de Chile continué hasta llegar a la esquina de las calles Estado y Huérfanos. Me detuve un instante y escuché el rumor de los pasos de la gente que pasaba a mi lado. Una suerte de música subterránea que se imponía a los demás ruidos de la calle y poseía la fuerza de renovarse segundo a segundo. Miré a mi alrededor y comprobé una vez más que, a cierta hora del día, el centro de Santiago se poblaba de personajes fantasmales que sufrían la indiferencia de los paseantes. Mendigos que mostraban sus deformidades, madres exhibiendo a sus hijos enfermos,

predicadores a simple vista necesitados de atención psiquiátrica, poetas famélicos que vendían sus obras impresas en papeles ajados, retratistas que ofrecían sus dibujos al carbón. Seres que parecían emerger de la nada y que sin embargo, con la constancia de un oficinista, cumplían sus horarios al borde de las veredas.

De pronto me sentí cansado. Vi llegar el hastío y temí ser pisoteado por la gente. ¿Por cuánto tiempo más seguiría en lo mismo? ¿A quién le importaba mi trabajo? Podía quedarme en esa esquina, de pie u ovillado como un perro y a nadie le importaría un comino. Recordé al Fantasma de Canterville mencionado por Charly García en una de sus canciones. Me dije que eran las preguntas de siempre; las que anticipaban el término de una investigación. Acercarme a la verdad me dejaba vacío, triste, como cuando era niño y descubrí la imposibilidad de llegar al final del arco iris. No importaba todo lo que caminara, siempre los colores estaban lejanos, inalcanzables. Maldije mis preguntas, y luego de consultar la hora en mi reloj, decidí olvidar la investigación por ese día. Necesitaba una copa y fui a su encuentro.

El *Central* lucía repleto de clientes. Las mesas del bar estaban ocupadas y a un costado de la barra se arremolinaba una gran cantidad de hombres que bebían cervezas, piscolas y generosas cañas de vino o pipeño. La única posibilidad de llegar a la barra era abriéndose camino a empujones. Sin ánimo de molestar a nadie, comencé a caminar con la intención de buscar otro sitio donde beber la copa que necesitaba. Fue en ese momento cuando escuché mi nombre y al mirar hacia una mesa ubicada en el rincón más próximo a la salida, reconocí a Julián Alderete.

—¿Le quedó gustando el lugar? —le pregunté al sentarme junto a su mesa.

—Deseaba verlo, Heredia. Fui a su oficina y como no lo encontré, decidí probar suerte en este lugar. Tengo curiosidad por saber cómo le fue en sus conversaciones con Sareti y Carabanjel. Traté de ubicarlos durante el día, pero ellos pasaron la jornada en reuniones fuera de sus oficinas.

—Cifras, estadísticas y algunos antecedentes legales que pueden ayudar a ver bajo el agua o tras las apariencias. Salvo que esté muy equivocado, no hay duda que enfrentamos un negociado de proporciones. El problema es cómo probarlo.

—Creí que bastarían los datos proporcionados por Carabanjel y Sareti.

—No es suficiente. Hace falta desenmascarar a los culpables, y para eso necesitamos encontrar algunos puntos débiles en sus posibles coartadas o explicaciones. Algo que los enfrente entre sí y los haga hablar más de la cuenta.

—¿En qué está pensando?

—Jacinto Gimeno.

—¿Qué pasa con él? —preguntó Alderete.

—Usted y Gimeno son compañeros de partido. Al igual como lo eran de Sampedro.

—Juntos, pero no revueltos, señor Heredia. Yo soy de la vieja guardia, de los que creímos que la sociedad podía cambiar si aplicábamos nuestros principios y valores en la actividad política. De los que sentíamos tener una misión en la vida y estábamos

cansados de ver tantos Cristos humillados a lo largo del país. Gimeno es de los que han entrado al partido en los últimos años, cuando la militancia se convirtió en una vía para obtener empleo. Gente ambiciosa que busca acarrear agua a sus molinos. El partido está lleno de buscavidas. Tipos que están en el partido solo porque somos gobierno y que el día de mañana pueden estar en otra tienda política. Hasta ahora nadie le ha puesto el cascabel al gato a esa situación, y eso nos conducirá a una nueva derrota —dijo Alderete, y luego de una pausa que empleó para beber un sorbo de vino, agregó—: Y como le dije la otra vez, Gimeno no es un tipo de muchas luces. Ha tenido que abrirse camino a la sombra de los poderosos y a cada rato teme que éstos dejen de concederles sus favores.

—Creo que va siendo hora de conocer a Gimeno y ver cómo se las arregla para responder dos o tres preguntas.

—Si quiere picarle la guía, pregúntele por los años que vivió en la población José María Caro. Su familia era humilde y él era uno de esos mocosos que van a la escuela para comer un plato de comida al día. Hasta los quince años se vistió con ropa que le daban en la iglesia del barrio. Sé que eso no desmerece a nadie, pero a Gimeno le molesta recordar su pasado. Es un arribista que vive preocupado de las apariencias. Sus jefes suelen reírse de él. A sus espaldas, le llaman el «Casposo» Gimeno. Cuando lo veo actuar, con sus ínfulas de grandeza, me recuerda a *Mister Jara*, el personaje de uno de los cuentos escritos por Gonzalo Drago. Un oficinista del viejo mineral de Sewell que deseaba congraciarse con sus jefes gringos. Bebía *whisky* a destajo, hablaba en inglés y despreciaba a los que eran como él. Al final muere en la más completa soledad.

—Los señores Jara abundan. Vivimos en un país donde priman las apariencias y los babosos que viven sobajando el lomo a los poderosos.

—Converse con Gimeno fuera de su oficina. Hay un restaurante donde suele ir al mediodía. Atrínquelo, háblele fuerte y verá que se derrite como la mantequilla.

El restaurante al que era asiduo Gimeno estaba ubicado en la avenida Providencia, a una cuadra de la Estación Manuel Montt del Metro. Era un lugar pequeño y tranquilo, alhajado con sillas de madera, cortinas de tonos pasteles y mesas con cubiertas de mármol. A simple vista no se veía mal, pero luego de unos minutos en su interior se notaba que le sobraba pretensión. Un boliche sin alma, al que le faltaba antigüedad y clientes que se sintieran acogidos por algo más que una carta de platos con nombres en francés y la atención algo displicente de un cuarteto de mozos que, al menos ese día, parecían más preocupados de lo que acontecía fuera del boliche con la actuación de un grupo de cantantes callejeros que entonaban zambas y chacareras.

Había seguido el consejo de Alderete y después de esperar que Gimeno saliera de su oficina, partí tras él como un perro de presa al que han tenido muchos días sin comer. Gimeno pasó a depositar un cheque en una sucursal bancaria, adquirió un boleto de *Kino* en un quiosco y finalmente abordó el Metro para dirigirse al

restaurante. Al llegar ocupó una mesa, consultó su reloj y ordenó el menú del día. Esperé a que comiera el plato de entrada y enseguida me acerqué con el venenoso sigilo de la serpiente del Paraíso. No supo reaccionar cuando me senté frente a él, y en vez de protestar por mi intromisión se limitó a esbozar una sonrisa nerviosa, como si hubiera estado a punto de recibir un premio o la noticia de un ascenso en la oficina. Sus ojos irradiaban el inconfundible brillo de la estupidez. Tenía la sonrisa de los lambiscones y un rostro redondo, de adolescente regordete aficionado a mascar chicles. Lo observé un instante sin decir nada y pensé en una frase de Groucho Marx: *«Él puede parecer un idiota y actuar como idiota. Pero no se deje engañar. Es realmente un idiota»*.

—Te ha crecido el pelo, Gimeno —dije finalmente—. Me costó reconocerte, y eso que pasamos varios años en la misma escuela.

—Disculpe, pero ¿quién es usted? —preguntó, trapticándose con el trozo de carne que acababa de llevarse a la boca.

—¿No te acuerdas de tu amigo Soto? En la escuela nos sentábamos en la misma fila de pupitres, junto a la ventana, y solíamos hacer la cimarra para ir a jugar una pichanga en la cancha de la población.

—No, la verdad es que no lo recuerdo.

—Estás estirado, Gimeno. Vistes un buen terno, luces una bonita corbata. Seguramente ahora tienes amigos palogrosos y no te interesa juntarte con la chusma. Pero yo nunca me he olvidado de ti.

—Está equivocado. Yo a usted no lo conozco.

—¿Te casaste? ¿Tienes hijos? —pregunté sin atender a sus palabras—. Te ves bien. Contento y de buen pasar.

—Déjeme continuar con mi almuerzo —agregó Gimeno, endureciendo el tono de su voz.

—Claro, como ahora tienes un puesto importante en el Servicio de Inversiones Públicas, miras en menos a tus compañeros de antes. No es bueno despreciar a los amigos, Gimeno. Aunque anden al dos y al cuatro, como en mi caso.

—¿Cómo sabe dónde trabajo?

—La otra tarde encontré a dos amigos del barrio. Servando y Gálvez. ¿Te acuerdas de ellos?

—¿De qué está hablando? —preguntó Gimeno, con cierto temblor en su voz—. ¡Váyase! Ignoro quiénes son esas personas.

—Tienes mala memoria, Gimeno —agregué, pensando que era el momento de lanzar mis cartas sobre la mesa—. ¿Tampoco recuerdas a Jorge Sampedro?

La mención del funcionario asesinado terminó por ensombrecer el rostro de Gimeno. Dejó de lado el plato de comida y con movimientos nerviosos buscó una cajetilla de cigarrillos en su chaqueta.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Ya te dije, Gimeno, un amigo de la infancia que a veces le gusta jugar al

policía.

—¿Quién lo envió a conversar conmigo?

—Nadie, iba pasando frente al restaurante y te vi.

—Miente.

—¿Seguro que no recuerdas a Sampedro?

Gimeno movió la cabeza y luego buscó a un mozo con su mirada.

—Déjame refrescarte la memoria. Sampedro era tu colega en el Servicio de Inversiones Públicas que descubrió ciertos negociados con las compras y contratación de servicios.

La mirada de Gimeno recorrió rápidamente el restaurante y por un momento pensé que estudiaba el camino más corto para llegar a la puerta y emprender la huida. Pero no se movió de su asiento. Algo en su interior parecía haber sufrido una transformación y deduje que bastaba un leve empujón para verlo caer al abismo.

—Jorge Sampedro descubrió el robo de algunos dineros desde el Servicio de Inversiones Públicas y su traspaso a la bolsa del partido político al que tú perteneces. La situación lo alarmó, hizo preguntas y trató de identificar a los responsables. Habló contigo. Intentó detener los robos y tú le explicaste que eran un recurso para alimentar las arcas partidarias con vista a las próximas elecciones. Al parecer, Sampedro entendió las razones partidarias y durante algún tiempo acató las instrucciones. El bien de la causa justificaba cualquier cosa. Sin embargo, más tarde encontró otros antecedentes que le hicieron cambiar de parecer. Hasta ahora tengo una vaga sospecha de aquellos antecedentes, pero fueron lo suficientemente poderosos como para que Sampedro quisiera revertir la situación. Protestó con más decisión y entonces recibió las primeras amenazas.

Gimeno dio una calada nerviosa al cigarrillo. Pensé que alguien más inteligente habría recurrido en ese momento a una frase ingeniosa o simplemente hubiera negado toda veracidad a mi historia. Gimeno no hizo ni lo uno ni lo otro. Bajó la mirada como un adolescente sorprendido en falta y escuchó atento mis siguientes palabras.

—Tú conoces mejor que nadie el motivo por el cual Sampedro cambió de opinión. Yo tengo un abanico de interrogantes y suposiciones. Sampedro pudo sentir remordimiento, descubrir que el dinero no iba a dar a la caja partidaria o querer una tajada para sí. Las tres situaciones me parecen igualmente posibles, pero lo cierto es que a más de alguien molestó la actitud de Sampedro y decidieron asegurarse de su silencio de una manera permanente.

—Realmente ignoro de qué me está hablando —refutó Gimeno, sin ninguna convicción y algo descolocado por el inesperado filo de mis palabras—. Váyase o lo hago sacar del restaurante.

—Gálvez dice que tú contrataste a Servando para eliminar a Sampedro.

—¿Gálvez? ¿Quién es Gálvez?

—Gálvez dice que ustedes se reunieron en dos oportunidades. La primera en un restaurante del centro, el *Due Torri*; y la segunda, en un cabaré de la calle Miraflores.

No lo puedes negar. En el cabaré compartieron copas con dos copetineras amigas de Gálvez y seguramente las muchachas podrán reconocerte. Hay que aprender a cuidarse las espaldas, Gimeno. Es malo hacer negocios sucios cuando se anda con calenturas entre las piernas.

—Ahora comprendo lo que pasa. Usted es amigo de Gálvez y entre los dos se han puesto de acuerdo para obtener dinero a la mala. Es cierto que conozco a Gálvez. Nos conocimos en el cabaré, bebimos unas copas y eso es todo.

—Es inútil tapar el sol con un dedo. El asunto es más complejo y si no reaccionas a tiempo, vas a terminar haciéndole compañía a Gálvez.

—Cualquier cosa que diga ese sujeto carece de valor —agregó Gimeno.

—El problema para ti es que suelo cubrir mis pasos, y todo lo que yo sé acerca del robo, también lo conoce la policía.

—Sería la palabra de Gálvez contra la mía.

—Es probable, pero de cualquier modo pasarías un mal rato. No preciso entrar en detalles acerca de la inhospitalidad de los calabozos y los malos modales de los tiras.

—Tengo amigos que pueden sacarme a la policía de encima y demostrar que Gálvez miente.

—Si estás pensando en tu amigo Gaizán, olvídate de él. Apenas sospeche que puedes abrir la boca, pensara en acallarte, como hizo con Servando y Sampedro. Realmente estás con el agua hasta el cuello. Reacciona o te hundes para siempre, Gimeno.

La mención de Gaizán terminó por descomponer al hombre de paja. Apagó su cigarrillo en el plato que contenía los restos de su almuerzo. Sus labios tiritaban levemente y tuvo la impresión de que en cualquier momento comenzaría a lloriquear.

—Te están usando. Eres un quiltro que ni siquiera está en condiciones de ladrar a los perros grandes. Apenas tu nombre salga en la prensa te van a dejar con todas las culpas sobre tus hombros. Te van a acorralar y no tendrás ninguna tabla de salvación.

—¿Qué quiere? —preguntó con tono temeroso.

—Soy alguien que anda dos pasos adelante de la policía y puede ayudarte a cambio de una razonable cantidad de verdad.

—Nada tengo que ocultar.

—Piensa bien en lo que dices, Gimeno. Eres el eslabón más débil de la cadena. Ignoro si Gaizán es el único que daba las órdenes, pero estoy seguro de que a la hora de sacarse los muertos de encima, él contará con mejores coartadas que las tuyas. Tiene dinero, cierto prestigio y seguramente el apoyo de gente influyente. Tú en cambio, no tienes nada. Solo un puestecillo público y amigos que se ríen a tus espaldas. Cuando las papas quemen, nadie va querer ayudar al «Casposo» Gimeno.

Gimeno intentó decir algo, pero no encontró las palabras adecuadas dentro de su atribulada cabeza. Si hubiera tenido una pizca de inteligencia se habría puesto de pie y dejado con todas las acusaciones sobre la mesa. Pero era un monigote confuso, desacostumbrado a tomar decisiones que no estuvieran respaldadas por las

instrucciones de sus jefes.

—Usted no puede hacer nada en mi contra —dijo, y luego, dudando de sus propias palabras, agregó—: Si lo que desea es dinero, podemos llegar a un acuerdo.

Gimeno sonrió, como si hubiera acabado de decir un chiste ingenioso.

—Has visto muchas películas en la televisión —respondí al tiempo que encendía un cigarrillo—. Conozco a un par de policías que prestan atención a mis dichos. Tendrás que dar muchas explicaciones y no sé si te las crean. ¿Qué dices?

—Gaizán tuvo la idea de sacar dinero invocando una supuesta recolección de fondos para el partido. Yo solo obedecí sus instrucciones —dijo al tiempo que miraba con desconsuelo los restos de la comida que le habían servido—. Parecía fácil y hasta Sampedro aceptó la historia sin poner reparos. Después, descubrió la verdad y se dio cuenta de que había pecado de ingenuo al creer que estábamos reuniendo fondos para una próxima campaña electoral.

—¿Sampedro recibía una parte de la torta?

—Nunca le ofrecimos nada. ¿Para qué?

—¿Tú y Gaizán se repartían el dinero en partes iguales?

—No —dijo Gimeno y de inmediato pareció arrepentirse de sus palabras.

—¿Gaizán se quedaba con la parte más grande?

—Debía dar algunas tajadas a otras personas. Nunca fue muy claro al respecto ni yo le hice preguntas.

—El negocio funcionó bien hasta que Sampedro puso el grito en el cielo.

—Sampedro descubrió el destino que dábamos al dinero. Investigó a fondo el tema y habló de hacer la denuncia correspondiente al interior del partido. Fue entonces cuando Gaizán me hizo amenazarlo. Primero con presiones laborales, y luego con ciertas cosas relacionadas con su vida personal.

—Putas. Sampedro era aficionado a las putas.

—Putas y consumo de cocaína.

—¿Cocaína?

—Era adicto desde algunos años. De casualidad conocimos a su proveedor y decidimos usar la información. Sampedro acusó el golpe al comienzo, pero luego se mostró decidido a pasar por alto las amenazas y seguir adelante con la denuncia.

—¿Gaizán tuvo la idea de matar a Sampedro?

—Él contactó a Servando.

—En ese instante debiste dar un paso al lado, Gimeno.

—¿Y perder lo que tanto me ha costado ganar?

—Es probable que llegues al mismo resultado. Salvo que hagamos un trato conveniente para los dos.

Gimeno abrió la boca, asombrado. Escuché su respiración agitada, expectante.

—No veo qué trato puede proponer.

—Tienes hasta mañana para reunir tus ahorros y luego te ayudaré a pasar hacia la Argentina.

—No requiero de su ayuda para eso —dijo Gimeno.

—Parece que no escuchaste cuando te dije que tengo amigos policías. Sin mi ayuda te van a pillar en la frontera.

—Tengo mis propios amigos. Gente influyente.

—Olvida a los amigos. Gaizán los pondrá en tu contra. Nadie te va a ayudar. No vales nada. Junta tus ahorros, alójate una noche en el hotel que te indicaré y al otro día te ayudo a cruzar la frontera.

—¿Por qué podría ayudarme? ¿Qué quiere?

—Una parte de tus ahorros y una confesión escrita.

—¿Y si me niego?

—Puedes tratar de correr, pero te advierto que tengo buena puntería —respondí, palpando el bulto que hacía la Beretta bajo mi chaqueta—. ¿Quieres dedicarte al atletismo o a redactar un buen informe?

—¿Para qué desea la confesión escrita?

—No quiero que mañana cambies de opinión.

—¿Podemos ir a mi oficina? Ahí tengo todo lo necesario para escribir.

—¿Y arriesgarme a terminar como Sampedro? Seguro que en este boliche regalan unas hojas de papel a los buenos clientes —dije, al tiempo que entregaba un bolígrafo a Gimeno—. Espero que tengas buena letra y no te falle la ortografía.

## 43

Al cabo de una hora debí reconocer que Jacinto Gimeno tenía una letra ordenada y que su confesión, desplegada en seis hojas escritas por ambos lados, contenía la información necesaria para aclarar el asesinato de Sampedro y los fraudes en el Servicio de Inversiones Públicas.

Mientras él escribía, lo vi vacilar, observar a la nada, redactar con rabia, liberarse finalmente de la culpa que le incomodaba como una piedra en el zapato. Leí la confesión y me pareció que Gimeno había tenido especial cuidado en dejar establecido que él era una víctima; la pieza frágil de un engranaje de gran magnitud. Entregaba detalles del inicio de su militancia, su trabajo en el área financiera del partido, la fecha de ingreso al Servicio de Inversiones Públicas y sus primeros contactos con Gaizán para organizar el traspaso de fondos hacia las supuestas cuentas partidarias. Luego mencionaba sus reuniones con Sampedro y daba algunas referencias acerca de las presiones que se había visto obligado a ejercer contra él. En



ese momento comprendí la razón de la llamada de Sampedro a mi oficina. Su objetivo era conseguir un poco de protección, y de paso obtener que Gimeno se sintiera intimidado al enfrentar a un detective. Sin embargo, Gaizán se adelantó a las intenciones de Sampedro y resolvió sacarlo del camino. El resto era historia conocida y un par de interrogantes para las que debería buscar una respuesta en los días siguientes.

Aconsejé a Gimeno que evitara andar por los lugares que recorría habitualmente, y le di el nombre de un hotel ubicado en la calle Agustinas, a dos cuadras de la Plaza Brasil, donde debía alojarse por una noche, a la espera de mis instrucciones para concretar el viaje a la Argentina. El temor había reemplazado a la estupidez en la expresión de su rostro, y por un momento dudé que fuera capaz de soportar el vendaval escrito en su futuro. Me aseguré que no pasara por su mente la idea de llamar a Gaizán, lo vi salir del restaurante, cabizbajo, y minutos más tarde lo imité. Tomé el Metro hasta la Plaza de Armas. Compré sobres y saqué dos fotocopias de la confesión de Gimeno en una librería. Puse el original y una de las copias en sobres separados. En uno de los sobres anoté la dirección de mi oficina y en el otro, la de Marcos Campbell. Luego pasé a despachar los sobres al Correo Central. Guardé la segunda copia en mi chaqueta y antes de iniciar la nueva búsqueda de Gaizán, entré al *City*. Mientras apreciaba las bondades de un botellín de vino pensé que a falta de pruebas debía persistir en mis trucos, y si deseaba hacer funcionar la trampa, como había sucedido con Gimeno, debía moverme de prisa y llenar de entusiasmo mis faltriqueras.

Al contrario de lo sucedido en mi anterior intento por ubicar a Gaizán, en esta ocasión tuve suerte al primer intento. Llamé al Centro de Estudios Verdum y una secretaria me informó que Gaizán estaba haciendo clases y demoraría a lo menos una hora en desocuparse. Decidí recurrir a la sorpresa y me dirigí al centro de estudios. Con la ayuda de un mayordomo ubiqué el auto de Gaizán en el estacionamiento destinado a los profesores y empleados. Enseguida, lejos de la mirada del mayordomo, seguí las enseñanzas de un ratero de mi barrio y con un alambre conseguí abrir una de las puertas traseras del auto. Lo demás fue acomodarme y esperar hasta que sentí el ruido de unos pasos y vi aparecer a Gaizán. Me agazapé en el asiento, esperé a que ocupara su lugar frente al volante y puse la Beretta a dos centímetros de su cabeza.

—Salga de mi auto —gritó Gaizán, sin amilanarse frente a la amenaza de la pistola—. Esto le va a costar muy caro.

—Arranque y conduzca despacio. Vamos a dar un paseo.

Alcé mi cabeza y dejé que Gaizán me observara a través del espejo retrovisor. Al reconocermelo hizo un gesto de fastidio y pareció relajarse, como si mi presencia no significara más peligro que un mosquito parado en el parabrisas.

—Le dije que volveríamos a vernos, Gaizán.

—Bájese del auto, inmediatamente —ordenó.

Presioné la pistola sobre su cabeza hasta que lo vi hacer una mueca de dolor.

—Porto quinientos dólares en la billetera y algo más de cincuenta mil pesos. Lléveselos y le aseguro que no me dará la molestia de recuperarlos.

—Por ahora no me interesa su dinero. Quiero saber por qué contrató a Servando.

—Ya le dije que lo contraté para un trabajo contable.

—Jacinto Gimeno dice otra cosa.

—¿De qué Gimeno me habla?

—No empiece con sus preguntas evasivas. Desde aquí en adelante ambos sabemos perfectamente de qué estamos hablando.

—¿Me está acusando de algo? —preguntó, intuyendo que era inútil negar su relación con Gimeno.

—Asesinato y robo de recursos públicos. No es poca cosa.

—¿Tiene pruebas de lo que dice?

—La confesión de Gimeno, escrita con buena letra y una infinidad de detalles esclarecedores —dije, pasándole la fotocopia del texto que portaba en mi chaqueta.

Gaizán leyó algunas partes de la confesión y enseguida, haciendo un ademán displicente, la arrojó al suelo del vehículo.

—Sus papeles carecen de valor como prueba en un juicio.

—Es probable que como pruebas judiciales tengan menos pesos que un paquete de cabritas, pero sirven para llenar varias páginas de un diario. Usted sabe que los periodistas andan ávidos de cualquier cosa que huela a corrupción en las instituciones estatales.

—Déjese de rodeos y de una vez por todas dígame qué quiere —preguntó Gaizán, algo más inquieto que al comienzo de la conversación.

—Conocer su versión de lo sucedido y prevenirlo de males mayores.

—¿De qué me puede prevenir?

—Gimeno escribió su confesión y mañana, antes de abordar un avión con destino a Buenos Aires, la va entregar a la policía.

—Tiene imaginación, Heredia. Gimeno es incapaz de idear un plan y jamás mordería la mano que le ha dado de comer en abundancia.

—Es cierto que es un lucero que no alumbra, pero chicoteado por mis amenazas está dispuesto a dar a conocer la verdad.

—Tendría que oír a Gimeno para creer lo que me dice, Heredia.

—De usted depende tener o no la oportunidad de escuchar a Gimeno.

—¿Cuál es su interés en el asunto? ¿Por qué ha metido sus narices dónde no le corresponde?

—Casualidad. De pura casualidad he sido testigo de una comilona entre perros hambrientos. Dinero, relaciones políticas, poder. No entiendo mucho de esas cosas, pero intento ser práctico y obtener algún beneficio por el tiempo invertido como espectador de una situación en la que no tengo ni arte ni parte. Sé que no gano nada con denunciarlo a la policía. Estaré metido en un lío durante meses y al final usted

saldrá libre de polvo y paja. Puede pagar abogados y comprar jueces. Sin embargo, si somos razonables, usted puede ahorrarse molestias y yo ganar un cheque con suficientes ceros hacia la derecha.

—¿Dinero a cambio de su silencio?

—Y de yapa le doy la dirección del hotel donde se alojará Gimeno hasta antes del viaje. ¿Le interesa?

Gaizán sacó de su chaqueta un portadocumentos y dejó algunos billetes sobre el asiento del copiloto. Luego, tomó una chequera que llevaba en la guantera y con trazos rápidos llenó un cheque.

—¿Qué me asegura que no volverá a pedir dinero?

—Puede quedarse con la confesión de Gimeno.

—Es una copia.

—Algún resguardo debo tener. Su cheque puede estar sin fondos.

—Su desconfianza carece de sentido.

—En la confianza está el peligro, Gaizán.

—No me haga reír. Podrá llevarse mi dinero, pero tarde o temprano le haré pagar su osadía.

Vi la sonrisa de Gaizán reflejada en el espejo retrovisor y reprimí el impulso de golpear su cabeza con la pistola.

—¿Quiere saber dónde hospeda su socio?

—Desde luego. Me interesa tener todas las cartas sobre la mesa.

—Estará en su habitación mañana a las dos de la tarde —le dije después de revelar el nombre del hotel.

—¿Qué seguridad tengo de que dice la verdad?

—La misma que yo tengo respecto a su cheque. Si quiere se despide de Gimeno en persona, o si no le envía un ramo de flores.

—Tengo tiempo para pensar en lo que más me conviene.

—Ahora quiero escuchar su versión de la historia.

—No es muy diferente a la de Gimeno.

—Gimeno dice que usted es el genio de la botella. El hombre de las ideas.

—Siempre en los negocios hay uno que piensa y otro que hace el trabajo sucio.

—¿Por qué inventó todo este embrollo? Usted tiene prestigio y dinero.

—¿De verdad le interesa saberlo?

—Tengo curiosidad. La miseria humana siempre depara sorpresas.

—Seré breve, Heredia —dijo Gaizán con la vista fija en el espejo del auto—. Pasó el tiempo de las ilusiones y las consignas incendiarias. La época en que uno deseaba beneficiar a los demás. Ahora el poder significa negocios, inversiones, dinero. Si los ingenuos votan con la esperanza de cambiar el orden de las cosas, es problema de ellos. Dejé de creer en ruedas de carretas y un día, al mirarme en el espejo, pensé que era el momento de usar mi talento para obtener algún beneficio personal. No soy el único que piensa igual.

—Convengamos que hasta ahora le ha ido bien con sus cambios de ideas.

—Y confío seguir igual.

—¿No siente temblar el piso bajo sus pies?

—Para sobrevivir, en la política o los negocios, hay que tener amigos más poderosos que uno. No estoy solo en este asunto y no faltará el que mueva sus influencias para mantenerme a buen resguardo. ¿Le queda claro?

—¿Quién lo protege?

—No sea ingenuo, Heredia. Se cuenta el milagro pero no el santo. Tome el dinero y baje del auto.

—Gracias por la lección. Por suerte no soy de los ingenuos que votan para cambiar el orden de las cosas.

## 44

Esperar. Todo se reducía a esperar que los dados dejaran de rodar y mostraran sus caras más sonrientes. Esperar días mejores, el fin de las pesadillas y la llegada de Doris Fabra, a la que había llamado por teléfono para prácticamente exigirle que estuviera en mi departamento antes de las diez de la noche. Pero el reloj avanzaba y la medianoche me había sorprendido con un cenicero lleno de colillas y una botella de vino a medio consumir sobre el escritorio. Esperar. Nada me molestaba más que esperar, mientras pensaba si Gaizán no habría decidido mover sus piezas antes de la hora indicada, o si Jacinto Gimeno, torpe y acobardado, iba a seguir mis instrucciones y saborear el queso que le había dejado en la ratonera.

Simenon estaba a mi lado. Podía oír su respiración y sentir los cojinetes de sus patas presionando sobre mi vientre. Acaricié su cola y él alzó la mirada hasta encontrarse con mi rostro ojeroso y necesitado de una buena rasurada.

—Ni una novia demoraría tanto —dije.

—Tu novia se arrepentiría a tiempo y te dejaría plantado.

—¿Crees que resulte la triquiñuela?

—¿Por qué no? Gimeno está desesperado y Gaizán quiere colocar una capa de polvo sobre lo sucedido. Hiciste bien, pero si fallas tendrás que buscar refugio muy lejos de aquí.

—Ese es un aspecto que me interesa tratar con Doris Fabra.

—No esperes mucho de esa mujer. A esta hora debe estar enredada en las sábanas con su marido.

Saqué la pistola que portaba en mi chaqueta y durante un rato me dediqué a verificar que sus proyectiles estuvieran en el sitio correcto. Simenon continuó atento a mis movimientos, pero se abstuvo de hacer comentarios. Más tarde, fui a la cocina a preparar café y apenas volví a ocupar mi lugar tras el escritorio, oí que golpeaban. Me puse de pie y con la pistola en la mano, avancé hasta la puerta y la abrí. A boca de jarro, generosos y apetecibles, los labios rojos de Doris Fabra me regalaron una sonrisa.

—¿A qué se debe la demora? —pregunté al tiempo que cerraba la puerta.

—Tuve que participar en un allanamiento y cuando regresé a la oficina encontré tu recado. ¿Qué sucede? ¿Cuál es la urgencia?

Le ofrecí café y enseguida la puse al tanto de mis últimas pesquisas. Doris comenzó a tomar apuntes, pero a medida que fui progresando en mi relato, se limitó a mantener el lápiz apretado entre sus dientes. Después me sometió a un torrente de preguntas y cuando sus dudas estuvieron resueltas, respiró profundamente, como si hubiera querido recuperar aliento al cabo de una carrera de diez mil metros.

—Estás demente, Heredia. Lo único que vas a conseguir es que te metan una bala en la cabeza.

—¿Hay una manera mejor de hacer las cosas?

—Detener a los implicados y entregar los antecedentes a la Justicia para que los investiguen y procesen.

—Te faltó mencionar el envío de una carta al Viejo Pascuero. Quiero tu ayuda para terminar lo que inicié.

—Si lo hago me cuesta la carrera.

—No es mucho lo que pido. Pon a uno de tus hombres a vigilar el hotel donde se aloja Gimeno, y otro a seguir a Gaizán. Esperas a que ambos se reúnan y los detienes. Dos por el precio de uno, Doris. Una ganga.

—Si los detengo antes, ¿cuál es la diferencia?

—Me voy a perder la conversación entre ellos.

—¿Pretendes participar en el encuentro?

—Gimeno espera mi ayuda. Sospechará si no llego al hotel.

—¿Qué te hace pensar que tragaron el anzuelo? —preguntó Doris, al tiempo que sacaba su celular y marcaba un número.

—Un ataque inusitado de optimismo, nada más.

—Aún no me convence la efectividad de tu trampa.

—Si no te hubiera llamado, a esta hora estarías acurrucada en el pecho de tu marido, ajena a todo lo que está pasando —dije.

Doris rió de buena gana.

—¿Qué te causa tanta gracia?

—Acabo de recordar que aún no te he contado mi secreto.

—Media hora y algunos de tus hombres. No es mucho lo que pido.

—¿A cambio de qué?

- Un poco de justicia, una anotación de mérito en tu hoja funcionaria y una noche en la compañía de tu detective privado favorito.
- Podemos meternos en un tremendo lío.
- No exageres. Solo será una noche.

## 45

Doris Fabra hizo varias llamadas telefónicas. Impartió instrucciones, maldijo a dos detectives que se habían reportado enfermos y acto seguido partió a su casa, dispuesta a dormir algunas horas antes del inicio de una jornada que intuía fatigosa. En el silencio de la noche pude oír el ruido del ascensor al bajar con la mujer policía en su interior y luego, el ronco quejido de su auto. Después retornó el silencio y durante algunos minutos no hice más que mirar por la ventana. La noche estaba sin estrellas y en el horizonte se deslizaba el río Mapocho como una serpiente metálica que arrastraba a su paso los escasos sueños de los niños y ancianos que dormían en sus riberas.

Procuré dormir, pero el más mínimo ruido proveniente de las otras piezas o del pasillo me hacía abrir los ojos y auscultar en las sombras la posible presencia de un extraño. El plácido ronroneo de Simenon consiguió convencerme de que esa noche nadie intentaría maltratar mi pellejo, pero aun así el alba me sorprendió despierto y temeroso. Cuando el sol acabó por desnudar cada uno de los objetos existentes en mi dormitorio, respiré tranquilo y pensé en una ducha prolongada. Luego, y aún con los cabellos mojados, bebí dos tazas de café y encendí mi primer cigarrillo.

—Te dejo al cuidado del negocio —dije a Simenon cuando me disponía a salir del departamento.

—Cuida el pellejo. Quiero verte regresar antes del anochecer.

—Pondré cuidado en cada paso.

—Más te vale. Nada sería igual sin ti.

—Tienes buen corazón.

—¡Pamplinas! Solo temo perder mi rincón favorito.

—Cuando esto termine tomaremos vacaciones. Tres semanas en la playa o en algún pueblo chilote donde nadie interrumpa nuestras siestas. Tal vez Huillinco o Quemchi.

—Voto por el pueblo chilote.

Estacioné el auto y antes de entrar al hotel fumé un cigarrillo. La calle lucía aparentemente despejada y solo un perro de cola negra rastreaba entre los tachos de basura ubicados frente a la puerta del alojamiento. A unos cien metros divisé el auto en el que se encontraba Doris Fabra y uno de sus hombres. Supuse que el otro policía estaría en los alrededores del hotel. ¿Qué me impulsaba a seguir adelante? ¿Acaso no era mejor poner en marcha el vehículo y olvidarme de la muerte de Sampedro y sus implicancias? Dudas, preguntas, a cada paso más reiteradas, como si una alarma interna estuviera a cargo de avisarme que era tiempo de olvidar mis aciertos en investigaciones de las que nadie se acordaba. Estaba cansado, dormía mal y al levantarme por las mañanas sentía que mis piernas no lograban mantenerme en pie. Y eso no era todo, porque sobre el malestar físico estaba el hastío, la certeza de saber que la vida seguiría royendo el añejo hueso de la injusticia y que cada uno de mis actos carecía de importancia. Simples gotas de agua en el desierto, el brillo de un fósforo en la oscuridad más espesa, los esquivos silbidos del viento deslizándose sobre la nieve. Recordé un poema personal que había sobrevivido al impulso de arrojarlo a través de la ventana del departamento: *Aquí estoy, junto a la barra, mirando en el espejo la imagen de alguien que ya no soy. La noche siempre vuelve con sus misterios y el fondo del vaso es una pregunta abierta. Pasan las horas y las respuestas siguen indecisas, como el amante que oculta la voluntad del adiós. Nadie espera que la mañana traiga un rumor distinto. Solo yo aguardo el eco de una voz en el desierto, mientras una muchacha cansada sirve mi próxima copa y los perros ladran a la luna.*

Di un puntapié a las dudas. Arrojé el cigarrillo por la ventanilla, bajé del auto y caminé hacia la entrada del hospedaje. Sobre mis espaldas intuí la inquieta mirada de Doris Fabra.

En la recepción del hotel encontré a una mujer delgada y pequeña. Sus ojos saltones parecían escapar de las órbitas y sus manos daban la impresión de ser osamentas cubiertas por delicados y ennegrecidos guantes de piel. Me observó de pie a cabeza y enseguida preguntó si deseaba alquilar una de las habitaciones.

—Vengo a despedir a un amigo —dije—: Jacinto Gimeno.

—Habitación 406 —respondió la mujer, tomando el teléfono que tenía a su alcance.

Escuché su diálogo con Gimeno y luego la recepcionista me indicó que podía subir a la habitación. El hotel era pequeño y el ascensor que recorría sus cuatro niveles era una antigualla con puertas enrejadas y una manivela para guiar los movimientos de la cabina. Subí acompañado de un botones que me llegaba a la altura del pecho y portaba una maleta más grande que el sarcófago de Tutankamón.

Gimeno entreabrió la puerta, observó si alguien venía tras de mí y me hizo entrar a la habitación. El lugar era espacioso y en su interior había una cama con sus correspondientes veladores y una mesa rodeada de dos sillas. En los muros divisé tres

reproducciones con imágenes de flores y árboles. Sobre la cama había una maleta y un diario abierto en las páginas deportivas.

—Llegó antes de lo convenido —dijo Gimeno, y dando unos pasos hasta llegar junto a la ventana de la habitación, agregó—: Una hora más a solas en este lugar y habría enloquecido. Lo único que se ve es un patio interior.

—Tendremos más tiempo para ajustar los detalles del viaje.

—¿Cree que resulte nuestro plan? ¿Tiene todo preparado?

—Un auto lo llevará hasta la ciudad de Mendoza y de ahí abordará un tren con destino a Buenos Aires. Es más lento, pero es conveniente evitar los aeropuertos. Le haré compañía hasta el paso fronterizo y después tendrá que continuar solo.

—No sé si hago lo correcto —consideró Gimeno. Su rostro regordete lucía demacrado y su mirada, nerviosa, vagaba de uno a otro rincón de la pieza.

—Es tarde para cambiar de planes. Sea cauteloso en Buenos Aires. No quiero que termine triste y seco como Servando.

—¿Me puede acompañar a Buenos Aires? Puedo pagar sus servicios.

—No trabajo de niñera. Busque un hotel discreto y procure no llamar demasiado la atención.

Me senté en una de las sillas y Gimeno lo hizo en la cama. Durante varios minutos ninguno de los dos habló. Observé al funcionario de reajo y tuve la impresión de estar frente a una rata asustada y entregada a su suerte. Si le hubiera ordenado arrojarse por la ventana, lo habría hecho sin poner la más mínima objeción. Encendí un cigarrillo y consulté el reloj.

—Nunca quise reconocer que era utilizado. Me gustaba estar cerca de los jefes y creer que de alguna manera participaba en las grandes decisiones —dijo de pronto.

—Se creyó parte de la fiesta y ahora se ha dado cuenta que era un mero espectador. Los tipos como usted miran desde lejos el brillo del oro.

—Nada de esto estaría sucediendo si Sampedro hubiera guardado silencio.

—A propósito de responsables, ¿sabe quién está más arriba de Gaizán?

—¿Qué le hace suponer que puede haber alguien más?

—Detrás de él debe haber alguien que mueve los hilos —dije, recordando parte de mi última conversación con Gaizán.

—Lo dudo. Gaizán era el último eslabón de la cadena.

—Y si así no fuera. ¿Quién podría estar a sus espaldas?

—¿Quién sabe?

—Necesito nombres.

Gimeno movió los hombros y por un momento pareció buscar en su memoria. Si pensaba decir algún nombre, nunca lo supe. Me puse de pie y estaba por llegar junto a la cama, cuando sentí un violento golpe en la puerta y vi entrar a Gaizán acompañado de un hombre que empuñaba una pistola. Gimeno intentó ponerse de pie, pero solo consiguió abrazarse a su maleta, como un niño que se aferra a su peluche regalón.



—A dónde vas no necesitas tanto equipaje —le dijo Gaizán—: ¿Tienes algo que decir en tu defensa? Eres un maricón, lengua suelta y traidor.

—Matar a Sampedro fue un error —dijo Gimeno, tímidamente.

—Sampedro iba a estropear la operación.

—Tampoco fue buena la idea de robar.

—No se puede ser un héroe de la causa las veinticuatro horas del día. Si nosotros no robábamos, otros lo iban a hacer —dijo Gaizán y luego, con un tono de fastidio en la voz, agregó—: No puedes quejarte. A mi lado ganaste dinero a manos llenas. Dejaste de ser un suche de tercera clase.

—Puedo dar una buena explicación —balbuceó Gimeno.

—Siempre has tenido explicaciones para tus metidas de pata. Pero esta vez no tengo intención de escucharlas —dijo Gaizán, al tiempo que hacía un gesto casi imperceptible a su acompañante.

Me arrojé al suelo un segundo antes que el primer estampido rompiera la tranquilidad de la habitación. Oí los quejidos de Gimeno e instintivamente saqué la Beretta y disparé tres o cuatro veces hacia donde pensaba debía estar el matón. Luego oí el ruido de unos pasos, y el de la puerta de la habitación al cerrarse. Alcé la cabeza por sobre la cama y vi al hombre tendido en un rincón, con sus manos atenazadas al vientre. Gimeno seguía aferrado a la maleta, pero ya no estaba preocupado por la hora del viaje. Pensé en salir tras Gaizán, pero un súbito cansancio me obligó a quedarme en mi lugar, exhausto. Cerré los ojos para escapar de la pesadilla y al instante los abrí, alertado por el vibrar de unas sirenas en la calle. Todo seguía igual en la habitación. Miré la Beretta y el cansancio se hizo más grande. No deseaba más violencia a mi alrededor. Estaba viejo para seguir en medio de tiroteos y carrerones. Necesitaba salir del hotel, buscar una copa y pensar en un trabajo más tranquilo.

La puerta de la habitación se abrió de nuevo y vi aparecer a Doris Fabra seguida por uno de sus colegas. Sus labios rojos estaban convertidos en una mueca amarga. Se detuvo junto al matón y luego examinó a Gimeno. Me puse de pie, y aún con la pistola en la mano di dos o tres pasos erráticos, hasta que Doris, tomándome de un brazo, me condujo hasta una de las sillas.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Al menos mi cabeza sigue en su sitio.

—Gimeno no tuvo la misma suerte y el otro hombre, deberá pasar algunas horas en el quirófano. ¿Quién inició este lío?

—Gaizán. ¿Qué pasó con él?

—Por el momento logró huir. El problema estuvo en que no lo vimos ingresar al hotel y luego, cuando empezó la balacera, entramos al hotel sin preocuparnos de la gente que encontrábamos en el camino. Gaizán logró llegar al estacionamiento. Cuando huía en su auto, fue detectado por uno de mis compañeros. Dimos la voz de alerta y aunque logró escapar, dudo que llegue muy lejos —dijo Doris.

—Gaizán no tenía ganas de conversar. Vio a Gimeno y casi de inmediato ordenó

disparar a su matón.

—No debiste correr tanto riesgo —agregó Doris y luego ordenó a su acompañante auxiliar al matón que seguía retorciéndose sobre la alfombra de la habitación.

La sirena de una ambulancia aproximándose al hotel me liberó de hacer otro comentario.

—¿Podrán atrapar a Gaizán? —pregunté.

—Es cosa de tiempo. No es fácil huir de Santiago. La investigación terminó, Heredia. Puedes estar contento, sin tu trabajo jamás habríamos descubierto a los culpables.

—¿Eso es todo?

—¿Qué más quieres? ¿Fuegos de artificios, una medalla?

—No me vendría mal una pequeña recompensa —dije, acercándome a su lado hasta conseguir besar sus labios rojos. Ella intentó resistirse al comienzo y luego, entregada al abrazo que la aprisionaba, respondió a mi beso con entusiasmo.

—Nada de mal —agregué segundos más tarde, mirándola a los ojos.

—No agotes mi paciencia, Heredia. Vuelve a tu oficina y descansa —respondió, indiferente—: Si atrapamos a Gaizán te lo haré saber de inmediato.

Salí de la habitación y una vez en mi auto, busqué la petaca que suelo portar en la guantera. No tenía una razón, pero un extraño desasosiego me impedía dar definitivamente las espaldas al hotel.

## 46

¿Eso era todo? ¿Podía dar vuelta la hoja y pensar en la muerte de Sampedro como un asunto que comenzaba a hundirse en el pasado? ¿Y de qué me asombraba? Los resultados de las investigaciones siempre me parecían pobres, desmejorados con relación a las expectativas iniciales, a la necesidad de justicia que me impulsaba a escudriñar en las vidas ajenas. En el orfanato donde viví parte de la infancia había dos bicicletas y más de treinta niños que nos turnábamos para dar vueltas alrededor de la cancha de fútbol próxima al caserón donde dormíamos. Se sorteaba el turno de cada cual y luego, ansiosos, veíamos cómo los compañeros cumplían sus recorridos. Mientras aguardaba parecía que los otros niños pedaleaban poco o que hacían un recorrido más extenso del acordado. Y al final, al momento de cumplir mi turno, la vuelta en bicicleta resultaba decepcionante, breve y fugaz como el paso de un

meteorito en el horizonte de la noche. La eterna espera del instante fugaz que solo adquiriría significado cuando pasaba a ser un recuerdo distorsionado por el paso del tiempo y mi estado de ánimo al momento de recordar.

¿Y el poder? El dulce gusto del poder había atraído a Gimeno y a los demás, hasta el punto de creer que estaban destinados a disfrutar una recompensa merecida. Una casta de elegidos, sin dios ni principios, autoconvocados a vivir más allá del bien y del mal, por el solo hecho de pertenecer a las redes del gobierno, al pequeño círculo que decidía el destino de la gente que se aferraba a la vida de cualquier manera. El poder del dinero, poderoso señor, dinero que todo lo puede. Recordé una frase de Walter Mosley, un autor policíaco que había leído durante el último invierno: «*El dinero no constituye una apuesta segura pero es lo más cercano a Dios que he visto en este mundo*». La sociedad ampliaba sus diferencias, y quien más quien menos, deseaba estar en el sector que se apropiaba de la parte suculenta de la torta. Tener, aparentar, consumir para ingresar falsamente engalanado al escenario incierto de la vida.

Me metí a la cama y procuré dormir. Buscaría otro asunto en que ocupar mis horas, aunque solo fuera estar sentado frente a mi escritorio, leyendo una novela de Balzac, versos del poeta Esteban Navarro o estudiando el programa de carreras del Hipódromo Chile. El cansancio hizo su trabajo y en medio del sueño, entre imágenes confusas, creí oír golpes en la puerta y el sonido insistente del teléfono. Sin embargo nada me apartó del empeño de huir de las preocupaciones de los últimos días y tan solo muchas horas más tarde, cuando mi cuerpo recuperó su equilibrio, desperté remecido por la fuerza de alguien que intentaba hacerme volver a la realidad. Abrí los ojos y descubrí a mi lado a Doris Fabra.

—Tienes un sueño pesado. Llevo a los menos cinco minutos intentando que despiertes —dijo—. Me tenías preocupada. Te llamé por teléfono, vine a verte y nada. Pensé que podía haberte pasado algo malo y decidí entrar con la ayuda de Anselmo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde nuestra despedida en el hotel?

—El suficiente como para que ocurrieran algunas cosas interesantes.

—Si traes malas noticias, prefiero no escucharlas —dije, al tiempo que me sentaba en la cama.

La mujer policía se sentó a mi lado y por unos segundos observó con interés mi pecho desnudo. Resistí el deseo de abrazarla y me limité a esperar sus palabras.

—Atrapamos a Gaizán cerca de Rancagua, cuando huía hacia el sur. Al parecer su intención era llegar hasta Osorno y de ahí intentar el cruce hacia la Argentina. En estos momentos está detenido en la cárcel de Capuchinos. En el primer interrogatorio no quiso reconocer ninguno de sus delitos y ahora está rodeado por un séquito de abogados que están solicitando su libertad bajo fianza. Sin Gimeno para que ratifique su confesión, va a ser difícil condenar a Gaizán.

—¿Y el asesinato de Gimeno?

—Va a alegar que fue en defensa propia y que Gimeno inició la refriega. Además, él no disparó y el matón que lo hizo murió en la Posta Central.

—Tengo algo que decir al respecto.

—Te llamarán a declarar y pasarás muchas horas en los tribunales, repitiendo una y otra vez la misma historia. Pero no te hagas ilusiones, por más convincente que sea tu relato, a la hora de las decisiones será tu palabra contra la de Gaizán.

—Algo de ruido en la prensa puede ayudar.

—Los diarios ya están haciendo su trabajo. Les interesa roer las entrañas del gobierno. Han investigado a Gaizán y Gimeno y sus noticias apuntan a instalar la idea de que todo en el gobierno es corrupción. No creo que sea así, pero tú y yo sabemos que en peleas de políticos, todos quieren llevar algo de carroña a sus nidos.

—Al menos llegamos a la verdad —dije, sin dar pie al desánimo.

—No es suficiente. Quisiera ver a Gaizán entre rejas durante un buen tiempo.

—Hace años aprendí que la justicia es una señora esquiva. Suele desdeñar a los indefensos y acariciar el lomo a los poderosos.

—Quiero algo más que juegos de palabras —agregó Doris Fabra al tiempo que caminaba hasta la puerta—. Dale un par de vueltas al asunto. Es posible que sobrevivan algunas gotas en el tintero. Algo que nos permita ajustar la soga al cuello de Gaizán.

Doris salió del dormitorio sin esperar mi respuesta. Oí su taconear por el pasillo y luego el ruido de la puerta de la oficina al cerrarse.

—Una paloma obstinada —comentó Simenon a mi lado—. Si no le cortan las alas va a llegar lejos en su carrera policiaca.

—También es posible que se aburra y renuncie en unos meses más.

—No es de las que renuncian y tiene pasta para el oficio.

—Una vez que pierda la inocencia sabremos si tiene o no futuro.

—¿Desde cuándo tan conformista? No pierdes nada con seguir el consejo de tu amiga. Dale otra vuelta al tornillo.

El ruido del teléfono interrumpió mi diálogo con Simenon. Levanté el fono ubicado sobre el velador y oí la voz de Carabanjel.

—Al fin lo ubico, Heredia. ¿Se encuentra bien? Escuché en la radio que la policía había detenido a Gaizán en los alrededores de Rancagua. Supongo que usted está al tanto de lo ocurrido.

—Acabo de informarme de los detalles de la detención.

—Espero que Gaizán se seque en la cárcel.

—No me haría tantas ilusiones, Carabanjel. El dinero es una ganzúa que abre muchos cerrojos.

—Terminé de revisar las escrituras de las empresas relacionadas con Gaizán y Gimeno —dijo el abogado sin considerar mi mal augurio—. Descubrí un dato que pasé por alto en la primera lectura. Hay un nombre que se repite en los directorios de dos empresas: Fabrizio Mella Serpa.

—¿Mella Serpa? ¿Está seguro?

—El mismo que seguramente usted y yo vemos a menudo en los diarios y la televisión.

—El senador Mella Serpa. Político, empresario, dirigente deportivo y miembro de varias sociedades de ayuda a la comunidad. Me llama la atención, pero no me sorprende. Hoy en día el camino más corto a la fama pasa por matar a la madre o robar el jarrito al ciego de la esquina.

—Que aparezca el nombre de Mella en los directorios no es garantía de nada, Heredia —dijo Carabanjel.

—Coincidencia, solo coincidencia.

—De todos modos, le aconsejo investigar al senador. Y cuando tenga tiempo, pase por mi oficina a contarme los detalles de la captura de Gaizán. Parece un bocadillo sabroso.

—Todos dan ideas acerca de qué y cómo investigar —dijo a Simenon una vez que me despedí de Carabanjel—. Doris, el abogado, tú. En lo que a mí concierne, el caso está archivado.

—Me pareció atinado el consejo de Carabanjel. Nada pierdes con investigar a Mella Serpa.

Sin mucho entusiasmo, tomé el fono y marqué el número de Campbell.

—¿Alguna primicia, algo que la prensa no haya dicho acerca de la detención de Gaizán? —preguntó el periodista.

—Se acerca la hora de almorzar y pensé que te gustaría invitarme.

—¿Invitarte? Estoy ocupado. Llámame la próxima semana y te convido un completo rebotante de mayonesa en el *Dominó*.

—Lástima, pensé que te interesaría conocer el nombre de otro posible implicado en el lío de Gaizán y sus socios. El nombre de un senador, por ejemplo.

—Eres un puto chantajista, Heredia. ¿Dónde nos juntamos?

—Te espero en *Las Tejas*. A medio camino entre tu oficina y la mía.

—En una hora más estoy en ese lugar.

—Tengo un apetito de lobo. De lobo hambriento capaz de comerse a la Caperucita, la abuela, al cazador y al narrador del cuento.

una cincuentena de mesas ocupadas, en su mayoría, por obreros y empleados que trabajaban en las tiendas comerciales, imprentas y talleres mecánicos del sector. De las paredes colgaban los restos descascarados de algunos murales con imágenes de fiestas campesinas. Dos o tres pizarras publicitaban las especialidades de la casa: arrollados, perniles, cazuelas y costillar de cerdo. En el pasado, en el lugar desplegaba sus galas el *Teatro Roma*, donde una noche vi bailar a Soledad Ubilla, la última estrella de un clan de bataclanas que alumbraban los escenarios revisteriles de una ciudad de otro tiempo, anterior a los centros comerciales, las luces de neón, los cafés con piernas, cajeros automáticos y teléfonos celulares que invadían los espacios públicos. Desde una de sus butacas también escuché cantar a Nino Lardi, un tanguero que para entonces vivía sus últimos años interpretando los tangos más famosos de Carlos Gardel. De todo eso nada quedaba, solo los recuerdos de un detective solitario que solía llegar a *Las Tejas* en busca de una copa en la que se mezclaban el alcohol y las añoranzas. Pedí una caña de vino tinto y mientras bebía el primer sorbo, pensé que los recuerdos comenzaban a distanciarse, la memoria hacía sus zancadillas y los nombres que antes habían significado algo renacían temblorosos, como telarañas expuestas a la luz del sol.

La llegada de Campbell no me ayudó a escapar de los recuerdos. Antes de encaminarse hasta mi mesa, se detuvo frente al wurlitzer del bodegón y activó la máquina con una moneda que hizo brotar los versos de un tango que decía: «*Toda mi vida es el ayer que me detiene en el pasado*».

—¿A que no sabes el nombre del tango? —preguntó al llegar a mi lado.

—Hace tiempo que dejé de jugar al quién sabe más. No tengo tu manía de atiborrar la memoria de conocimientos inútiles.

—Reconoce que lo ignoras.

—*Naranja en flor*. Letra y música de los hermanos Expósito. Canta Roberto Goyeneche acompañado por la orquesta de Astor Piazzola.

—Y te quejas de tu mala memoria —agregó Campbell, algo fastidiado.

Sonreí, hice una pausa para beber otro sorbo de vino, sin decir a Campbell que al entrar al restaurante había leído las carátulas de los discos disponibles en el wurlitzer.

—Algún día tendrás que contarme cómo lo haces —agregó Campbell.

—Algún día —retruqué y enseguida, agregué—: Pedí arrollado para los dos. El vino corre por tu cuenta.

—No me has dicho nada del senador al que mencionaste en tu llamada telefónica. ¿De quién se trata? —preguntó más tarde Campbell, cuando en nuestros platos sobrevivían los restos fríos del arrollado y la primera botella de vino había sido reemplazada por una segunda.

Le hablé de lo sucedido en el hotel y del informe de Carabanjel. Después le pregunté su opinión respecto a Fabrizio Mella Serpa.

—Sé lo que sabe cualquiera que lee la prensa. Mella Serpa es senador y dueño de una radioemisora, varios supermercados, una cadena de imprentas y otras empresas

más que le permiten tener un excelente pasar. Durante la dictadura se mantuvo en un segundo plano y solo al final del gobierno de Pinochet tuvo alguna participación en las negociaciones que llevaron a los militares a dejar el gobierno y llamar a elecciones. Mella Serpa siempre se ha llevado bien con la derecha y sus representantes. En los últimos meses, ha estado en las noticias por sus denuncias en contra de varios políticos que recibieron coimas para aprobar un conjunto de leyes favorables a las empresas madereras instaladas en el sur de Chile. Consiguió desprestigiar a varios de sus colegas del parlamento y promoverse como el campeón de la lucha contra la corrupción.

—Sin embargo, podría tener tejado de vidrio.

—Desde luego, no pondría mis manos al fuego por él ni ningún otro político. Sabemos de sobra que detrás de un honorable parlamentario se puede ocultar un ratero, un pedófilo o un refinado traficante de drogas. En todo caso, que Mella Serpa sea empresario no lo convierte en delincuente.

—Pero sí puede emplear sus influencias para vender los productos o servicios de sus empresas.

—Las coimas, los pitutos, el nepotismo y las cartas marcadas son deportes en los que podríamos obtener marcas olímpicas. Hasta para comprar entradas al estadio necesitas recurrir a alguien que te las venda bajo la mesa. De todo lo que me has contado, lo más interesante es la relación entre Gaizán y Gimeno.

—Agudiza por un segundo la desconfianza, Campbell.

—Mella Serpa juega en ligas mayores. Tiene prestigio y aspiraciones políticas de alto vuelo.

—¿Qué pasa contigo? ¿Votaste por Mella Serpa en las últimas elecciones?

—Supongamos que tienes razón. ¿Cómo pruebas la complicidad del senador en los fraudes? Gaizán está protegido y con mayor razón lo estará Mella Serpa en el caso de que esté metido en el embrollo. No tienes nada. Tu bote hace agua, Heredia.

—Piensa en tu revista; en los miles de ejemplares que venderías.

—Y en la docena de querellas que caerían en mi contra. Basta que un periodista abra la boca y mencione a un político para que sea objeto de querellas y acusaciones de toda índole. Tú y yo sabemos que la libertad de prensa está limitada por la sensibilidad de los poderosos. Písale un callo a cualquiera de ellos y de seguro vas a dar a la cárcel.

—Podemos preparar un pastel sabroso.

—O arrojarnos de un décimo piso.

—No te vayas a los extremos, Campbell. No sería la primera vez que armaríamos un atractivo cuento periodístico. Noticias fuertes, buenos titulares, algunas verdades irrefutables.

—¿Qué quieres que haga para alentar tu locura? —preguntó Campbell.

—Los periodistas son preguntones profesionales. Quiero que te acerques al entorno de Mella Serpa y hagas muchas preguntas indiscretas.

Campbell siguió mi juego de mala gana y sin grandes expectativas respecto al resultado. Durante dos semanas recorrió las sedes partidarias de Mella Serpa, dejando en claro a todo quien le quiso escuchar, que era un periodista interesado en ventilar la ropa sucia del senador. Se acercaban nuevas elecciones y el político, interesado en su reelección, asistía a mítines y encuentros con sus probables electores. No le resultó fácil a Campbell seguir los pasos del senador. Al tercer día de pesquisas fue expulsado de una reunión por los guardaespaldas de Mella Serpa, y dos días más tarde recibió en su oficina la visita de un policía interesado en conocer los motivos que tenía para andar husmeando en los territorios del parlamentario. Mientras mi amigo arriesgaba el pellejo, yo cubría sus pasos a la distancia e intentaba unir los hilos sueltos que tenía entre manos. Al término de las dos semanas consideré que Campbell había cumplido con su trabajo y en una noche de vinos largos, lo liberé de su investigación.

—¿Qué sentido tiene todo lo que hice? —preguntó Campbell, observando el fondo de su copa, y sin decidirse a beber la siguiente o irse para su casa.

—Por ahora no es más que un guiño al azar. Temo que elegí la estrategia equivocada.

—Es fácil apostar con el pellejo ajeno.

—No reclames. Tendrás tema para tus memorias o tu revista.

—Lo dudo. Los diarios y revistas le han sacado todo el caldo posible al hueso de Gaizán y sus negociados.

—«Persiste, el buen detective siempre persiste». El consejo me lo dio un viejo policía al que una noche ayudé a resolver el asesinato de un relojero. El consejo ideal para un tipo porfiado como yo.

—Persistir tiene sentido cuando hay algo que justifica el esfuerzo. A Mella Serpa nadie lo nombra. Si el senador estuviera metido en algo oscuro ya lo tendrían con la sogá al cuello.

—De acuerdo, pero intuyo que por alguna razón desconocida, las culpas hasta ahora se han centrado en Gaizán.

—Gaizán está frito. Aunque logre salir de la cárcel, perderá prestigio y tendrá que conformarse con las migajas que le arrojen. El mundo político no perdona. Puedes hacer los negociados que quieras, siempre y cuando no te pillen con las manos en la masa. Se puede ser tramposo y ladrón, pero no tonto ni desagradecido.

—Una vez que el olvido teja su telaraña, Gaizán volverá a sus afanes de costumbre. O en una de esas, se transforma en predicador y lo contratan en la televisión. Los maleantes y las putas redimidas suelen tener buena audiencia.

—Sigo sin entender tu interés en Mella Serpa.

—¿Qué posibilidad tiene de ser reelecto en las próximas elecciones?

—No tantas como cuando fue elegido por primera vez. Su gestión parlamentaria



ha sido regular y además, esta vez tiene una pelea más reñida con su adversario derechista, un vejete con aires de gran señor que se ha encargado de marcar y remarcar cada una de las pifias de Mella. Un descuido y el senador cae del caballo. Tampoco le fue fácil conseguir que lo volvieran a postular. Sus acusaciones de corrupción en el senado no fueron bien vistas por sus correligionarios.

—Por eso sus partidarios se pusieron tan nerviosos con tus preguntas.

—A nadie le agrada que le revisen el canasto de la ropa sucia —dijo Campbell mientras encendía un cigarrillo—. ¿Qué vas a hacer, Heredia?

—Pedir otra botella de vino.

—Cuesta hablar en serio contigo, Heredia. Arriesgué mi cuello durante dos semanas y aún no consigo saber por qué.

—Todo a su tiempo —dije a Campbell y luego de beber otro sorbo de vino, le pregunté si estaba al tanto de las próximas actividades públicas de Mella Serpa.

Llegué al gimnasio pocos minutos antes del inicio de la actividad convocada por el comando electoral de Mella Serpa. El lugar, amplio y con aspecto de haber sido construido recientemente, estaba repleto de mujeres, hombres y muchachas espinilludas que agitaban banderas con la imagen del candidato. Media docena de hombres estaban sobre un escenario, afanados en la instalación de parlantes, micrófonos y un enorme lienzo con la leyenda: trabajo, honestidad y servicio. En los muros del gimnasio había numerosos carteles con el rostro sonriente del político y junto a la entrada, unas muchachas inflaban globos que tenían el nombre del candidato impreso en letras rojas y azules. Me senté en la fila más cercana al escenario y comencé a leer el folleto que me habían entregado al llegar al gimnasio. Si la mitad de su contenido era verdad, el senador tenía ganado un lugar en el parlamento y probablemente también en el paraíso, junto a los más conspicuos santos y querubines de la corte celestial. Complejos habitacionales, bibliotecas, colegios, fábricas, remodelaciones de plazas, juegos infantiles, empleo para pobladores, actividades deportivas y culturales. Mella Serpa parecía tener la fuerza de una decena de Hércules frenéticos y por eso no me sorprendió que el lugar estuviera colmado de partidarios, aparentemente entusiastas y convencidos de las bondades del candidato.

A poco de ocupar el asiento, a mi derecha se acomodó una mujer flacuchenta que agitaba un plumero tricolor, y a mi izquierda un sujeto de aspecto disminuido que hedía a vino barato, de caja o litreado. El hombre intentó sumarse a los aplausos que de pronto surgieron desde las filas posteriores, pero al segundo aplauso pareció quedar sin energías y se limitó a ponerse de pie cuando el animador del mitin anunciaba la entrada de Mella Serpa. El senador avanzó lentamente, saludando a los partidarios que se interponían en su camino y al cabo de diez minutos logró subir al escenario donde lo esperaba una decena de dirigentes que parecían conocerlo desde toda la vida.

El senador se veía más envejecido que en los carteles y panfletos distribuidos en el recinto. Su sonrisa lucía tan auténtica como un desteñido diamante de plástico.

Alzó sus brazos, lanzó besos y finalmente, cansado, ocupó la cómoda butaca reservada para sus honorables asentaderas. El animador de la proclamación hizo una extensa reseña de las bondades de Mella Serpa y enseguida presentó al primer orador del acto, un hombre bajo y regordete que parecía a punto de quedar sin aire cuando alzaba el tono de su voz para realzar palabras como compromiso, honradez, vocación de servicio, respeto. El senador asentía con la cabeza, mostrando con ello su satisfacción por la equilibrada ponderación de virtudes que realizaba el orador. Cuando el petiso dejó de hablar se estrechó en un cálido abrazo con Mella y luego, en una sucesión de intervenciones plagadas de adjetivos serviles, pasaron por el escenario dos dirigentes vecinales, una representante de las mujeres de la comuna y un muchacho desgarrado que leyó su discurso con voz temblorosa. A continuación tomó el micrófono Mella Serpa y habló, primero en voz baja y enseguida, con el paso de los minutos, con un vozarrón que blandió como un estilete a la hora de referirse a sus oponentes. El senador acabó su discurso en medio de los aplausos de la concurrencia y sin demora fue trasladado hacia la salida del gimnasio, hasta un auto que inició su marcha de inmediato. Al verlo alejarse comprendí que sería difícil abordarlo. Mientras conducía de regreso a la oficina, tuve una vez más la sensación de estar perdiendo el tiempo. Las palabras de Mella Serpa revoloteaban en mi memoria y ninguna me daba motivo para confiar en su proyecto político. Eran demasiado iguales a las de sus colegas, cargadas de promesas destinadas a quedar en nada una vez que los votos a su favor estuvieran depositados en las urnas electorales.

Desde la oficina llamé a Doris Fabra y me bastó conversar con ella algunos minutos para saber que Gaizán había obtenido la libertad bajo fianza y descansaba en su casa, lejos del pesado aliento de la justicia, pero al alcance de la tinta de los periodistas que seguían agitando el escándalo para favorecer a los partidos políticos opositores al gobierno. No le hablé del senador ni ella insinuó una cita para comentar los últimos acontecimientos. Y en verdad no había nada nuevo que decir. Apenas éramos dos tuercas desgastadas en medio de un engranaje poderoso que seguía girando a despecho de nuestras intenciones. Quedamos en conversar más adelante y en las palabras de la mujer policía creí reconocer el inconfundible tono del desaliento.

Decidí olvidar el asunto e intenté ordenar los libros acumulados en mi biblioteca. Fue en vano. Al cabo de media hora abandoné el trabajo y me dirigí hacia la oficina de apuestas hípcas del barrio ubicada en calle Bandera, en el lugar donde anteriormente había funcionado una ferretería. Aposté sin éxito en tres carreras y más tarde me encaminé al bar *La Piojera*. Pedí una caña de vino tinto y al tiempo que miraba a los parroquianos afanados en desdibujar sus memorias, recordé unos versos del poeta Hugo Vera Miranda: *«El verdugo hastío se mece en mis cabellos, estoy solo, me he abandonado, un juramento, un clamor, una traición, son enigmas que el viento descifra mientras continúo esta marcha inexorable con la muerte en mis bolsillos»*. Apuré un sorbo de vino. Estaba cansado hasta de mi sombra y la vida era una vieja mañosa que reiteraba sus triquiñuelas. Necesitaba alguna idea nueva; una

pequeña llama para anidar en mis bolsillos antes que la noche llegara a cubrirme con su raída capa de murmullos. No era más que uno de los tantos seres anónimos que arrastraban sus días por las calles del vecindario, aletargados por el falso sueño de tropezar con un trozo de felicidad a la vuelta de la esquina. Encendí un cigarrillo, aparté mis oscuros pensamientos y entre el bullicio de los clientes descubrí el sentido de mis próximos movimientos.

A la mañana siguiente abordé un bus con destino a Valparaíso. Atrás, como una pesadilla difusa quedaron mis dudas de la noche anterior. Mi cuerpo respondía al impulso de la brisa matinal y algo parecido al optimismo invadía mi ánimo mientras observaba los árboles frutales y viñedos grabados en el horizonte. Jugaría mi última carta y después, cualquiera fuera el resultado, lanzaría el mazo al mar. La muerte de Sampedro quedaría en el recuerdo y tendría nuevamente la tranquilidad necesaria para pensar en otras cosas. El bus me dejó en el rodoviario porteño. Bebí una taza de café en una fuente de soda de la avenida Argentina, y luego de pasar a hojear algunos viejos ejemplares de la revista *Hechos Mundiales* en la librería *Crisis*, seguí caminando hasta llegar a la estrambótica mole de cemento y vidrio donde funcionaba el Congreso Nacional. La tarde anterior, entre una y otra interrupción en la lectura de *El licenciado Vidriera*, había telefonado a la oficina de Mella Serpa y averiguado que el senador estaría el día siguiente en Valparaíso, ocupado en sus labores legislativas. Carecía de un plan preciso, pero esperaba tener la oportunidad de intercambiar algunas palabras con el parlamentario. Era cosa de suerte, y aunque ésta demoró en llegar, al cabo de unas horas, la fortuna tomó mi mano y me condujo hasta el comedor donde estaba Mella Serpa, solitario, sin otra compañía que un legajo que leía con reconcentrado interés. Antes, para matar el tiempo, había entrado a una sesión de Senado y oído una serie interminable de discursos acerca de las bondades y desventajas de un proyecto de ley sobre franquicias aduaneras. Aproveché la situación para observar al senador que durante un buen rato dormitó apoltronado en su cómodo sillón de representante del pueblo, y luego ocupó otra parte del tiempo en leer los documentos que tenía sobre la mesa. Al final, lo vi votar a favor del proyecto legislativo y abandonar el salón con la satisfacción del ratón que acaba de saquear la quesería.

—Buenas tardes, senador —dije acercándome a la mesa ocupada por Mella Serpa—. Quisiera conversar unos minutos con usted, acerca de un problema que me inquieta y que seguramente será de su interés.

El parlamentario me observó de reojo, sin perder de vista el documento que leía. Era alto y tan grueso como un jugador de fútbol americano. Su calva relucía bajo la intensa iluminación del comedor y su bigote cano y sus patillas delataban los cuidados de un peluquero meticuloso y con mucho tiempo para desplegar su arte con las tijeras.

—Vaya a mi oficina. Una secretaria tomará nota de su inquietud —agregó Mella Serpa, desplicente.

—Dudo que su secretaria esté en condiciones de ayudarme.

Mi respuesta pareció incomodarlo. Dejó de leer, ajustó sus gafas y me dedicó la mirada de un buitre al que acaban de robar la presa favorita. Intuí que el senador perdía la paciencia y que sus próximas palabras tendrían la suavidad de una pedrada en la frente.

—¿Quién lo dejó pasar? —preguntó, al tiempo que miraba a su alrededor con la intención de llamar a uno de los mozos—. ¿Quién le dijo que podía interrumpirme?

—No se enfade, senador. A uno de los mozos le dije que estaba invitado a almorzar con usted.

—¿Cómo se atrevió?

—Seguí el consejo de Gaizán —respondí y quedé a la expectativa, aguardando la reacción del senador.

—¿Gaizán? —preguntó Mella Serpa, sorprendido.

—Su amigo le envía saludos. Comprende que usted no lo haya ido a ver a la cárcel ni lo llamara una vez que obtuvo la fianza, pero le pide que no lo deje en el olvido. Mal que mal, si estuvo en cana fue para defender el negocio común.

El rostro de Mella Serpa reflejó el desagrado que le producían mis palabras. Pensé que iba a llamar a gritos a los mozos que merodeaban por entre las mesas. Pero no lo hizo. Sacó un pañuelo de su chaqueta y lo usó para secar las gotas de sudor que habían brotado sobre su calva.

—Tal vez en esta ocasión le convenga escucharme —agregué, imprimiendo a mis palabras un leve tono de amenaza—. Y no me haga perder el tiempo simulando que no sabe de qué estoy hablando. En apuestas de riesgo no se hace cuestión de los centavos.

Mella Serpa contuvo su rabia y se limitó a indicar una silla desocupada. Pensé que había conseguido aplicar mi primer buen golpe en la barbilla del político y me senté con la esperanza de ver pasar el cadáver de mis más entrañables enemigos.

—Gracias —dije, al tiempo que posaba mis codos sobre la mesa—. No todos los días tengo la posibilidad de conversar con un senador de la República.

—Déjese de payasadas y dígame a qué ha venido.

—Es una historia larga y algo confusa, pero confío en que usted me ayudará a esclarecerla. Me llamo Heredia, vivo en Santiago y tengo una pequeña oficina de investigaciones. Dicen que soy detective privado, pero yo prefiero presentarme como un modesto testigo de la vida. Para ganarme el pan realizo cobranzas por encargo de un abogado y también suelo investigar asuntos que requieren la intervención de alguien aficionado a hacer las preguntas que nadie espera.

—¿Detective privado? ¿De qué manicomio se escapó? —preguntó Mella y sin aguardar mi respuesta, añadió—: Sea breve. No dispongo de todo el día para usted.

—Tiempo atrás llamó a mi oficina un funcionario que deseaba contratar mis servicios para investigar ciertos fraudes que había descubierto en su lugar de trabajo. Fijamos una reunión, pero nunca llegué a hablar con él. Fue asesinado en medio de

carpetas y expedientes archivados desde años inmemoriales. Perdí a mi cliente, pero comencé a investigar y, con un poco de fortuna, ayudé a la policía a descubrir a los responsables directos del asesinato. La policía cerró el caso y seguramente esperaba que yo hiciera lo mismo. Sin embargo, una idea siguió royéndome el seso y al hurgar en ella descubrí que los asesinos identificados por la policía no eran los únicos responsables de la muerte del funcionario.

—¿Qué tengo que ver con todo eso? —preguntó Mella Serpa, impaciente.

—Su amigo Gaizán fue el ideólogo del asesinato. Y un tal Gimeno, su secuaz.

—Conozco a Gaizán, pero ¿quién es Gimeno?

—El hombre de paja de Gaizán al interior del Servicio de Inversiones Públicas.

—No imagino a Gaizán metido en un embrollo de esa clase. Tampoco entiendo por qué usted se tomó la molestia de venir a contarme su historia.

—Probablemente nos falta hablar de lo que motivó la muerte de Sampedro, el funcionario asesinado.

—Le concedo cinco minutos para terminar su cuento. Después voy a llamar a los guardias y pedir que lo saquen de mi vista.

—El motivo no es original. Dinero, vil dinero, amable dinero. La sangre que da vida y enferma a nuestra sociedad. Seguramente usted debe saber más que yo sobre el tema.

—Vaya al meollo del asunto, señor Heredia. Sus alardes filosóficos me tienen sin cuidado.

—Alguien, probablemente Gaizán, descubrió que el Servicio de Inversiones Públicas era una vaca que podía ordeñarse con generosidad. Bastaba con inventar supuestas compras de servicios o abultar las facturas de algunas prestaciones reales. El sistema de control contable era deficiente y existían pocas posibilidades de ser descubiertos. Sampedro, en cuyas manos estaba la administración de las adquisiciones, aceptó al principio ser parte del juego. El dinero iba a las arcas de su partido y él era un militante disciplinado. Sin embargo, a poco andar se dio cuenta de que una parte de las platas iban a dar a los bolsillos de Gaizán y sus socios. Hizo ver su malestar. Intentaron comprarlo con una tajada de la torta y cuando eso fracasó, llegó el turno de los asesinos.

—Si pretende chantajearme, tendrá que poner algo más concreto sobre la mesa. Conozco a Gaizán, pero eso no me convierte en socio de sus chanchullos.

—¿Por qué piensa que deseo chantajearlo?

—La mención de Gaizán no es gratuita.

—Gimeno, el socio de Gaizán, escribió una confesión antes de morir.

—Ya le dije que desconozco quién es el mentado Gimeno.

—Gimeno culpa de todo a Gaizán.

—Entonces, ya sabe hacia dónde dirigir sus dardos envenenados.

—Gaizán niega toda participación e insinúa que tiene un buen muro de resguardo tras su espalda. Que haya obtenido libertad condicional es algo que refuerza sus

dichos. ¿No le parece?

—Sigo sin entender cuál es el rol que me asigna en su comedia.

—Intuyo que usted es el muro que cubre las espaldas de Gaizán.

Mella Serpa lanzó una carcajada y miró a su alrededor, como si tuviera la intención de invitar al resto de los comensales a escuchar un chiste gracioso.

—Es una intuición. No tengo ninguna prueba en su contra, senador —añadí.

—Y puede llegar a viejo buscando algo que me incrimine en su absurda historia. Ahora, hágame el favor de salir del comedor.

—Despacio por las piedras. Sé que en nuestro país hay muchos canallas que van a morir en sus camas; asesinos y ladrones a los que le rendirán honores y hasta es posible que les construyan monumentos. En la realidad no siempre pierden los corruptos, lo sé. Pero me reservo el derecho al pataleo y la posibilidad de ir a la prensa con mi absurda historia. Sé que los medios de comunicación están controlados, pero confío que estando en época de elecciones encontraré a más de un periodista interesado en destrozar la imagen de un senador al que sus patrones quisieran ver derrotado —dije, y luego de una pausa para tomar aire y recuperar la calma, agregué—: Un escándalo puede restar muchos votos a su candidatura. Usted sabe cómo son las cosas en ésta época de políticos mediáticos que basan toda su fortuna electoral en los resultados de una encuesta. «Mella Serpa acusado de corrupción». Imagine un titular de ese tenor desplegado en cualquier primera plana. Su porcentaje de aprobación en las encuestas descendería más rápido que un aluvión.

Mella Serpa respiró con dificultad, como si de pronto el aire del comedor se hubiera enrarecido. Miró a su alrededor, guardó el documento que había estado leyendo en un maletín de cuero, y se puso de pie.

—Supongo que usted no es el único que conoce la historia que acaba de contarme —dijo.

—Supone bien. He tomado mis precauciones. Todo lo que le he dicho, más la confesión de Gimeno, se encuentra en las manos de un buen amigo. Si por algún motivo no regreso a mi oficina, él dará a conocer esos documentos.

El senador me miró a los ojos y luego indicó la salida del comedor.

—Me disponía a dar un paseo. ¿Quiere acompañarme?

—¿Corro riesgo de terminar flotando sobre las olas?

—No diga tonteras, señor Heredia. Nunca me han gustado las películas de mafiosos.

Fuera del edificio del Congreso y lejos de los funcionarios que lo saludaban a su paso, el senador perdió prestancia y adquirió el aspecto de un saco arenero al que han aporreado en exceso. Abordamos un taxi y Mella Serpa le indicó que nos condujera hasta una playa ubicada en un punto intermedio entre Valparaíso y Viña del Mar. El lugar estaba desierto. Nadie nos vio bajar del taxi ni caminar hasta acercarnos a las olas que rugían con su malhumor de costumbre. Mella Serpa observó el mar por unos minutos y enseguida me ofreció un cigarrillo.

—Aquí podemos conversar con mayor tranquilidad —dijo luego de dar la primera calada a su cigarrillo—. No hay nada en el mundo más poderoso que el mar. Uno puede esquivar las olas o navegar sobre ellas. Uno puede tener la ilusión de enfrentar al mar y derrotarlo. Pero es solo eso, una ilusión pasajera. El mar es el poder absoluto. ¿Comprende lo que trato de decirle?

—Pierde su tiempo si pretende que rehaga mis pasos y regrese a Santiago con la cola entre las piernas. No soy un quiltro que se espanta a la primera amenaza.

—Sentido común, de eso trata esta conversación, señor Heredia. ¿Cuánto quiere por su silencio?

—No quiero dinero.

—¿Quién le paga? ¿Mis rivales electorales? ¿Alguien de mi propio partido?

—Nadie me paga un veinte en este asunto.

—Para qué verse la suerte entre gitanos. Todos necesitamos dinero, Heredia. ¿Cuánto cuesta mantener su boca cerrada?

—Con lo que gano me basta para alimentar a mi gato y pagar mis vicios.

—¿Qué quiere? —preguntó el político, perdiendo la calma.

—Pensé que ya lo habría adivinado. Quiero que Gaizán deje de tener un muro donde apoyarse.

—No comprendo lo que quiere decir con esas pamplinas del muro.

—Sentido común, de eso trata esta conversación, senador.

—De acuerdo. Pensemos en voz alta y supongamos que usted tiene una historia de sangre que puede llegar a salpicarme y un culpable con posibilidades de salir libre de polvo y paja. No tiene pruebas ni testimonios que le permitan incriminarme en los hechos, pero puede ir con sus chismes a la prensa y hacerme pasar un mal rato en las elecciones venideras. Usted desea que Gaizán pague por sus delitos y está dispuesto a olvidarse de mi supuesta participación en el asunto. ¿Es esa la situación o estoy equivocado?

—Gaizán a cambio de mi silencio. Usted podrá convencer a Gaizán de que hable lo justo para esclarecer el caso.

—Hay algo que no calza en su propuesta, señor Heredia. ¿Por qué renuncia a involucrarme en los negociados de Gaizán?

—Intento ser práctico. No estoy en condiciones de atrapar dos peces gordos al mismo tiempo. Prefiero un pez en la red que los dos en libertad.

—¿Eso es todo?

—Además, no tengo pruebas de que usted participara en el asesinato de Sampedro.

—No lo hice. La verdad es que Gaizán me mintió todo el tiempo. Me dijo que tenía la posibilidad de allegar recursos a la candidatura y no le hice muchas preguntas al respecto. Pensé que se trataba de algunos contactos con empresarios interesados en cooperar. Usted sabe cómo es eso, hoy por ti mañana por mí. Tiempo después recibí una carta de Sampedro donde denunciaba lo que estaba aconteciendo en el Servicio

de Inversiones Públicas. Cité a Gaizán a una reunión y le ordené aclarar la situación. Acordamos que no seguiría adelante con la operación. Por supuesto que no me dijo que parte de los recursos habían ido a dar a sus bolsillos. El problema se agravó cuando Gaizán continuó sacando fondos del mismo lugar. Lo hizo a mis espaldas y desde luego, de él fue la idea de asesinar a Sampredro.

—O sea que usted estuvo de acuerdo en ocultar el fraude.

—La leche estaba cocida. Devolver los fondos habría sido más difícil que sacarlos. Y al fin de cuentas...

—No lo diga —interrumpí—. El fin justifica los medios.

—Veo que usted me comprende.

—Se equivoca. No lo comprendo ni lo justifico. Sucede que con los años he aprendido a reconocer la mugre que tipos como usted esconden bajo las alfombras. La imagen no es de mi propiedad, la acabo de tomar prestada. El problema es que la organización del mundo no ha cambiado mucho desde que Caín y Abel protagonizaran la primera novela policial que se recuerde. Lamento que el mar sea el único testigo de esta conversación. No es justo que tipos de su calaña se hagan llamar honorables.

—Lo que sucedió es muy lamentable, pero a estas alturas de los hechos no sacamos nada con ponernos dramáticos.

—La vida continúa y el único derrotado es Jorge Sampedro.

—Mala suerte. Le tocó participar en la comedia equivocada.

—Alguien dijo, tal vez un escritor, que todo político en el poder tiene algunos muertos a sus espaldas. Muertos reales o metafóricos, pero muertos al fin y al cabo.

—Palabras. A escritores y poetas les gustan las palabras. Seamos prácticos, señor Heredia. Gaizán jugará sus cartas del modo que yo le diga y pagará sus culpas. Espero que usted cumpla su parte del trato y guarde silencio.

—Tiene una semana para mover sus piezas. Piense en sus electores; en los votos que le darán ocho años más de empleo tranquilo y bien pagado. Piense en su nombre alimentando las letras escandalosas de los diarios.

—No me agrada estar con la espada en el pecho y contra la pared.

—Imagino que no es una situación cómoda, pero a veces hay que perder para ganar. Parece trabalenguas, pero sé bien de lo que hablo. Sin ir más lejos, al terminar esta investigación me habría gustado verlo a usted entre rejas. ¡Qué diablos, se hace lo que se puede! Solo la muerte es perfecta, senador.



Los últimos rayos de sol entibiaban mi rostro. La modorra dominaba mis movimientos. Si no reaccionaba a tiempo corría el riesgo de caer en los brazos de Morfeo y no despertar hasta el día siguiente, sin zapatos ni chaqueta, acompañado de algún quiltro vagabundo o con una cagada de paloma sobre la cabeza. Habían transcurrido siete días desde mi conversación con Mella Serpa y sin más ánimo que el necesario para respirar y mantener los ojos abiertos, observaba pasar la vida desde un escaño de la Plaza de Armas. El paisaje humano era el habitual. Pintores callejeros, predicadores, jugadores de ajedrez y gente que se detenía a descansar unos minutos o a comer la frugal merienda que sacaban de sus abrigos o de arrugadas bolsas plásticas. Como algo remoto, que podía haber sucedido una semana o un año atrás, recordaba haber escuchado las explicaciones del senador Mella Serpa y abandonado la playa en dirección a una cocinería próxima al rodoviario de Valparaíso, donde comí merluza al horno acompañada de un vino blanco excesivamente seco para mi gusto.

Me puse de pie y lentamente caminé hasta donde había dejado el Chevy Nova. Mi auto necesitaba un lavado, neumáticos nuevos y reparar el relleno de sus asientos. Pero salvo llenar su estanque de gasolina, no era mucho más lo que podía hacer por él. Sus ruedas seguían girando y con un poco de paciencia conseguía trasladarme de un punto a otro de la ciudad, sin otra urgencia que la dictada por los latidos de mi corazón.

Campbell me esperaba en *Los Compadres*, un viejo restaurante ubicado en la calle San Ignacio. Había escogido la mesa más próxima a la entrada del restaurante y desde ahí podía vigilar los movimientos de los mozos a una hora en que los clientes escaseaban. El lugar mostraba un aspecto diferente a como lo recordaba. Los años habían impreso sus huellas sobre los muros y un brillo decadente iluminaba las mesas dispuestas para los comensales. Pedimos la especialidad de la casa y luego de unos minutos vimos llegar al mozo que nos atendía portando una enorme fuente de greda en cuyo interior venía un surtido pantagruélico de pernils, longanizas, prietas y papas hervidas. Campbell y yo intercambiamos una mirada cómplice e iniciamos la tarea de consumir la gigantesca merienda.

—El senador cumplió su palabra —dijo Campbell, una vez que hubo saciado su apetito—. No sé cómo lo hizo ni a qué acuerdo llegó con su amigote Gaizán, pero lo cierto es que entregó una serie de antecedentes sobre el fraude al interior del Servicio de Inversiones Públicas. Desde luego que los dardos más agudos caen sobre los hombros silenciosos de Gimeno. Fui al tribunal y conseguí una fotocopia de los antecedentes. Gaizán asumió algunas de sus culpas y está de regresó en Capuchinos.

—No te engañes, Campbell. El senador cumplió su palabra a medias, porque al tiempo que hizo la denuncia aprovechó de acarrear agua a su molino. Montó un gran espectáculo. Conferencia de prensa, entrevistas en la televisión y los diarios.

Discursos incendiarios en los que se presenta como un implacable luchador contra la corrupción —dije mientras vertía vino en nuestras copas—. Debí saber que sacaría un as bajo la manga. Un zorro viejo no se deja robar los huevos sin morder. No me agradó que tratara de sacar dividendos para su candidatura y por eso quisiera darle una pequeña sorpresa. No puede ser que se vaya tranquilamente por la calle, silbando y con las manos en los bolsillos.

—¿Cuál es tu idea, Heredia?

—Difundir el caso en tu revista y arrebatarle algunos votos en las elecciones.

—¿Quieres que el senador me reviente con querellas judiciales?

—Tienes razón, no había pensado en ese detalle —dije después de encender un cigarrillo—. Además, para qué vernos la suerte entre gitanos, los lectores de tu revista no son muchos. Si los antecedentes aparecen en otro medio de mayor alcance le será más difícil a Mella detener la avalancha.

—Haré llegar la historia a un colega periodista que estará feliz de divulgarla en la radio donde trabaja. Le diré que haga algunas acusaciones veladas que vinculen a Mella Serpa con los negociados de Gaizán. Mal que mal, ambos son socios en un par de empresas. El senador tendrá que hacerse eco de la noticia y seguramente también será recogida por otros medios más importantes. Se producirá una gran bola de nieve que rodará sobre las aspiraciones electorales de Mella.

—Es una buena idea, pero perderás las ventas de tu revista.

—Da igual. De tanto juntarme contigo me he ido poniendo un poco pendejo —dijo Campbell, y luego de empinar su copa, agregó—: Me basta con haber ganado la apuesta que hicimos al inicio del caso.

—Tenías razón. Hoy en día todo gira en torno al dinero.

—Espero que lo recuerdes cuando nos traigan la cuenta.

—Tengo un pequeño problema. El dinero que porto no alcanza para pagar nuestra comida.

—Debí pensar que saldrías con algo así.

—Dinero, dinero. Vivimos a la sombra del dinero.

## 50

Desde temprano el día se anunció diferente. Un domingo más apacible que de costumbre, sin actividad en las tiendas, cines y restaurantes, con escasa locomoción colectiva y abundante vigilancia policial en las calles. Salí a dar una vuelta por el

barrio y al ver a la gente dirigiéndose mansamente hacia los colegios habilitados como lugares de votación, pensé en una sábana blanca sobre la que avanzaba una legión de hormigas disciplinadas. Crucé el río Mapocho convertido en una hilacha sucia y maloliente y a un costado de la Vega encontré un boliche que mantenía sus puertas entreabiertas, atendiendo clandestinamente a los que necesitaban hacer algunas compras de urgencia. Adquirí cigarrillos, tomates y dos bifés que tenían el atractivo de un lagarto disecado. Enseguida rehíce mi camino y una vez en el departamento, puse la carne en la sartén. Cuando los lagartos alcanzaron su adecuado punto de cocción, llamé a Simenon que observaba el movimiento de la calle desde una de las ventanas de la oficina.

El reportaje difundido por el amigo de Campbell había sido tan eficaz como la cimitarra de Sandokán. El nombre de Mella Serpa había sido cuestionado en los titulares de otras publicaciones y solo faltaba esperar el resultado de los escrutinios para saber si el senador seguía en sus funciones parlamentarias o debía buscar otra ocupación.

Sintonicé la radio en el instante que transmitían noticias de la jornada electoral y comencé a cortar en trozos pequeños el bife de Simenon. El gato subió sobre el escritorio y luego de olfatear la carne, acomodó su gorda fisonomía junto al plato, a la espera de que concluyera mi trabajo.

—Le debemos la carne a Campbell. Al final, Marcos vendió los antecedentes del caso y decidió compartir sus ganancias —dije a Simenon—. Tendremos algo de dinero por algunas semanas. Después veremos qué nos depara la fortuna.

—¿Qué hay de nuestras vacaciones en Chiloé?

—Chiloé tendrá que esperar. Podemos asolearnos en la terraza e ir a mojarnos a la Fuente Alemana.

Puse la carne al alcance del gato. Por un instante lo observé comer y después preparé mi plato.

—¿No te provocan envidia los votantes? Se ven ordenados, felices. Algunos hasta lucen sus corbatas y trajes domingueros.

—Ninguna. Mañana, cualquiera sea el resultado, los candidatos sacarán cuentas alegres, dirán que de un modo u otro han ganado y hasta las próximas elecciones ninguno recordará a sus electores. Las promesas volarán tras el viento y únicamente seguirán en su lugar las consignas rayadas sobre los muros de la ciudad. No pueden ser buenas unas elecciones en las que no siempre gana el que obtiene más votos. No puede ser bueno un sistema donde triunfa el que tiene más dinero para embolatar a los votantes.

—Será un día largo —comentó Simenon, sin ganas de profundizar en mis reclamos.

—Largo, solitario y caluroso.

—Podremos dormir una siesta y soñar con gatitas amables.

Horas más tarde desperté con los golpes que alguien daba en la puerta. Me vestí deprisa, peiné mis cabellos y corrí hasta la entrada del departamento. Al abrir descubrí la sonrisa de Doris Fabra que, apoyada junto a la pared del pasillo, fumaba un cigarrillo casi tan largo y fino como un palillo de tejer. Vestía sus acostumbrados bluyines y una polera ajustada que acentuaba su apetecible geografía.

—Escuché el sonido de la radio que llegaba desde el interior y decidí esperar —dijo, y luego de examinar mi aspecto desaliñado, preguntó—: ¿Estás enfermo o interrumpí alguna actividad privada?

—Mi siesta y un par de sueños confusos —respondí, al tiempo que la invitaba a entrar a la oficina con un breve ademán.

—Todo sigue igual. Simenon, tus libros, el desorden —agregó Doris observando la oficina y antes de ocupar una silla frente a mi escritorio.

—¿Hay alguna razón para cambiar?

—No, supongo que no.

—¿Quieres café?

—Prefiero un vaso de agua —dijo, y un rato más tarde, cuando regresé con su pedido, agregó—: El último mes estuve en el norte, dirigiendo unas pesquisas que nos permitieron decomisar tres cargamentos de cocaína proveniente de Bolivia. Una tarde, cuando estaba descansando en mi hotel, encendí el televisor en el momento en que el senador Mella Serpa hacía unas declaraciones en contra de Gaizán. Hasta ese momento pensaba que el caso estaba cerrado. Llamé por teléfono a uno de mis colegas de Santiago y él me informó de los antecedentes aportados por Mella Serpa y de la confesión de Gaizán. ¿Qué pasó entre la primera y la última detención de Gaizán? ¿Tuviste algo que ver en el asunto?

—Visité a Mella Serpa en el Congreso Nacional y hablamos de la importancia de la prensa en época de elecciones —dije.

—Me pregunto cómo habrá recibido Gaizán el testimonio de Mella Serpa. ¿Cuál es el acuerdo al que llegaron entre ellos?

—Mella Serpa testificó en contra de Gaizán para protegerse del escándalo. Debió convencer a su socio de la necesidad de hacerse cargo de algunas culpas. Gaizán estará un tiempo en la cárcel, pero sus rentas estarán aseguradas y seguirá contando con el apoyo del senador.

—Tiene lógica lo que dices, Heredia.

—Al menos nos queda la tranquilidad de haber llegado a la verdad y provocado la ira de Mella Serpa. No es mucho, pero peor es mascar lauchas —dije, y luego de sacar del escritorio la botella de *whisky* destinada a las emergencias, añadí—: Es hora de brindar.

—¿Te parece que hay algo que celebrar?

—Nuestro reencuentro. No es poca cosa.

Bebimos una copa y luego ella me contó los detalles de su trabajo en el norte de

Chile. Más tarde, cuando las sombras comenzaban a entrar en la oficina, oímos en la radio el primer recuento de votos. Mella Serpa iba segundo, a cien votos del adversario que lo superaba en los escrutinios.

—El recuento considera solo el cinco por ciento de los votos —dije—. Es de esperar que de aquí a mañana las cosas sigan igual.

Estábamos de pie junto a la ventana y el barrio seguía adormecido. A lo lejos, la cúpula de una iglesia lucía iluminada y desde la calle llegaban los gritos de dos borrachos que celebraban por anticipado el triunfo de sus candidatos.

—Fue un lío gordo, pero logramos salir airosos —dijo Doris Fabra.

—No estuvo mal. Deberíamos buscar un lugar donde seguir celebrando.

—Para qué ir a otra parte —agregó Doris, acercándose a mi lado hasta rozar sus labios con los míos.

—¿Qué vas a decir a tu marido? —pregunté, sorprendido.

—¿Qué marido?

—El que has mencionado desde el día que nos conocimos.

—Ese es el secreto que hasta ahora no te he revelado. No hay marido. Era una mentira para mantenerte a raya.

—¿Nadie te está esperando en tu casa?

—Nadie. ¿Cuántas veces quieres que lo repita?

Guardé la respuesta para otra ocasión y concentré mis energías en besar a la mujer policía.

—¿Vas a quedarte conmigo? —pregunté un rato más tarde.

—No tenemos futuro juntos, Heredia.

—No pienso en el futuro, solo en esta noche.



RAMÓN DÍAZ ETEROVIC, (Punta Arenas, Magallanes, Chile, 1956). Ha publicado los libros de poemas *El poeta derribado* y *Pasajero de la ausencia*; los libros de cuentos *Cualquier día*, *Obsesión de Año Nuevo*, *Atrás sin golpe* y *Ese viejo cuento de amar*; y las novelas *La ciudad está triste*, *Nadie sabe más que los muertos*, *Ángeles y solitarios*, *Correr tras el viento*, *Nunca enamores a un forastero*, *Los siete hijos de Simenon*, *El ojo del alma* y *El hombre que pregunta*. Es autor de la novela infantil *R y M investigadores* y de la antología *Crímenes Criollos. Cuentos policiales chilenos*. También es coautor de las antologías *Contando el cuento*; *Andar con cuentos, joven narrativa chilena*; y *Cuentos en dictadura*.

Desde 1982 y hasta 1995 editó la revista literaria *La Gota Pura*. En la actualidad es colaborador habitual de las revistas *La Calabaza del Diablo*, *Punto Final* y *Libros & Lectores*.

Su obra ha sido reconocida en numerosos premios literarios, tales como el Premio del Consejo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura a la mejor novela del año 1995 y el Premio Municipal de Santiago, en los años 1982, 1994, 1996 y 2002. Fue finalista del Premio Casa de las Américas, Premio Dashiell Hammett, de la Asociación Internacional de Escritores Policiacos, y del Premio Planeta Argentina de Novela. El año 2000 obtuvo el Premio Las Dos Orillas, del Salón del Libro Iberoamericano de Gijón.

Algunas de sus novelas y relatos han sido traducidos al croata, portugués, francés, griego, holandés, alemán e italiano; y sus cuentos están incluidos en más de treinta

antologías publicadas en Chile, España, México. Bulgaria. Colombia, Puerto Rico, Italia. Croacia, Portugal, Alemania, Argentina. Ecuador y Estados Unidos.